



JENNIFER ARMINTROUT

CENIZAS



Lectulandia

He llegado a mi límite. Y ahora no me detendrán, no podrán. Con el Devorador de Almas a las puertas de convertirse en una deidad, es el momento de tomar una decisión definitiva, aunque eso signifique perder todo lo que amo. Aunque eso signifique perder mi vida. Tengo mucho poder de mi lado, y algo con lo que no sabía que podía contar en un principio.

Pero no es nada comparado con el ejército de no muertos que el Devorador de Almas está reclutando. Y el tiempo se acaba. Dicen que el bien siempre triunfa sobre el mal. Espero que sea verdad, porque tenemos todas las de perder y el destino del mundo está en nuestras manos.

Lectulandia

Jennifer Armintrout

La noche de todas las almas

Lazos de sangre - 4

ePub r1.0

Titivillus 05.12.2018

Título original: *All Souls' Night*
Jennifer Armintrout, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Pesadilla diurna

Algunos días sueño con el momento que pasé en el alma de Marianne. ¿O fue el momento en que ella pasó dentro de mí? La verdad es que fue horrible, pero en los sueños resulta maravilloso. Me siento poderosa. Otra alma resplandeciendo sobre la mía como la seda, susurrándome en mi cabeza.

Miro a Nathan, que sigue comedido, hablando, inconsciente por el miedo y el hechizo que su Creador le ha lanzado, sangrando por las heridas que él mismo se ha grabado en la piel. Marianne se apoya con ternura sobre su marido, lo besa en la boca, lo calma. Y después el poder crece en mí y ella grita piedad dentro de mi cabeza. Lo único que veo es sangre y carne rasgada. Oscuridad y calidez con el olor a cobre de una vida decayendo lentamente, que aumenta mi deseo de sangre.

Ni siquiera bebo conscientemente. No siento ni saboreo la sangre, y aunque de algún modo sé que estoy soñando, es como si algo se escapara a mi entendimiento. Ojalá pudiera ver la imagen ampliada. Consumo sin beber, me lleno sin satisfacción. Y cuando alzo los ojos hacia la oscuridad que se evapora, veo el salón de baile donde Marianne se topó con su destino. Me rodean los cuerpos de gente que conozco: Nathan, Max, Bella, incluso viejos amigos que llevan tiempo muertos, como Cyrus y Ziggy. Su sangre está en mis manos. Su vida corre por mis venas. Sus gritos atormentados suenan por mi cabeza como la más dulce sinfonía que haya oído nunca.

Y entonces Jacob Seymour está ahí, sentado a la cabeza de la gigante mesa de comedor. Lleva una corona hecha de espinas y la sangre que gotea de sus heridas es negra y le mancha su cabello blanco y su brillante túnica dorada. Una enorme bandeja de plata cubre la mesa y recuerdo, en ese sueño que no refleja la realidad tal y como sucedió, pero que aun así logra catalogar todos los horrores que he conocido, lo que vendrá a continuación.

Aparece Clarence de la nada, con su regio rostro que oculta el odio que siente por la labor que desempeña, y levanta la tapadera. En la bandeja está Dahlia, con su pálida piel moteada de azul por la muerte y una alfombra de pétalos de rosa bajo sus rizos pelirrojos.

Y entonces, con las voces aún gritando en mi cerebro, me río. La sangre brota de mi boca y salpica el mantel, mis manos y mi regazo que, inexplicablemente, está cubierto por una voluminosa túnica a juego con el atuendo de Jacob.

Pero cuando despierto, estoy gritando.

Capítulo 1

Un disparo en la oscuridad

Ese día, cuando me incorporé bruscamente en la cama con la garganta tensa y las cuerdas vocales preparadas para soltar el grito que estaba conteniendo, una mano me tapó la boca. Nathan ya estaba despierto.

«No hagas ningún ruido», dijo a través del lazo de sangre, con el cuerpo rígido y una tensión que me llenó de ansiedad.

Algo iba muy mal.

En las últimas semanas, desde que nos habíamos marchado de Grand Rapids para ir al ático de Max en Chicago, Nathan se había centrado únicamente en mi recuperación.

Me había quedado muda, casi en estado catatónico, después de que Cyrus, el que una vez fue mi Creador y después mi Iniciado, muriera. Siempre que despertaba de una de mis muchas pesadillas... diurnas, ya que los vampiros tenemos esa maldita cosa con el sol, Nathan me abrazaba e intentaba reconfortarme diciéndome que todo había sido un sueño y que no permitiría que me hicieran daño. Ahora, sin embargo, sentía su irritación y distracción a través del lazo de sangre, la conexión telepática y empática que fluía entre un Iniciado vampiro y su Creador, y supe que algo no iba bien.

Antes de que pudiera explicármelo, oí un golpe sordo y a alguien maldiciendo violentamente por las escaleras.

«Hay alguien en el apartamento», grité en su cabeza y la presión de su mano sobre mi mandíbula disminuyó ligeramente.

«Lo sé. Por eso te he dicho que no hicieras ruido. Voy a ver qué pasa».

Me soltó y retiró las sábanas. Por la suave luz que enmarcaba las tupidas cortinas, supe que aún era mediodía, pero el apartamento de Max estaba especialmente diseñado para estar tan oscuro como una tumba e igual de protegido del sol no deseado.

«Ten cuidado», le advertí. ¡Como si alguien pudiera tener cuidado a la hora de detener a un intruso en su casa! Por lo menos Nathan iría armado.

«Mierda», pensé. No iba armado.

—¡Nathan! —susurré, pero Nathan no me oyó. Probablemente ya había bajado la mitad de las escaleras.

Salí de la cama, me puse los pantalones que me había quitado la noche anterior y me di cuenta de lo ridículo que quedaba un camisón de seda con unos vaqueros. Era una suerte que aquello no fuera un desfile de moda. Saqué una estaca de un cajón de la mesilla.

«¿Has olvidado algo?», le pregunté por medio del lazo de sangre, y filtré un poco de mi enfado por el hecho de que me hubiera obligado a salir de la cama. Esperaba que ese sentimiento ocultara el miedo que me recorría las venas.

«¿Además de los pantalones?», contestó él. Estaba asustado, pero bromeaba conmigo para disimularlo.

Habíamos estado durmiendo en el dormitorio que yo había ocupado cuando me había quedado con Max después de que el hechizo con el que liberamos a Nathan de la posesión de su Creador se fuera a pique. No, eso no era verdad. El hechizo había funcionado a la perfección; era nuestra relación la que se había ido a pique. Me había marchado con Max para intentar solucionar el desastre de mi vida personal, pero como solía ser el caso desde que me había convertido en vampiro, el mundo preternatural no se detenía por un drama entre chico y chica. El Creador de Nathan, el Devorador de Almas, seguía ahí fuera, intentando convertirse en un dios y convertir al mundo en su propio comedero.

Aunque había pasado mucho tiempo en el ático, no estaba suficientemente familiarizada con los pasillos como para recorrerlos en la oscuridad. El lugar era enorme, y como solían ser los lugares enormes, estaba decorado con un montón de pequeñas mesas caras que sostenían objetos frágiles con la capacidad de hacer mucho ruido si se caían y rompían. Las habitaciones de invitados estaban en el primer piso. Quien fuera o lo que fuera que había entrado en la casa tendría que tener acceso al lugar a través de la entrada principal en el segundo piso o la puerta del tejado del tercero. Palpé la pared retrocediendo cada vez que me encontraba con la forma de un cuadro o un interruptor de la luz. Con dolor, los dedos de mis pies encontraron el último escalón para conducirme al siguiente piso y me pregunté por qué no había oído a Nathan tropezarse y caerse por el camino. Me agarré con fuerza a la baranda y subí las escaleras lentamente, conteniendo las ganas de ir corriendo y haciendo mucho ruido a cada paso. No había luz arriba. Seguiría avanzando hasta que no hubiera más escalones.

O hasta que me topara con algo. Nathan se giró bruscamente cuando me choqué contra él. Me agarró de los brazos como si fuera a lanzarme de espaldas, pero se detuvo antes de tener que decirle que era yo.

«No hagas eso», me reprendió a través del lazo de sangre.

—Lo siento —susurré.

Estábamos en lo alto de las escaleras. El suelo de mármol del vestíbulo resplandecía con el suave brillo de las luces empotradas en las paredes a la altura de nuestras pantorrillas. Cuando Marcus, el Creador de Max, había diseñado ese lugar estaba claro que lo había hecho teniendo en cuenta la luz del día. Era una pena que no lo hubiera tenido en cuenta también en el resto de la casa. En la oscuridad, una sombra se movió deprisa desde la parte baja de las escaleras hasta el tercer piso en dirección a la cocina.

«Al menos hay uno», me dijo Nathan. «Quédate aquí».

Sujeté con fuerza la estaca y lo vi marcharse mientras me preguntaba cuánto tendría que esperar hasta seguirlo. Nathan me conocía lo suficientemente bien como para saber que lo desobedecería, pero pensé que si esperaba y le daba tiempo estaría demasiado ocupado con el intruso como para detenerme.

La puerta de la cocina se abrió y salió luz. Nunca había oído que los ladrones encendieran las luces. Bueno, por lo menos, no lo hacían en las películas. Pero los ladrones tampoco entraban en las casas durante el día. A menos, claro, que ese ladrón supiera con quién y con qué estaba tratando.

«¿Cómo nos han encontrado tan rápidamente?», gritaba mi mente mientras veía a Nathan desaparecer detrás de la puerta. Se cerró y me quedé allí, intentando volver a adaptarme a la oscuridad. «No es justo. No hemos tenido tiempo».

Y así, en ese momento, se oyó un grito, pero no de Nathan, y un sonido de metal contra metal. Un gruñido, un golpe seco, algo golpeando la pared. Subí corriendo las escaleras con el corazón en la garganta y una clara sensación de haber hecho algo muy parecido a eso muchas veces antes.

Empujé la puerta.

La estaca de Nathan estaba tirada sobre las immaculadas baldosas blancas. El estante de ollas y sartenes que había sobre la isla de la cocina estaba medio vacío y la mayoría de las cacerolas estaban tiradas por el suelo. En la isla no había nada, era como si un cuerpo se hubiera deslizado sobre ella. El cuerpo de Nathan, a juzgar por lo que había en el suelo. Su atacante lo tenía sujeto, una hazaña nada pequeña para tratarse de un humano luchando contra un vampiro... porque ese hombre definitivamente era humano. Podía oler su sangre y su miedo. Estaba tendido sobre el pecho de Nathan y los músculos de su espalda se tensaban contra su camiseta negra. A juzgar por el sudor que se le había acumulado en esa zona, pronto se agotaría. Y a juzgar por la pistola que tenía metida entre los pantalones, había ido hasta allí con intenciones de luchar.

Sabía por qué Nathan estaba perdiendo. No quería hacerle daño a un humano, ni siquiera aunque ellos nos hicieran daño a nosotros. A mí, por el contrario, no me importaba todo eso cuando el humano en cuestión podía ser uno de los empleados del Devorador de Almas. Recogí una de las sartenes del suelo y apenas la había alzado cuando la mirada de Nathan se encontró con la mía y descubrió mis intenciones. Agarró con fuerzas las muñecas del intruso, las empujó hacia abajo y después apartó al hombre. Su fuerza bastó para enviarlo volando hasta el otro lado de la habitación, fuera de mi alcance. Tampoco quería que yo lo matara.

En un instante, Nathan ya estaba de pie, yendo hacia él mientras yo gritaba:

—¡No, Nathan! ¡Tiene una pistola!

El disparo sonó antes de llegar a darme cuenta de que el hombre se había puesto de pie.

Nathan se tiró al suelo y hubo un segundo de horrible silencio antes de que rodara sobre su espalda gritando de dolor y sollozando. El intruso se quedó de pie,

impactado. Salté hacia él y lo tiré al suelo. Sus dedos se tensaban alrededor de la pistola. Tuve que pisotearle el puño contra el suelo una y otra vez hasta que las baldosas se rajaron bajo sus nudillos y gritó de dolor soltando el arma. Odié tener que reconocerlo, pero era un tipo duro.

Agarré la pistola, esperando que mis temblorosas manos y el modo en que la sujetaba no me hicieran parecer una absoluta novata.

«Una novata al menos puede disparar un gatillo», pensé. Entre su bruma de dolor, Nathan me reprendió diciéndome con la mente: «Apretar, Carrie, se dice apretar no disparar. Uno aprieta el gatillo».

Lo miré con desdén volteando los ojos y apoyé la punta de la pistola sobre la frente del extraño. Imaginando una bala entrando en el tejido cerebral, la bajé, en caso de que el dedo que tenía colocado sobre el gatillo lo apretara cuando no lo pretendía.

—No te muevas —le grité cuando se llevó su ensangrentada mano al pecho.

—¿No deberías ver cómo está tu amigo? —su voz tenía un tono atractivo y masculino, como el del aquel profesor que tuve del norte de Nueva York y que podía hacer que una lección sobre Farmacia sonara como la narración de la victoria de un partido de fútbol. Era una cualidad peligrosa en un asaltante porque me relajó.

«Me pondré bien», me transmitió Nathan en una oleada de agonía.

Me costaba creerlo, cuando estaba retorciéndose sobre el suelo y emitiendo sonidos estrangulados como si estuviera alcanzando el diez en la escala del dolor.

Me giré hacia mi atacante:

—Se pondrá bien. ¿Quién te envía?

—Bueno, nadie. Vengo aquí una vez al mes —asintió hacia el frigorífico. En el suelo, junto a él, había una pequeña nevera portátil blanca con una tapa roja oscilante, como esas en las que se llevan los órganos para transplantes.

—Soy el proveedor de sangre de Max.

Bajé la pistola un poco.

—Claro. Y entras aquí tan fresco todo el tiempo.

—Bueno, una vez al mes —me corrigió encogiéndose de hombros.

Estaba segura al ochenta por ciento de que mentía.

—Lo siento. Creo que Max me habría hablado de ti. O, por lo menos, te habría visto antes.

—No, soy muy discreto. Y tengo llaves. ¿Cómo coño crees que he entrado aquí, si no? Hay portero y mucha seguridad —pasó su mano herida por su pelo rubio caoba con la mirada fija en Nathan, que seguía tendido en el suelo—. Escucha, sabía que este amigo tuyo era un vampiro, porque de lo contrario nunca le habría disparado.

—Es verdad.

Temblando, me moví para meterme la pistola en la parte trasera de mis pantalones.

—Yo no lo haría. No si está preparada para disparar y no tiene el seguro puesto.

Extendió la mano. Me giré, disparé a un lado del cubo de basura, busqué el seguro, lo eché y me metí la pistola entre los pantalones. Me sentía extrañamente poderosa con una pistola en mis manos y muy agradecida de que la bala no hubiera rebotado y me hubiera herido.

Me arrodillé al lado de Nathan e intenté colocarlo boca arriba. Se resistió, tenía los brazos alrededor del estómago.

—Déjame ver —le dije, quitándole las manos de la herida.

—No... deberías... atarlo... —logró decir Nathan entre resoplidos de dolor.

—No voy a moverme. Confiad en mí —el extraño se detuvo—. Al igual que yo confío en que no vais a comerme.

—Ahora mismo no tengo mucha hambre —le respondí con brusquedad—. Si te mueves, puede que cambie de idea.

Muy a su pesar, Nathan dejó caer los brazos. La sangre le salía a borbotones y rápidamente coloqué las manos donde él antes tenía las suyas.

—Ladrón, tráeme un paño o la manopla del horno.

Oí que estaba hurgando por los cajones y al instante ya tenía delante de mi cara un paño de cuadros azul y blanco.

—No soy un ladrón.

—No me importa. Vuelve a donde estabas.

Agarré el paño. El agujero de bala que Nathan tenía era perfectamente redondo, idéntico al que yo había hecho en el cubo de basura, a diferencia de la piel rasgada alrededor del primero. Parecía una especie de flor tropical enferma. Presioné el paño contra la herida y lo mantuve ahí mientras me fijaba en la hora que marcaba el reloj. Con la otra mano, toqué la cara de Nathan, empapada de sudor.

—Cuando pare la hemorragia, te daré algo para el dolor.

—Puede curarse, ¿verdad? —preguntó nuestro visitante—. Juro que pensé que solo lo calmaría.

Asentí.

—Lo calmará. Y podrá curarse. Pero no como ves en las películas de vampiros, donde la herida se cierra al instante. Si le hubieras dado en el corazón, ahora mismo estaría muerto.

El hombre emitió un sonido como mostrando desprecio hacia sí mismo.

—Joder, lo siento. Pero entiendes mi postura, ¿verdad?

Y lo entendía.

Si yo hubiera sido un humano luchando contra un vampiro que podría haberme matado fácilmente con sus propias manos, habría empleado cualquier método para librarme de él. Pero que lo comprendiera no evitaba que estuviera cabreadísima con el tipo que había disparado a mi Creador. Me giré hacia Nathan.

—¿Crees que puedes andar?

Soltó una temblorosa carcajada.

—Oh, podría correr kilómetros. No tienes más que indicarme la dirección.

—¿Crees que puedes caminar con ayuda?

Lo miré y a través del lazo de sangre le dije: «El botiquín está abajo y no quiero dejarte solo con él».

«Entonces dile que se largue de aquí», respondió Nathan con la mirada clavada en el extraño. «Es él el que ha entrado aquí y ha disparado a alguien. No me preocupa herir sus sentimientos».

«A mí tampoco. Pero hay que sacar la bala para que puedas curarte más rápido».

Lo ayudé a sentarse con la intención de ponerlo de pie y llevarlo abajo para que descansara.

—Quédate donde estás —le ordené al intruso—. Ahora vuelvo.

«Pues claro que lo harás. Porque yo no voy a ir a ninguna parte», protestó Nathan.

—Tenéis un arma registrada a mi nombre y con mis huellas en ella. No voy a irme —me dijo el ladrón—. ¿Quieres que te ayude a llevarlo a alguna parte?

—Quédate donde estás —le repetí y dirigiéndome a Nathan añadí sin decir nada: «Sí que vas a ir. Vas a bajar y te vas a alejar de este loco que te ha disparado».

Antes de poder ponerlo de pie, y antes de que él intentara discutir conmigo, se metió dos dedos en la herida y conteniendo a duras penas sus gritos de dolor, se sacó la bala. Cuando retiró los dedos, salió un chorro de fría sangre y puse el paño sobre su estómago.

—¿En qué coño estás pensando? —le grité, recordándome que cualquier germen o bacteria que acabara de introducir en la herida a través de sus dedos no le afectarían.

—La bala ya está fuera —dijo con una exasperante calma a pesar de las gotas de sudor que le cubrían la frente. Le castañeteaban los dientes y se dejó caer contra mí—. Y voy a quedarme aquí mismo.

Lo apoyé contra la pared para que descansara.

—Eres un imbécil —murmuré al colocarle la mano para que sujetara el paño sobre la herida.

Me giré hacia el asaltante. No se había movido.

—¿Está bien tu amigo? —preguntó y pareció verdaderamente arrepentido.

—Se pondrá bien. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—Dejando sangre. Max me paga para que me pase por aquí y abastezca el lugar, tanto la mininevera que tiene en su dormitorio como la grande de aquí. Lo hago una vez al mes. Tengo una llave y podéis preguntarle a Dolores, la portera que hay durante el día. Cree que soy la señora de la limpieza.

Enarqué una ceja.

—Está bien, señora de la limpieza, ¿cómo te llamas?

—Bill. William. Bill —se metió la mano detrás de la espalda. Yo hice lo mismo, buscando la pistola. Sonrió—. No te preocupes. Solo quiero sacar mi cartera.

—No necesito ver tu carné de identidad, Bill —un interrogatorio era más difícil de lo que pensaba y deseé que Nathan estuviera bien para encargarse él. En las

películas las preguntas parecían fluir siguiendo un patrón lógico—. Entonces, si Max y tú sois tan amiguitos, ¿por qué llevas una pistola cuando vienes a su casa?

Bill se encogió de hombros.

—Yo siempre llevo una pistola.

—¿Por qué?

Resopló, como si yo no pudiera estar hablando en serio.

—¿Por qué no? ¿Y si tuviera que defenderme, como hoy?

No quería empezar una discusión sobre el control de posesión de armas con alguien que acababa de apelar a la Segunda Enmienda ahí mismo, en la cocina de Max.

Miré abajo, me crucé de brazos y esperé.

—Bueno, por un lado es como si fuera una continuación de mi brazo. Estuve en la Marina durante doce años y nunca he llegado a acostumbrarme a no llevar un arma encima. Además, la necesito, por el trabajo que desempeño. Max no es mi único cliente, pero es la primera vez que hay aquí otros vampiros sin que me haya avisado. Normalmente, me informa cuando va a tener invitados chupasangre. Por eso os he atacado, chicos, porque por lo que yo sé, no deberíais estar aquí.

—Bueno, pues te equivocas. Max nos ofreció un lugar para quedarnos. Pero de todos modos, ¿por qué una pistola? ¿Por qué no una estaca?

Me di cuenta de que aún lo tenía arrinconado en el suelo. Había un pequeño botiquín en un cajón de la isla, uno que no habría servido para las heridas de Nathan, y lo saqué.

—Siéntate. Voy a vendarte la mano.

—Gracias, te lo agradecería —se sentó en uno de los taburetes y miró las ollas y sartenes tiradas por el suelo—. Tu novio es un buen luchador.

—Es mi Creador —respondí sin querer ahondar más en la enrevesada naturaleza de nuestra relación. Era cierto que el hombre nos había asaltado mientras dormíamos, pero tampoco se merecía un castigo así.

Abrí el botiquín y le agarré la mano. Tenía los nudillos hinchados y partidos y me sentí mal al saber que yo era la responsable. Aun así, Nathan estaba mucho más herido. Lo miré; estaba gris, pero se había quitado el paño y la hemorragia había cesado. Volví a mirar a Bill.

—No has respondido a mi pregunta.

—No llevo una estaca porque no es seguro. Con una pistola puedo disparar y derribar a alguien, por lo menos desde una distancia suficiente como para alejarme. No sé dónde puede estar el corazón de alguien —se estremeció cuando le limpié la sangre con un líquido desinfectante—. Quiero decir, ¿de verdad sabes dónde está el corazón de un humano... perdón, de un vampiro?

—Sí, pero soy médico —limpié el corte que tan mal aspecto tenía y busqué una venda en el botiquín—. Así que tratas con vampiros de los que no te fías y necesitas ir armado. Me parece que deberías cambiar de profesión.

Se rio, pero en esa risa hubo algo de amargura.

—Este trabajo se paga mucho mejor que cualquier otra cosa. El mercado de trabajo está difícil.

—Supongo que también lo está el mercado para Donantes, ya que tienes que servir a más de un vampiro. Bueno, exactamente, ¿cuánta sangre te queda en el cuerpo, si no te importa que te lo pregunte?

Sonrió.

—Eres lista. De acuerdo, me has pillado. No toda es mi sangre. La saco de otros Donantes a los que no les importa dármele con tal de no tener que tratar con vampiros de verdad y les doy un buen margen de beneficio por las molestias que eso me acarrea.

Me indigné. ¿Acaso ya no había nada sagrado?

—¿Obtienes beneficios traficando con sangre humana?

—La obtengo mediante una forma honesta —asintió hacia su mano herida y añadió—: Y en serio, no se puede decir que no me suponga bastantes molestias el simple hecho de traerla. Pero, de todos modos, ¿qué estáis haciendo vosotros dos aquí? ¿Dónde está Max?

—Max está... —vacilé. Sin saber qué clase de tipo era Bill exactamente, no quería decirle que Max era el primer vampiro conocido de la Historia que había engendrado un hijo o que había empleado ese impresionante poder para dejar embarazada a una mujer lobo—... indispuerto. No sé cuándo volverá. Últimamente están pasando cosas muy extrañas en el mundo de los vampiros y Nathan y yo necesitábamos un lugar donde escondernos.

«Buena chica», me dijo Nathan a través del lazo de sangre y mi corazón, que estaba descongelándose poco a poco tras la muerte de mi Iniciado, sintió un poco de calidez ante la aprobación de Nathan.

Al parecer, a Bill le convenció mi respuesta.

—Entonces, Nathan es tu Creador y tú te llamas...

—Carrie.

—Te estrecharía la mano, pero acabas de aplastarme la otra —miró a su alrededor—. Entonces, si estáis aquí, necesitaréis sangre. Puedo conseguir una buena cantidad.

Sacudí la cabeza.

—¿Incluso después de que te hayamos dado una paliza?

—No sé qué pelea has presenciado, pero he inmovilizado a tu Creador contra el suelo. Humano o vampiro, eso tiene que contar algo.

—Me he quedado impresionada.

Resultaba muy curioso cómo había logrado que confiara en él tan rápidamente. O era una persona verdaderamente agradable o era un maestro de la manipulación, La idea me hizo sentir incómoda.

—Escucha, los otros vampiros a los que... abasteces... ¿sabes si por casualidad están unidos al Movimiento Voluntario para la Extinción de Vampiros?

—Algunos lo estaban.

—¿Ellos tampoco han contactado con ningún otro miembro?

Se me cayó el alma a los pies. Había montones de vampiros del Movimiento por ahí fuera y ningún modo de ponerse en contacto con ellos. Y si eran como Nathan había sido bajo el control de la organización, se quedarían sentados a esperar una orden, tal y como se les había entrenado.

El Movimiento Voluntario para la Extinción de Vampiros había tenido la última palabra en la batalla entre los vampiros buenos contra los vampiros malos... hasta que un vampiro muy malo lo hizo volar todo por los aires. Pero antes de que su cuartel general explotara, los vampiros tenían dos opciones: unirse al Movimiento y seguir sus reglas o morir. A cambio del privilegio de que no los mataran, los vampiros del Movimiento aniquilaban a los vampiros que no seguían sus reglas.

Si pudiéramos encontrar a los miembros del Movimiento que seguían sometidos a los ideales de la organización podríamos reunir una fuerza de combate capaz de exterminar al Devorador de Almas y a cualquiera de sus compinches. Pero el Movimiento nunca había establecido ninguna clase de sistema de comunicación fuera de sus propios informes, y con razón; cuando un vampiro se hacía malo, y algunos lo hacían, lo último que debería tener eran los nombres y las direcciones de sus nuevos enemigos. Pero, en un caso de emergencia como este, ese discreto sistema hacía imposible que encontráramos a quienes representaban el apoyo necesario para hacer mella en el plan del Devorador de Almas. No había forma de demostrar que un vampiro con el que nos reuniéramos trabajara para el Movimiento o para el Devorador de Almas.

Sí, yo era un vampiro anti Movimiento, y también Nathan, pero éramos de los buenos. Pero cuando se trataba de conexiones entre redes, oír que alguien estaba unido al Movimiento era como un sello de aprobación. Los vampiros anti Movimiento podían ser buenos, pero también podían ser muy, muy malos, y a mí me gustaba pecar de cauta.

Nathan se puso de pie estremeciéndose, y fue hasta la isla. Quería reprenderlo por no descansar, pero su firme mirada de determinación evitó que dijera nada más.

—Necesitamos que nos des los nombres de tus clientes —dijo con un tono tan rudo que quise añadir un «por favor» para suavizar la brusquedad de su orden.

Bill parecía pensar lo mismo que yo porque resopló y negó con la cabeza.

—No. Ni aunque me lo pidieras con dulzura. Tengo un acuerdo de confidencialidad con mis clientes y no puedo romperlo. Arruinaría mi reputación y mi negocio.

—Escucha, has sido tú el que ha venido aquí armado y me ha disparado —Nathan señaló su estómago, donde ahora la herida era rosa, tirante y brillante—. Tal vez deberías dar alguna clase de recompensa a las partes perjudicadas. Y en cuanto a la

confidencialidad, ni te imaginas en qué clase de peligro nos encontramos. Solo el hecho de que sepas que estamos aquí... Bueno, digamos que los vampiros tenemos nuestros propios métodos para mantener nuestros asuntos en privado.

Transformó su cara, aunque pude ver que le supuso bastante esfuerzo, y se acercó a Bill.

Sabía que Nathan jamás mataría a un humano. Podía derribar a uno y sacarlo por la puerta de una patada, tal vez asustarlo un poco, pero no matarlo por muy amenazado que se viera. Así era como actuaba Nathan. Pero Bill eso no lo sabía. Palideció un poco y después recobró algo de su confianza.

—Colega, he estado en la Marina. No vas a intimidarme con un par de colmillos y unas cuantas amenazas.

Una sonrisa se marcó en la boca de Nathan.

—Sí, ya veo que eres un tipo muy duro. Sobre todo cuando te enfrentas a un vampiro desarmado.

Hay un punto en toda situación tensa en el que alguien pierde el interés por la discusión y se rinde, y Bill había llegado a ese punto.

Nathan se sentó en la isla de la cocina mientras yo iba a la nevera para darle un poco de sangre y así reemplazar la que había perdido, y para darle algo preferentemente con alcohol a Bill, cuyas manos temblaban mientras tamborileaba los dedos sobre el mantel.

—No acostumbro a atacar a la gente —dijo en tono de disculpa—. Pero desde que el Movimiento se disolvió, la ciudad se ha convertido un poco en el Salvaje Oeste.

Nathan se encogió de hombros con indiferencia, pero me fijé en cómo estaba observando a Bill. Estaba fijándose en cómo respiraba, en todos sus gestos para analizarlos después.

Bill continuó, ajeno a ese escrutinio.

—Apostaría dinero a que Chicago no es el único lugar que está volviéndose tan extraño. ¿Tengo razón o no?

—Probablemente tengas razón. Solo hemos estado aquí y en el lugar de donde venimos —dijo Nathan—. Por eso me gustaría poder hablar con algunos de tus clientes.

—No sé —dijo un largo trago de licor—. Tendría que encontrar a alguien dispuesto a hablar. Pero chicos... ¿cómo sé que no vais a matarlos? Quiero decir, acabo de conocerlos —se detuvo con una irónica sonrisa—. No estoy seguro de querer responder por vosotros. No os conozco tanto y tal vez no quiera verme involucrado en lo que sea que estéis metidos. Ya he oído rumores sobre ese tío de las Almas que intenta convertirse en un supervampiro. No quiero meterme en eso.

—¿Supervampiro?

—¿Que has oído qué? —preguntó Nathan a la vez que yo gritaba lo anterior.

Bill nos miró a los dos, indeciso.

—No sé a quién responder primero.

—¿Qué sabes de Jacob Seymour?

Y al mismo tiempo yo pregunté:

—¿Cuándo has oído eso?

—No lo conozco. Lo único que sé es que todos los vampiros de esta ciudad están o trabajando para ese tío de las Almas o muriendo porque él los mata. Y la última vez que he oído algo de él fue hace un par de días, en un bar del centro —sacudió la cabeza con vehemencia y añadió—: No quiero meterme en esto.

—Ya te has metido cuando me has disparado —dijo Nathan alargando la mano para darle un apretón en el hombro en un gesto de camaradería—. Ahora, solo tienes que decidir tu nivel de implicación. Si nos das los nombres de tus clientes y te marchas, no estarás demasiado involucrado.

—Pero sigo teniendo el problema de perder mi vida —dijo Bill riéndose—. No, gracias. Mirad, haré algo por vosotros, igual que lo he hecho por Max. Aún sigue pagándome, después de todo. Y espiaré a mis otros clientes. Pero no voy a daros sus nombres y a ponerlos en peligro. Trabajo para buena gente.

Nathan se echó hacia atrás y bajó el brazo.

—Me parece justo. Fijemos nuestros términos.

Abrió un cajón de la isla y vio que solo contenía artilugios para cocinar.

—Carrie, ¿tienes un boli?

—Seguro que hay alguno en todo ese desastre sobre el suelo del comedor —dije yendo hacia la puerta de espaldas. Quería tener vigilado a Bill todo lo posible—. Grita si me necesitas.

No estaba segura de confiar en Bill.

El hombre tenía esa actitud tan agradable que la mayoría de los estafadores intentaban perfeccionar. Tal vez estaba siendo una cínica, pero nunca confiaba en gente así. Además, algo de lo que había dicho había hecho saltar las alarmas dentro de mi cabeza. Todos los vampiros de la ciudad o estaban trabajando para el Devorador de Almas o habían muerto, lo que significaba que si Bill seguía en el negocio, estaba trabajando con los matones del Devorador.

Encontré un boli en el comedor y papel en un cajón del aparador. Corrí a la cocina, donde Nathan redactó una lista de «términos» para ambas partes. Le exigió a Bill que no dijera una palabra sobre nuestra presencia en la ciudad, y prometió dar la cantidad de dinero que se le pidiera a cambio de información. Claro que no teníamos dinero, pero eso no había por qué decírselo. Sugerí que Bill nos diera prioridad ante sus otros clientes y él simplemente nos pidió que no «actuáramos como capullos».

—Buena idea —dijo Nathan.

—La mayoría de mis clientes no habla de negocios delante de mí. Es más, la mayoría de mis clientes ni hablan conmigo. Me intimida un poco la idea de espiar, aunque no es que vayan a hacerme algo. Todos son tan dóciles como cachorritos.

—Seguro que sí —dijo Nathan secamente.

Bill extendió las manos.

—No quiero que penséis que dentro de dos semanas voy a entrar aquí con toneladas de información.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento —le dijo Nathan, sonando amedrentador y reconfortante al mismo tiempo—. Pero si le cuentas a alguien que estamos aquí y lo que te hemos pedido, puedo garantizarte que saldrás con más que una mano herida.

Ya que habíamos tocado todos los puntos y que habíamos hecho todas las amenazas que podíamos, sellamos el trato con un extraño apretón de mano a tres bandas.

* * *

—¿Qué crees? —le pregunté a Nathan más tarde mientras yo estaba junto a las ventanas de la biblioteca viendo el tráfico pasar.

El sol se había puesto, pero el crepúsculo iluminaba con un difuso resplandor la acera que rodeaba el Grand Park. En el reflejo de la ventana me vi, tan rubia, pálida y simple como siempre, y vi a Nathan situándose detrás de mí, tan siniestro como el Heathcliff de *Cumbres Borrascosas* pero en versión vampiro, con su cabello negro enmarañado y sus esculpidos rasgos.

Me rodeó por la cintura y acercó su cara a la mía haciendo que su profunda voz, suavemente acentuada con su acento gaélico, me rozara el pelo y me hiciera cosquillas en la oreja.

—No sé. Creo que o bien encontramos información que nos sea útil y nos metemos en muchos problemas, o encontramos información que no nos sea útil y seguimos metiéndonos en problemas.

—Los problemas son inevitables.

Me giré y me alejé de él. Estar cerca de Nathan siempre afectaba mi capacidad para pensar.

—¿De verdad tenemos que descubrirlo nosotros? Ya te han disparado. Por cierto, deja que le eche un vistazo —me acerqué de nuevo a él y le levanté la camiseta para ver la herida, que ya estaba casi curada y prácticamente del color de su piel—. Tiene buen aspecto. Gracias a Dios.

Él se bajó la camiseta, un poco reticente, como si no quisiera romper el contacto de mis dedos contra su piel.

—Es una herida normal y corriente. No hay por qué alarmarse.

—¿No hay por qué alarmarse? Nathan, me preocuparía si te cortaras con un papel, así que no digamos de una herida de bala.

Me froté las sienes para calmar el dolor de cabeza que no tenía pero que sospeché que me invadiría más tarde.

—Estoy preocupándome sin necesidad, ¿verdad?

—Está bien que se preocupen de uno —me aseguró y esbozó una sonrisa fingida—. En serio, es agradable saber que aún te preocupas por mí.

Era la historia de nuestra relación. Desde el momento en que nos habíamos visto, habíamos estado en distintas páginas del mismo libro. Al principio, él había estado enamorado de su mujer fallecida, y yo embelesada con Cyrus, mi primer Creador. Cuando logré superarlo y Nathan volvió a crearme accidentalmente al salvarme la vida dándome su sangre después de que Cyrus me atacara, se dio cuenta de que aún no había asimilado la muerte de su esposa. Pero después, cuando por fin lo hizo, Cyrus había vuelto a mi vida y salido de ella con la misma rapidez y el mismo dolor. Cada día comprendía más lo que Nathan debió de haber sentido cuando lo presionaba una y otra vez para que me diera el amor que no había sentido. Yo ahora no estaba preparada para darle amor, pero sí que podía darle comprensión.

—Bueno... —dijo para romper la incómoda situación.

Aun así, a mí no se me ocurrió nada qué decir, y por ello me quedé aliviada cuando sonó su teléfono móvil.

—Nathan Grant —dijo después de haber abierto el teléfono.

Jamás entenderé por qué los hombres siempre responden así al teléfono, diciendo sus nombres en lugar de un «hola». Sacudí la cabeza mientras me giraba hacia la chimenea. «Estaría bien encender el fuego por la mañana».

Oí el suave sonido de algo cayendo sobre la alfombra y me giré.

Nathan estaba de pie con las manos vacías y el teléfono estaba en el suelo. Lo miraba como si fuera una rana parlante o un espejismo, algo de lo que has oído hablar pero que nunca has visto. Una mezcla de terror, incredulidad y, por extraño que parezca, felicidad, se reflejó en su cara.

Al ver que no hacía intención de recoger el teléfono, me arrodillé y me lo puse en la oreja.

Reconocí la voz que salía entrecortada a través del altavoz y un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Hola? ¿Hola? Nate, ¿sigues ahí? ¿Papá?

Era Ziggy.

Capítulo 2

Un regreso desdichado

—*Scusilo, dove è il deposito di pattino?*

—Suena terrible. Tu acento es muy malo.

Max se giró hacia Bella y se quitó los auriculares antes de apagar su iPod.

—¿Sabes? Tu «útil» crítica no está ayudándome nada. Llevamos tres semanas aquí y todavía no puedo hablar con nadie. No tiene nada de malo intentarlo y aprender algo nuevo.

Con una mirada comprensiva, Bella extendió los brazos y Max cruzó la habitación para unirse a ella en su cama. Las puertas dobles de cristal que daban al balcón estaban abiertas y el sol de la tarde entraba por ellas. Él rodeó la luz, olvidando, como de costumbre, que ya no necesitaba tenerle miedo. Respiró hondo, pasó por delante de los cálidos rayos y se metió entre las sábanas.

—¿Por qué siempre haces eso? —le preguntó Bella con la voz aún ronca y adormilada.

Últimamente dormía a todas horas, pero Max no podía culparla por ello. Era normal, al parecer, que las mujeres embarazadas estuvieran cansadas y suponía que eso se multiplicaba al tratarse de una embarazada que estaba recuperándose de unas heridas casi mortales.

—No lo sé —admitió él, volviendo la mirada hacia las ventanas iluminadas por el sol—. Pero siempre cruzo los dedos.

Su paso de vampiro a mitad vampiro mitad hombre lobo (la palabra *lupin* era igualmente odiada entre los hombres lobo como se había imaginado y por eso nunca la usaba) había sido más gradual de lo que le habría gustado. La peor parte era que no había sabido qué rasgos perdurarían hasta después de que se hubiera transformado en lobo. Después de eso, todo un mundo de cosas extrañas se abrió para él y entre piernas más peludas y unas sádicas ganas de tirar a los ciclistas de sus bicis y devorarlos, la aversión vampírica al sol se había esfumado de algún modo. Y lo había descubierto gracias a un accidente afortunadamente feliz.

Desde el momento en que habían llegado, según Max, a una Italia donde los esperaba un recibimiento hostil, los miembros de la familia de Bella le habían dejado claro que no se haría ninguna concesión al vampirismo. Y ya que toda la familia vivía en la misma villa llena de ventanas en un acantilado empapado por el sol, se había visto confinado en el dormitorio de Bella día tras día. Solo cuando una de las tías «bienintencionadas» de Bella había entrado en la habitación mientras dormían y había descorrido las cortinas inundando la habitación de una abrasadora luz, se había dado cuenta de que ya no tenía que preocuparse de que toda esa gente tan «bienintencionada» lo matara abrasándolo con rayos ultravioleta.

También se había dado cuenta de que haría falta mucho más que el amor de Bella para convencer a la familia de que era un buen tipo. De ahí lo de estudiar italiano, para poder encajar, y también, tenía que admitirlo, para poder saber qué estaban diciendo de él.

Pero lo más importante era que se había dado cuenta de que no le importaba nada lo que intentaran hacerle.

Estaba profundamente enamorado de la futura madre de su bebé y a pesar de tener que beber sangre y convertirse en lobo las noches de luna llena, hacía años que no se sentía tan normal.

Hundió la cara en el cuello de Bella. Besó su cálida piel y ella, en lugar de darle una palmadita en el muslo y darse la vuelta, como había hecho durante las últimas semanas, acercó su cuerpo al de él.

¡Premio gordo!

La amaba. La amaba. Y entendía que el embarazo pudiera resultarle duro a una mujer, incluso a una mujer tan fuerte como Bella. Pero había pasado mucho, mucho, tiempo y era... no humano.

—Bueno, ¿esto es oficial o solo vas a darme esperanzas para después quitármelas otra vez? —sonrió contra su cuello y le dio un mordisquito a su mandíbula para que ella supiera que estaba bromeando. Pero además, acercó su miembro excitado a su cadera para que supiera que también estaba hablando medio en serio.

Bella se rio, un sonido extrañamente delicado viniendo de una criatura tan oscura.

—Si te lo dijera ahora, estropearía la diversión.

—Eres una perra malvada, ¿lo sabías?

Deslizó una mano sobre su cuerpo y fue subiendo el satén blanco de su camisón poco a poco para dejar ver la piel color aceituna que cubría sus muslos. La recorrió con los dedos desde la cadera hasta la rodilla y observó su cara para ver su reacción.

—¿Sientes algo?

Ella gimió un poco y asintió haciendo que Max se sintiera aliviado.

El accidente de coche que la había paralizado mientras iban detrás de Oráculo la había dejado sin sensibilidad de cintura para abajo. Los médicos que la habían examinado en Italia le habían advertido que esa pérdida podía ser permanente y a Max, estúpido como hombre que era, solo le había preocupado que no pudiera volver a tener relaciones sexuales. Sabía que no querría vivir una vida condenada a la carencia de sexo, de eso estaba más que seguro.

Por suerte, ya habían descubierto que eso no sería un problema para ella.

Después de separarle las piernas delicadamente, le levantó el camisón hasta la cintura. Los dedos de Bella rápidamente desabrocharon el botón y la cremallera de sus vaqueros y enseguida estuvo entre sus suaves y cálidas manos. Casi ese ligero roce fue suficiente para hacerlo llegar al éxtasis, después de tanto tiempo.

—Necesito estar dentro de ti —gimió y ella le susurró al oído que pensaba lo mismo.

Max se tendió sobre ella y lentamente se adentró en su cuerpo, centímetro a centímetro, tan despacio que tuvo que apretar los dientes para evitar hundirse en ella con brusquedad. Hizo uso de mucha más fuerza de voluntad de la que creía que tenía para hacer caso omiso a la voz de Bella, que le suplicaba que fuera más deprisa. Pero no, de ningún modo iba a estropearlo, no después de lo que había esperado. En unos instantes más ya estaría en casa, rodeado por su dulce cuerpo. Lo único que necesitaba era una infinita paciencia...

Pero una voz y un violento golpe a la puerta hizo que todo se detuviera de un frenazo.

Necesitaba una infinita paciencia... y que toda su familia política muriera en una horrible explosión que hiciera que la pintoresca campiña italiana se viera salpicada de fragmentos de cuerpos.

—Oh, no —exclamó Bella en voz baja—. Mi padre quiere verte.

—¿Ahora?

Se suponía que el italiano era el idioma del amor. ¡En él no deberían existir palabras que impidieran un placer sexual inminente!

Bella le dirigió una mirada compasiva y él se apartó con reticencia, recordándose con firmeza que los hombres no lloran.

—Está bien. Di que ya voy.

Si había algo que había aprendido sobre la vida en una manada, era que cuando el cabeza de familia llamaba, respondías, o de lo contrario... de lo contrario, nada. Respondías y punto.

Bella gritó algo y los golpes en la puerta cesaron.

—Deberías darte prisa. Últimamente no está muy simpático.

—Me pregunto por qué —murmuró Max, bajándole su camisón para que estuviera decentemente cubierta otra vez. Dejó la mano posada sobre su abdomen por un momento, ese abdomen que antes había sido plano y que ahora se curvaba en un leve abultamiento. Costaba imaginar que ahí dentro pudiera entrar una persona, incluso una tan diminuta como el camarón que había visto en la ecografía.

Se levantó y se subió la cremallera de los vaqueros con la esperanza de que su erección bajara pronto. Nada cabreaba más a un hombre que ver la prueba física de que acababas de estar haciendo el amor con su hija.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Bella se estiró su camisón y se tocó el vientre, tal y como había hecho Max.

—Dile a mi prima que venga. A lo mejor voy a dar un paseo.

Max enarcó una ceja.

—Está bien, me llevaré la silla de ruedas —dijo Bella con una carcajada antes de tirarle una almohada mientras él salía por la puerta.

El hombre que esperaba fuera era un tipo delgado y moreno que llevaba una camiseta desteñida de Van Halen; un miembro de rango inferior de la manada que hacía las funciones de mensajero de la familia. Por lo que Max sabía, esos recaderos

y mensajeros o no estaban emparentados con la manada o eran miembros de la familia deshonrados y se preguntó cuánto le faltaría a él para acabar siendo uno de ellos.

—Ve a buscar a una de las primas de Bella. Quiere tener compañía.

El hombre dijo algo que Max entendió como un sonido afirmativo y se marchó dejándolo solo.

No era que a Max no le cayera bien el padre de Bella. Después de todo, le había proporcionado un refugio seguro y le había dejado quedarse junto a Bella. Ya solo por eso le debía gratitud eterna. Pero el hombre lo sabía e iba a exprimir ese cupón de la eterna gratitud todo lo que pudiera. También había dejado claro que Max se quedaría allí a modo de prueba y que podían darle una patada a su trasero de medio hombre lobo en cualquier momento.

La casa... o la «guarida», como decía la manada... era la clase de lugar que le hacía arrepentirse a Max de no haber administrado mejor su dinero para poder tener una igual para él solo. Claro que no podía decir que su casa de Chicago estuviera desvencijada, pero ese lugar hacía que su ático pareciera un edificio declarado en ruina lleno de gatos enfermos. Estaba construida sobre un acantilado con vistas al lago Lugano. Desde el camino parecía una villa estilo romano y, por lo que Max sabía, la casa se remontaba a la época romana. Sin embargo, por dentro, era mucho, mucho, más grande, la punta de un iceberg tallado en la cara del acantilado.

La mayor parte del tiempo no podías saber que estabas bajo el suelo debido a las ventanas que daban al lago, pero la planta baja no tenía ventanas y las paredes eran de roca. El padre de Bella tenía sus salas de reunión en esa parte de la casa y no había ascensores, así que Max tuvo que bajar ocho tramos de escaleras para llegar al lugar donde se dirigía. La sala de reuniones del líder de la manada era una especie de sala del trono, con guardias en las puertas y todo ese rollo medieval.

Dio su nombre y esperó a que le permitieran la entrada.

Las columnas de mármol que flanqueaban la entrada eran los últimos elementos de ornamentación añadidos. La sala de reuniones era una cueva, aunque Max no sabía si era natural o si habían volado esa parte del acantilado para acomodar ahí al líder de la manada. El mobiliario era confortable, moderno y muy europeo, pero todo el lugar olía a la humedad que goteaba por las paredes.

—Ah, Maximilian —el amo de la manada estaba de pie en mitad de la sala con su elegante traje sastre intentando parecer estar complacido de ver al novio vampiro de su hija.

«Lupin», se recordó Max, antes de sacar de un golpe esa palabra de su vocabulario mental tal y como le había enseñado Bella. «Mestizo entre vampiro y hombre lobo».

—Amo de la manada —respondió él—. ¿Quería verme?

Una educada sonrisa contrajo el rostro del hombre mientras cruzaba la habitación. Se parecía a Bella, pero al mismo tiempo era muy distinto. Ella había heredado los

exóticos ojos de su padre, aunque los suyos eran dorados y los de él negros. Su cabello era tan oscuro como el de ella, pero ondulado y blanco en las sienes. Tenían los mismos gestos, cosa que debía de ser genética, y la misma gracilidad y elegancia que Max había pensado, equivocadamente, que poseían todos los hombres lobo.

—En efecto, quería verte —dijo el hombre acercándose—. Y llámame Julián. Ahora somos familia, ¿verdad?

—Verdad —asintió Max.

Se mostraría de acuerdo con cualquier cosa que Julián dijera porque llevarle la contraria podría suponer un destierro y un destierro podría suponer estar apartado de Bella para siempre. No quería arriesgarse a que eso sucediera.

Julián olfateó el aire delicadamente. Su expresión se endureció por un momento, y después una máscara de oportunismo heló su rostro y volvió a mostrar falsa cordialidad.

—¿Y cómo está mi hija?

Era un enfermizo y pequeño placer saber que el hombre la había oído en él, porque era como tener una bandera que agitar gritándole al hombre: «¡Ahora es mía!».

—Feliz. Más feliz de lo que creo que ha estado en mucho tiempo.

Julián asintió.

—En ese caso, iré directo al grano —ni siquiera le había dicho a Max que tomara asiento—. Debes volver a Estados Unidos. Mañana.

Max casi se atragantó con el torrente de insultos e improperios que se acumularon en su garganta, pero lo único que logró decir fue:

—¿Por qué?

Con una sonrisa comprensiva, Julián sacudió la cabeza.

—No para siempre. No desesperes. Pero la niña que mi hija lleva dentro es un arma, como habéis dicho. Y es muy probable que el hombre que desea esa arma la reclame.

Mierda. Claro, el Devorador de Almas seguía ahí fuera. Y seguía siendo un maldito cabrón que querría ponerle las manos encima a Bella.

—Tengo amigos en Estados Unidos que están ocupándose de todo eso.

—Maximiliam, ¿puedo ser sincero contigo? —le preguntó Julián, como si no lo estuviera siendo ya.

Max se preparó para lo que fuera que el hombre iba a decirle a continuación; probablemente algo que no querría oír.

—No eres uno de nosotros. Mi hija siente algo por ti y lo que sea que haya entre los dos es suficiente para que te ganes mi piedad. Pero me preocupa la seguridad de Bella, me preocupa que no sea feliz.

Se detuvo, como si estuviera meditando sus siguientes palabras.

—No te recordaré la responsabilidad que tengo para con la manada ni las consecuencias que recaerían sobre ellos si el Devorador de Almas viniera tras el

bebé.

«Pues acabas de hacerlo», pensó Max irritado, y dijo:

—Comprendo tu preocupación, pero Jacob no puede utilizar a nuestra hija hasta que se convierta en un dios. La quiere por su destino y supongo que ese destino no entrará en juego hasta que la niña esté en la guardería, por lo menos, ¿no? Mientras tanto, no comprendo por qué tengo que dejar a Bella cuando más me necesita. Quiero decir, no hay nadie en esta manada que pueda luchar más de lo que yo lucharía por mantenerla a salvo.

El rostro de Julián se quedó petrificado.

—No creo que eso sea correcto.

Max se recordó que no había ido allí a discutir, pero no dejaría atrás a Bella.

—No. Si me voy, ella se viene conmigo.

—Maximilian, esto no es permanente.

Julián se rio como si la decisión ya estuviera tomada y Max fuera tan estúpido de no haberse dado cuenta.

—Si dices que este vampiro no estará interesado en mi nieta hasta después de convertirse en un dios, entonces te creo. Pero deseo que veas que incluso se le impedirá esa pequeña victoria. Si es derrotado y tú sobrevives, entonces serás bienvenido para volver al lado de mi hija.

Ahí estaba. Estaban echándolo con la esperanza de que no volviera.

—Ya no soy un vampiro. Soy un hombre lobo. Un mestizo —añadió rápidamente—. ¿Cómo sabes que alguien aún va a querer incluirme en sus planes?

Julián extendió las manos y sonrió, como si supiera que tenía a su presa acorralada. No, acorralada no, servida en bandeja.

—Confío en que seas capaz de encontrar un lugar en esta batalla. Además, ¿no acabas de decir que lucharías más que nadie por mantener a mi hija a salvo?

Max no tuvo respuesta para eso.

—Tu avión saldrá mañana por la mañana. Intenta darle la noticia a mi hija con delicadeza.

Y con eso se marchó y dejó a Max solo en la cavernosa habitación.

¿Cómo iba a decirle a Bella que su padre lo enviaba fuera para morir?

«Por otro lado...», pensó mientras volvía furioso hacia el dormitorio, «está claro que Nathan y Carrie van a involucrarse. Y si Julián me ha dicho esto es porque algo está pasando».

No podía dejar que sus amigos terminaran lo que él había ayudado a empezar. Pero tampoco podía dejar a Bella.

Claro que ya sabía lo que ella le diría cuando se lo contara: «Vamos, ve a ayudarlos, ve a donde te necesiten. Ve y sé el guerrero que tienes que ser». Era un buen argumento para no decírselo.

Y el argumento para decírselo era que la respetaba. No tenía sentido, teniendo en cuenta que apenas unos meses antes le habría gustado clavarle un destornillador en el

oído, pero ahora era la madre de su hija... además del amor de su vida. Incluso los recuerdos de su Creador habían empezado a desvanecerse desde que se había dado cuenta de lo mucho que amaba a Bella. Tenía que decirle por qué se marchaba, porque no podía mentirle.

Llegó al dormitorio justo cuando salían dos de sus tías.

Le lanzaron unas miradas furtivas cuando entró y una de ellas murmuró algo, probablemente una queja porque no había llamado a la puerta, pero al mismo tiempo parecieron quedarse aliviadas. Estaba empezando a creer que su reubicación había sido una decisión de grupo.

Bella estaba en el balcón, aún vestida con su camisión blanco, pero envuelta en un albornoz igual de impoluto. Llevaba su espeso cabello negro suelto, que le caía a ambos lados de la cara y sobre los hombros.

—El viento del lago es frío —dijo Max, y ella no se sobresaltó ante su repentina presencia.

—Me gusta estar al sol. Y el frío no me molesta —rodeó su vientre con sus manos en un gesto protector y le sonrió—. Y ella está muy calentita aquí dentro.

«Pues ella estará muy mal si su madre muere de neumonía», pensó Max, aunque no lo dijo. No quería estropear discutiendo la que podría ser su última noche juntos.

—Escucha, tengo que hablar contigo sobre algo.

—¿Ah, sí?

Con elegancia, Bella señaló la tumbona que había junto a la barandilla.

Max la colocó junto a su silla de ruedas, aunque no estaba seguro de poder llegar a estar lo suficientemente cerca de Bella. La idea de pasar las mañanas alejado de ella, de no despertarse con su preciosa sonrisa, con su cálido aroma a limpio... Dejó de lado esos lúgubres pensamientos.

—Ya sabes que sigue ahí fuera.

—¿Quién?

Mejor hacerlo de prisa, como cuando se quita una tirita.

—El Devorador de Almas. Sigue ahí fuera y va a seguir adelante con el ritual que lo convertirá en un dios.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —la voz de Bella parecía de acero, era como si estuviera segura de que podía hacer desaparecer el pasado de Max—. Ya no eres uno de ellos. No tiene por qué preocuparte.

Él sonrió y le apartó unos mechones de la cara. La primera vez que la había visto, ella llevaba el pelo recogido. Siempre lo llevaba así, apartado tanto de la cara que su piel parecía demasiado estirada. Le había dado aspecto de mujer dura, y lo era, para las personas que no la conocían. Pero ahora Max la conocía y podía ver que estaba asustada por él y por su hija y que era tan vulnerable como él sabía.

—Tienes razón. No soy uno de ellos, pero una mitad de mí sí lo es —le recordó y le puso las manos sobre el vientre—. Y ella también. No quiero correr el riesgo de

que sus matones vengan a por ti. Voy a volver a Estados Unidos para solucionar todo esto.

Bella levantó la cabeza bruscamente para mirarlo.

—¿Vas a dejarme aquí?

—No voy a meterte en una zona de guerra. Lo siento.

Max miró a otro lado, hacia la vasta extensión de negra agua del lago.

—Si no voy y él se convierte en un dios, estaría aquí intentando protegerte de un dios. Si voy y podemos vencerlo, estaré alejado de ti, sí, pero estarás a salvo.

—Mi padre te ha obligado.

A Max le resultó tentador decirle: «Sí, tu padre es un auténtico capullo y me manda a luchar contra el Devorador de Almas sabiendo que tengo muchas probabilidades de no volver». Pero ¿de qué serviría eso? Tendría que marcharse de todos modos, podría morir, y entonces Bella estaría furiosa con su padre, la única persona que tenía poder para protegerla.

—No me ha obligado. Juntos hemos llegado a esta conclusión —le removía las entrañas tener que dejar bien al hombre mediante una mentira, pero aun así continuó—: Además, sabes que Nathan y Carrie estarán involucrados. Me necesitarán.

—Sí es que siguen vivos —dijo ella bruscamente antes de suavizar su expresión—. Lo siento. No quería pensar en alto. Pero no sabes ni dónde están ni cómo les fue en su misión. Y no puedes hacer esto solo.

Se quedaron sentados en silencio mirando al lago. Se había levantado viento y el cabello de Bella se agitaba contra su cara.

—Vamos dentro —le dijo Max en voz baja y, antes de que ella pudiera discutirlo, la levantó en brazos.

—Tienes razón. Tienes que ir —le dijo cuando la dejó sobre la cama—. Abandonar a tus amigos iría contra todo eso en lo que crees. E iría contra lo que yo creo que haría el hombre con el que estoy.

Max se tumbó a su lado, le tomó las manos y miró la suya con el ceño fruncido al ver lo grotescos que resultaban sus dedos amputados y sus cicatrices contra la perfecta piel de ella.

—Me alegra que tengas tanta fe en mí, porque preferiría quedarme a tu lado.

Ella besó las manos de Max.

—No. Tú irías allá donde tus amigos te necesitaran.

Quiso discutir ese punto, pero Bella abrió la boca y acarició con su lengua uno de sus dedos. Se rio ante el gemido de él y lo soltó antes de comenzar a acariciarle el pecho y levantarle la camiseta.

—¿Vas a terminar lo que empezamos antes? —preguntó Max, intentando no perder la esperanza en su voz—. Porque de lo contrario, esto que estás haciendo sería muy cruel.

Los dorados ojos de Bella resplandecieron mientras colaba los dedos entre la cinturilla de los vaqueros de Max.

—No puedo dejar que te vayas sin una apropiada despedida.
Y él no pudo decir que no estuviera de acuerdo.

Capítulo 3

Resucitado

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Era imposible. Ziggy estaba muerto. Yo lo había visto morir... ¿o no? Nathan me había dicho que estaba muerto, pero nunca lo comprobé. Aun así, era imposible que hubiera sobrevivido a las heridas. Ningún humano podría haberlo hecho.

«Por favor, Dios, no».

Nathan me quitó el teléfono de mis temblorosas manos. Podía oír a Ziggy gritar:

—¿Sigues ahí? ¿Hay alguien ahí?

Nathan también lo oyó.

Me cubrí la boca y la nariz con ambas manos y lo miré con los ojos como platos. Lentamente, él se llevó el teléfono al oído. Observé su cara mientras escuchaba. Primero estaba de pie delante de mí, con el teléfono en la mano y escuchando la voz de su hijo muerto implorándole que hablara con él. Al segundo, le fallaron las rodillas y cayó al suelo. Se aferró al teléfono como un hombre ahogándose se aferra a los restos flotantes de un naufragio, incapaz de creer lo que estaba pasando, aterrizado.

Las súplicas de Ziggy desde el otro lado de la línea cesaron.

Mi respiración entrecortada solo sirvió para aumentar el tenso silencio y capté el diminuto susurro de Ziggy diciendo:

—¿Papá?

Los labios de Nathan se contrajeron en una especie de mueca o sonrisa, no sabría decir qué, mientras los hombros le temblaban y se cubría los ojos con la mano entre sollozos silenciosos.

—Estoy aquí —logró decir con la voz estrangulada.

—No llores. Por favor, Nate, no llores —supe que a Ziggy le estaba costando seguir sus propias instrucciones.

Las emociones de Nathan lo embargaron hasta el punto de no poder contenerlas y dejar que me invadieran a mí. Nunca me había parado a imaginar lo que sentiría si alguien a quien quisiera y estuviera muerto, mis padres por ejemplo, pudiera de pronto volver a mi vida. Pero saber exactamente cómo era sentir eso, sentir un alivio tan intenso que podía atravesar la cascada de dudas, esperanza y miedo, no era una bendición. Era una carga. Retrocedí unos pasos hasta una de las sillas y me dejé caer.

Nathan respiró hondo, pero las lágrimas nublaban su voz.

—¿Dónde estás?

No oí la respuesta de Ziggy, pero sentí cómo cambió la emoción de Nathan. Tenía miedo. Estaba aterrizado.

—Tienes que salir de ahí ahora. El Devorador de Almas estará buscándome. No quiero que te encuentre a ti en mi lugar.

—¿Está en el apartamento? —susurré.

Claro, habría ido ahí. Aunque, ¿por qué no había vuelto a casa antes?

—No me importa que creas que puedes apañártelas solo, ¡sal de ahí ahora! —gruñó Nathan. Resultó un poco cómico cómo cambió a actitud de padre tan rápidamente.

Algo horrible se posó en lo más hondo de mi mente; un pensamiento terrible que no parecía dispuesto a salir a la superficie, como si yo no estuviera preparada para saberlo.

—Nathan...

—Voy a darte indicaciones para que vayas a un lugar donde podamos reunirnos. Me ignoró.

—¿Qué quieres decir con que no puedes venir ahora mismo?

—Nathan, algo no va bien —alargué la mano—. Cuelga el teléfono.

Cubrió el teléfono con la palma de la mano.

—¡No, no voy a colgar! —volvió a ponerse el teléfono en el oído—. Quédate donde estás, voy a buscarte.

Lo vi aterrorizado cuando colgó. No se oyó ni un adiós. No podía decirle adiós a su hijo cuando ya lo había hecho una vez y de forma permanente.

Girándose hacia mí, dijo con más brusquedad de la que probablemente pretendía:

—Quédate aquí. Tengo que buscar a Ziggy.

Cuando pasó por mi lado sin esperar a que le respondiera, lo agarré del codo.

—¡Nathan, espera!

—¿Qué? —apartó el brazo con brusquedad. Me dolió ver la impaciencia en sus ojos, sabiendo que tendría que decirle que me parecía una trampa.

—Creo que algo no va bien. ¿Por qué no se ha puesto Ziggy en contacto con nosotros antes? —no estaba segura de que no fuera Ziggy, pero tampoco estaba segura de creer que lo era—. ¡Por favor, piensa en ello!

—¡Aquí lo único en lo que hay que pensar es en que mi hijo está vivo! —subió las escaleras hasta el segundo nivel de la biblioteca donde estaban las puertas.

Lo seguí.

—¡Exacto! ¿Por qué crees que está vivo? Había otros dos vampiros en la habitación además de nosotros cuando Ziggy murió. ¿Por qué crees que está vivo ahora?

—¡Lo sé!

Se giró y me choqué contra él. Aunque él ni se inmutó; estaba demasiado centrado en el tiempo que estaba perdiendo.

—¿Crees que no me he dado cuenta cuando he oído su voz? Pero tengo que ir, Carrie. ¡Es mi hijo!

Eso no podía discutírselo, aunque seguía sin tener sentido. ¿Por qué ahora, después de todo este tiempo?

—Por favor, no vayas. Hay otras formas de contactar con él. Pero ir allí solo cuando no sabes dónde ha estado o qué ha estado haciendo... es una locura, Nathan.

—¿Crees que va a traicionarme? —su expresión se volvió más fría de lo que creía posible—. ¿Crees que mi hijo va a apuñalarme por la espalda?

—Creo —comencé a decir eligiendo mis palabras con cuidado—, creo que sabes tan bien como yo lo que puede hacer en un Iniciado la influencia de un Creador. Recuerda que Dahlia estaba en alguna parte de los jardines y que estaban convirtiéndola. Habría estado demasiado débil como para crear otro vampiro. Cyrus no lo convirtió, yo lo habría visto en sus recuerdos cuando lo creé a él. Así que eso nos deja al Devorador de Almas. Tú mismo has dicho que te obligó a hacer cosas que no querías hacer.

Una batalla entre agonizante rabia y aceptación se libró durante unos segundos en los ojos de Nathan. Recé porque ganara el sentido común, pero algún instinto primario de protección lo hizo maldecir y salir de la habitación.

Estaba desesperada. No quería que fuera con Ziggy, podían matarlo. Y no quería a otra persona en la vida de Nathan.

«¿Estás oyendo lo que estás pensando?», me reprendí. «Es su hijo. ¡Su hijo!».

Pero no me importaba. Lo único que me importaba era la tristeza, la aplastante tristeza que sentía al pensar en que él elegiría a alguien, a otra persona, por encima de mí. Desconocía de dónde salía ese sentimiento y sabía bien que no debía justificarlo. Estaba comportándome como una niña, lo sabía, pero no podía evitarlo.

Alcancé a Nathan en el vestíbulo. No me miró y se centró en abrir el armario de los abrigos y rebuscar en él.

—Tengo que ponerme en camino.

—¿En camino?

Miré la ventana cubierta con los postigos.

—En cuanto reúna algunas cosas. No quiero marcharme desarmado —sacó un arco, una de las armas que habíamos pasado en las fronteras ocultas en una rueda de repuesto—. Voy a buscar a Ziggy.

Contuve las ganas de decirle una última vez que no fuera. Tenía que ponerle freno a esos ridículos celos. Había perdido a Nathan una vez, de acuerdo, probablemente en infinidad de ocasiones ya, y no me apetecía volver a pasar por ello.

—Me ha pedido que me reúna con él. En Grand Rapids. Te pediría que vinieras, pero como has dicho, podría ser...

—¿Una trampa?

—Mi hijo está vivo y voy a ir a buscarlo —su mirada era dura y me retaba a seguir enfrentándome a él.

Pero no respondo bien a los retos.

—¡No seas estúpido! Nathan, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Por qué no se ha puesto en contacto contigo antes? Sabes que si vas tras él, acabarás muerto. ¡No estás pensando!

—¡No! ¡El problema es que no estoy pensando en ti! —soltó el arco, que rebotó con un sonido metálico contra el suelo de mármol—. Estás cabreada porque por un momento no estoy centrado en ti. ¡He sido Carriemático desde la primera noche que nos vimos! ¿Cuánto más esperas que siga colgado a ti mientras tú me castigas?

—¿Castigarte? —la estridencia de mi voz me sorprendió—. ¿Por qué estoy castigándote?

—¡No lo sé! Pero desde que viniste a Chicago con Max no has hecho más que castigarme. Lo siento, ¿de acuerdo? ¿Pone eso fin a esta necia venganza que tienes contra mí? Siento no haber podido amarte a primera vista y dejar de lado los recuerdos de mi esposa y renunciar al amor hacia mi hijo. ¡Siento no haberme entregado a ti por completo cuando querías!

—¡No se trata de eso!

Lo seguí mientras entraba en la cocina y agarré la puerta justo antes de que me golpeará en la cara.

—¿Qué te he hecho?

Se giró, tenía el rostro contraído de ira.

—¡Te acostaste con Cyrus! No soy idiota y puedo leer tu mente. Te acostaste con él mientras yo estaba poseído y después te marchaste a Chicago porque creías que necesitábamos estar un tiempo separados. Y cuando vuelvo dispuesto a decirte que sí, que te quiero y que quiero estar contigo, ¡tú vas y te conviertes en su Creadora!

—¡No tuve elección!

Creía que habíamos dejado de discutir por Cyrus, pero el repentino regreso de Ziggy de la tumba parecía haber abierto toda clase de viejas heridas.

Sabía lo que iba a decirme antes de que pronunciara las palabras.

—Lo hiciste porque querías. Te desesperas cuando el centro de la vida de alguien cambia y te excluye a ti y harás lo que sea por recuperar ese lugar. Si estás lanzándome constantemente en dos direcciones, suplicándome que esté contigo y después apartándome, así siempre me tienes pendiente de ti —bajó la voz en medio del silencio ensordecedor de la habitación—. Te he ayudado cuando nadie más podía. Te he ayudado a superar tu Cambio. Te he ayudado cuando me diste la espalda para marcharte con Cyrus, y eso me costó la vida de mi hijo. Incluso te he ayudado a llorar a su asesino. Nunca te he pedido nada a cambio, pero estoy segurísimo de que, aunque lo hiciera, jamás me darías nada. Así que voy a dejar de centrarme en ti para ir a buscar a mi hijo y traerlo aquí, donde estará a salvo, conmigo. Puedes ponerte lo celosa que quieras. Puedes odiarme. Pero no voy a darte nada más.

Fue hacia la puerta con una furia ciega y determinación, y se marchó.

Quería salir corriendo tras él, gritarle, pero no para advertirle del peligro o para decirle que yo había tenido razón en la discusión. Porque solo con mencionar a Cyrus el lazo de sangre que yo había tenido con él se había abierto y al otro lado no había habido nada. Cyrus estaba muerto, perdido en el mundo azul acuoso adonde iban los vampiros cuando morían. Era físicamente doloroso, como un nervio seccionado

estirándose para reconectarse con su extremo perdido. Ese dolor, unido a la inquietud que ya estaba tomando forma en mi interior, me dejó impactada. Tuve que agarrarme a la barandilla para no caerme por las escaleras. Todo iba mal. Era surrealista.

Entré en el dormitorio y miré las cortinas, la cama, la televisión. ¿Cómo se atrevían esos objetos a existir mientras que yo tenía tanto dolor? ¿Cómo se atrevían esas cortinas a colgar con tanta perfección y a agitarse casi con alegría con la brisa del aire acondicionado?

La última vez que había estado en Chicago, me había alojado con Max mientras curaba mi corazón roto por Nathan. En aquel momento también había estado llorando, llorando por mi relación acabada con Nathan y llorando aún por la pérdida de mi vida normal. Y había sido ahí, en esa misma habitación, donde había llamado a Cyrus y había oído su voz.

Jamás volvería a verlo. Jamás volvería a oír el modo en que su suave y culto acento envolvía mi nombre en una especie de pecaminosa oración. No volvería a sentir su cuerpo contra el mío. Pero era más que una conexión sexual. Nunca había sido capaz de hacer las cosas que había deseado hacer cuando estaba vivo. Quería sentarme y soñar con un futuro con él, quería tumbarme en sus brazos y sentirme segura.

Y quería a Nathan.

Jamás dejaría de desear una vida a su lado. Estaba dividida en varias direcciones a la vez y quería demasiadas cosas que ni siquiera podría haber tenido en unas circunstancias perfectas. Y eso me enfureció más de lo que nunca lo había estado.

El dolor y la rabia crecieron dentro de mí, obligándome a abrir la boca en un silencioso grito. El pecho se me contrajo y solo me permitió expulsar un diminuto suspiro que fue creciendo a medida que el dolor profundizaba hasta convertirse en un chillido. Corrí hasta las cortinas para arrancarlas. Se rasgaron con facilidad, con demasiada facilidad, y me giré hacia la cama. Tiré la colcha, la hice trizas con mis dedos y aparté del colchón la manta y las sábanas. En todo momento estuve gritando, el pecho se me derrumbaba, el corazón se me rompía. Nunca terminaría. Sentiría esa horrible sensación para siempre, estaba segura.

Las manos me temblaban por la fuerza de las emociones que se habían desatado dentro de mí y puse la frente contra la moqueta, sintiendo mi frío aliento rebotando contra mí para enfriar las lágrimas de mis mejillas.

Ahora había algo más que mi dolor en lo que pensar. Las palabras de Nathan me habían hecho daño. No porque las hubiera dicho con tanta rabia, sino porque cada una de ellas era cierta. Yo era una egoísta, estaba celosa, pero nunca me había dado cuenta de hasta qué punto.

¿Me había acostado con Cyrus aquella noche en la furgoneta porque estaba verdaderamente afectada por lo de Nathan, que yacía poseído por su Creador en la cama? ¿O lo había hecho porque sabía, en alguna oscura parte de mi corazón, que se recuperaría y que todo ese asunto tan desagradable saldría a la luz? Y cuando eso no

había sucedido, por lo menos, no directamente, me había marchado con Max y también había estado a punto de acostarme con él.

Y cuando ninguna de esas dos cosas había funcionado, cuando de todos modos Nathan había estado a punto de darme lo que creía que yo había querido de él, yo había convertido a uno de sus peores enemigos en mi Iniciado y lo había llevado a su casa.

Y mientras, lo había acusado de no ser comprensivo, lo había culpado por complicarme la vida. Dios mío, ¿alguna vez me había responsabilizado de mis propios actos? ¿Alguna vez en toda mi vida?

Hundí la cabeza en mis manos y dejé que las lágrimas salieran mientras me atormentaban con recuerdos de la bondad de Nathan. Cuando me había alejado de él, él me había buscado. Cuando yo había destruido las cosas entre los dos, una y otra vez, él siempre había estado dispuesto a reconstruirlo. Y había abusado de eso, presionando cada vez más, intentando presionarlo hasta llevarlo al límite.

Y finalmente él había estallado. Yo lo había arrastrado hasta ese punto. Lo había lanzado a una trampa porque no había podido dejar de estar sumida en mi propio drama para apoyarlo a él en el suyo.

Sonó el portero automático y levanté la cabeza bruscamente. Corrí hasta el vestíbulo, pulsé el botón del interfono y hablé, sin importarme lo desesperada que sonaba mi voz.

—¿Nathan?

—No, soy Bill —sonó como si estuviera avergonzado—. Me he dejado la nevera. ¿Puedo subir a recogerla?

—Sí, claro.

Solté el botón mientras los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Nathan había caído en una trampa, de eso estaba segura, y había llegado el momento de dejar de ser una egoísta.

Empecé a escribirle a Max una nota explicándoselo todo, por si volvía.

Había llegado el momento de salvar a Nathan, para variar.

* * *

—¿Y bien? —Dahlia dio una patada al suelo. Llevaba esas estúpidas zapatillas de estar por casa con la bolita de plumas en la parte delantera, como si fuera una estrella de cine antiguo.

Ziggy cerró su teléfono.

—Quiere que nos reunamos en un lugar seguro.

Dahlia resopló y levantó un cojín del sillón que estaba rajado. Probablemente había sido con un cuchillo. O tal vez con una garra. La idea de que esos monstruos fueran allí y lo destrozaran todo... Había sido muy duro volver, y ver el lugar al que había llamado «hogar» abandonado y destruido lo empeoraba todo. Y con Dahlia ahí. Era como traicionar a Nate antes de traicionarlo de verdad.

«No es una traición», pensó furioso y sintiendo la repentina necesidad de secarse las lágrimas de los ojos. Parpadeó para contenerlas. No era una traición. Tenía la palabra de Jacob. Lo único que tenía que hacer era reunirse con Nate solo para hablar. No le harían daño. Y después él sería libre y todo volvería a ser como antes.

Con la diferencia de que ahora era un vampiro.

—Este lugar estaba mucho mejor la última vez que estuve aquí —dijo Dahlia colocando el cojín sobre el sillón antes de sentarse—. Ya sabes, cuando intenté matar a tu padre.

—Ya. Ya me acuerdo —apretó los puños. Quería matarla, llevaba tiempo queriendo hacerlo. Contuvo su ira porque eso lo convertía en un monstruo y había sido el monstruo de Jacob durante demasiado tiempo—. Larguémonos de aquí.

—¿Qué? ¿No quieres sentarte y recordar viejos tiempos? ¿No quieres ver tus cosas? —se detuvo para mirar a su alrededor con gesto dramático—. Oh, vaya... no parece que quede mucho.

No se le daba tan bien hacerle daño como ella pensaba.

—Cierra la boca y vámonos de aquí.

—No, tengo curiosidad. Me pregunto cuánto tardó en traerla aquí después de que te fueras —se rio—. Así que, dime, ¿tienes celos de ella? ¿No esperarás que me crea que no estabas coladito por tu papaíto?

Antes de que Dahlia pudiera moverse, Ziggy ya tenía la mano alrededor de su cuello. Tal vez ella hacía magia, pero la magia no funcionaba tan bien cuando te habían arrancado la cabeza del cuello.

—Si vuelves a decir eso, te mato.

La lanzó al otro lado de la habitación como si fuera una muñeca. Tenía sus ventajas tener un Creador poderoso; unas ventajas que deseaba no tener que conocer.

Dahlia tosió y se limpió la sangre de los labios mientras se levantaba.

—Jacob jamás lo permitirá. Puede que seas su favorito, pero yo tengo el poder. Me necesita.

—Eso es genial, Dahlia. No me dejará matarte porque eres una herramienta que puede usar. Debes estar muy orgullosa. Y, por otra parte, ¿por qué no te deja matarme? —eso la hundiría. Jacob apenas había hablado con ella más que para darle órdenes desde que había renunciado a lo de esa estúpida poción. Y Dahlia lo odiaba por ello—. Mueve ese trasero gordo. Nos vamos.

Ella se movió entre los libros y el mobiliario rotos.

—Está bien. De todos modos aquí no hay nada que quisiera quedarme. Esa zorra solo llevaba ropa vulgar y corriente.

—Vale, Dahlia.

Abrió la puerta y Ziggy resistió las ganas de darle una patada y tirarla por las escaleras.

El coche estaba esperándolos y el conductor estaba apoyado contra la puerta. Ziggy pensó por primera vez en la cantidad de sirvientes humanos con los que se

relacionaba cada día y en cómo nunca había sabido sus nombres. ¡Pero si ni siquiera los miraba o se preguntaba cómo demonios había empezado a trabajar para vampiros!

—¿Vas a abrirme la puerta o vas a quedarte ahí mirando? —Dahlia le dio un empujón a Ziggy y agarró el tirador—. A veces me das asco.

«No la mataré. No la mataré», se repitió durante todo el camino mientras apoyaba la frente en la ventanilla.

Grand Rapids le parecía vacío y extraño. Y todo ello por saber que Nate ya no estaba allí, que se había marchado incluso después del mensaje que le había pedido a Max que le diera.

«Vuelvo a casa. Espérame. Estaré allí en cinco días». ¿Tendría que haber sido más claro? Sabía que Max no era un tipo que olvidara algo tan importante, al menos se lo habría mencionado. «Eh, por cierto, tu hijo muerto no está muerto». Pero entonces, sabiendo que su hijo estaba vivo, sabiendo cómo era Jacob, ¿por qué Nate no lo había esperado?

Dahlia seguía hablando y hablando sobre alguna estupidez.

La boca de la chica nunca dejaba de moverse. Cuando estaba en su presencia, solía decirle «eres un maricón» o «eres una nenaza». Él podía ignorarlo con facilidad e incluso había logrado hacerla callar durante unos cuantos días cuando le dijo que se había acostado con Cyrus y que eso hacía que el primer amante vampiro que ella había tenido también fuera homosexual.

El coche se detuvo junto a South Beltline, en la 37, y giró a la derecha en un punto donde la carretera se convertía en una de dos carriles. Pasaron por delante de algunas pequeñas casas de estilo rancho con piscinas y columpios en los jardines. Allí vivía gente. Allí vivían niños. Tenían el mal tan cerca y eran ajenos a su presencia. Reprimió un escalofrío al pensar en esa gente y en lo que les sucedería si a Jacob se le antojaba algún sádico capricho de jugar con ellos.

Y lo haría, con el tiempo. Siempre encontraba alguna diversión nueva. «Vamos, ven a jugar conmigo, mi hijo favorito», le susurraba y ese juego siempre era algo que hacía que Ziggy se sintiera sucio y utilizado. A Jacob le gustaba mirar.

—¡Pero si ni siquiera estás escuchándome! —Dahlia resopló—. Te juro que eres la persona más aburrida del planeta.

Ziggy apoyó la cabeza contra el cristal.

—¿En qué lado de la conversación estabas?

Dahlia farfulló algo ininteligible. Si hubiera sonado como un hechizo, él se habría preocupado. Jacob le había marcado unas estrictas reglas en cuanto al empleo de sus hechizos, pero tal y como a ella le gustaba recalcar en esas circunstancias, Jacob no estaba delante.

Se incorporaron a un camino de tierra.

La nueva casa a la que se había mudado Jacob no era tan bonita como la mansión, pero ya que habían entrado en ella en una ocasión, eso podía volver a pasar, y Jacob era un paranoico. Salieron de la carretera y pasaron por un pequeño puente cubierto

que crujió como si estuviera planteándose seriamente dejar caer el coche al pantano que había debajo. Estaba muy oscuro y eso probablemente era bueno. No quería ver en qué condiciones estaba la madera porque luego tendría que volver a cruzarlo. El sonido de las ruedas sobre los listones de madera cesó y salieron a un camino lleno de baches que serpenteaba a través del pantano. La casa, una granja desvencijada de la época de las plantaciones, brillaba con su pintura en tono hueso bajo la luz de la luna. Dos sauces se encorvaban delante de ella.

—Odio este lugar —dijo Dahlia y por un momento él se solidarizó con ella hasta que añadió—: Está muy lejos del centro comercial.

—Sí, esa es la gran pega que tiene.

El coche se detuvo delante del porche destrozado y Ziggy no esperó a que el chófer le abriera la puerta. Salió y subió los escalones con fuertes pisadas; sus botas hacían eco sobre la madera podrida.

—¿Adónde vas? —Dahlia estaba junto al coche con una regordeta mano apoyada sobre su redondeada cadera.

—Adentro. Lo contrario de afuera, que es donde están los mosquitos.

Aplastó a uno que había mostrado interés por su cuello; no estaba seguro de si un mosquito se haría vampiro al beber su sangre, ya que en parte ellos ya lo eran un poco.

—Tengo que decirle a Jacob lo que está pasando y pedirle permiso para llevarme a algunos.

—Yo también quiero ir —dijo ella con actitud petulante—. No puedes controlarlos como puedo hacerlo yo.

«Joder, no».

—No, ni hablar. Esta vez no vas a venir.

Los ojos de Dahlia se estrecharon en un gesto muy desagradable en su regordeta cara.

—Bueno, veremos qué tiene que decir Jacob al respecto.

Pero él se hacía una idea de lo que diría Jacob: que Dahlia no iba a ir a ninguna parte con su Iniciado. Ziggy ya le había advertido a su Creador de lo que ella le había hecho a Nathan en el pasado.

—Sí, vamos a hablar con él.

—No, yo iré a hablar con él —Dahlia señaló con la barbilla hacia la parte trasera de la casa—. Te toca a ti darles de comer.

Ziggy deseó que el escalofrío que le recorrió la espalda fuera de frío. Pero no. No había cosa que le gustara menos que entrar en ese asqueroso y apestoso granero.

—Está bien, dale mi pésame a Jacob, ¿de acuerdo?

Claro que lo haría. La muy zorra. Que él les diera de comer le daría el tiempo suficiente para subirse al regazo de Jacob y suplicarle y prometerle toda clase de perversiones con el fin de lograr que la dejara ayudar a ir a por Nathan.

El granero se encontraba a una apropiada distancia de la casa; no demasiado lejos para que los viejos propietarios no tuvieran que caminar mucho durante el invierno, y no demasiado cerca como para que el olor de los animales llegara hasta la casa.

Pero los de ahora eran unos animales totalmente distintos y su hedor sí que llegaba a la casa algunos días. Podía olerlo ahora; podía oler su hedor a suciedad y el de sus excrementos. Estaban despiertos detrás de la puerta corredera. Se esforzó por abrirla, pero la humedad había hinchado la madera. Había veces en las que podías abrirla sin que te oyeran, pero no esa noche. Esa noche estaban formando un semicírculo alrededor de la puerta y sus ojos resplandecían en sus sucias caras.

Se estremecieron cuando sacó el cuchillo de su bolsillo y se relajaron cuando se levantó las mangas. Deslizó la hoja sobre sus muñecas y extendió los brazos. Llegaron a él desde todas partes, luchando los unos contra los otros por su sangre.

Ziggy se preparó y les dijo:

—Venid a por ella.

Capítulo 4

Traición

Paramos el coche en la acera delante del apartamento y bajé del coche de Bill.

Durante todo el viaje desde Chicago, me había imaginado toda clase de horribles panoramas. Ahora, de pie en la acera delante de nuestra casa, y a tan solo unos pasos del terror o del alivio, no quería subir.

—Joder, espero que haya un baño ahí dentro —gruñó Bill al salir del coche—. ¿No podríamos haber parado?

—La próxima vez llévate un termo de café vacío —le respondí con brusquedad mientras buscaba las llaves de la casa con manos temblorosas.

—Podrías ser un poco más simpática con un completo extraño que te ha traído hasta aquí desde Chicago. Solo intentaba recuperar mi nevera portátil.

—Eres el completo extraño que ha disparado al hombre que hemos venido a salvar. Se lo debes.

Observé la calle. La furgoneta no estaba ahí, pero Nathan podría haber aparcado en cualquier otra parte para no resultar sospechoso. Recé por encontrarlo a tiempo. Tomé las llaves para abrir la puerta de lo alto de las escaleras.

—Cúbreme.

—Eh, eh, ¿no irás a entrar ahí, verdad? —me puso una mano sobre el brazo justo cuando crucé la puerta—. Has dicho que Nathan había caído en una trampa. Puedes llamarme loco, pero si alguien se tira por un puente, tú no vas detrás de él y haces lo mismo.

—¿Y qué sugieres que haga?

Por lo general, no me importaba recibir consejos de alguien, pero algo en el tono de voz de Bill me molestó.

Supe lo que era cuando se situó delante de mí, con actitud protectora, como si fuera una especie de supermacho.

—Deja que eche un vistazo primero.

—¿Qué tal si no lo haces? —lo seguí y lo agarré de la camiseta—. Eres humano. No pienso ponerte entre lo que sea que hay ahí arriba y yo.

—Sí, pero tú eres un...

Se detuvo, se humedeció los labios y me miró mientras buscaba una palabra distinta a la que había estado a punto de decir.

Me acerqué a él, situándome cara a cara todo lo que pude teniendo en cuenta que era más baja y que además me encontraba dos escalones por debajo.

—¿Soy qué?

—Eres un vampiro muerto —la voz surgió de lo alto de las escaleras y el corazón, el que me quedaba, dejó de latirme.

Dahlia estaba en lo alto de las escaleras, jugueteando con una esfera de luz azul.

—¡Joder! —exclamó Bill.

Con los dientes apretados le dije:

—Corre.

—No creo que vaya a ir a ninguna parte —dijo Dahlia con una carcajada al lanzar la esfera hacia nosotros.

Bill se giró e intentó seguirme, pero la luz lo golpeó entre los hombros. Cayó hacia delante y su cara rebotó contra un escalón al aterrizar.

No había tiempo para preocuparse por él, probablemente ya estaba muerto. Pero yo tenía que preocuparme de mí misma y de Nathan.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —Dahlia bajó las manos, agitándolas como si estuviera sacudiéndose agua de ellas—. Puede que quieras cambiar de opinión antes de que despierte.

—¿Va a despertar? —sacudí la cabeza esperando que mi cara cambiara de forma y adoptara la máscara de monstruo.

Dahlia se rio y me imitó, y su rostro se convirtió en un extraño semblante parecido al de un dragón con una huesuda cresta donde debería haber estado su nariz.

—Eso ya no me asusta. Oh, espera... nunca me ha asustado.

—¿Dónde está? —repetí subiendo las escaleras. No intentó detenerme y tampoco intentó otro hechizo. No supe si se debió a que de verdad no me tenía miedo o a que no podía hacer magia tan seguido.

—¿Dónde está quién? ¿Crees que el mundo gira en torno a ti a y a tu novio?

Resopló y se apartó de la puerta para desaparecer dentro del apartamento.

Puse a Bill de lado para que no tuviera la cara aplastada contra el escalón y no se ahogara si vomitaba, ya que no sabía cuáles podrían ser los efectos del hechizo. Después, seguí a Dahlia.

El apartamento había sido saqueado por los hombres del Devorador de Almas después de la muerte de Cyrus. Nathan y yo habíamos estado escondidos debajo del suelo de la librería en un refugio secreto que él había construido ahí. Habíamos vuelto a subir al apartamento antes de salir corriendo hacia Chicago, pero se me había olvidado el aspecto tan horrible que tenía. Ahora, ver los preciados libros de Nathan por el suelo cubiertos de sucias pisadas y nuestros muebles volcados me revolvió el estómago. Y el hecho de que Dahlia estuviera en mitad de todo ese desastre no ayudaba nada.

Se dejó caer sobre el sofá, una de las pocas cosas que no habían volcado, como si yo la hubiera invitado a que se pusiera cómoda. Había recuperado su rostro de humana. Yo no. No podía. Estaba demasiado enfurecida por su presencia.

—Si no sabes de quién estoy hablando, ¿por qué estás aquí?

Ella sonrió y apoyó los pies sobre una pila de libros.

—Me gusta estar aquí. Quiero decir, antes no me gustaba, ya sabes, cuando intenté matar a tu bomboncito. Pero Ziggy me ha traído y le he tomado cariño. Hay suficientes libros para mantenerme ocupada durante años. Y sí, la decoración es horrible y alguien se ha dejado olvidada ropa muy hortera, pero puedo pasar todo eso por alto a cambio de tener un lugar donde estar sola.

—Sal de mi casa ahora mismo.

Apreté los puños. Mi mente racional sabía que no debería desafiarla; era más poderosa que yo incluso en mis mejores días.

—Y si descubro que le has hecho algo, te juro que...

—¿Qué juras? ¿Te enfadarás conmigo mucho, mucho, y yo acabaré pateándote el trasero?

—No recuerdo que fuera así en el pasado —le recordé.

Ella se rio y echó la cabeza atrás. Había una cicatriz reciente en su cuello y no era de colmillos. Era la forma de una boca humana, abierta lo suficiente como para dar un buen mordisco.

«¡Qué asco!».

—Sí, no lo recuerdas porque Cyrus siempre estaba ahí para darme una paliza por ti. Pero ahora ya no está aquí.

Me abalancé sobre ella, pero ya estaba de pie y con el sillón entre las dos antes de que me diera tiempo a agarrarla.

—Ooh, no te gusta que hable de tu ex Iniciado, ¿verdad? —se rio emitiendo ese loco sonido que habitaba mis pesadillas—. ¿Sabes? La última vez que me acosté con él no era tu nombre el que gritaba a mi oído. Era el de ella. El de Ratón. Nunca me habló de ella. ¿Qué le pasó para que te odiara tanto?

Era exactamente la clase de comentario que a Dahlia se le daba muy bien hacer. Cruel.

Pero se le daba mejor hacer daño de otro modo. Podría haberme lanzado un hechizo, podría haberme tirado al suelo y atacarme, pero no hizo ninguna de esas dos cosas.

—¿A qué juegas, Dahlia?

Caminé alrededor del salón y me fijé en que ella se apartaba y que mantenía la distancia entre las dos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué quieres decir?

No era propio de ella no tener una respuesta de sabelotodo. Lanzar una pregunta para responder a mi pregunta era una indicación de que estaba posponiendo la agresión física. Lo cual significaba...

—Dahlia, ¿de qué intentas protegerme?

Ella se rio, pero no dijo nada.

—Es una trampa, ¿verdad? Ziggy nos ha tendido una trampa.

La vi por el rabillo del ojo mientras se movía detrás de mí. Me tensé al oír sus pisadas. Si vacilaba, aunque fuera por un segundo, me daría la vuelta y la haría pedazos en un santiamén.

Pero no intentó nada. Simplemente pasó por mi lado hacia una estantería, de donde agarró un diario encuadernado en piel y comenzó a arrancarle las hojas, lentamente.

—Joder —murmuré.

El corazón me latía con fuerza contra las costillas. Estaba intentado entretenerme y yo tenía que encontrar a Nathan.

«¿Dónde estás?», le grité a través del lazo de sangre.

Dahlia me siguió hasta lo alto de las escaleras mientras me amenazaba con palabras que no me molesté en escuchar. Estaba intensamente centrada en el lazo de sangre, en lo que Nathan podría transmitirme a través de él.

Bill estaba en las escaleras, donde lo había dejado; tenía los ojos fuertemente apretados, señal de que estaba consciente.

—Dios... —farfulló—. Este dolor de cabeza me está matando.

—Levántate —le ordené agarrándolo por debajo de los brazos para ponerlo de pie. Ya se preocuparía más tarde de su dolor de cabeza—. Tenemos que salir de aquí.

—Jamás lo encontrarás —gritó Dahlia desde lo alto de las escaleras, y parecía verdaderamente furiosa por primera vez desde que habíamos llegado—. ¡Probablemente ya estará muerto!

—No, no lo está —le respondí con calma situándome entre Bill y ella mientras él salía por la puerta—. Si el Devorador de Almas lo quisiera muerto, podría haberlo hecho hace años. No necesitaría la ayuda de una bruja de segunda para hacerlo.

Salí justo cuando otro ataque del mismo hechizo que había derribado a Bill golpeó la puerta. Me senté en el asiento del conductor y le quité las llaves a Bill.

—¿Estás bien?

—Siento como si el cráneo se me fuera a abrir. Es como si me hubieran metido el cerebro en una centrifugadora. No, no estoy bien —apoyó la cabeza contra el salpicadero mientras yo arrancaba el coche—. ¿Adónde vamos y quién era esa?

—Esa era Dahlia —dije mientras analizaba la calle en busca de la furgoneta de Ziggy—. Y no lo sé.

«Espero que hayas traído refuerzos, cielo». El pensamiento de Nathan asaltó mi cabeza con una urgencia que indicaba que había problemas.

«Lo he hecho, pero ha acabado un poco herido. ¿Dónde estás?»

«No vas a creerme...».

* * *

Fue la ubicación lo que hizo dudar de Jacob. Ziggy caminaba a lo largo del callejón, el lugar donde había conocido al único padre de verdad que había tenido.

Había sido un niño estúpido por aquel entonces al pensar que era importante y que podía cazar vampiros. Pero entonces un vampiro había aparecido y todo había pasado de ser un juego con los chicos grandes a una situación de vida o muerte. Y al final había tenido un golpe de suerte porque podría haberse topado con alguien como Cyrus, que se habría aprovechado de él para alimentarse o lo habría torturado hasta morir. Pero se había topado con Nate, que salía para asustar a los estúpidos chicos que se creían que sería guay cazar vampiros, y que se había llevado a uno de esos chicos tontos a tomar una tarta y un café para después darle un hogar y una vida normal.

Y ahora, para devolverle el favor, ¿Ziggy iba a entregarlo a su Creador?

Cuando Jacob se lo había planteado, le había parecido algo sensato.

—Tráeme a mi hijo, a mi verdadero hijo. Tráeme a mi hijo a casa —le había dicho con una expresión cargada de patetismo, tristeza y dolor.

Algo dentro de Ziggy había deseado reconfortar a su Creador, hacer lo correcto. Había pensado en estar separado de Jacob tanto tiempo, se había imaginado el inmenso esfuerzo que requeriría bloquear a Jacob del lazo de sangre tal y como había hecho Nate durante unos setenta y cinco años. Sería como vivir un infierno, y Jacob lo había engañado para que creyera que era necesario que Nate volviera a casa por su propia felicidad.

Sin embargo, ahora que estaba ahí y que Nate iba de camino, ya no estaba tan seguro.

«Entonces, ¿por qué vas a venderlo? ¿Por qué no sales de aquí y te alejas de él para siempre?».

Ziggy forzó a esa voz a callarse. Su conciencia no había funcionado nunca, así que ¿por qué creía que la necesitaba ahora? No iba a hacerle daño a Nate. Iba a salvarlo.

En la calle, al otro lado del callejón, oyó la furgoneta; el motor sonaba un poco mejor, tal vez Nate había cambiado el aceite, pero la puerta del conductor seguía chirriando al abrirse.

Nate estaba allí.

Estaba allí y Ziggy no pudo evitar sentir pánico. ¿Qué demonios pasaría? ¿Se alegraría de verlo? ¿Seguiría avergonzado? ¿Lo juzgaría de nuevo?

Y entonces Nate apareció en la boca del callejón. Ziggy lo vio y ambos se quedaron petrificados.

—¿Ziggy? —fue un susurro que terminó como un grito, y Nate corrió hacia él.

Como se había fugado de casa, se había preguntado miles de veces en qué habrían sido las cosas diferentes si no se hubiera ido. Ahora, rodeado por los brazos de su padre... que estaba llorando... se dio cuenta de que nada habría sido diferente. Nate aún lo querría. Aún lo quería.

—Eh, vamos, no llores —Ziggy retrocedió un poco con los brazos sobre los hombros de Nate, preocupado de que, si lo soltaba, se cayera redondo al suelo—.

Vamos, papá. No llores.

—No puedo creer que estés vivo... —le respondió Nate sorbiéndose la nariz como si estuviera loco o borracho... O delante de una persona que debería estar muerta—. Te tuve en mis brazos mientras morías.

—Lo sé —ahora Ziggy tenía un nudo en la garganta como si él también fuera a empezar a llorar—. Lo recuerdo.

—Yo jamás te habría dejado. Si hubiera sabido...

—Lo sé. Lo sé.

«Pero si te hubiera llevado con él, habrías muerto. Él no te convirtió. Nunca lo haría. Iba a dejarte morir». Ziggy odiaba oír la voz de su Creador en su cabeza y odiaba que tuviera razón. Nate podría haberlo salvado, pero no lo hizo.

Eso lo ayudó a superar algo de la culpabilidad que sentía por haberle tendido esa trampa.

—Escucha, quería que vinieras por una razón.

—Claro, pero hablaremos sobre ello en el camino. No es seguro que estés aquí.

Nate lo agarró de la muñeca, pero Ziggy se mantuvo firme.

—No —respiró hondo. En alguna parte había oído que un chico se convierte en un hombre de verdad en el momento en que pega a su padre. Él jamás pegaría a Nate, pero tampoco iba a dejar que se marchara. Ahora no—. No, no vas a ninguna parte.

—Ziggy, puedes ser sincero conmigo. Por el amor de Dios, soy yo. ¿Qué está pasando?

«Sé fuerte».

Ziggy se aclaró la voz.

—No puedes marcharte. Tienes que volver conmigo.

—¿Ir contigo? —Nate frunció el ceño en un gesto de confusión, pero en ningún momento perdió la esperanza en sus ojos—. ¿Adónde?

—Ya sabes adónde. Con nuestro Creador. Tienes que venir conmigo.

Si mantenía los puños apretados, esa tensión podría sostener todo su cuerpo y no se derrumbaría.

—¿Tengo que ir contigo para que me mate? ¿Y por qué iba acceder a eso?

Incluso cuando entendió lo que Ziggy estaba diciendo, Nate no pareció ni enfadado ni traicionado.

—¡No va a matarte! Solo quiere que vuelvas a casa.

—Ziggy, tiene que consumir las almas de todos los vampiros a los que ha creado antes de poder convertirse en un dios —ahora sí que parecía furioso—. No sé qué ha estado diciendo te...

—¡No, escucha! No es así. Él no te necesita. Necesita a otra persona. Ya se ha ocupado de eso y va a dejarnos vivir —tragó saliva. ¿Por qué ahora le parecía tan poco convincente?—. Quiere que vuelvas porque te echa de menos.

—¿Y tú te lo has creído? Te eduqué mejor que eso.

Nate se giró como si fuera a marcharse.

Ziggy levantó la vista y señaló la parte alta de los edificios que tenían a ambos lados. Ellos esperaban allí arriba, hambrientos.

—Oh, sí, hiciste un gran trabajo al educarme. ¿Por qué exactamente ahora soy un vampiro?

Cuando Nate se dio la vuelta, entraron en acción.

Los soldados humanos de Jacob eran desagradables, repugnantes, apestosos y fuertes. Una dieta constante a base de sangre de vampiro le hacía eso a un humano. Los hacía peligrosos, adictos y leales.

Veinte de ellos cayeron desde los tejados y aterrizaron a sus pies, dispuestos a luchar en lugar de gimotear de dolor con las piernas rotas. Formaron un círculo alrededor de los dos bloqueando la salida de Nate.

«Por favor, no dejes que le hagan daño», suplicó Ziggy para sí. «Tendría que matarlos y él sabría que no puedo forzarlo a volver».

—Ziggy —comenzó a decir Nate con pánico en la voz.

Bien. Eso le dio fuerzas.

—Ya no soy un niño, Nate. Y vas a venir conmigo.

* * *

«Gira a la izquierda en la calle Cherry. ¿La ves?».

Observé la calle con desesperación en busca de la furgoneta. Estaba aparcada en las sombras, enfrente de un edificio que yo conocía demasiado bien.

«La veo».

—La veo —dijo Bill señalando al frente—. ¿Por qué estás aminorando la marcha? ¡Está allí!

—Sé que está allí —le respondí con brusquedad y pisé el acelerador a fondo.

El Club Cite era un edificio de ladrillo con una capa descascarillada de pintura negra. Todos los jóvenes góticos y los aspirantes a vampiro salían por allí. Lo sabía porque era el lugar donde conoció a Dahlia y el lugar donde Nathan había conocido a Ziggy.

—¿Cómo no ha podido imaginarse que esto iba a pasar? —susurré sacudiendo la cabeza con incredulidad.

«¡Carrie, necesito ayuda!».

Detuve el coche junto a la acera y bajé. Oí a Bill gritar, pero lo interrumpí diciéndole:

—¡Quédate en el coche hasta que te llame!

Rodeé el edificio hasta el callejón donde se encontraban Nathan y Ziggy rodeados de unos... ¿drogadictos?

La gente que los cercaba no eran vampiros.

Podía oler su sangre. Por repugnante que suene, los humanos huelen a comida, y no había duda de que esos hombres eran comida. Pero cuando uno agarró a Nathan y él se giró para darle un puñetazo en la mandíbula, no pasó nada. Bueno, algo que se

aproximaba a nada. Echó atrás la cabeza como le habría pasado a cualquiera al que le hubieran dado un puñetazo, pero esa... gente, a falta de un término mejor, parecía medio hambrienta. Su piel sucia se veía a través de sus ropas raídas, tenían los ojos hundidos y la piel tirante sobre los afilados huesos de sus cabezas. Parecían víctimas de la hambruna. Nathan es un vampiro fuerte; ese al que golpeó debería haber acabado en una lluvia de huesos de cráneo y pedazos de cerebro.

La sorpresa en su rostro fue un reflejo de la mía cuando el esquelético hombre ignoró el dolor, se secó la sangre de la nariz y le devolvió el golpe con un gancho de derecha tan rápido y fuerte que oí los huesos de la cara de Nathan crujir.

Corrí hacia él con una estaca en la mano.

Aunque no fueran vampiros, una estaca en el corazón puede matar a la mayoría de las cosas. Ziggy me vio y extendió las manos, como si creyera que podía detenerme desde lo lejos.

—¡No!

Lo ignoré y mi estaca se clavó en la espalda de la criatura que había golpeado a Nathan. El hombre gritó y cayó hacia delante. Su cuerpo se quedó tieso y sus músculos se contrajeron alrededor de la estaca. Tuve que poner un pie en la parte baja de su espalda y utilizar las dos manos para sacar el arma, aunque al hacerlo un tremendo arco de sangre brotó tras ella.

Mi intención había sido salvar a Nathan. No sé si pensé que mi ataque bastaría para distraerlos o si pensaba que matar a uno asustaría a los demás, pero ninguno de los dos planes funcionó. Al apartarme de la criatura muerta, dos más me atacaron. Maté con facilidad a la primera, una mujer, clavándole la estaca en la garganta cuando se abalanzó sobre mí. La segunda me agarró por los hombros desde atrás. Mi carne se hizo papilla bajo sus dedos y mis huesos crujieron. No podía luchar, apenas podía respirar del dolor. Vi a los demás agarrar a Nathan y llevárselo, mientras él forcejeaba, hasta la otra entrada del callejón. Ziggy los seguía.

—¡Bill! —grité y respiré hondo para hacerlo de nuevo justo cuando la criatura que me sujetaba me soltó. Caí sobre el pavimento después de que me diera un golpe en la nuca. Logré evitar aplastarme la cara contra el suelo, pero no podía levantarme. Todo me daba vueltas y en el resplandor producido por el dolor que estalló dentro de mi cabeza vi la parte de atrás de un coche al otro lado del callejón.

No querían matar a Nathan. Querían llevárselo. Detrás de mí oí el chirrido de unos neumáticos y el sonido me atravesó mi dolorido cerebro como si fuera un cristal. Me centré en la voz de Bill, que gritaba:

—Levántate, ¡vamos a perderlos!

Logré ponerme de pie y llegar hasta el coche. Aún no había cerrado la puerta cuando Bill pisó el acelerador. Los neumáticos chirriaron y el coche salió dando tumbos detrás del vehículo que teníamos delante.

—No tenemos suficiente... —me llevé las manos a la cabeza y busqué las palabras entre los estallidos de dolor que sentía detrás de los párpados—. No

podemos ir tras ellos solos. Van con el Devorador de Almas.

—Odio decírtelo, pero estamos solos. No conozco a nadie por aquí, y tus amigos no parecen muy simpáticos.

Redujo la velocidad y cambió de carril dejando unos cuatro coches entre el vehículo que transportaba a Nathan y el nuestro.

—¿Qué estás haciendo? ¡Vas a perderlos!

Me incliné hacia delante y me agarré al salpicadero como si la presión de mis manos pudiera hacer que el coche fuera más rápido.

Bill me lanzó una mirada de soslayo cargada de furia.

—No voy a perderlos. Sé cómo seguir a gente sin que resulte obvio. Tranquila, creerán que los hemos perdido y se equivocarán.

Muy a mi pesar, me eché hacia atrás con los ojos clavados en el coche.

—No sé de qué me preocupo. Si se nos escapan, Nathan puede darme las indicaciones.

—Sí, eso sí que es un truco bastante útil —dijo al pasar un semáforo en ámbar—. ¿Sabes adónde nos dirigimos?

—Hacia el sur —me encogí de hombros—. Muy pronto saldremos de la ciudad, así que no los pierdas de vista. Allá donde van tiene que estar a unos cuantos kilómetros más.

Pero resultó que me equivocaba. Se saltaron las calles más importantes y siguieron hacia el sur en la avenida División, hasta que no había más semáforos y los edificios daban paso a pantanos y árboles. Pronto, fuimos los únicos en la carretera. No había forma de que no supieran que estábamos siguiéndolos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Bill girando el volante para hacer un brusco giro hacia un camino de tierra. El coche que teníamos delante bramó y se alejó de nosotros.

—Tenemos que llegar hasta Nathan antes de que ellos lleguen hasta el Devorador de Almas —cerré los ojos—. Ojalá supiera cómo hacerlo.

—Bueno, podría echarlos de la carretera —sugirió Bill, claramente incómodo con la idea—. Es peligroso, pero no van a parar a echar gasolina dándonos la oportunidad de llevárnoslo en ese momento.

Asentí, recordando algo que Nathan me había dicho cuando me había convertido en vampiro; me dijo que un accidente de coche podía matarme si el daño que sufriera mi cuerpo era tal que no podía curarlo antes de que llegara a matarme. Lo había empleado como un ejemplo entonces, pero estoy segura de que no se esperaba que yo fuera a usarlo para mentalizarme y echar de la carretera un coche en el que él viajaba.

—Hagámoslo.

Supongo que debería haberme sentido más culpable por poner en peligro a un humano, pero las cosas fueron muy deprisa.

Bill pisó a fondo el acelerador y nos sacudimos cuando los neumáticos ofrecieron resistencia contra la gravilla. Alcanzamos al otro coche y lo rozamos con el

guardabarros, pero no fue suficiente. Con miedo, vi la aguja del cuentakilómetros subir y subir.

Hicieron falta dos intentos para darle un buen golpe. Antes de poder revisar el plan, Bill gritó:

—¡Agárrate!

Al instante, giró el volante bruscamente a la derecha haciéndonos chocar contra el otro coche, que comenzó a girar por la carretera. Mientras el conductor, otro de los superhumanos esqueléticos, intentaba enderezar el vehículo, Bill dio marcha atrás, aceleró y golpeó el coche haciéndolo caer por la cuneta.

Los dos nos bajamos y Bill sacó su pistola.

—Más efectivo que una estaca —dijo encogiéndose de hombros, y no pude discutirlo, aunque no pensaba que una bala pudiera detener a esas cosas que iban dentro del coche.

—¿Nathan? ¿Estás bien? ¿Puedes oírme?

Bajé por el terraplén y abrí la puerta de atrás.

—Puedo oírte —respondió mientras salía.

Dentro del coche, los humanos estaban o inconscientes o muertos. Por lo menos algo podía hacerles daño.

El rostro de Nathan estaba arañado y deformado donde se había golpeado y sangraba en el punto donde un cristal roto le salía de la frente justo debajo del nacimiento del pelo.

—¿No se os ha ocurrido una forma mejor de rescatarme?

Lo rodeé con mis brazos. No me importaba que uno de esos monstruos pudiera despertarse y tuviéramos otra lucha entre manos. Solo quería tocarlo, asegurarme de que estaba bien... Bueno, aparte del corte profundo que le cruzaba la frente.

Me abrazó con fuerza. Después me soltó y miró hacia lo alto del terraplén, donde estaba Bill con los ojos como platos observando el desastre que había provocado. Nathan señaló hacia la puerta abierta y el cuerpo inconsciente de Ziggy dentro.

—Necesito vuestra ayuda. Mi hijo está dentro del coche.

Me aparté mientras los dos lo sacaban. Nos costó lograr subirlo por la pendiente, pero conseguimos meterlo en el asiento trasero. El coche bramó al arrancar y algo chirrió, pero Bill nos aseguró que lograríamos llegar hasta la librería.

—Antes de que se ponga el sol, si no te importa —añadió Nathan. Estaba sentado atrás con Ziggy, con su cabeza sobre el regazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté aliviada. No quería creer lo que no podía negar que era cierto. Ziggy le habían tendido una trampa a Nathan.

Nathan miró la cara de su hijo y una sombra de dolor cruzó sus rasgos.

—Intentaba llevarme con el Devorador de Almas. Jacob le ha lavado el cerebro para que creyera que quiere que todos seamos familia. Es el Creador de Ziggy.

Un nudo de lágrimas que no quería derramar se formó en mi garganta. De todas las cosas que Nathan temía, su Creador era la número uno. Y ahora, el Devorador de

Almas tenía a su hijo.

—¿Qué vamos a hacer?

Nathan sacudió la cabeza y le apartó a Ziggy el pelo de la cara.

—No sé. Depende de él. No puedo obligarlo a darle la espalda a su Creador —
posó la mano con delicadeza, casi con reverencia, sobre la camiseta de su hijo.

—¿Qué? —pregunté.

Con manos temblorosas, Nathan le subió la camiseta a Ziggy y dejó ver una larga cicatriz que le dividía el torso en dos desde las clavículas hasta el ombligo. La respiración se me congeló en el pecho. Sabía lo que era esa cicatriz. Yo misma tenía una. Y también Cyrus, cuando estuvo vivo la primera vez.

—¡Por Dios! —exclamó Bill con los ojos clavados en el espejo retrovisor. Palideció y volvió a mirar a la carretera—. Debe de haber sido una herida grave.

Pero no tenía ni idea de lo grave que era. Nathan y yo, sí. El Devorador de Almas le había sacado el corazón a Ziggy.

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando se encontraron con los de Nathan.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —respondió con una voz carente de esperanza—. No lo sé.

Capítulo 5

Sin corazón

Ziggy seguía inconsciente cuando volvimos a la librería.

—Quédate con él —me ordenó Nathan—. Si se despierta... déjalo inconsciente otra vez.

No fue la sugerencia más tierna y paternal, pero tenía razón. Si Ziggy pudiera, volvería junto a su Creador.

Por si Dahlia seguía dentro, Nathan registró la librería. Cuando vio que estaba limpia, bajaron a Ziggy al escondite que tenían bajo la tienda.

—No puedo decir que me alegre de volver a ver este lugar —murmuré mientras los seguía por los inclinados escalones.

Se oyó un golpe seco y Bill maldijo.

—Aquí abajo no hay mucho espacio para la cabeza —le advirtió Nathan demasiado tarde.

La guarida era un bajo y angosto espacio con el suelo sucio y muros de manipostería que estaban desmoronándose. Los sacos de dormir, el botiquín y el farol de *camping* seguían donde los habíamos dejado, al igual que las bolsas vacías de sangre que habíamos consumido mientras estábamos escondidos. Pero ahora no teníamos sangre y Bill era humano.

—Espero que no vayamos a estar mucho tiempo aquí.

Le había susurrado esa frase a Nathan, pero el espacio era demasiado pequeño y estaba demasiado abarrotado como para tener intimidad. La mirada de Bill se posó en los dos mientras ayudaba a Nathan a meter a Ziggy en el saco de dormir.

—Yo no doy de comer en vena, ¿de acuerdo? Así que, chicos, necesitáis un plan.

—Vamos a volver a Chicago en cuanto se ponga el sol —respondió Nathan—. Ese es el plan.

Se sentó en el suelo y apoyó la cabeza contra la áspera piedra de la pared. Bill se sentó al otro lado del refugio y yo me situé al lado de Nathan.

—¿De verdad te parece que es un plan tan inteligente? —le pregunté—. Quiero decir, ¿sabiendo que el Devorador de Almas tiene su corazón y que...?

—¡Ya sé lo que tiene el Devorador de Almas! —Nathan estalló. Se golpeó la cabeza contra la piedra, solo una vez, y la echó hacia delante para apoyar la frente sobre las manos. Sus siguientes palabras fueron más suaves—. Esto es un desastre.

Puse la cabeza sobre su hombro y una mano en su espalda. No se me da bien reconfortar con palabras.

—No podemos volver a Chicago —dije—. Por lo menos, no ahora. El Devorador de Almas estará buscándonos y nos seguirá hasta allí. No podemos ir hasta que tengamos recursos para protegernos.

—Allí tenemos seguridad —argumentó Nathan, pero lo interrumpí.

—¿Y qué pasa con esas criaturas? ¿Quién crees que los detendrá? ¿El portero? ¿El conserje? ¿El presidente de la comunidad? —había alzado la voz y volví a bajarla—. ¿Has pensado en cuánta gente morirá cuando deje sueltas esas cosas por Chicago?

—Pero el libro, el libro de hechizos de Dahlia...

—Está en el coche. No soy imbécil, Nathan. No dejaría algo así. Tenemos que quedarnos aquí, donde podemos vigilar de cerca lo que trama el Devorador de Almas.

Vi que iba a protestar de nuevo, pero se dio por vencido y se dirigió a Bill.

—Gracias por tu ayuda. Has hecho más de lo que te habría pedido.

Bill levantó una mano y la dejó caer con claro agotamiento.

—No es nada. Quiero decir, sí que es algo, pero si fuera mi hijo, querría que alguien me ayudara.

—¿Tienes hijos?

Era algo en lo que no había pensado. ¿Lo había apartado de su familia cuando existía la posibilidad de que lo mataran?

—No. Pero si lo tuviera, me gustaría. Tienes razón. Si volvemos a casa de Max, van a seguirnos. Y si ese tal Devorador de Almas va a seguirnos allá donde vayáis, bueno, ¿por qué no os quedáis dónde podáis echarle un ojo, en lugar de dejaros sorprender y despertaros muertos?

Nathan resopló.

—Bueno, cuando tú, un humano que tiene poco conocimiento de la situación, lo pone de ese modo, no puedo discutirlo.

Cuando se esfuerza, Nathan puede ser un auténtico cretino.

—Le he dado todos los detalles de camino aquí. Para salvarte. Algo a lo que él ha ayudado. Estarías en el salón de tu Creador tomando té ahora mismo si no hubiera venido. Así que, ¿puedes por lo menos tratarlo como un ser humano que se merece un respeto?

Nos quedamos sentados en silencio un minuto. Observé el rostro de Nathan, impresionada más que nunca mientras lo veía sanarse. Aún me dolía la cabeza. Seguro que tendría el cráneo fracturado durante varios días. La presión que sentía detrás de los ojos me obligó a bajar los párpados y el sueño comenzó a dificultar mis pensamientos. En cuanto me quedé dormida, me desperté.

—Lo siento, estoy quedándome dormida.

Nathan me dio una palmadita en el hombro y me animó a que me apoyara sobre él.

—Vamos, descansa.

—No —protesté—. Tenemos que estar atentos y...

Con un atribulado suspiro, me rodeó con su brazo. No por los hombros, sino por la cabeza, y me cubrió la boca con la mano mientras me llevaba hacia él.

Bill se rio y Nathan bajó el brazo hasta mis hombros. Abrí los ojos un momento y vi a Ziggy, que seguía inconsciente, como sacado de un sueño. Estaba vivo. Y había

vuelto a casa.

* * *

La mañana llegó demasiado pronto. Últimamente siempre parecía llegar demasiado pronto, pensó Max.

Cuando la noche era su momento para estar despierto y moverse por ahí, limpiar, hacer la colada, ir al bar y salir, era como si tuviera tiempo de sobra para hacerlo todo. Incluso se había aburrido en ocasiones. Pero ahora, cuando tenía que apartarse de la calidez de Bella, de su suave cuerpo, la noche parecía injustamente corta.

Ahora el alba se avecinaba por el horizonte y con él una inevitable separación. Estaba intentando con todas sus fuerzas no mostrarse taciturno, pero era más difícil de lo que se había esperado. Unos meses antes, habría estado anhelando una pelea, cualquier clase de peligro que rompiera la monotonía del día a día. Y nunca se le había ocurrido entonces preocuparse por lo que sucedería si no sobrevivía. Bella ahora era su día a día y le aterrorizaba pensar que podía no volver a su lado.

Suponía que era el ejemplo perfecto del «ten cuidado con lo que deseas».

Levantándose de la cama con tanto cuidado como pudo para no despertarla hasta que fuera absolutamente necesario, recogió los vaqueros que estaban tirados en el suelo. Se los puso, colocó una tetera sobre la placa caliente que había junto al lavabo del cuarto de baño y salió al balcón mientras esperaba a que se calentara.

El cielo sobre el lago era azul teñido de negro y lentamente estaba volviéndose dorado cerca del horizonte. Algunas mañanas veía un color rosa reflejado en las nubes. Algunas mañanas, el sol parecía aparecer sin más; un momento era de noche y al instante ya era de día, sin que apenas se notara el cambio. No era algo que hubiera experimentado nunca en su vida de humano y absolutamente nada que se hubiera quedado a observar a propósito durante sus días como vampiro.

Normalmente, contemplar el amanecer lo ponía de muy buen humor, pero ahora, mientras el sol se levantaba por el este, su mirada estaba posada en la pista de aterrizaje al borde del acantilado. El *jet* aparcado allí tenía las luces encendidas y un pequeño camión estaba parado a su lado.

—Genial, no me saquéis de aquí con tanta prisa.

—¿Max? —dijo la adormilada voz de Bella—. ¿Ya estás despierto?

Él entró en el dormitorio y se le hizo un nudo en la garganta al ver cómo Bella intentaba sentarse en la cama para llegar hasta su bata, que parecía estar imposiblemente lejos. ¿Cómo se apañaría cuando él no estuviera? Claro, seguro que algunos de sus parientes la ayudarían, pero ¿cómo iban a poder estar ahí para todo lo que ella necesitara? ¿Cómo podía alguien cuidarla mejor que él? Era otra razón por la que tendría que asegurarse de mantenerse con vida y volver a su lado.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la expresión de Bella se ensombreció.

—No me mires con tanta lástima. Puedo valerme por mí misma.

—Lo sé —respondió él intentando no sonar condescendiente y dándole la bata al mismo tiempo.

—Lo único que me preocupa es que no tengas todo lo que necesitas. Que te... desatiendan.

—¿Crees que yo permitiría que me desatiendan?

—Creo que tu familia se ocupará mucho mejor de ti que de mí, si la situación fuera a la inversa.

Max la ayudó a meter los brazos en las mangas de la bata lamentando dejar de ver esa tersa y bronceada piel, aunque no quería ser tan superficial como para añadir a su lista de razones para sobrevivir la frase: «Volver a ver a mi novia desnuda».

—Puede que eso sea verdad —asintió Bella y después, lentamente, dijo—: He... he estado pensando. Sobre lo de marcharte.

El olor de la sangre lo alertó sobre la posibilidad de que se sobrecalentara y corrió al cuarto de baño a retirar la tetera.

—Te escucho.

—He pensado que tal vez... —vaciló, como si le costara hablar.

Max supuso que debería preocuparle que ella pensara que la separación era una buena idea, que pensara que debían hacerla permanente. Pero conocía a Bella demasiado bien y estaba lo suficientemente seguro de su relación como para saber que lo que iba a decirle sería algo parecido a: «Quiero hacer algo increíblemente estúpido y peligroso para protegerte y que sé que rechazarás rotundamente».

—Quiero reunir a algunas de las mujeres, las otras hechiceras, y mantener el contacto contigo mientras estás fuera. Puede que seamos de ayuda...

—Hasta que tu padre lo descubra, me odie, os destierre y...

—Mi padre no va a desterrarme. A veces temo que no pueda tomar las mejores decisiones para el grupo cuando actúa a la vez como mi padre y como líder de la manada —cerró los ojos—. Me preocupa lo que sucederá cuando los hombres lobo se involucren en esta lucha. Mi padre solo cree que va a librarse potencialmente de un fastidio.

—Gracias.

—No sabe cómo se enfurecerá el Devorador de Almas ni qué repercusiones podrían afectar a la manada —miró a Max con sus dorados ojos llenos de súplica—. Por favor, mantente en contacto conmigo. Iré reuniendo apoyos discretamente y cuando llegue el momento, si es que llega, podré entrar en acción.

Una cosa que a Bella no se le daba bien... la única que no se le daba bien, aparte de ser humilde o ser fea... era quedarse de brazos cruzados. Y la comprendía.

Hubo momentos en el pasado en que se había vuelto loco esperando órdenes del Movimiento para que actuara e hiciera lo que él ya sabía que tenía que hacer. Pero no confiaba en que el padre de Bella no la desterrara o, incluso, que no le hiciera daño. Después de todo, Julián era el hombre que había tatuado múltiples versos de una antigua profecía en la piel de Bella cuando era una adolescente. Podría ser una

diferencia cultural lo que impedía que Max comprendiera los motivos de Julián, pero ¡a la mierda con la cultura! No estaba dispuesto a permitir que la extraña *vendetta* del padre de Bella le hiciera daño a ella.

Por otro lado, Bella había sido adolescente y seguro que había desafiado las órdenes de su padre cientos de veces sin que la descubrieran. Y con una jerarquía de manada o sin ella, las tías de Bella eran unas criaturas aterradoras que enfurecerían si alguien, incluido Julián, se anduviera con tejemanejes.

—Bien —accedió—. Haz lo que tengas que hacer, pero yo no quiero tener nada que ver.

—Vamos —dijo ella extendiendo los brazos hacia él—. Ayúdame a sentarme en la silla. Después, sírvete un poco de sangre y veremos el amanecer juntos.

Era la única despedida que sabía que obtendría de ella.

* * *

Me desperté, desorientada, con el sonido de Nathan maldiciendo y el de unos zapatos raspando el sucio suelo. Mi cerebro fue consciente a regañadientes, todo un inconveniente en un momento en el que un verdadero infierno estaba desatándose a mí alrededor. Me puse de pie y me golpeé mi dolorida cabeza con uno de los focos que había en el techo. Cuando terminé de soltar improperios y de frotarme la cabeza, finalmente vi lo que estaba pasando.

Ziggy se había despertado. Había subido la mitad de la escalera y ahora Nathan estaba sujetándole una pierna e intentando apartarlo de la trampilla. Bill estaba apoyado contra la pared, con las manos en la garganta e impactado.

—¡Carrie! —gritó Nathan—. ¡Ayúdalo antes de que muera desangrado!

Fui de rodillas hasta su lado. La sangre brotaba de entre sus dedos y estaba manchándole la camiseta.

—Me ha mordido. Me ha mordido.

—Imagino que nunca te había mordido un vampiro —comencé a decir, completamente calmada, completamente ajena al forcejeo que tenía detrás de mí. Si lograba que hablara, podría salvarlo—. Duele muchísimo, ¿verdad?

Bill tenía la frente cubierta de sudor y no me miraba, sino que miraba a través de mí.

—Me ha mordido.

—Lo sé. Deja que...

Con delicadeza, le aparté las manos de la herida. Me había preparado a que la sangre me salpicara, pero por suerte no lo hizo. Le levanté la camiseta y con ella hice presión sobre la herida. Detrás de mí, Nathan le gritaba a Ziggy:

—¡Siéntate y hablaremos de esto!

—¡Y una mierda!

Se oyó un golpe y me imaginé el pie de Ziggy golpeando el pecho de Nathan. Oí un ruido contra la madera y la trampilla se abrió de golpe.

—¡Si no vuelvo, va a matarme!

Agarré la mano de Bill y se la coloqué sobre la herida.

—No ha dañado nada grave, pero tienes que apretar así hasta que pare la hemorragia. No demasiado fuerte —alargué la mano detrás de mí para agarrar el saco de dormir y se lo eché sobre los hombros. No sé cómo lo hice, pero logré resistirme a relamerme su sangre de mis dedos—. ¿Estás bien?

Asintió hacia el punto donde estaba desarrollándose la pelea, se humedeció los labios y dijo:

—Ayúdalo.

Ziggy se liberó de Nathan y terminó de subir los escalones hasta la librería. Nathan y yo salimos corriendo detrás de él a tiempo de ver la puerta abrirse y dejar entrar al abrasador sol. Ziggy logró cerrarla antes de estallar en llamas, pero cuando se dejó caer al suelo, jadeando y con la espalda pegada contra la madera arañada, su rostro estaba naranja de las quemaduras.

—¡Maldita luz del sol! —bramó con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás con gesto de derrota—. Voy a morir.

—No vas a morir —le aseguré, sabiendo que no se refería a las quemaduras.

Ziggy negó con la cabeza y se subió la camiseta, mostrándonos la cicatriz que ya habíamos visto.

—Jacob tiene mi corazón. Me matará.

—Jacob —murmuró Nathan detrás de mí con claro desdén en la voz.

Sabía qué cosas le irritaban sin necesidad de sentirlo a través del lazo de sangre. Había oído ese mismo tono de voz en Nathan cuando me había permitido entrar en sus recuerdos. El poder del Devorador de Almas sobre sus Iniciados era más profundo que la sangre que compartían. Jacob Seymour era un hombre poderoso, despiadado y carismático. Si no conquistaba a una persona con sus promesas de poder, la aterrorizaba con su crueldad. Pero siempre, siempre, esa persona quedaba impresionada con su forma de hacerla sentir como si fuera la única que le importaba.

Yo sabía que casi me había sentido así.

—Ziggy, no te matará —comencé a decirle interrumpiendo lo que Nathan iba a decir porque, fuera lo que fuera, que no sería constructivo—. Tiene tu corazón, pero había tenido el de Cyrus durante años. Nunca le hizo nada y al final se lo devolvió.

—Pero Cyrus jamás se alejó de él —Ziggy escupió las palabras prácticamente—. Va a pensar que lo he traicionado. Va a pensar que no...

—Va a pensar lo que quieras que piense —lo interrumpió Nathan. Su rostro era una máscara de dolor. No quería oír que su hijo amaba a un monstruo—. No has estado bloqueándolo del lazo de sangre. Sabe que te hemos raptado.

—Sí —asintió enérgicamente—. Lo sabe. Volverá a por mí.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? —lo lamentaba por él. Sabía lo que era sentir algo tan fuerte por una persona tan destructiva. Claro que también me aterrorizaba

pensar que Ziggy pudiera enviarle una señal que trajera al Devorador de Almas directo hasta nosotros—. No tienes que volver con él...

—No —dijo Nathan rápidamente—. No, no le hagas pensar en eso.

Abrí la boca para protestar, pero él sacudió la cabeza con tanta vehemencia que volví a cerrarla.

—Si no piensa en ello, no le transmitiré nada a Jacob. Además, no ha tenido la práctica que he tenido yo para ocultar sus pensamientos. El Devorador de Almas verá a través de él sin problema.

—Bueno, pues será mejor que empiece a practicar —dije sonando más dura de lo que pretendía—. No podemos permitirnos que le transmita todos nuestros planes al enemigo.

—Vuestro enemigo —contestó Ziggy bruscamente. Se levantó.

—¿Tengo que atarte a algo? —preguntó Nathan caminando hacia su hijo con una mirada nada paternal.

Hay que reconocer que Ziggy ni se estremeció ante la mirada de Nathan.

—Jacob es mi Creador. Algunos nos mantenemos leales.

—Puede que sea tu Creador, pero tú sigues siendo mi hijo —le respondió Nathan con los puños apretados—. Y no pienso volver a perderte.

Cuando lo agarró, Ziggy retrocedió, pero Nathan no pretendía hacerle daño a su hijo. Lo rodeó por los brazos y lo apartó de la puerta. Y mientras yo veía al chico mantenerse impasible, estoico, su padre lo abrazó.

No sabía qué había pasado para que Ziggy pasara de ser un chaval tranquilo y simpático al hastiado zángano que parecía ahora. Pero tampoco quería saberlo... ya había oído bastantes historias sobre la crueldad del Devorador de Almas.

Mientras Nathan hundía la cara en los hombros de su hijo, vi la mano de Ziggy alzarse para posarse sobre el pelo de su padre. Fue un momento tan íntimo que me giré para ir a ver cómo se encontraba Bill. No me preocupaba dejar a Nathan a solas con Ziggy. No le haría daño. Ya había tenido oportunidad de matarlo una vez y no lo había hecho. Es más, si creíamos a Ziggy, él pensaba que devolviendo a Nathan al lado del Devorador de Almas lo salvaría, no lo condenaría. Me pregunté cuánto costaría hacer que se le borrara esa idea de la cabeza y si merecería la pena o no.

El cuello de Bill dejó de sangrar sin tener que hacer más, gracias a Dios, pero el mordisco seguía teniendo mal aspecto.

—¿Quieres algo para el dolor?

El hombre se estremeció y sacudió la cabeza.

—No, soy duro.

—No tienes que impresionarme —enarqué una ceja y le acerqué el botiquín—. No se lo diré a nadie.

—Eres una buena tía para ser un vampiro —dijo con una sonrisa forzada—. Aunque los otros dos...

—No empieces con los otros dos —lo reprendí en broma.

Su sonrisa se relajó.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Me ha mordido, ¿lo recuerdas?

—Sí. Y los mordiscos duelen más de lo que la gente se cree —le puse una gasa limpia sobre la herida y se la sujeté con esparadrapo.

—En las películas nunca lo reflejan bien. Siempre hacen que parezca erótico. Como el sexo, ¿sabes?

—Sí —un recuerdo de estar sentada en mi apartamento un viernes por la noche viendo a Gary Oldman haciendo de Drácula y seduciendo y convirtiendo a Winona Ryder, que hacía de Mina, se me pasó por la mente. Si hubiera sabido lo complicado que era ser vampiro, no me habría parecido tan romántico entonces—. Claro que no tengo que llevar un corsé, así que supongo que eso compensa algo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Bill con una carcajada—. No creo que esté tan lejos como para haberte oído mal.

—Nada.

Ziggy bajó por las escaleras con Nathan detrás.

—Casi se ha puesto el sol —dijo el chico tocando su rostro, que se había curado con rapidez—. Pronto saldrán a por nosotros.

—Necesitamos un escondite mejor —propuso Bill, que se dio otro golpe en la cabeza—. Este no es tan seguro como me gustaría para mi cuello.

—Ya tenemos un plan —anunció Nathan—. Pero todos estamos agotados. Vamos a descansar un poco más y registraremos el apartamento después.

—Personalmente, no me importa lo que hagáis —interpuso Bill—. Con tal de que podáis encontrar comida que no tenga receptores de dolor.

Ziggy pareció algo avergonzado cuando recogió una gota de sangre del suelo. Después, alzó la mirada y extendió una mano hacia Bill.

—Lo siento, tío. No sé qué estaba haciendo.

—Lo sabías —respondió Bill, pero no lo dijo enfadado, simplemente dijo la verdad—. Has pasado un mal día.

—Y que lo digas.

Una ligera sonrisa jugueteó sobre la boca de Ziggy, un fantasma del chico que solía ser. Me resultaba doloroso verlo.

—Tal vez debería volver con Jacob. No porque quiera... O tal vez quiero. No lo sé. Pero si estoy aquí, siento que voy a delataros. Y no quiero, pero me obligará a hacerlo. Se le da muy bien.

—Llevará tiempo —Nathan me indicó que me sentara a su lado, como si necesitara apoyo moral para hablar con su hijo—, pero puede hacerse. Yo he bloqueado al Devorador de Almas de mi cabeza durante casi un siglo y Carrie logró bloquear a Cyrus cuando estaba viviendo bajo su techo. No es imposible anular el lazo de sangre.

—No —dijo Ziggy con tristeza—. Pero es imposible querer hacerlo.

En eso estaba de acuerdo.

Como una huérfana, así me había sentido cuando había matado a mi Creador. Si era sincera conmigo misma, tenía que decir que lo había sentido con cada traición, y que esa sensación había ido creciendo como una bola de nieve hasta que le atravesé el corazón con el cuchillo. Para alguien como Ziggy, un chico con pocos nexos familiares, el vínculo que suponía el lazo de sangre era un poderoso afrodisíaco. A mí me había hecho hacer cosas que no habría hecho de otro modo.

Muy a mi pesar, cedí ante la idea de que Ziggy pudiera acabar siendo nuestro enemigo.

Él de verdad creía que jamás nos traicionaría a propósito, pero el anhelo por su Creador podía tentarlo a hacer cosas que no habría hecho normalmente. No me parecía una idea realista que pudiéramos evitar que Jacob supiera de nuestro paradero durante mucho tiempo. Lo único que tenía que hacer Ziggy era salir a comprar un paquete de cigarrillos y podría entregarnos a todos.

Nathan apoyó la espalda contra la dura pared y echó la cabeza atrás en un intento de acomodarse, con sus largas piernas casi tocando a Bill en un espacio tan pequeño. El humano imitó la postura de Nathan y se quedó dormido. No le tenía rencor por no confiar en nosotros. Después de todo, el vampiro que le acababa de arrancar un trozo de piel estaba acurrucado en el suelo a su lado.

Me acerqué a Nathan y apoyé la cabeza sobre su pecho.

«¿Cómo estás?», le susurré a través del lazo de sangre.

«Muerto de miedo. Pero sobreviviré».

Puso un dedo bajo mi barbilla y me llevó la cara hasta la suya. Sus labios me rozaron suavemente, pero lo suficiente como para poder sentir su aliento.

«Siento que hayamos discutido».

«No, yo lo siento».

La distancia entre los dos, primero emocional y después física, era más intensamente dolorosa ahora que estaba resuelta. Tocarlo era una tortura porque no podía tenerlo del modo que yo quería.

«No he hecho nada bien desde...».

Me interrumpió delicadamente poniéndome un dedo sobre los labios, y eso que no había hablado con palabras.

«Lo sé. Dejémoslo». Le sonreí.

«Dudo mucho que tengamos un momento mejor. Me parece que las cosas se van a complicar un poco. Y no quiero esperar a un momento mejor. Lo único que quiero es... que las cosas vuelvan a ser como antes, como si nada hubiera pasado».

Su mirada se posó en los otros dos ocupantes del refugio.

«No me parece el lugar adecuado».

Suspiré y cerré los ojos, poniendo una mano sobre su pecho. Él puso la suya encima.

«Podría intentarlo de mil formas distintas, aunque, hiciera lo que hiciera, seguiría sin poder decirlo de la forma adecuada. Pero quiero lo que imaginé aquella primera

noche que te conocí».

«¿Y qué fue?».

Giré la palma hacia arriba y le dejé entrelazar sus dedos con los míos. La sensación de salir de mi propio cuerpo para entrar en su memoria me sorprendió, incluso después de todas las veces que lo había experimentado. Cuando Cyrus había sido mi Creador, a menudo había mirado dentro de su memoria, pero me parecía que de eso habían pasado años, y Nathan rara vez me dejaba ver lo que había en su mente de esa forma. Ahora, cuando me adapté a la sensación de verme metida en el mundo de otra persona, los colores en mi visión comenzaron a transformarse en objetos y me vi, todos esos meses atrás, en la librería con mi abrigo negro y una gorra de béisbol sobre mi lacio cabello rubio. Se me veía furiosa cuando le grité:

—Sí, tengo preguntas. ¿Quién demonios eres? ¿Por qué me han atacado cuando he cruzado esa puerta? ¿Y qué te hace pensar que soy un vampiro?

En aquel momento había pensado que se habría puesto furioso al verme entrar en su tienda con todas esas preguntas hostiles, pero la sensación que saqué de sus recuerdos fue de diversión. ¿De verdad le había parecido divertido... le había resultado graciosa?

Ese recuerdo dio paso bruscamente a la imagen de los dos de pie en el salón de su apartamento, esa misma noche, justo después de que me hubiera dicho que me mataría si no me unía al Movimiento.

Claro que también recuerdo haberme sentido atraída por él y lo inapropiado que eso me había resultado en el momento. Me vi humedecerme los labios, intentando parecer más valiente de lo que me sentía mientras decía:

—¿Te parezco la clase de chica que sale huyendo de los problemas?

Yo no fui la única que había sentido las chispas saltar. El recuerdo de Nathan se mantuvo ahí, pero su cerebro desprendía otra serie de imágenes al azar. Yo, bajo él en su cama; caminando entre las hojas caídas en un parque un día soleado; mi rostro, sonrojado por el vino y la luz de las velas; acunando a un bebé en brazos; y después el rostro de su mujer y él pensando: «Dios, cuánto me recuerda a ella».

Me aparté de ese recuerdo y cuando mi visión se aclaró y ya estaba de vuelta en mi cuerpo, lo miré y susurré:

—Creía que no me parecía en nada a tu esposa.

Él sonrió.

—Y no te pareces. No desde que te conozco bien. Pero por aquel entonces... bueno... solo quería llevarte a la cama.

Le di una palmadita a su mano y apoyé la cabeza en su hombro.

«Bien hecho entonces. Pero en serio, ¿y qué era todo eso? ¿Lo de tener bebés y los paseos románticos? ¿Los chicos de verdad pensáis en esa clase de cosas?».

«Claro que sí... Espero».

Dejó escapar una lánguida carcajada.

«Aunque fue una estupidez estar pensando en esas cosas... en tener hijos, en estar expuestos a la luz del sol. Ni siquiera sé si te gustan los niños».

«Demasiado tarde para pensar en eso ahora».

Él suspiró y el dolor que salió de ese gesto hizo pedazos mi corazón. Después, con una forzada alegría, añadió: «La verdad es que es una suerte lo de no tener ni que planteárnoslo. Si fuéramos humanos, podríamos no estar de acuerdo y entonces, ¿qué? No estaríamos juntos».

«¿Eso te dio problemas con tus novias humanas?».

Sentí un poco de celos, por ridículo que parezca. Había mencionado que tuvo una novia, pero nunca le había preguntado más por el tema.

«Quiero decir, ¿os supuso algún problema?».

«La única mujer después de Marianne, además de ti, fue Linda. Y... ¡puff! fue un desastre». Bajo mi mejilla, lo noté reír.

Aun así, me pregunté si tendría razón, si seguiríamos juntos de no tener el vínculo que nos unía. Tal vez nuestra relación había pasado por un montón de tribulaciones, pero teníamos la oportunidad de que esa relación durara más que toda una vida.

Esa idea me golpeó con la fuerza de un martillo.

Nathan era mi Creador; durante todo el tiempo que viviéramos, estaríamos unidos el uno al otro. Y si nuestra relación romántica no duraba todo ese tiempo, viendo que hasta el momento la cosa no iba muy bien, ¿qué pasaría entonces? Pero si duraba, ¿qué pasaría?

Por primera vez reflexioné seriamente sobre lo que suponían las relaciones entre vampiros y me asustó más que cualquier monstruo con el que me hubiera topado hasta el momento. Nathan y yo podíamos terminar juntos para siempre, literalmente. Y ¿sería porque de verdad lo queríamos así o por alguna fuerza mística que lo provocaba?

Sintió mi inquietud y me acarició la cara.

«Esa relación terminó porque ella estaba preparada para algo que yo no. Estábamos mal sincronizados. Por eso y porque fue difícil fingir que no era un vampiro. Pero ninguna de esas dos circunstancias se aplica a nosotros».

Me reí de mí misma.

—Lo sé.

—¿Y me quieres? —me preguntó deslizando su dedo pulgar sobre mis labios a la vez que se inclinaba para besarme.

Esos miedos momentáneos, junto con los que había arrastrado durante meses, ahora me parecían ridículos ante la posibilidad de perderlo. Sonreí contra su boca.

—Sí. Te quiero.

Me besó, tan despacio y con tanta ternura que perdí la noción del tiempo antes de que finalmente terminara y ese momento me pareciera una tortura. Ziggy se movió.

—No estaréis dándoos el lote, ¿verdad?

Nathan le dio una palmadita en la cabeza.

—Vuelve a dormir. Esto es para adultos.

Ziggy se rio.

—Sí. Pero que la cosa no se ponga muy de adultos. Soy un chaval, recordadlo.

—Eres un fastidio, eso es lo que eres —dijo Nathan con una voz llena de alivio, amor y felicidad a pesar de todo lo que nos esperaba—. Me alegra que hayas vuelto.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

Ziggy bostezó.

—Lo de vosotros dos. Sabía que acabaríais juntos.

—Ah, bueno, yo también lo sabía —respondió Nathan—. Lo único que no tenía seguro era cómo sucedería.

—Pero olvidáis que hay mucha información que Ziggy no sabe —dije.

—¿Y qué es? —preguntó él de pronto, alarmado y ansioso por saber al mismo tiempo.

—Nathan es mi Creador —respondí con un bostezo.

Antes de que Ziggy pudiera responder, Nathan interpuso:

—Es una historia muy larga. Mejor la dejamos para otro momento.

—Como quieras. Despertadme cuando se ponga el sol.

«Intenta dormir tú también», le dije a Nathan cuando me dio un beso en la cabeza. Y si me respondió, no lo oí.

Capítulo 6

Reconectados (Continuación)

Lo primero que tuvimos que hacer al salir del escondite fue hacer habitable el apartamento. No nos llevó tanto tiempo como me había esperado, aunque Nathan se quedaba consternado cada vez que encontrábamos otro libro o libreta demasiado destrozado como para poder recuperarlo.

Algo en el apartamento había cambiado durante nuestra ausencia. No era nada físico, pero la atmósfera era distinta. Después de que me hubiera convertido, veía la casa de Nathan como una fortaleza, como un refugio. Un santuario. Y más tarde, una vez que me convertí en residente permanente, la vi como un hogar. Ahora era fría, como si las paredes estuvieran viviendo cosas que de un momento a otro fueran a entregarnos a nuestros enemigos y a acabar con nosotros.

—Odio decir esto, pero me habéis destrozado el coche y me habéis dificultado mucho mi forma de ganarme la vida —dijo Bill colocando una libreta mutilada en una estantería—. Lo mínimo que podríais hacer es llevarme hasta Chicago.

—Ahora mismo no —le respondió Nathan—. Lo siento, pero no te conocemos bien y no sabemos con qué clase de gente trabajas.

—Entonces, ¿es un rehén? —preguntó Ziggy con un tono de voz algo sanguinario y ansioso.

Nathan se encogió de hombros.

—En todos los sentidos. Pero encontraremos un modo de compensarlo por el tiempo y el dinero perdidos.

—Bueno, la verdad es que se me ocurren lugares peores donde estar —dijo Bill—, aunque no me hace ninguna gracia la idea de ser un rehén. No estoy aquí para ayudaros con ese gran plan de salvar el mundo.

Tenía razón y todo el derecho del mundo a enfadarse con nosotros.

En ningún momento le habíamos pedido que nos ayudara hasta tan lejos y nos habíamos aprovechado de esa ayuda. Ahora, era nuestro rehén y volví a preguntarme si habría una familia esperándolo.

—Muchas gracias, Bill, por toda tu ayuda. De verdad, has hecho mucho más de lo necesario.

—Y seguirá haciéndolo —dijo Nathan con tono alegre—. Es un buen tipo.

Ziggy fue hacia las escaleras que conducían a la calle.

—Bueno, ¿cómo vamos a asegurar este lugar? No se puede decir que sea el Reichstag.

—Dos hombres despiertos, dos hombres dormidos, hacemos un turno de cuatro horas —respondió Bill al instante—. Uno arriba, otro abajo en la librería. ¿Tenéis *walkie-talkies*?

—¿Estabas en el Equipo A o algo así? —preguntó Ziggy, y sonreí. Estaba empezando a hablar como el chico que yo recordaba.

—Bill estuvo en los Marines —dijo Nathan con el mismo tono de paciencia que emplearía alguien para explicar el comportamiento extraño de un pariente con discapacidad mental.

Agarré el libro de hechizos de Dahlia, que había recogido del coche antes de subir al apartamento.

—¿Y si sacamos algo de aquí? Tiene toda clase de hechizos de protección. Tiene que haber algo que funcione en el edificio.

Nathan me quitó el libro de las manos.

—Seguro que no será muy útil. Dahlia solía estar más preocupada con la magia destructora que con cosas que sirvieran para un bien. Aunque puede que haya algo que merezca la pena.

—Bien. Lo haremos y Bill y Ziggy pueden salir a buscar sangre —me giré hacia la puerta y la abrí—. Lo haremos en la librería.

—Pervertidilla.

La voz vino del final de las escaleras. Se me quedó la boca seca y el corazón se me subió a la garganta.

—¿Ni siquiera vais a decirme hola?

—¡Max!

Recuperé la voz antes de que subiera las escaleras y, una vez llegó a la puerta, también recuperé los reflejos. Se quedó tenso, preparándose para el impacto de mi abrazo, pero luego relajó los brazos y me rodeó con ellos.

—Yo también me alegro de verte —se rio—. Aunque me habría alegrado más de veros en Chicago. Me habría ahorrado cinco horas en coche. Vi tu mensaje cuando volví a casa.

A través del lazo de sangre, le expliqué rápidamente a Nathan que Max estaba al corriente de todo por el mensaje que le había dejado antes de ir a buscarlo. Para mi sorpresa y la de Max, lo abrazó tan pronto como me aparté.

—Hemos estado preocupados por ti, amigo.

Max le dio una palmadita en la espalda y dio un paso a un lado.

—Debería desaparecer sin despedirme más a menudo. Estáis de mejor humor cuando aparezco.

—No te atrevas a volver a hacerlo —lo reprendí mientras me moría de ganas de volver a abrazarlo—. Estábamos muy preocupados.

—Os llamé. Dejé un mensaje. Si alguna vez comprobarais el buzón de voz... —se detuvo y miró al salón—. ¿Ahí está Bill?

—Y Ziggy. Está vivo —dijo Nathan—. Aunque no pareces sorprendido de verlo.

—Como ya he dicho, deberíais comprobar el buzón de voz —se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa.

Nathan lo agarró de la camisa y lo puso contra la pared. Un poco de pintura cayó del techo y la pared se agrietó.

—¿Me llamaste para decirme que mi hijo estaba vivo y en lugar de hablar directamente conmigo me dejaste un mensaje en el contestador?

Todos nos quedamos en silencio mientras se desvanecía el eco de la voz de Nathan. Creo que intentábamos imaginarnos un modo de ponerle fin a esa discusión sin que Nathan tirara a Max por las escaleras.

—Nate —dijo Ziggy con prudencia—. No tuvo otra opción.

—Tuvo otra opción. ¡Podría haberte sacado de allí y haberte traído a casa!

Volvió a zarandear a Max y algo se cayó al otro lado del apartamento.

—No quiso venir conmigo —dijo Max. No estaba enfadado y eso solo sirvió para enfurecer a Nathan más todavía.

Sentí su ira recorrer el lazo de sangre y lo reprendí mentalmente.

«No te metas en esto, Carrie», me respondió girando la cabeza para mirarme.

—Claro que quería ir contigo. ¡Estaba muerto de miedo cuando me llamó! —dijo, casi fuera de sí.

—Cuando te llamé, era una trampa —Ziggy se levantó y se puso la cazadora sin mirarnos a ninguno—. No lo culpes. Yo soy el capullo que lo ha estropeado todo.

Nathan intentó seguir enfadado con su amigo, pero era una batalla perdida. Lo soltó y Max descendió unos centímetros... No me había dado cuenta de que lo había levantado del suelo; había una abolladura de tamaño considerable en la pared.

—De verdad que intenté traerlo —dijo Max, ya recuperado—. Lo hice. Pero tenía a Bella conmigo...

—¡Bella! —no podía creer que me hubiera olvidado de preguntar por ella—. ¿Está contigo?

—No, ha tenido que quedarse atrás —respondió Max desviando la mirada hacia Nathan, como pendiente ante la posibilidad de otro ataque—. Aún no puede caminar.

—Dios mío, ¿qué le pasó? —pregunté, aunque no recibí respuesta.

Ziggy pasó por delante de nosotros sin decir nada y bajó las escaleras. Uno tendría que haber estado ciego para no darse cuenta de que estaba furioso. Y yo también lo estaría si viera a Nathan comportarse de ese modo por mi culpa.

—¡Ziggy! —Nathan salió tras él y lo detuvo sujetándolo del brazo.

«Deja que se vaya», le dije.

Ya se le pasaría. Había vivido muchas cosas y necesitaba estar solo. Y Nathan debió de estar de acuerdo conmigo porque lo dejó ir.

Después se giró hacia Max y alargó la mano, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo siento.

Max le estrechó la mano y señaló hacia el sofá.

—Tal vez deberíamos ponernos al día. Estoy aquí por una razón y apuesto a que es un pequeño proyecto en el que vais a querer colaborar.

—Escuchad, chicos —apuntó Bill con un bostezo—. Tengo que irme a la cama. Vuestro horario me está matando. ¿Hay algún lugar semiprivado donde pueda dormir?

Nathan lo miró con desconfianza y después desvió la vista hacia la puerta, por donde acababa de salir Ziggy.

—La mejor forma de adaptarse al horario es enfrentarse a él.

Miré a Nathan con gesto de advertencia, pero él miró a otro lado.

«¿Sabes cuántos años tiene, Carrie?».

«¿Sabes cuántos años tiene Jacob?».

Fue un golpe bajo, pero no teníamos tiempo para que Nathan jugara al padre protector. Sonreí a Bill y le dije:

—Puedes tumbarte en la trastienda de la librería. Allí estarás solo, pero cuidado no te muerdan las chinches.

—Ni ninguna otra cosa —añadió Max con una risotada que inmediatamente contuvo ante la furiosa mirada de Nathan.

—Antes de que empecemos a discutir el plan de batalla... hay algo que quiero deciros.

Por el rabillo del ojo, noté algo raro en su mano. Le agarré la muñeca y le levanté la mano. Le faltaban dos dedos.

—Y un dedo del pie —dijo antes de que yo pudiera decir nada—. Me torturaron. Algo sin importancia.

Con ese tono tan desalentador, nos acomodamos en el salón; Max en el sofá, Nathan en su sillón y yo sobre el reposabrazos. Escuchamos e intentamos no hacer demasiadas preguntas mientras nos contaba lo que había pasado con Oráculo.

Pude aceptar que había dejado a Bella embarazada bajo el influjo de una de las pociones de Dahlia; eso ya nos lo habíamos imaginado. Pude aceptar que Bella hubiera quedado lisiada tras un horrible accidente de coche y que hubiera convertido a Max en un lupin. Pero lo que me dejó impactada fue que Max pudiera salir por ahí a plena luz del día.

—Lo sé, estoy tan perplejo como tú.

Se levantó y caminó de un lado a otro del salón como un... bueno... como un lobo enjaulado.

—No os imagináis cuánto te cambia esto, después de tantos años sin ver un amanecer, sin estar despierto al mismo tiempo que todos los demás.

Hubo algo de tristeza en los ojos de Nathan cuando asintió, pero aun así sonrió.

—Felicidades por el bebé. Eso sí que va a cambiarte.

En ese momento, Max se puso serio.

—Si es que puedo volver con ella. Por eso he venido a buscaros. Mi suegro más o menos me ha desterrado de la manada hasta que se solucione el asunto del Devorador de Almas porque voy a ser el responsable de los actos de cada vampiro del planeta hasta el día que me muera, al parecer. Y probablemente también después de eso.

—Bueno, pues no vamos a poder ser de mucha ayuda.

Nathan me miró como para asegurarme que estaba bien, pero yo podía sentir su tristeza e incluso un poco de envidia a través del lazo de sangre. Lo que más quería en el mundo era una familia y aunque el Devorador de Almas no se la hubiera arrebatado, de todos modos lo habría hecho el delicado estado de salud de su mujer. Sabía lo mucho que le habría dolido saber que Max iba a ser padre.

—No hemos llegado muy lejos, aunque Carrie tiene algo de experiencia en la hechicería que podría sernos útil.

—Si es que no muero de hambre primero.

Mi estómago rugió como para ilustrar mi comentario.

Max se rio.

—Tengo un poco de sangre abajo. No nos dará para mucho, pero tenemos suficiente para no morir de hambre en unos cuantos días.

Max y Nathan bajaron juntos y subieron la sangre, que yo calenté antes de intentar no engullir la mía. Explicamos con más detalle a Max lo de los nuevos subalternos del Devorador de Almas y todo lo que había ocurrido con Ziggy.

—Sé que es tu hijo —dijo Max con la voz cargada de auténtica empatía—, pero tenemos que tenerlo vigilado.

Nathan se mostró de acuerdo.

—Odio decirlo, pero yo también lo había pensado.

—Bueno, creo que tengo que encontrar un lugar donde dormir.

Cuando Max se levantó, obviamente cansado después del viaje, y se estiró, no pude evitar mirar su mano mutilada.

—Max —dije con la intención de darle las gracias por ayudarnos, porque lo hubieran torturado horriblemente mientras cumplía con su deber. Pero eso él no lo habría querido oír—. Podrías quedarte en la vieja habitación de Ziggy.

Esbozó una sonrisa.

—No. Creo que el chico la necesitará. Ahora soy un perro. Cavadme un agujero, echadle un poco de paja y estaré encantado de dormir ahí.

—Bueno, tenemos el escondite de emergencia debajo del mostrador —dijo Nathan y yo le di un codazo—. ¿Qué? —protestó en voz alta mientras se frotaba sus doloridas costillas—. Ha dicho que con un agujero le bastaba.

—Por lo menos ahí hay un saco de dormir. Y está hecho de paja —Max se echó su bolsa sobre los hombros y bajó las escaleras—. Si veo al chico, le diré que suba a comer algo.

* * *

Cuando se fue y nos quedamos solos en el apartamento, Nathan abrió un libro y se acomodó en su sillón, aunque a juzgar por su mirada supe que no estaba leyendo.

—¿Pensando en estrategias? —pregunté. Le acaricié el pelo y lo besé en la frente.

—No. Estaba pensando en a cuál de mis hijos rebeldes castigar primero —cerró el libro y me miró con gesto de consternación en su agotado rostro.

—No hagas eso, es ordinario. Lo de decir que soy tu hija —añadí para que me entendiera.

Cerró los ojos y respiró hondo, como si el oxígeno pudiera aclararle las ideas.

—Supongo que vas a decirme que hable con él.

—No. Dale tiempo para que se calme.

—¿Soy un mal padre por decir que me alegro mucho de que hayas sugerido esto? —echó la cabeza atrás y cerró los ojos—. ¿En qué punto empezó a ir todo mal?

—Hace seis meses. Hace seis jodidos meses —me reí—. Y mejora por momentos.

Deslizó la mano sobre mi brazo, por debajo de la manga de mi camiseta, y coló los dedos bajo el tirante de mi sujetador.

—No todo ha sido malo.

Me sentó sobre su regazo y no me resistí. Los hechizos de protección podrían esperar veinte minutos y me negué a sentirme culpable por ignorarlos en ese momento.

Me quité la camiseta, contenta de haberme puesto ese día un sujetador bonito y no uno de los simples y cómodos de algodón. Y no es que hubiera planeado tener sexo... no era algo que hubiéramos hecho últimamente.

Nathan me susurró lo mucho que le gustaba el encaje rosa contra la palidez de mis pechos (algo consternada me fijé en que en los últimos seis meses había perdido mucho color) y me dio un beso en el cuello.

—¿Y si vuelve Ziggy? ¿O Bill o Max? —pregunté, preocupada de pronto.

Nathan sacudió la cabeza y su respiración se aceleró cuando le subí la camiseta. Mientras se la quitaba, murmuró:

—No vendrán.

Esa respuesta me valió después de casi un mes de autoimpuesto celibato. Me levanté un momento para bajarme los vaqueros y Nathan me ayudó con manos temblorosas.

—¿Qué te pasa?

Me reí mientras él intentaba bajarme la cremallera.

—¿Nervioso?

—La verdad es que sí, un poco —pareció avergonzado de admitirlo—. No puedo evitarlo, me parece que haya pasado una eternidad.

Nos reímos y me bajó los pantalones junto con mi ropa interior. Se bajó la cremallera y me senté encima de él. Cuando entró en mí, gimió y sentí un escalofrío ante ese sonido.

Me agarré al respaldo del sillón para sostenerme y gimoteé de frustración cuando vi que era demasiado difícil moverme arriba y abajo sobre él.

—Espera, cielo —me susurró al oído y se levantó del sillón conmigo en brazos.

Me llevó hasta la pequeña mesa de la cocina y apartó las tazas sucias que nos habíamos dejado. Protesté al oír cómo se rompieron en pedazos al caer al suelo, pero lo olvidé cuando el frío plástico de la mesa tocó mi espalda y Nathan se adentró en mí con más intensidad y profundidad de lo que lo había hecho en el sillón.

Abrí los ojos para mirarlo, desnudo y con una piel blanca que resplandecía como el mármol bajo la extraña luz amarilla de la lámpara del techo. Mi mirada se desvió hasta las cicatrices de la posesión del Devorador de Almas, que aún no se habían curado y que probablemente nunca lo harían. Le cubrían los brazos hasta donde sus manos se flexionaban mientras me agarraban las caderas y me llevaban contra él a la vez que se hundía más y más en mí. Vi cómo los músculos de su abdomen se fruncían al moverse y la oscura línea de vello que se esparcía por su pecho, y me percaté con extraña fascinación de que podía ver su pulso latir en la base del cuello.

Cuando me alcé, me rodeó por la espalda para sujetarme.

—¿Puedo morderte? —le susurré.

Aunque no respondió con palabras, interpreté el sonido entrecortado que emitió como un «sí».

Dejé que mi rostro se transformara, justo lo suficiente para atravesarle la piel de la cara interna del codo con los colmillos, y después cambié de nuevo para posar mis labios sobre la herida que le había hecho.

Había resoplado de dolor cuando lo había mordido, pero ahora gemía y respiraba entrecortadamente. Se hundió tan dentro de mí que la mesa se tambaleó de su pedestal. Me agarró una mano y se la llevó a la boca para, después de transformar su rostro, morderme. Gemí de dolor antes de hacerlo por el placer que me recorrió.

Cerré la boca sobre la herida y succioné con fuerza.

Lo sentí todo.

Lo sentí dentro de mí y sentí lo que suponía para él estar ahí. Lo que era para él sentir lo que yo sentía. El sabor de mi sangre en su sangre, el sabor de su sangre en la mía. Era un bucle sin fin, un torbellino de sensaciones que me arrastró, que me dejó jadeando y temblando mientras mi cuerpo se tensaba alrededor de él.

Al cabo de un momento, se apartó, me besó en la mano y se dejó caer al suelo.

Abrí los ojos y lo vi estremecerse al doblar el brazo. Yo estaba tendida en la pequeña mesa, con los pies rozando el suelo y las piernas colgando.

Oí una tela rasgarse y Nathan me puso algo en la mano.

Riéndome, vi que era la mitad de su camiseta.

—¿A qué vienen esas risas? —me preguntó.

Sonreí y me senté para atarme el pedazo de camiseta alrededor de mi mano ensangrentada.

—Nada. Es solo que me siento bien.

—Me alegra que te sientas bien —dijo—. No he bebido demasiado, ¿verdad?

—No.

Volví a reírme. No podía evitarlo.

—¿Y yo?

Él dobló el brazo con una mueca de dolor.

—No, pero me ha dolido mucho. Hacía mucho que no me mordían.

—A mí también.

Me puse los vaqueros.

—Pero ha estado bien.

Sonrió.

—Sí, aunque no sé por qué has querido que lo hiciéramos.

Y entonces me di cuenta de que yo tampoco lo sabía.

En el pasado, morder me había resultado... malo sucio, pero no ahora. Ahora me parecía de lo más erótico.

—No sé, simplemente he pensado que estaría bien. Pero había estado más que bien. Había sido lo propio que hacía un vampiro.

Y hacía mucho tiempo que no me sentía tan yo misma.

Capítulo 7

Desaparecido como por arte de magia

Grand Rapids no era una ciudad para vampiros.

Ziggy encendió otro cigarrillo y miró el reloj que había detrás de la barra. El lugar estaba muy oscuro, tendrían que haber invertido en un reloj con luz o que brillara en la oscuridad.

Deseaba no haberse marchado de esa forma. Seguro que Nate se había enfadado con él, pero no podía saberlo. Jacob podía ser así de artero, metiéndote ideas en la cabeza cuando no estabas mirando y dejándolas ahí para que te atormentaran. La mitad del tiempo, Ziggy ya no estaba seguro de tener ideas propias. Tal vez era Jacob, que estaba llenándole la cabeza, volviéndolo loco cuando lo único que él quería era solucionar las cosas con Nate y recuperar su vida normal.

Pero ¿quién decidía lo que era normal? Regresar de entre los muertos, ¿eso era normal? ¿Y cómo solucionabas las cosas con alguien cuando sabías que ese alguien sería más feliz si tú estuvieras muerto, cuando incluso te habían dado por muerto en el pasado?

Maldijo y se tragó el final de la cerveza. No le venía bien, pero al menos estaba saciándole el estómago por el momento. El camarero lo miró con desconfianza cuando le rellenó el vaso. El carné falso de Ziggy no lo había engañado, pero no parecía de los que no aceptaban propinas, y menos cuando el bar estaba tan vacío.

La pesada puerta se abrió y las bisagras chirriaron. Fue un sonido terrible. Peor que eso, porque significaba que uno de los matones de Jacob estaba husmeando por allí en ese mismo momento. Con disimulo, Ziggy posó la mano sobre el cuchillo de caza que llevaba bajo su cazadora y después se relajó cuando el tipo que tenía detrás dejó escapar un silbido de sorpresa fingida.

—Vaya. Qué lugar tan ostentoso.

Bill se sentó en el taburete que había a su lado y señaló al camarero.

—Un *whisky* con *Seven-Up*, y a mi amigo le pones otra ronda de lo que esté tomando.

El camarero, que se habría parecido a Santa Claus de no ser por el polo que llevaba y el palillo que le sobresalía de un lado de la boca, le dirigió a Bill la misma mirada de desconfianza que le había lanzado a Ziggy antes de servirles. Tal vez era una persona desconfiada por naturaleza, sin más. Después de todo, no era la mejor zona de la ciudad y esta estaba infestada de vampiros.

—A menos que prefirieras salir a por un mordisco —dijo Bill, con una media sonrisa—. En cuyo caso me quedaría aquí.

Ziggy no respondió.

Bill tragó saliva.

—Era un chiste. Ya sabes, como me has mordido...

—Ya, lo he pillado —le aseguró Ziggy, sin esbozar ni la más mínima sonrisa.

Saliendo de la conversación, Bill giró la cabeza y asintió hacia el pequeño televisor que colgaba de la pared. Estaban emitiendo los deportes.

—Los Tigers van bien este año, ¿eh?

—No me gusta el béisbol —Ziggy dio un trago lentamente.

—Bueno, de todos modos yo soy fan de los Sox. De los blancos, no de los rojos. Aunque ninguno de los dos está demasiado bien esta temporada.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —Ziggy se giró sobre el taburete y se abrió la cazadora para enseñarle el cuchillo—. ¿Nate te ha enviado a buscarme?

El tipo ni se inmutó.

Ziggy tuvo que admitir que era duro. Incluso había intentado luchar contra él cuando lo había mordido, y alguien así se merecía un respeto.

Bill dio otro trago antes de responder.

—No, no me ha enviado él. Y no he venido aquí buscándote. Es que es el único sitio abierto al que podía llegar andando.

—Pues no has andado mucho —murmuró Ziggy. Prácticamente podía verse el bar desde el dormitorio de Nate. Era imposible que Bill no estuviera en una misión de espionaje.

Se quedaron sentados en silencio un rato. Ziggy se giró hacia la barra y miró el fondo de su vaso, esperando a que Bill se marchara. Pero Bill dio otro trago y le dijo:

—Bueno, Ziggy, ¿tienes novia?

«Genial».

Ese tipo era transparente como un pedazo de cristal. Era muy fácil leer dentro de él. Y después de un tiempo al lado de gente como Dahlia y Jacob, resultaba un cambio de lo más refrescante.

—No me van mucho las chicas. Pero apuesto a que lo has preguntado por eso.

—Me ha dado un pálpito. Soy bueno en eso —no parecía avergonzado porque lo hubiera pillado y ni siquiera miró a otro lado cuando preguntó—: Entonces... ¿tienes otros... amigos?

Ziggy no quiso reírse, pero sí que sonrió un poco.

—Eres bastante directo.

—Tan directo como un tren de cercanías sin paradas —Bill se rio y después añadió nervioso—: Sí, es otro chiste. Porque como no hacen paradas no tienes que hacer trasbordo y...

—Sí, ese también lo he pillado. Y hasta podría haberme reído si te esforzabas un poco más por ser gracioso —apagó el cigarrillo y se encendió otro, dejando el encendedor en la barra—. Así que ¿eres uno de esos fanáticos de lo oscuro, eh?

Esa pregunta sí que puso un poco nervioso a Bill.

Bien.

Tartamudeó al responder:

—No... Eh... solo soy un Donante. Además, llevo a unos cuantos Donantes más y me quedo con parte de su beneficio.

Ziggy asintió.

—Así que no eres un fanático, ¿eres un especulador de vampiros?

—Prefiero «chulo de Donantes», pero sí —dijo encogiéndose de hombros.

Ahora fue Ziggy el que se rio, ofreciéndole un cigarrillo.

—Chulo de Donantes. Eso sí que es gracioso.

—Pues no lo pretendía.

Bill agarró el encendedor de Ziggy, lo abrió con un movimiento contra su muslo y se inclinó hacia él para encenderse el cigarrillo.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo llevas haciéndolo? Me refiero a lo de ser chulo de Donantes, no a lo del truco del mechero.

—Empecé cuando tenía treinta y dos años, así que llevo ocho años. Algo así.

—Imagino que te llevaría un tiempo establecerte, ¿no? —Ziggy hizo un rápido cálculo mental—. Te conservas bien para tu edad. ¿Seguro que no te bebes parte de la sangre de tus clientes?

—Eh, gracias —parecía verdaderamente complacido con el comentario—. Tú no pareces tener más de dieciocho. ¿Cuántos años tienes?

—No se lo digas a Papá Pitufu, pero solo tengo veinte.

A Ziggy le hizo menos gracia oír que parecía más joven. Eso haría que la eternidad le resultara insoportable si iba a tener que empezar con una nueva identidad cada cinco años.

Bill se rio y deslizó el mechero sobre la barra.

—No, me refería a cuántos años tienes en total.

—Veinte. En serio. Me convertí un poco antes de mi último cumpleaños.

—Vaya —Bill se quedó pensativo.

Ziggy se sintió decepcionado. Ahora no sería más que un chaval para ese hombre, y eso le avergonzaba. No muchos adultos lo tomaban en serio últimamente. Decidió desviar el tema.

—Bueno, ¿y qué hacías antes de convertirte en chulo de Donantes? Estabas en el ejército o algo así, ¿no?

Bill sonrió antes de darle otro trago a su copa, pero no fue la clase de sonrisa indulgente que se le dirige a un crío.

Bien.

—Estaba en los Marines.

—¿Entonces eres un tipo duro acostumbrado a luchar?

A Ziggy no le impresionaban los militares. La casa de Jacob estaba rodeada de ellos y había empezado a verlos meramente como parte del servicio, lo cual disminuía el estatus de Bill en su cabeza. Y eso era positivo. Significaba que él tendría la sartén por el mango si sucedía algo. Aunque no quería que sucediera nada.

«Los humanos son comida, no nuestros amigos», lo aleccionó Jacob desde su memoria.

Nervioso, Bill miró la televisión, después al camarero y después a su vaso. Su lenguaje corporal hablaba a gritos.

—Sí, quiero decir, no. Nunca vi ningún combate ni nada parecido. Pero no me gustaba. Todo aquello estaba demasiado estructurado para mí.

—¿Por eso abandonaste? —le dio una calada al cigarrillo—. ¿Demasiado estructurado?

—«Abandonar» no es la palabra exacta —Bill bajó la mirada a la barra y se rascó el cuello—. Me... digamos que me invitaron educadamente a marcharme. Ya no requerían mis servicios.

—Ah —Ziggy había oído la terminología correcta en alguna parte; tal vez se lo había oído a uno de los guardias de Jacob. Pero de cualquier modo, tampoco le importaba—. No creo que yo pudiera hacer todo eso del ejército. No se me da bien recibir órdenes.

—Yo no estuve en el ejército. Estuve en los Marines. Y sí, entiendo que tendrías un problema. A mí me despidieron porque me cuesta mucho tener la boca cerrada cuando creo que tengo algo útil que decir. Por ejemplo, si se me ocurría una forma más eficaz de hacer algo, se lo comunicaba a mi comandante, tanto si me lo preguntaba como si no, y eso no era exactamente lo que ellos querían.

—Querían simplemente una pieza más de todo ese engranaje —Ziggy sabía lo que era eso. Se sentía así al lado de Jacob muchas veces. Como si no fuera más que otro empleado, independientemente de lo que su Creador le dijera o le hiciera. Se aclaró la voz—: Escucha, no tienes que quedarte aquí conmigo. No voy a escaparme.

—Eh, soy tan rehén como tú. Es más, tal vez deberíais atarme a un radiador o algo así —por su tono de voz, Ziggy supo que estaba diciendo la verdad—. Pero no he venido aquí porque pensara que ibas a escaparte.

¡Joder! ¡Eso sí que era raro! Tener ahí sentado a un tipo... un tipo bastante guapo, por cierto... sin que tuviera segundas intenciones.

Aunque claro, si las tuviera, tampoco se lo diría.

Había dicho que no estaba allí porque le preocupara que fuera a escaparse. Tal vez estaba allí porque Nathan sí que lo había enviado. O tal vez estaba aburrido o era un alcohólico. Tal vez era un fanático de vampiros, después de todo, y era bueno disimulándolo. Tal vez había ido allí buscándolo, pero por una razón totalmente distinta.

—No intento ligarte —dijo Bill en voz baja.

Ziggy lo miró.

—¿Me has leído la mente?

—No —Bill se rio y apagó su cigarrillo—. Pero he leído tus gestos. Joder, ¿has tenido alguna relación dura en el pasado o algo así?

—O algo así. Cambiemos de tema.

Ziggy se levantó y apagó también su cigarrillo antes de dejar algo de dinero sobre la barra. Fue hacia la puerta, dividido entre querer que Bill se largara por otro lado y querer que lo siguiera.

Pero el hombre no hizo ninguna de las dos cosas. Simplemente se quedó allí sentado.

—No tienes que hacerte el duro conmigo. Ese rollo de chaval intratable apesta.

Ziggy sonrió.

—No entiendo qué quieres decir.

—Digo que dejes lo del adolescente rebelde al que nada le importa una mierda y que seas sincero conmigo unos minutos. A lo mejor descubrimos que podríamos llevarnos bien.

Ziggy sonrió de nuevo y dejó que Bill lo viera.

—Creía que ya estábamos llevándonos bien.

—Y yo que pensaba que solo estabas actuando para una comedia romántica de las malas —Bill señaló el taburete—. Siéntate. Tenemos tiempo.

Y hablaron. Y hablaron. Y cada vez que sintió la necesidad de ser él mismo, Ziggy siguió ese instinto. Y cada vez que Jacob (no, Jacob no, el Devorador de Almas; era menos doloroso pensar en él así) intentaba llenarle la cabeza de extrañas inseguridades y recordarle que nadie más que él podría quererlo y respetarlo, también apartaba a un lado esos pensamientos.

Bill era un buen tipo. Tenía historias graciosas sobre vampiros y soldados, sobre todo. Incluso sus historias que no eran graciosas resultaban graciosas, porque había algo en él que... bueno, era un tipo gracioso.

Sí, era genial. Tan genial que cuando tuvieron que irse fue un fastidio.

Y cuando volvieron al apartamento, la puerta de arriba estaba cerrada y eso también fue un fastidio.

—Me parece que está cerrada con llave por razones de privacidad, más que de seguridad —dijo Bill con una risita, y Ziggy lo miró. Entonces se aclaró la voz y fingió arrepentirse de lo que había dicho—. Lo siento. A nadie le gusta imaginarse a su padre practicando sexo.

Por lo menos la librería no estaba cerrada. Ziggy le dijo que se dirigiera al extremo más alejado de la tienda, detrás de las estanterías.

—Mi antigua cama debe de estar en la trastienda. Puedes dormir ahí y estarás a gusto.

—¿Adónde vas tú? —le preguntó Bill—. ¿Vuelves a la calle para ser un vampiro siniestro?

—No voy a escaparme, si eso es lo que crees.

—Ya te he dicho que no. Pero me parece algo muy solitario vagar por una ciudad en la que todo cierra a las nueve cuando aquí tienes buena compañía.

—Me gusta estar solo.

Ziggy se giró y fue hacia la puerta.

—Vale, lo capto —concedió Bill—. Tú vete a vagar por las calles y yo abriré este candado como sea para que puedas encerrarme y no me escape. Dame uno de los imperdibles que llevas en las botas.

Nate nunca había cerrado con candado la trastienda, pero viendo como estaba el resto del lugar había sido una suerte que lo hubiera hecho.

—Tengo una idea mejor —propuso Ziggy, que arrancó el candado de un tirón y dejó la puerta un poco doblada por ese lado. Esa destrucción le llevó menos de un segundo y Ziggy se sintió bastante satisfecho consigo mismo hasta que vio la expresión de Bill. No quedaba claro si estaba impresionado o muerto de miedo—. Mi Creador es bastante fuerte y yo bebo su sangre, así que... —fue lo peor que pudo haber dicho. Por eso cerró la boca y entró.

—¿Por qué no tenía tan protegido el resto del local? —preguntó Bill mientras Ziggy encontraba la cuerda para encender la bombilla llena de polvo que colgaba del techo.

—No lo sé. Antes lo estaba. Las cosas cambiaron —cosas como Carrie, cosas como morir. Cosas como morir porque Carrie prácticamente dejó que Cyrus le arrancara la cabeza.

Bill cerró la puerta... o todo lo que pudo, ahora que estaba doblada.

—Bueno, tendré que improvisar. No tienes que quedarte.

—No, no pasa nada. La verdad es que no tengo nada mejor que hacer.

Y no era mentira. Los vampiros de Nueva York o Chicago sí que tenían suerte, allí todo estaba abierto hasta tarde. Aunque suponía que podría haber sido peor. Podría vivir en Alaska.

Bill deslizó la mano sobre una de las polvorientas estanterías como si estuviera comprobando su estabilidad.

—¿Ya has comido, verdad?

—¡Joder!

Ziggy se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Lo último que necesitaba era que Bill temiera que estuviera mirándolo como si fuera un bufé libre.

—Bueno, ya me has mordido una vez. Solo quiero asegurarme —respondió el hombre a la defensiva.

Ziggy se rio con amargura. Estaba claro que ese tipo no confiaría nunca en él. ¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a confiar en él un humano?

«No son como nosotros», le susurró Jacob. «Mereces a alguien que te iguale en poder».

Le supuso un gran esfuerzo no responderle. Es más, sintió ganas de llorar, y eso era lo último que quería hacer delante de Bill.

—Eh, ¿estás bien?

Al instante, Bill estaba justo a su lado y parecía preocupadísimo.

—Sí, estoy bien —se secó la frente con la palma de la mano y fue hacia la puerta. Cuando se miró la mano, estaba roja. Genial. Estaba sudando sangre. Seguro que eso

era muy saludable.

—No sé si lo he dejado claro o no, pero me gustas. A pesar de que me hayas mordido. Eso no significa que espere nada de ti. Pero solo te lo digo para que lo sepas.

Ziggy tragó saliva con dificultad mientras las pisadas de Bill se acercaban a él. Una gran y cálida mano humana le tocó el hombro y entonces, sin pedirle permiso y sin previo aviso, le dio la vuelta y lo besó.

Y Ziggy cayó en la cuenta de que no lo habían besado desde... bueno, desde antes de morir.

No fue un beso ni tímido ni tierno. Le recordó a uno de esos besos de película que solían parecerle dolorosos, aunque ahora comprobó que eran fantásticos.

El único chico que lo había besado antes había sido Jeremy y todo había terminado trágicamente. Pero Jeremy había sido una aventura, una especie de prueba para ver si de verdad era gay. Ninguno de los dos se gustaba demasiado.

Sin embargo, a Bill sí parecía gustarle.

Eso era lo mejor. Eso, y también sentir sus manos en el pelo y su lengua en la boca. Pero saber que ese tipo tenía interés en él aparte de para mantener relaciones sexuales hacía que ese beso fuera más que un beso.

Fue una pena que terminara tan pronto.

De pronto, Bill se apartó bruscamente dejando a Ziggy aturdido y decepcionado.

—¿Has oído eso? —Bill miró a la puerta como si pudiera ver a través de ella—. Me ha parecido oír...

Y entonces Ziggy también lo oyó. Era Carrie gritando.

* * *

Íbamos a la librería cuando sucedió. Tal vez estábamos demasiado relajados después del sexo como para ser observadores, y eso fue un gran error. En cuanto salimos al callejón captamos su olor en el aire.

Una decena de los asquerosos humanos del Devorador de Almas salieron como monstruos en una película de miedo. Nathan alzó la mirada, y yo la seguí hasta el tejado, donde había más de ellos.

—Carrie, agárrate a mí —dijo extrañamente tranquilo. No tuve otra opción que aferrarme a sus hombros y cerrar los ojos con fuerza cuando nos lanzó sobre la barandilla de hierro para bajar las escaleras.

Caímos de golpe contra la puerta; yo fui la primera en ponerme de pie y la cerré mientras Nathan seguía en el suelo.

Aunque, claro, la puerta ya no resultaba tan segura como lo había sido en el pasado.

La ventana, destrozada desde hacía meses, seguía cubierta solo por unas cajas de cartón aplastadas. La cinta que las sujetaba estaba casi despegada, de modo que lo

que de verdad me separaba de esos monstruos era un pedazo de cartón que yo estaba sujetando con mi hombro.

—¡Ayuda! —grité sin saber quién acudiría. Max estaba durmiendo en el refugio, así que le di golpes al suelo con los pies con toda la fuerza que pude mientras Nathan se levantaba e iba hacia la trampilla.

La puerta del almacén se abrió y Ziggy y Bill salieron corriendo, este último con la pistola en la mano. Nunca me había alegrado tanto de ver un arma de fuego apuntándome.

Después, dos huesudos pero fuertes brazos arrancaron el cartón que tenía detrás y me agarraron la camiseta llevándome hasta el agujero donde antes había estado el cristal de la ventana.

Nathan se lanzó hacia delante y me agarró de los brazos, pero yo lo empujé.

—Mi camiseta —dije mientras el cuello se me clavaba en la garganta. Agarró la tela y la prenda se rasgó entera, saliendo por el agujero junto a los brazos que me sujetaban y el cartón.

Max subió las escaleras, vestido solo con unos vaqueros, y con una estaca en la mano. Miró mi casi *top less* y cuando vio a los humanos sedientos de sangre gritó:

—¡Cubrid la ventana!

No importaba. Antes de poder apartarme, la puerta se abrió y cayó casi a cámara lenta dejando entrar a las criaturas, una tras otra.

No tuve tiempo de pensar. Simplemente comencé a luchar.

El primero al que me enfrenté no estaba armado. Era una mujer baja de mediana edad con el pelo decolorado y una piel arrugada. Sus sucias y rotas uñas se hundieron en mis hombros mientras me llevaba hacia ella. Iba a morderme. ¡Y una mierda!

A pesar de la enorme presión en mis hombros, levanté los brazos y le agarré la cabeza, las orejas, cualquier cosa para distraerla, y tiré. Tenía en la mano dos puñados de pelo ensangrentado antes de que ella se diera cuenta de lo que había pasado y me soltara. Se tambaleó hacia atrás, pero volvió a cargar contra mí. Sin saber por qué lo hice, agarré una de las mesas de madera volcadas y me la coloqué delante. Ella se giró para volver a agarrarme y logró engancharme la muñeca, obligándome a soltar la mesa, pero sus lánguidas piernas se tropezaron la una con la otra y cayó de espaldas sobre las patas de la mesa.

«Oh, joder», pensé al caer encima de ella y comenzar a hundirla contra la mesa con toda la fuerza que pude. Me soltó de inmediato y me puse de pie antes de que otro pudiera caer sobre nosotras y dejarme allí clavada en las patas. La rubia no se levantó, su boca se abría y se cerraba, y su cuerpo se sacudía. Una pata de mesa cuadrada salía de su frente y otra salía de su abdomen. El final de la pata de la cabeza estaba cubierto de una masa pegajosa de pedazos de hueso y trozos de carne.

Sentí un vómito acercándose a mi garganta y me aparté de esa escena cuando otro par de manos me agarraron. Ese ataque no tuvo nada de elegante. Quien fuera me levantó por encima de su cabeza y me lanzó contra el mostrador. Vi la cubierta de

cristal rajada antes de caer en ella, pero ya era demasiado tarde. Al instante sentí miles de cristales a mi alrededor.

Pero me vino bien porque cuando me levanté ya tenía un arma. Un arma que me había hecho cortes en las palmas de las manos y que hacía que me sangraran los brazos, pero un arma al fin y al cabo. Y cuando la criatura que me había arrojado, un joven delgado con el pelo negro y grasiento, se acercó a mí para rematar su trabajo, hundí un enorme pedazo de cristal en su cuerpo justo debajo de las costillas y lo rajé hacia arriba con todas mis fuerzas esperando no cortarme la mano en el proceso. El hombre cayó al suelo arrojando una enorme cantidad de sangre.

Me giré y vi a Bill, que disparaba a todo lo que se movía. Tenía un buen tajo en la frente y un mordisco reciente en el antebrazo, pero se movía como una máquina de matar. Revisé mi plan de batalla contra el Devorador de Almas. No necesitábamos un ejército. Necesitábamos a los Marines.

Max no estaba apañándose mal.

Para mi decepción, no había adoptado la forma de hombre lobo, pero estaba luchando contra el tipo que antes le había hecho una llave de cabeza solo con sus puños y, aunque ese hombre era un toro, no parecía estar ganando.

Estaba a punto de entrar en acción cuando vi a Ziggy y el terror hizo que mi sangre fluyera más fría de lo que ya lo hacía.

Ziggy no estaba armado, aunque tampoco lo necesitaba.

En lo que se tarda en parpadear, agarró a una mujer, le giró la cabeza a un lado y le arrancó la garganta con los dientes antes de escupir una enorme bola de carne al suelo mientras ella caía muerta al instante. Después hundió el puño en el pecho de un hombre que se acababa de abalanzarse sobre él, para a continuación sacarlo lleno de sangre mientras el desafortunado atacante caía. Hubo un cuello roto, y después una cabeza arrancada y una columna vertebral asomando por encima de la cabeza como si fuera la mecha de una bomba, que Ziggy tiró a un lado con indiferencia para pasar al siguiente.

Si hubiera estado sumido en una especie de arrebato de furia, si hubiera mostrado alguna clase de emoción al matar, no me habría inquietado tanto y no me habría distraído mirándolo.

Y esa distracción no me habría costado a Nathan. Nunca me han atravesado con una estaca y, ya que no tenía el corazón en el pecho, sino en una caja de metal que guardaba a buen recaudo, supongo que técnicamente eso no me mataría. Pero cuando la criatura hundió la afilada estaca en mi pecho (por cierto, ¿cómo podía alguien moverse tan deprisa y sin hacer ruido?), creí que me moría. Y recé por hacerlo. Horrorizada, miré la gruesa madera que sobresalía de mi pecho y mi visión se volvió borrosa. El dolor se intensificó por diez y fui tambaleándome hacia atrás mientras pequeños puntos negros de agonía se formaban en mi visión.

—¡Carrie! —gritó Nathan y oí una refriega. Corrió hacia la criatura que me había agarrado, pero el hombre lo apartó de un golpe como si fuera una mosca. Nathan

cayó de espaldas y dos de las otras criaturas lo vieron. Avanzaron, pero tiraron sus improvisadas armas.

Con horror vi cómo una de ellas le daba un puñetazo a Nathan que lo lanzó volando hasta el otro lado de la habitación. Aterrizó con el desagradable sonido de un crujido contra una de las estanterías. Cayó al suelo con los ojos en blanco. La sangre se extendía bajo su cuerpo sobre la tarima de madera y un rastro rojo brillante marcaba la trayectoria de su caída.

Me levanté y corrí hacia él, pero el que me había clavado la estaca me sujetó. Su asqueroso olor me provocó arcadas.

Max se dirigió hacia los dos que cercaron a Nathan, aunque lo único que consiguió fue que lo apartaran de un golpe como si fuera un muñeco roto.

Bill disparó a uno de los dos, pero al igual que sucedió con los demás a los que había disparado, lo único que logró fue que se movieran con menos velocidad. Una criatura de piel oscura con una herida de bala en el cuello echaba sangre por la boca, pero aun así logró colocarse detrás de Bill y sujetarlo.

Ziggy tuvo mejor suerte. Uno de ellos le dio un golpe que esquivó fácilmente. El otro intentó agarrarlo sin éxito.

Inmediatamente, las alarmas saltaron en mi cabeza. O el Devorador de Almas había enviado a todo su pelotón, cosas que dudaba, o no había ido allí a matarnos.

Estaban allí por Nathan.

Luché contra mi atacante e hice lo único que se me ocurrió: pedí ayuda a gritos, con tanta fuerza y estridencia como pude.

—Pobrecita, ¿necesita ayuda? —la voz que escuché por detrás me llenó de rabia y desesperación.

Dahlia entró en la tienda con una lona de vinilo negro sobre la que tamborileaba sus largas uñas negras. La desenrolló para dejar ver una cremallera. Era un saco para cuerpos.

Hasta tuvo el valor de acercarse a mí y darme una palmadita en la cabeza. Le escupí en su cara de engreída y entonces ya no tuvo cara de diversión. Sacó un pañuelo negro y se secó la mejilla. Una gota de maquillaje blanco manchaba la tela cuando lo retiró.

—Rómpele el brazo.

El monstruo tiró de una de mis muñecas y al instante mi hueso se astilló bajo su mano. Demasiado impactada como para sentir dolor, vi el final de mi cúbito emergiendo de una grieta en mi piel.

Ella colocó el saco junto a Nathan y le levantó uno de los brazos para volver a dejarlo caer al suelo.

—¿Está vivo? —grité, dando patadas al suelo en un inútil intento de captar su atención—. ¡Quiero saber si está vivo!

Con una risita, Dahlia se llevó una palma ensangrentada a la boca y sacó la lengua para saborear la sangre de Nathan.

Grité de rabia y me lancé a por ella, pero el impacto del hueso roto ya se me había pasado y ahora el dolor hacía que me fallaran las piernas. Me quedé pendiendo de las manos de mi atacante sin poder hacer nada más que ver cómo Dahlia metía a Nathan dentro del saco y subía la cremallera.

—Vosotros dos, lleváoslo —ordenó, y uno de los humanos que sujetaban a Max lo arrojó por encima de su cabeza. Cayó al suelo e intentó levantarse, pero la criatura volvió a golpearlo y tuvo la sensatez de quedarse tumbado. Se movieron y levantaron el saco que contenía el cuerpo de Nathan.

—Por favor, ¡solo decidme si está vivo! —les grité mientras desaparecían por la puerta.

Dahlia olfateó con delicadeza cuando pasó por mi lado al salir y dijo:

—Matadlos.

Cuando las criaturas se movieron para seguir su orden, Ziggy gritó:

—Jacob va a matarte cuando descubra lo que has hecho.

—¿Y quién crees que me ha enviado? —preguntó ella antes de detenerse y girarse con una horrible sonrisa—. Además, no recuerdo haberte visto aquí. Vivo. Deben de haberte matado antes de que yo llegara. Qué accidente tan, tan, trágico.

—¿Y qué pasa conmigo, cariño? —le dijo Max desde el suelo—. Nos llevábamos bien, ¿no?

Una carcajada cargada de maldad salió de su boca.

—No eras tan bueno.

Y así desapareció. Sin más oportunidades para negociar.

Una vez alguien me dijo que las cosas no eran o negras o blancas, tal y como yo pensaba, sino que el mal era más bien una fuerza de la naturaleza. Del mismo modo que no se podía razonar con un tornado que destrozaba tu ciudad, no podías razonar con Dahlia cuando destrozaba tu vida.

El único consuelo que me quedaba era que la horrorosa sensación que había tenido cuando Cyrus había muerto, la interrupción del lazo de sangre que nos había unido, no la experimenté cuando se llevaron a Nathan. Y por eso sabía que tenía que luchar.

No podía dejar que esas criaturas nos mataran.

No necesitaba un arma. Dahlia estaba tan cerca que casi podía saborear su poder y eso me hizo darme cuenta de que sí que tenía un arma. Cerré los ojos y recordé que Dahlia dijo «iluminación» para encender las luces. Recordé cómo Nathan me había enseñado a visualizar lo que quería lograr cuando habíamos utilizado el hechizo de invisibilidad de Dahlia. La palabra «llama» vino a mi cabeza con tanta facilidad como si la tuviera grabada detrás de los párpados. Pero yo no quería encender algo. Quería quemarlo.

En mi mente, la palabra se desplegó con furia, con un bramido como una explosión dentro de mi cabeza. Abrí los ojos y la palabra salió ardiendo de mis labios, tan caliente que pensé que se llenarían de ampollas. Y con ella vinieron las llamas.

Salieron de mi boca como manos, incendiando la ropa y la piel de las criaturas al instante. Chillaban y cayeron consumidas antes de tocar el suelo. Max, Ziggy y Bill lograron apartarse de las llamas.

Algo en la sangre de Dahlia respondió al fuego, y lo supe cuando las llamas se extinguieron a nuestro alrededor.

Cuando yo había bebido su sangre y había tomado su poder aquella noche en la mansión, el poder no había cambiado su condición. Una explosión de energía, tan ardiente como el fuego, me atravesó y fui tambaleándome hacia la puerta. Bill, Ziggy y Max estaban justo detrás de mí, pero para cuando llegamos a lo alto de las escaleras, ya era demasiado tarde.

Una limusina negra se alejaba por la calle llevándose el cuerpo de Nathan hasta los brazos de su Creador.

Capítulo 8

Creación

La noche pasó como si fuera un extraño sueño.

Dejé que Max me sacara la estaca del pecho y me dolió casi tanto como cuando había entrado. La limitada experiencia de Bill en el campo de la medicina fue suficiente para ayudar a arreglarme el brazo, y con unas cuantas indicaciones me colocó la muñeca y me sacó los fragmentos de hueso que sobresalían de mi piel antes de colocarme una venda elástica en el brazo. Por dentro, yo era un mar de calma controlada. Por fuera, debía de estar hecha un desastre.

Vi a Ziggy y a Bill dirigirse «miradas» que indicaban que estaban extremadamente preocupados por mi estado mental. Me pregunté qué había pasado en ese almacén y cuándo, exactamente, habían comenzado esas «miradas».

Dejé que los chicos pensaran que me había vuelto loca. Así no me molestaron y me dieron tiempo para pensar.

Había utilizado la magia de Dahlia antes. No era tan difícil. Nathan creía que todo el mundo tenía la capacidad de hacer magia a escala pequeña. Era lógico que después de haber bebido la sangre de Dahlia y algo de su poder en el proceso, mis habilidades mágicas propias hubieran aumentado considerablemente. Lo único que tenía que hacer era aprender a utilizarlas. Pero no en ese momento de exaltación y movida por una extrema emoción. Había visto bastantes películas como para saber que esa clase de poder era poco fiable. Tenía que aprender a controlarlo y descubrir cómo podría funcionar para ayudarnos contra el Devorador de Almas.

El problema era que no sabía dónde empezar a encontrar respuestas. Ese solía ser el trabajo de Nathan. Yo me limitaba a seguirlo.

—Carrie, ¿estás bien?

Max me miraba con preocupación, pero estaba segura de que creía que estaba disimulándolo.

—Estoy pensando —me mordisqueé el dedo pulgar de mi mano sana—. Sobre lo que ha pasado abajo.

—Oh, ¿te refieres a cuando has abierto la boca y has escupido fuego como un dragón en una película de fantasía mala? —Ziggy estaba frotándose la cara con las manos, de arriba abajo y lentamente, como siempre hacía Nathan cuando estaba estresado y cansado.

—Sí, ¿qué ha pasado con eso? —Max levantó el libro de hechizos de Dahlia de la mesita de café donde lo habíamos dejado—. ¿Estaba aquí dentro?

—No.

¿Cómo podía explicárselo de un modo que tuviera sentido y que no me hiciera sentirme como una loca?

—Ha sido solo una improvisación basándome en cosas que Nathan me había dicho y cosas que yo había visto hacer a Dahlia. Pero ese no es el caso. Está claro que tengo una ventaja y no estamos sacando provecho de ella.

—¿Y por qué ibas a querer hacer eso? —Ziggy terminó de limpiarse la sangre de las manos con una toalla que antes era blanca y que ahora lucía distintos tonos de rosa.

—Porque ha sido una pasada —respondió Max con los ojos prácticamente saliéndosele de la cara—. Estábamos perdidos contra esas cosas, fueran lo que fueran, hasta que ella ha desatado el infierno y los ha dejado fritos en el sitio. ¿Por qué no íbamos a querer que volviera a hacerlo?

Ziggy se encogió de hombros, pero su voz sonó fría como una piedra.

—He visto a Dahlia utilizar su «talento» y, sí, puede hacer trucos increíbles. Pero está loca y es imposible que haya sido así toda su vida y que nadie se haya dado cuenta.

—¿Crees que el poder de Dahlia la ha vuelto loca?

Ese sí que era un pensamiento profundo, uno que a mí no se me había ocurrido.

Si Dahlia hubiera tenido esa especie de poder ilimitado de niña, alguien se habría dado cuenta de que sus amiguitos acababan inmolados. Tal vez cuanto más había usado su poder, más le había afectado a la cabeza. Y en ese momento lo que yo menos necesitaba era volverme loca.

Ya me costaba bastante asimilar que era un vampiro.

Parecía que cuanto más joven era un vampiro, menos malvado era. Me pregunté si la maldad era fruto de la edad, como las patas de gallo o el colesterol en los humanos. Yo llevaba siendo vampiro menos de un año y podía ver con facilidad cómo varios siglos de toda esa mierda por la que estábamos pasando podían acabar haciendo que me pasara al lado oscuro. Parecía más fácil ser de los malos porque, por lo que sabía, las cosas siempre parecían ir a su favor. Suspiré y bajé la cabeza.

—Tienes razón, Ziggy. Podría ser arriesgado. Nathan cree que la magia es muy peligrosa y él lo sabrá mejor que yo. Pero necesitamos más ayuda de la que tenemos. Tal vez este sea el mejor lugar por donde empezar.

—Y tenemos que salvar a Nathan. Todos queremos que vuelva lo antes posible, antes de que el Devorador de Almas le haga algo —añadió Max en voz baja y con la mirada puesta sobre el rostro de Ziggy—. Pero no estoy tan seguro de que tú quieras lo mismo.

Ziggy se puso derecho al oír eso.

—¿Qué coño quieres decir?

Quería detener esa conversación y al mismo tiempo dejar que se desarrollara hasta su inevitable conclusión. Tenía que saber, igual que Max, que Ziggy no iba a ceder ante la voluntad de su Creador en el último momento y que, aunque no nos traicionara, no iba a apartarse de nosotros para protegerlo.

—Quiero decir... —dijo Max como si estuviera dándole continuidad a mi pensamiento—, que necesito saber si vas a darnos una puñalada por la espalda para ayudar a tu Creador.

Ziggy se giró hacia mí.

—Carrie, vamos. Tienes que apoyarme en esto. Sabes que no lo haría.

—No, no lo sé —no me dejé convencer, ni un ápice, ni siquiera cuando pude sentir el odio de Ziggy irradiando de él—. Sé que estás dividido. Sé que jamás le harías daño a Nathan, pero has admitido que te resulta difícil resistirte al lazo de sangre. ¿Cómo sabemos que no guiarás a Jacob hasta nosotros? Hasta el momento no has sido completamente sincero. Sabes cosas sobre esas criaturas, pero en ningún momento te has ofrecido a darnos esa información.

No me había esperado que Bill me apoyara. Creía que se quedaría callado esperando a hablar. Pero me sorprendió cuando puso la mano sobre el hombro de Ziggy para decirle:

—Dinos lo que sabes.

Vi la lucha interna de Ziggy. Estaba enfadadísimo... no se parecía en nada al chico que yo recordaba. No hacía falta un lazo de sangre para saber lo que estaba sintiendo. Se culpaba por muchas cosas: por la rabia de su Creador, por la captura de su padre. Y sobre todo por convertirse en vampiro.

Me recordaba a mí, justo después de mi transformación.

Había estado furiosa conmigo misma, furiosa con Cyrus, incluso furiosa con Nathan, a quien por entonces apenas conocía, porque había perdido el control de mi vida. En el caso de Ziggy, apostaba a que era diez veces peor, porque era una reacción retardada ya que al principio había aceptado alegremente los terribles cambios en su vida; muy típico de él. Me preguntaba si alguna vez se había enfurecido por ello antes de que nosotros hubiéramos vuelto a entrar en su vida. Esa furia podía ser mal manejada y no quería que nosotros cargáramos con las consecuencias. Ziggy tenía un lazo de sangre con el Devorador de Almas. Podía fingir estar siguiendo nuestros planes y contárselos al Devorador, o darle nuestra ubicación u ocultarnos información sobre su Creador. Si no estaba haciéndonos partícipes de las cosas que pasaban por su cabeza, ¿iba a mantener el mismo silencio al otro lado del lazo de sangre? Aunque no quería, tenía que saberlo.

—¿Le has dicho al Devorador de Almas que enviara a sus hombres a por nosotros esta noche? ¿Estás trabajando con él, escuchándolo a través del lazo?

—¿Quieres saber qué está diciéndome?

Ziggy chasqueó con los dedos mientras nos miraba a todos. Estoy segura de que se pensaba que parecía un tipo duro, pero mi corazón se lamentaba por él.

—En todo momento está alentándome a que os mate y vuelva a su lado. Estoy viendo imágenes muy realistas de él entregándole mi corazón a Dahlia... y no es que me tenga mucho cariño, así que sé lo que haría con él. Y él sabe que no estoy muerto

y que estoy intentando no transmitirle que seguís vivos y que al mismo tiempo quiero mataros y volver adonde estaba hace una semana.

Ziggy se levantó y se acercó a Max; cada una de las pisadas de sus botas sonó como los tambores de la inquietante banda sonora de una película.

—Ahora mismo, no sé qué hacer. ¿Queréis que os cuente estas cosas? ¿De qué serviría? Sobre todo cuando no estoy seguro de si quiero estar aquí o volver con él. ¿De verdad queréis saberlo todo? Porque puedo decíroslo cada vez que piense en mataros, cada vez que piense en lo fácil que sena recuperar mi vida y no volver a veros nunca.

Estaba a medio camino de la puerta cuando Max lo llamó.

—Si tu vida era tan fantástica, si no quieres nada más, ¿para qué sacarte el corazón?

Ziggy se quedó rígido. Y tan bajo que apenas pude oírlo, le respondió:

—Cierra la boca.

Max sacudió la cabeza.

—No, quiero saberlo. En serio. Si eres tan importante para él, ¿por qué te tiene tan controlado? Si estás tan satisfecho con tu «vida», ¿por qué él necesita esa especie de póliza de seguro?

Ziggy se giró y parecía más enfurecido que nunca.

Cuando se acercó a Max, abrió y cerró los puños, pero no lo golpeó. Después, la rabia se borró de su expresión e hizo algo que no me había esperado. Lloró.

Fue como si las lágrimas lo dejaran vacío por dentro. Se dejó caer sobre el sofá y se cubrió los ojos con la mano. Cuando su espalda comenzó a sacudirse por los sollozos, Bill le echó un brazo sobre los hombros y Ziggy se dejó envolver por ese abrazo llorando abiertamente.

Deseaba hacer algo. Siempre me siento así cuando veo a alguien llorar. Pero no se me ocurrió nada para hacerle sentir mejor. Por eso, no hice nada.

Bill me miró por encima de la cabeza de Ziggy y aunque hacía poco tiempo que lo conocía, pude leer su mirada. No quería que dejara tranquilo a Ziggy. Le gustaba ver que estábamos consiguiendo algo.

—Ziggy, dime lo que sabes sobre esas criaturas. Cualquier cosa que hayas hecho para traicionarnos —esa palabra tan fea se me escapó de los labios antes de darme cuenta—, o cualquier cosa que creas que has hecho... no significará nada si nos dices qué son.

Se incorporó un poco, como si no quisiera romper el contacto con Bill.

—Dahlia dice que son demonios necrófagos. Pero Jacob no los llama así. Él dice que los suyos son mejores que esos demonios. Que son diferentes porque empezaron con su sangre y después Dahlia y yo los alimentamos. Tienen algo de ambos.

—¿Qué tienen? —la voz de Bill era suave, relajante. No sé qué le hizo a Ziggy, pero no hay duda de que a mí me tranquilizaba.

—De Dahlia tienen su... poder —Ziggy se sorbió la nariz y se puso derecho—. No sé qué podrían haber sacado de mí. Mi fuerza física, ¿tal vez? Él me dijo que tengo más que cualquier Iniciado que haya creado. Supongo que solo lo dijo como un cumplido.

—Olvídate de eso por ahora —le dije—. ¿Crees que Nathan sigue vivo? ¿Crees que tenemos tiempo?

Ziggy se encogió de hombros.

—Sé que quiere a Nathan para algo, pero no creo que sea para matarlo. Está donde esté, está con el Devorador de Almas.

Me levanté, fui hasta la puerta y volví.

—Vamos a traerlo de vuelta. Mañana por la noche.

—¿Por qué no ahora? —la inquietud había vuelto a la voz de Bill—. Sabemos con seguridad dónde está. Vamos a por él.

—Para que nos maten —dijo Ziggy riéndose—. Tiene decenas de esas criaturas bajo su mando. Quiero decir, por lo menos cien, o quizá más. Nunca me he molestado en contarlos.

—¿Qué puede matarlos? —preguntó Max y me alegré de que pudiera concentrar toda nuestra energía en algo constructivo.

Ziggy se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez nada. Nunca lo hemos intentado.

—Eran fuertes —apunté—, pero humanos. Creo que son como todo lo demás: destruyes el corazón, lo quemas, cortas la cabeza y dejan de ser un problema.

—Cabezas fuera —Max se levantó—. Esto va a ser peligroso.

—No es la primera vez —dije sintiendo de pronto el peso del último año sobre mis hombros—. Y probablemente no será la última.

—Bueno, ¡debería serlo! —Max se alejó unos pasos, pero entonces se detuvo y se cubrió la cara con las manos—. Esto es ridículo. Yo estaba ahí mismo. ¡Ahí mismo! Y les he dejado que se llevaran a Nathan.

—No ha sido culpa tuya... —comencé a decir.

Bill me interrumpió.

—Yo también estaba ahí mismo. ¿Estás culpándome?

—¡Claro que no!

—Y yo no te culpo a ti —interpuse—. Ni a Bill, ni a Ziggy. Nadie tiene la culpa. Pero se han llevado a Nathan y tenemos que recuperarlo.

En el momento en que me pareció que Bill no nos creía a ninguno, me di cuenta de algo. Algo que era un poco estúpido, algo que me apartaba por completo de la seriedad del asunto. Pero me parecía que hacía falta, y por eso lo dije.

—Bill, creo que eres oficialmente uno de nosotros.

—Fantástico —farfulló antes de sonreír de mala gana—. Escuchad, yo no estoy acostumbrado a estas cosas.

—Y yo tampoco —dijo Ziggy—. Pero ella sí. Y también Max. Así que propongo que los escuchemos a los dos.

—Está bien, chicos, vosotros reunid armas, lo que haga falta —nerviosa, miré mi reloj y maldije las breves noches de verano—. Voy a ver lo que puedo averiguar en el libro de Dahlia.

* * *

Mientras todo el mundo se preparaba, me encerré en el dormitorio. En situaciones pasadas de extremo peligro me habría visto llorando ante mi impotencia o, por lo menos, preocupada por el horrible destino que podía esperarle a Nathan. Pero no esa noche. Esa noche quería armarme con más que una estaca de madera. Quería blandir el horrible poder que Dahlia me había enseñado.

Abrí el libro y en el momento en que mis dedos tocaron las páginas, sentí calma. Sentí control. Me sentí yo misma.

«Pues imagina lo bien que te sentirías si le prendieras fuego a esa cosa maligna».

Parpadeé. ¿Por qué había tenido ese pensamiento?

«No hay nada de utilidad en él. Todos los hechizos que has podido hacer te los has inventado tú sola».

Me parecía razonable.

Levanté el libro y vi la palabra «llama» arrastrándose como una serpiente por mi mente, reuniendo poder y vibrando con una vil energía. La imagen había surgido con demasiada facilidad y era muy distinta a como me lo había imaginado.

«Debes de estar obteniendo más poder. No te preocupes por eso ahora. Quema el libro».

Estaba preparada para hacerlo cuando mi sentido común irrumpió. El libro era la única fuente de información sólida que teníamos sobre el enemigo. ¿Qué estaba haciendo?

La rabia ardió en mí cuando recordé la facilidad con la que Dahlia había ordenado nuestras muertes. Todo había sido un juego. Ella sabía que no estábamos muertos.

—¡Dahlia! —grité sabiendo que me oiría, aunque nos separaba una distancia física—. Dahlia, ¡sé que eres tú!

«Piénsatelo mejor la próxima vez que robes la sangre de alguien», oí en mi monólogo interior. Y entonces, para mi horror, la voz de mis pensamientos dejó escapar la inconfundible carcajada de locura de Dahlia.

La muy zorra.

No había pensado en las consecuencias de beber su sangre. Pero había hecho lo que creí necesario para detener a Oráculo. Ahora, las ramificaciones de mis actos me golpearon con fuerza. Había bebido la sangre de un vampiro, que a su vez había sido creada por uno de los vampiros más poderosos que había visto, y que ya había sido una fuerza a tener en cuenta cuando no era más que una bruja humana. Nathan me había advertido de su poder antes de que se hubiera convertido.

«La sangre de un vampiro es muy poderosa. Combínala con las habilidades de una bruja y tienes hechizos para levantar a los muertos, congregarse ejércitos del infierno...», me había dicho él.

Los poderes de Dahlia habían sido peligrosos antes de que se hubiera convertido en vampiro. Era la suma de la sangre de vampiro lo que la había convertido en una superhechicera.

Y yo tomé esa sangre. Muy poco, pero pareció funcionar.

Aparté de mí el libro de hechizos antes de llegar a cometer una imprudencia. No quería levantar a los muertos... ¿verdad?

No, los zombies, si es que existían, serían el último recurso. ¿Y ejércitos del infierno? Iba a poner eso en la lista de «No es una opción». Ya me habían pateado el trasero bastantes criaturas sobrenaturales. Así que Dahlia podía colarse en mi cabeza. Fantástico. Me preguntaba cuántos de mis pensamientos habían sido genuinos y cuántos habían sido suyos. ¿De verdad había luchado contra mis atacantes? ¿Mi decisión de ir tras Nathan había sido propia o una trampa tendida por Dahlia?

Podía estar haciéndome preguntas todo el día y no serviría de nada. Teníamos que rescatar a Nathan. No había otra opción. Y no podía preocuparme por el hecho de que Dahlia estuviera rondando por mi cabeza. Preocuparme por ello solo haría que ella saliera ganando.

Ya me había cansado de esperar, me había cansado de intentar encontrar a alguien en quien confiar. Iba a hacer algo, aunque pareciera una completa locura. Si el Devorador de Almas había congregado un ejército, entonces nosotros también lo haríamos. Había utilizado el poder de Dahlia para hacerlo. Yo también lo haría.

El libro estaba donde lo había tirado en mi ataque de pánico y se había quedado abierto en una página titulada *Gólem*.

Me mordí el labio. El nombre me resultaba muy familiar.

Al instante, recordé a mi padre sentado en su despacho y a mí jugando en el suelo delante del escritorio. La habitación estaba decorada con reliquias de psiquiatría. Bustos de la cabeza humana marcados con líneas para referencias frenológicas, botellas de curativos de la época victoriana, incluso un leucótomo y un mazo guardados en una urna de cristal. Recordé haberle preguntado a mi padre para qué servían y las pesadillas que tuve después de recibir una respuesta.

—Una antigua escuela de pensamiento decía que si dañabas el cerebro de un paciente enfermo, le devolverías la salud.

—¿Quieres decir que quitaban la parte mala del cerebro?

—Esa era su intención. Pero no sabían suficiente sobre el cerebro ni sobre cómo funcionaba para aislar los pedazos que no estaban sanos. Acabaron haciendo mucho más daño que bien.

—Pero yo creía que los médicos no le hacían daño a la gente. Eso es lo que dice el juramento hipocrático.

Mi padre se había reído y me había abrazado. Nunca fue un hombre afectuoso, pero recuerdo que por lo menos aquella vez sí que me abrazó.

—Ya no le hacen esas cosas a la gente, ¿verdad?

¿No se lo hacen a los niños?

—No, ya no lo hacen más. Pero a veces me pregunto si deberíamos hacértelo a ti. Clavarte en el ojo un picahielo y hacerte tan dócil y obediente como el Gólem de Praga.

En ese momento no me había resultado aterrador porque, mientras lo decía, mi padre había estado haciéndome cosquillas, pellizcándome las mejillas y haciéndome reír. Entonces había sonado el teléfono y había tenido que atender la llamada de un paciente en mitad de una crisis y a mí me sacaron de allí. Le había preguntado a mi madre qué era un gólem y ella no lo había sabido. O lo había sabido, pero no había tenido tiempo para explicármelo. Hubo muchas ocasiones en las que mis preguntas se habían quedado sin respuestas por algún paciente al teléfono, o por algún periodista que llamaba para hablar con un «experto».

Puse a un lado el libro de hechizos y fui al salón para buscar un diccionario. Encontré uno, un milagro teniendo en cuenta los pocos libros que no fueran de *New Age* que Nathan tenía, y lo abrí por la página apropiada.

—«Un hombre creado artificialmente mediante ritos cabalísticos. Robot» —leí en alto.

Estaba claro que los humanos que el Devorador de Almas había enviado a por nosotros parecían robots. ¿Podía ser el hechizo del Gólem el que había utilizado Dahlia?

Su letra era excepcionalmente pequeña y apretada. Aunque la mayoría del libro estaba escrito con letras grandes y redondas, esa parte parecía estar encogida, como si ella hubiera intentado ocultar las palabras entre sí. La lista de ingredientes, a diferencia de los otros hechizos, era muy sencilla. Una bola de arcilla y una gota de sangre. Al mirar por la habitación, donde estaba segura de que no habría arcilla, me desesperé un poco. Después me di cuenta de que de verdad tenía intención de llevar a cabo el hechizo y me recorrió un escalofrío.

¿Qué estaba haciendo? ¿De verdad sería capaz de crear un monstruo para que luchara de nuestra parte? ¿Y si no podía controlarlo? ¿Y si el hechizo no funcionaba o sucedía algo terrible como en el relato de *La pata de mono*?

«Nunca lo sabrás hasta que lo pruebes», me dijo esa voz en mi cabeza y me pregunté si era yo o Dahlia con uno de sus trucos.

El libro parecía vibrar de energía bajo mis manos. Lo abrí y miré una página que contenía lo que parecía ser un hechizo de amor. Era ridículo y me reí a carcajadas. Sin ningún esfuerzo consciente por mi parte, la página ardió en llamas y las cenizas cayeron sobre el suelo formando una pequeña montaña.

«Utiliza las cenizas».

Sabía que eso era la sangre de Dahlia dentro de mí, alimentado mi excitación, diciéndome que continuara con el hechizo antes de poder pensar racionalmente. Pero no podía captar ninguna malicia en el mensaje. Tal vez ese era su truco, pero de algún modo no podía creerlo. Sentía tanta curiosidad y excitación como yo. Me di cuenta de que Dahlia no desperdiciaría la oportunidad de ver si su hechizo funcionaba, aunque fuera en detrimento de su propia causa.

Me arrodillé en el suelo y puse las cenizas sobre mi mano para luego dejarlas caer otra vez mientras observaba con fascinación cómo se posaban sobre la madera en serpentinadas formas. Pensé en mis padres, en sus restos reducidos a cenizas, en sus urnas que descansaban en un caro panteón a miles y miles de kilómetros.

Transformé mi cara y utilicé un colmillo para clavármelo en las puntas de dos dedos. La sangre se acumuló ahí, roja, violenta, inmediata. Pensé en juntar a mis padres y devolverles la vida, como les daría vida a esas cenizas. ¿Podría traerlos de vuelta tal y como eran antes del accidente? Vi la sangre gotear de mis dedos, como en un sueño, para caer sobre las cenizas grises que ocupaban mi visión. ¿Podía mezclarlo todo, mis padres, mi sangre, mi Iniciado muerto, sus cenizas esparcidas en lugares que no podía encontrar? ¿Podía mezclarlos a todos y crear algo de ellos?

Imaginé que el producto resultante sería yo, pero hecha de cenizas.

Una criatura de varias tonalidades de gris moviéndose con quebradizas articulaciones que se esfumarían con una corriente de aire. Vi unos labios que se parecían a los míos, unos ojos que se parecían a los míos, pero inyectados en sangre, corriendo entre los espacios entre la ceniza, como una macabra parodia artística de un feto de arlequín.

La criatura que me imaginé comenzó a hablar, pero no tenía palabras. Y yo tampoco tenía palabras. Para que el hechizo funcionara, para crear a mi Gólem, necesitaba palabras. Había utilizado palabras para crear fuego y extinguirlo, pero esos elementos parecían triviales ante ese poder de creación con el que trabajaba ahora. Cuando la boca de la criatura se movió, lo mismo hizo la mía, y vi una palabra formarse desde el espacio entre mi corazón y mi estómago. Se enroscó y se retorció como la serpiente de fuego que había visto en mi mente, y se lanzó hacia delante, como si fuera a atacar a la criatura.

No pude entender lo que dije, ni siquiera empezar a captar el significado. Pero cuando una voz de furia brotó de mí, me quedé como un recipiente vacío. Me derrumbé, el sonido de las extrañas palabras resonaban en mis oídos: «*Shem. Shem gal'mi. Gal'mi emet. ¡Azel Balemacho!*».

Abrí los ojos y vi a un hombre. No se parecía a la criatura que había imaginado. Su piel, aunque gris, era absolutamente real, no algo hecho a base de las cenizas mezcladas con la sangre. Sus labios y sus ojos no eran las ensangrentadas cosas que yo había visto, sino que eran grises como todo lo demás. Su cabeza no tenía pelo y en general no tenía nada de especial excepto el color gris. Eso y el hecho de que un momento antes no hubiera estado ahí de pie.

Me miró, no confundido, no compadeciéndose de mí, ni siquiera curioso por mi presencia. Simplemente estaba ahí esperando a que le diera una orden.

—Ahora tengo que dormir —le dije con una voz rasgada como si estuviera cortada con cuchillas—. Quédate donde estás.

Asintió una vez y yo caí en un inquieto pero inevitable sueño.

Capítulo 9

Enamoramiento

El agua estaba enfriándose.

Ziggy abrió los ojos y miró la alcachofa de la ducha. Era agradable limpiarse la sangre, lo hacía sentirse más humano que animal.

Colocó la cabeza bajo el frío chorro una vez más; odiaba salir de la ducha con el pelo medio seco y quería asegurarse de que se había quitado toda la sangre de encima. La boca se le abrió en un involuntario gesto de sorpresa ante el roce del frío contra su cuero cabelludo y decidió que ya era suficiente. Salió de la ducha envolviéndose una toalla alrededor de la cintura.

«Esto tiene que parar».

La voz de Jacob, suave como la seda, se coló en el cerebro de Ziggy y acabó con todo el conflicto y la confusión.

«Has hecho lo que creías que estaba bien. No puedo culparte por ello. Eres impetuoso y nunca crees lo que no puedes ver con tus propios ojos. Si no fuera así, no te tendría conmigo».

—Sal de mi cabeza, viejo —susurró Ziggy mirando duramente su reflejo en el espejo. El vaho había empezado a desvanecerse. Se concentró en las gotas que le caían del pelo a la cara. Una se deslizó por el puente de su nariz para quedar colgando, temblorosa, en la punta, y se centró en ella mientras forzaba a su Creador a salir de su mente.

«Ahora ya has visto lo que es estar al otro lado. En qué te convierte».

Se frotó la cara con las manos.

—Estoy bien, estoy bien —canturreó. El olor a sangre que emanaba de la ropa que se había quitado y tirado al suelo hizo que el estómago le rugiera y se le agriara al mismo tiempo. Sería mejor cuando encontrara algo para comer.

Al salir del cuarto de baño, buscó en la caja de ropa que Max había subido del almacén para él. Durante un minuto le preocupó que lo único que contuviera fueran vaqueros con la entrepierna desgastada y camisas de poeta de las que había llevado en su fase de «quiero ser Robert Smith», pero había un par de pantalones de franela de dormir y algunas camisetas que se habían lavado tantas veces que estaban suaves como la mantaquilla. Solía burlarse de Nathan por guardarlo todo, pero si lograban recuperarlo, ya no volvería a reírse de él.

Se vistió y fue hacia la cocina. Podía dejar la colada para más tarde. Ahora mismo lo que necesitaba era un poco de tiempo a solas para pensar y algo en el estómago que le impidiera pensar demasiado.

La luz de la cocina estaba encendida y, sentado a la mesa de formica y frente a un vaso de algo que con toda seguridad no era agua, estaba Bill.

—Eh —dijo al alzar la mirada cuando Ziggy entró.

—Eh —Ziggy lo observaba por el rabillo del ojo mientras fue a la nevera. Había una botella junto a la mano izquierda de Bill y estaba medio vacía—. Estás despierto muy tarde. O temprano. Depende de cómo sea para ti.

—No podía dormir —Bill levantó el vaso, vaciló por un momento y se bebió todo el contenido de un trago. Alargó la mano hacia la botella—. ¿Quieres un poco? O espera... no, no tienes la edad, ¿verdad?

—Eso nunca me ha detenido antes —Ziggy sacó una taza del lavaplatos y se la acercó a Bill—. ¿Qué es?

Bill esperó hasta que la taza estuvo llena y sobre la mesa antes de responder:

—Ginebra.

Ziggy apartó la taza mientras calentaba en la tetera una bolsa de sangre y se preguntaba qué demonios le habría pasado al microondas. Mientras, sentía la mirada de Bill en su espalda.

—No tienes que tenerme miedo. No voy a hacerte nada.

Una imagen de lo que debía de haber parecido al hacer pedazos a esas criaturas con sus manos y sus dientes se coló en su cerebro y la voz de su Creador murmuró: «Debe de haber sido hermoso».

—Para —dijo Ziggy antes de poder evitarlo y entonces supo que parecía un loco y un asesino.

—¿Estás bien? —la voz de Bill sonó asustada, en nada parecida a la voz del tipo que lo había abrazado y reconfortado antes—. ¿Quieres que vaya a buscar a Carrie?

—No.

Ziggy se giró y esbozó una falsa sonrisa que esperó no resultara demasiado siniestra. Un niño de primaria le había dicho una vez que su sonrisa se parecía a las que se tallaban en las calabazas de Halloween, y aunque sabía que se lo dijo por el pésimo estado de sus dientes de leche, esa era la última impresión que quería darle a Bill.

—Déjala dormir. Estoy nervioso, eso es todo.

—Los dos lo estamos —Bill pareció relajarse un poco o, por lo menos, pareció querer relajarse. Dio otro trago—. No sé si puedo beber mucho más.

—Creía que eras un tipo grande y duro del ejército —se apoyó contra la encimera—. ¿Te dan miedo unas cuantas criaturas de la noche?

—Lo primero de todo, era un marine, listillo. Y lo segundo, no. No, no me dan miedo esas cosas. Me das miedo tú.

La mirada que le lanzó a Ziggy fue tan afilada que bien pudo haber sido una espada. Se giró hacia su vaso y miró al frente mientras bebía.

—Joder. Resulta duro que digas eso —Ziggy dio un sorbo de su bebida y se obligó a no hacer muecas. Le había robado bebida a Nathan desde que tenía catorce años, pero nunca se había acostumbrado al sabor del alcohol solo. La ginebra, si no recordaba mal, sabía mejor mezclada con algún refresco—. Quiero decir, sobre todo

después de que hace unas horas te mostraras tan fuerte, tan silencioso y me hubieras estado apoyando.

—Hace unas horas no estaba arrojando a un lago cuerpos con las cabezas casi arrancadas en compañía de mi nuevo amiguito vampiro-hombre lobo —al menos tuvo la decencia de mostrarse un poco avergonzado—. Lo siento. Solo intento asimilar la transición de un dulce chico a...

—¿A un monstruo?

Una parte de Ziggy se avergonzaba de lo que era. Quería disculparse ante Bill, hacer lo que fuera con tal de borrar ese miedo que sentía, porque le gustaba ese hombre y quería que sucediera algo. No sabía cuándo, pero quería que sucediera.

Pero otra parte de él, la egoísta e infantil, quería discutir.

¿Quién coño se creía que era diciéndole a un vampiro cómo debía actuar o sentirse? Él no era más que un humano. Un humano muy guapo, pero un humano al fin y al cabo...

Bill sacudió la cabeza con expresión adusta.

—No estoy juzgando a nadie. Solo digo que no estoy acostumbrado a que los chicos que me interesan le arranquen la garganta a la gente con sus propios dientes.

—¿Yo he hecho eso? —Ziggy buscó en su memoria, pero en ese momento sonó la tetera y ese sonido lo devolvió a la conversación—. Eh, he hecho lo que tenía que hacer. No me culpes por ello. No soy humano. Lo sabías cuando me has seguido hasta el bar.

—Sí, lo sabía.

Bill se giró para beber y Ziggy se sirvió la sangre caliente en la misma taza, mezclándola con la ginebra que quedaba. La necesitaría.

Pero cuando Bill volvió a levantar la botella, la conciencia de Ziggy lo obligó a intervenir.

—Eh, tómatelo con calma, vaquero —dijo intentando sonar cercano y simpático mientras lo agarraba del brazo para evitar que se sirviera más alcohol.

Por cómo se movió, Ziggy estaba cien por cien seguro de que Bill iba a golpearlo. Incluso le soltó el brazo y dio un paso atrás, porque lo último que necesitaba era una nariz rota y tener que luchar contra un humano borracho... Eso sin mencionar el hecho de que lo haría parecer más monstruoso.

Pero no lo golpeó. Lo agarró poniéndole una mano encima de cada hombro y lo llevó hacia él. La boca de Bill tocó la suya, solo un poco, y fue como una corriente eléctrica recorriéndole todo el cuerpo. Y entonces ya no tuvo fuerza de voluntad. Debería haberla tenido. No era él el que estaba borracho y tenía ciertos prejuicios contra los vampiros. Si eso iba demasiado lejos, Bill probablemente lo lamentaría y eso haría que él también lo lamentara... pero eso ya no le importaba.

Las manos de Bill se deslizaron bajo la camiseta de Ziggy y la calidez de la piel humana supuso todo un impacto para su fría piel.

—Estás helado —dijo Bill con los labios casi pegados a los de Ziggy, que no pudo evitar reírse.

—Estoy muerto —le susurró y entonces deseó no haber dicho eso.

A Bill no le gustaba que fuera un vampiro, eso estaba claro. No hacía falta recordárselo cuando estaba tan cerca y era tan agradable estar tan pegado a él.

«No voy a pensar más», decidió Ziggy abrumado por otro de los besos de Bill. Deseaba que lo tocara, pero con delicadeza, y sin que esa ternura luego diera paso a dolor. Y si era algo duro, que lo fuera porque sí, no para hacerle sentirse como un muñeco al que se podía torturar y dominar para diversión de otro.

Quería que lo trataran como a una persona. Hacía tiempo que no lo era.

Las manos de Bill volvieron a colarse bajo su camiseta y la levantaron. Ziggy se apartó y lo detuvo.

—¿Y si Carrie o Max entran aquí?

—¿Y qué? —le respondió Bill afectado por el alcohol.

Y cuando su boca volvió a descender y pasó de los labios al cuello, Ziggy no pudo discutir contra su lógica. ¡Joder! Ni aunque el mismo Papa hubiera entrado allí en ese momento, a Ziggy no le habría importado. Se echó atrás contra la encimera y se quitó la camiseta alegrándose de que Bill no se detuviera a observarlo y que no pareciera importarle su falta de abdominales marcados o su pueril pecho en el que no crecería más vello. Ya fuera porque estaba borracho o porque de verdad no le importó, sin duda Ziggy se alegró de que pasara directamente a quitarse la camiseta y enseguida lo abrazara y lo llevara contra la puerta de la nevera. Lo recorrió un escalofrío al verse entre el frío de la nevera y la cálida piel humana.

Bill bajó la cabeza para besarlo en la clavícula a la vez que posaba las manos sobre sus caderas por encima de los pantalones de franela. Le dio un pequeño tirón a la tela mientras le cubría el pecho de besos y se detuvo para mirarlo con un gesto tan serio que Ziggy pensó que iba a rechazarlo. Por el contrario, le dijo un poco nervioso:

—Ya has hecho esto antes, ¿verdad?

Ziggy le sonrió, incapaz de hacer uso de su sarcasmo con un tipo tan amable y simpático.

—Sí. No estás comportándote como un viejo verde, si eso es lo que te preguntas.

—No, no es eso, es solo que...

Se rio, agachó la cabeza y comenzó a mordisquear la cinturilla de los pantalones hasta bajárselos por completo. El excitado miembro de Ziggy vibró ante el primer roce de la mano de Bill.

—¿Tienes un preservativo?

«Mierda», pensó Ziggy, y entonces recordó que ya no era un humano adolescente.

—No. No pasa nada. Estoy muerto. Nada de enfermedades.

Bill no respondió. Ziggy vio los músculos de su espalda tensarse un poco antes de sentir su boca deslizarse sobre su erección.

La respuesta apropiada habría tenido que ser probablemente algo como «joder», u «oh, sí», pero lo único que salió de sus labios fue un sonido estrangulado. Apretó los puños y con uno de ellos golpeó la puerta de acero de la nevera mientras lo invadía un ardiente placer. La cálida humedad de la boca de Bill, los dedos que se hundían en sus muslos, la mano que acariciaba sus testículos, todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo parecían estar ahí, allá donde él lo tocaba. Y no había ni miedo ni dolor ante la posibilidad de que le clavara unos colmillos en los muslos o en otras zonas más sensibles. Todo era genial. Más que genial. Increíble.

Demasiado increíble, después de unos cuantos minutos.

—Eh, para, para —dijo Ziggy con la voz entrecortada y poniendo las manos sobre el pelo rubio cobrizo de Bill para apartarlo—. Lo siento. He estado muy cerca por un segundo.

—De eso se trata —dijo Bill poniéndose de pie para besarlo.

Ziggy le bajó la cremallera a Bill y le desabrochó el botón de los pantalones. Coló una mano dentro y encontró su miembro, terso, preparado y derramando una gota de sedoso fluido. Comenzó a deslizar la mano de arriba abajo y Bill se estremeció. Ziggy sonrió contra su oreja y se la acarició con la lengua.

—Quiero... quiero follarte —gimió Bill apartándole la mano—. ¿Puedo?

Ziggy pensó en ello, aunque no demasiado.

—Sí —contuvo el aliento mientras Bill le recorría el labio inferior con su dedo pulgar—. Sí, sin duda.

—Date la vuelta —le dijo Bill con voz áspera, como la ginebra que habían bebido.

Ziggy lo hizo y apartó de una patada sus pantalones. Se agarró a la encimera y de pronto le asustó un poco su vulnerabilidad. Las manos de Bill se posaron sobre sus hombros y después se deslizaron por su espalda para volver a repetir ese movimiento una y otra vez.

Se había sentido seguro hasta el momento, pero ahora no podía creerse que estuviera dándole la espalda a un extraño. Jacob se lo había hecho para ponerlo a prueba. Lo había desnudado, lo había hecho arrodillarse y lo había hecho esperar. Y entonces, cuando Ziggy había empezado a bajar la guardia, la fusta había caído sobre su espalda.

El recuerdo hizo que le temblaran las rodillas con la esperanza de que Bill pensara que era una reacción a lo que estaba haciéndole y no una secuela emocional. Eso era lo último que necesitaba, perderse una ardiente sesión de sexo para hablar de sus problemas.

Para despejarse la mente, le tomó una mano a Bill, se la llevó a la boca y le lamió el dedo pulgar. Bill gimió y juntó su cuerpo al de él y Ziggy se preguntó en qué momento se había desprendido de sus vaqueros. Bill apartó la mano y le acarició la espalda hasta llegar a las nalgas.

—¿Vas directo al grano, eh? —dijo Ziggy con la voz entrecortada cuando Bill hundió en él su pulgar aún humedecido con la saliva. ¿Alguna vez se había sentido así de bien con alguien? Pero entonces pensó que cuando terminaran, él seguiría siendo un monstruo y Bill seguiría teniéndole miedo. Y entonces todo acabaría y ese sería el mayor error que pendería de las vidas de ambos para siempre.

Bill tenía los labios contra su cuello y le susurró:

—Puede que tengamos un pequeño problema.

Ziggy se tensó. Era el momento justo para que él se mostrara como el responsable y sobrio de los dos.

Era el momento justo para ahorrarles a los dos las consecuencias de un inoportuno encuentro.

Inclinándose hacia delante y rozando por completo el cuerpo de Ziggy, Bill agarró algo de la encimera.

—Espera... no pasa nada. Ya está.

Ziggy estaba girándose cuando sintió algo cálido y húmedo en la parte baja de la espalda. Después de un segundo de confusión, reconoció el aroma.

—¿Es eso... es eso aceite de oliva?

—¿Qué pasa? ¿Acaso querías que lo hiciéramos en plan duro? —le preguntó Bill con una pequeña carcajada.

Ziggy se rio con él hasta que los dedos de Bill, embadurnados en aceite, se deslizaron en su interior. Primero dos, después un tercero que logró quitarle el aliento y hacer que le temblaran las rodillas de placer.

Un placer mezclado con nerviosismo cuando Bill retiró la mano y en su lugar sintió su grueso y firme miembro.

—¿Estás bien? —le preguntó con la voz entrecortada, y Ziggy no pudo más que admirar su autocontrol.

Ziggy respiró hondo y asintió; contuvo la respiración a medida que iba aumentando la presión y entonces sintió un ardiente alivio cuando el miembro de Bill se adentró en él finalmente.

Hubo dolor. Una especie de quemazón que le recordó que Bill no era un tipo menudo. Le preguntó si seguía estando bien, si quería que continuara adentrándose en él y Ziggy no pudo más que responderle algo incoherente y cargado de impaciencia. Algo entre suplicante y exigente que hizo que Bill se riera y se hundiera más en él y que Ziggy se arqueara hacia atrás hasta quedar más lleno de lo que nunca lo había estado.

Entonces Bill comenzó a moverse y Ziggy bajó la mano para tocarse, pero la mano pringada de aceite de Bill llegó primero y comenzó a acariciarlo. Ziggy giró la cabeza con la boca abierta, sin respiración, y Bill lo besó, moviendo la lengua al mismo ritmo que sus caderas.

Cuando se apartó, fue para disculparse.

—Lo siento, no puedo... —y un profundo gemido acabó con lo que fuera que iba a decir a la vez que su cuerpo se tensaba. No dejó de acariciarlo mientras llegaba al éxtasis. Ziggy casi gritó al sentirlo en su interior y al instante él también estaba alcanzando el límite en la mano de Bill.

Aunque se suponía que era la criatura más fuerte, le temblaron tanto las piernas que tuvo que apoyarse en Bill después de que este se hubiera retirado, y ambos se dejaron caer al suelo.

Bill se apoyó contra los armarios con los ojos cerrados. Una única gota de sudor le caía por la sien y Ziggy tuvo el extraño deseo de lamerla. Aunque, para no parecer un auténtico pirado, se contuvo.

—¡Joder! —exclamó Bill cuando recobró la respiración—. Ha sido...

—¿Lamentable? —sugirió Ziggy.

—Iba a decir que ha sido genial. Aunque está claro que la experiencia no ha sido igual para los dos —dijo visiblemente dolido.

Ziggy cerró los ojos y se frotó la frente para evitar mirarlo.

—No, de verdad que ha sido genial. Solo intentaba decir que no deberíamos haberlo hecho.

—Ah, entiendo.

Bill se puso de pie y recogió sus vaqueros. Después de ponérselos, se giró para volver a mirar a Ziggy.

—¿Y por qué crees que no deberíamos haberlo hecho?

No era divertido ser el que estaba desnudo y al que estaban interrogando. Por eso Ziggy se puso la camiseta y los pantalones del pijama todo lo rápido que pudo sin caerse sobre sus temblorosas piernas.

—Estás borracho, eso por un lado...

—Ya no estoy borracho —lo interrumpió Bill con una sonrisa que le robó la respiración.

Aun así, y ya que uno de los dos tenía que ser la voz de la razón, continuó:

—Y en segundo lugar, no te gusta que sea un vampiro. Sé que probablemente me ves como un caso de caridad, como el chico del que han abusado o algo así. Pero eso no fascina a alguien para siempre. No es que esté diciendo que quiera que esto sea para siempre, no voy a ser posesivo ni un loco de esos. Solo ha sido una forma de hablar.

Bill asintió y enarcó las cejas ligeramente.

—¿Has terminado?

Ziggy asintió.

—Vale. Entonces deja que te aclare algunas ideas equivocadas que tienes —se acercó, tanto que sus labios casi se tocaron y, justo antes de que se rozaran, giró la cabeza ligeramente para susurrarle al oído—: Yo tampoco pretendo que esto se convierta en algo para siempre ahora mismo —dio un paso atrás y esperó un momento antes de continuar algo más enfadado—: Pero por lo menos estoy abierto a

la posibilidad de que seas alguien con quien podría pasar algo de tiempo. Y sí, eres un vampiro, pero no los excluyo de mi círculo social. He de reconocer que esto es impactante, estoy impresionado, pero desde que te he conocido... después de que se me cortara la hemorragia... en ningún momento he pesado que fueras un pobrecito chico perdido al que podía salvar. Desde que te he conocido he sabido que tenía un problema serio y que podía enamorarme de ti si no tenía cuidado.

—Pues vaya forma de tener cuidado.

La seria expresión de Bill se iluminó un poco.

—No he dicho que me haya enamorado ya. Pero está claro que estoy en ello. Lo que quiero saber es si quieres que me aleje de ti. Creo que es justo que lo sepa ahora.

Ziggy tenía que tener cuidado al hablar. La presión que sentía en el pecho resultaba casi insoportable y no sabía qué sonido saldría de su boca cuando intentara hablar. Respiró hondo y parpadeó sorprendido de que los ojos se le estuvieran empañando de lágrimas.

—No. No quiero que te alejes.

«Estúpido», dijo Jacob furioso dentro de su cabeza. «Nadie te cuidará, nadie te protegerá como lo he hecho yo».

«Sí, ya lo sé», pensó Ziggy. Ya le había dado demasiado a su Creador. «Pero vamos a darle una oportunidad».

Capítulo 10

Aquí está... Henry

Me desperté con un agudo dolor de cabeza centrado justo detrás de los ojos y, cuando los abrí, me entró el pánico al pensar que tal vez me había quedado ciega. Entonces recordé que me había quedado dormida en el suelo del dormitorio. Me senté y miré a mí alrededor. La luz del sol brillaba bordeando las persianas. ¿Cuánto había dormido? ¿Por qué no me había despertado nadie? Me dolía la espalda cuando intenté levantarme y sentí cómo me crujía la columna.

Tal vez habían intentado despertarme, pero no habían sido capaces. Había tenido unos sueños extraños, un batiburrillo de imágenes y recuerdos de mis padres. Alargué una mano en la semioscuridad para tocar algo. No me importaba qué; solo quería asegurarme de que estaba despierta y no teniendo otro sueño raro. Mis dedos tocaron algo suave y cálido, como piel humana, pero sin la energía de algo vivo.

Me aparté ignorando mi dolor de cabeza.

—¡No me toques! —le grité a quien fuera que estaba en la habitación conmigo—. ¡Ayuda! ¡Max, Ziggy!

Cuando no vinieron inmediatamente, me puse de pie sin dejar de llamarlos y moviéndome a tientas hasta encontrar un interruptor. Me di un golpe en las espinillas con la cómoda, maldije y solo entonces recordé que podía utilizar un hechizo para encender la luz.

—Iluminación —dije. Las bombillas de la mesita y de la pared se encendieron y mi visión inmediatamente se posó en el hombre que tenía delante de mí.

No había una forma concreta de describirlo.

Era completamente gris desde su cabeza calva hasta los pies. Es más, no tenía ni un pelo en todo el cuerpo. Ni cejas, ni vello corporal. Solo una extensión de algo parecido a un plástico gris sobre una forma masculina. De no ser por los genitales, podría haber sido un muñeco Ken. Me miró con unos ojos grises, pero ni dijo nada ni se movió para acercarse a mí.

Recordé con más claridad lo que había sucedido la noche anterior.

Me vi utilizando la ceniza para el hechizo de Dahlia, sintiendo todo el poder y todos mis recuerdos saliendo de mí para formar esa cosa. Solo podía mirarlo sin dejar de pensar: «Lo he creado yo».

Me acerqué con cuidado, aunque estaba bastante segura de que recordaba algo de mitología que decía que un gólem no podía hacer nada a menos que se le diera la orden. Decidí probar.

—Ponte el dedo en la nariz.

Lo hizo sin ni siquiera mirarme. Obediencia incuestionable.

—Da la vuelta —le ordené y me fijé en que hizo literalmente lo que le dije. No se dio la vuelta y se detuvo, sino que siguió girando hasta que le dije que se detuviera.

—Está bien —me quedé pensando mientras lo miraba. ¿Qué limitaciones tenía un gólem? Si le dijera que me preparara un suflé, ¿lo haría?

—Baila el Hokey Pokey —le ordené como prueba.

—Pon tu pie izquierdo dentro, pon tu pie izquierdo fuera... —cantó con una voz monótona.

—Ponle un poco más de gracia —le grité sin poder contener la risa y siguió cantando y bailando su canción de un modo más entusiasta—. Para —le dije y se detuvo inmediatamente a la vez que su exagerada expresión de felicidad se desvanecía para volver a mostrar el gesto inexpresivo de antes—. Bueno, al menos te sabes el Hokey Pokey. ¿Qué más sabes?

Simplemente me miró.

—Dime qué más sabes.

Inmediatamente, comenzó a hablar.

—Sé cualquier cosa que me mandes hacer. Sé exactamente lo mismo que tú.

Pensé en ello un minuto.

—Entonces, si te digo que cantes la partitura completa de *Rigoletto*...

—Tú no te sabes la partitura completa de *Rigoletto* —respondió.

—Es verdad.

Seguía preguntándome qué había creado cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Bill y Ziggy entraron corriendo, algo ojerosos y adormilados.

—Carrie, ¿estás bien? —preguntó Bill, pero Ziggy fue a por el gólem en cuanto lo vio. La criatura no se movió para defenderse. Se quedó ahí mientras Ziggy lo tiraba al suelo.

—¡Ziggy, no! —grité, apartándolo del gólem—. Es mío. Lo he creado yo.

Hubo un momento de confusión y silencio. Después, con mucha cautela, Bill preguntó:

—¿Lo has creado?

El suelo del pasillo crujió y Max apareció en la puerta. Su mirada fue directamente al gólem y después me miró a mí, Confuso. Pero por lo menos no corrió hacia él con la intención de matarlo, como había hecho Ziggy.

—¿Qué coño está pasando?

El gólem estaba tendido en el suelo, justo donde había caído.

—Levántate —le dije con voz suave ofreciéndole mi mano para ayudarlo. No la tomó. «Claro», pensé, sintiéndome como una idiota. «Le has dicho que no te tocara».

Me giré hacia Bill y Ziggy, que estaban mirándome como si estuviera loca.

—He utilizado un hechizo del libro de Dahlia. Necesitábamos ayuda. Quiero decir, vamos a necesitar ayuda para que Nathan vuelva. Más mano de obra. Y esta me parecía una solución bastante lógica.

—Entonces, ¿qué es? ¿Un zombie? —con cuidado, Ziggy se acercó a la criatura y alargó la mano para tocarla como si no acabara de arrojar a esa cosa al suelo—. Parece como de goma o algo así.

—Está hecho de ceniza. Y de sangre. No sé por qué tiene ese tacto. Para ser sincera, solo lo he tocado por accidente y una vez —me encogí de hombros—. Es un gólem.

—¿Como en los cuentos? —preguntó Max con incredulidad—. ¿Tiene que hacer todo lo que le digas?

Asentí. Bill pensó en ello por un momento y después se dirigió al gólem.

—Eh, tú. Canta el Hokey Pokey.

La criatura no se movió.

—Creo que soy la única que puede hacerlo ya que he sido yo la que ha elaborado el hechizo. Gólem, haz lo que Bill te dice.

—Ahora, canta el Hokey Pokey —dijo Bill, pero cuando el gólem comenzó a obedecer, lo detuve.

—No creo que eso vaya a ayudarnos mucho ahora mismo —dijo Ziggy con gesto divertido—. ¿Puede luchar?

—No sé por qué no iba a poder luchar. Puede hacer todo lo que yo hago. Pero, claro, no puede hacer algo si yo no sé hacerlo.

—Entonces, descartamos soldar, hacerle el puente a un coche y cosas de esas —Ziggy le dio un empujoncito al gólem—. ¿Y si aprendes a hacerlas?

—Sí, eso, ¿y si aprendo a hacerlas? —le pregunté al gólem. Cuando no respondió, cerré los ojos y dije—: Responde a mi pregunta.

—Tendrías que crear a otro como yo —dijo.

—Entonces, no puedes mejorarlo, tienes que crear un modelo nuevo. Pues eso es una desventaja.

Max se puso al lado de Bill y Ziggy para examinar a la criatura.

Ziggy negó con la cabeza.

—No, hombre, piensa en ello. Carrie es médico. Podría sernos muy útil. No para nosotros, pero pensad en ello a una escala global. Podría llevarlo a un hospital y él podría ayudar con transplantes de órganos y cosas así.

—Yo era médico de Urgencias —señalé—. No hacía muchas cirugías complicadas.

—Ya, pero piensa en lo útil que nos sería. Sobre todo si puedes crear más.

Bill se apartó del gólem, estaba claro que le inquietaba un poco.

Pensé en lo agonizante del proceso, en el dolor de cabeza que aún no se había ido.

—Vamos a conformarnos con este por ahora, si no os importa. No creo que tenga tanta experiencia como para volver a hacerlo ahora mismo.

—¿Vamos a utilizarlo, entonces? —preguntó Ziggy—. Quiero decir, cuando vayamos a por Nathan.

Tragué saliva.

—Sí. No nos ha ido muy bien contra esas criaturas.

La mandíbula de Bill se tensó y él me miró. No dijo nada y me pregunté si estaba esperando a que se me ocurriera algo. Entonces, como un hombre que sale de un trance, se frotó las manos y nos miró a Ziggy y a mí.

—Está bien. Puedes hacer esto y puedes hacer lo del fuego, ¿nos enseñas qué más puedes hacer?

Ziggy lo interrumpió.

—Mala idea. Ahora mismo tiene un aspecto horrible y Nate siempre ha dicho que la magia agota a la gente. Como si a cambio de hacerla, tú perdieras algo.

—Bueno, gracias, me alegra tener el aspecto que quería —estaba demasiado cansada como para ofenderme—. Pero tienes razón. No creo que podamos confiar solo en mí para esto.

—Podemos entrar allí a ciegas, abrírnos paso a base de machetazos —dijo Ziggy sin una gota de sarcasmo—. Me conozco el camino y creo que tenemos posibilidades de sacar a Nate de allí.

—En este momento estoy de acuerdo con lo que sea —dijo Bill—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Nos quedamos sentados en silencio y después Max añadió:

—Pero por si acaso... Carrie, ¿qué más puedes hacer?

Me arrodillé y recogí el libro de hechizos de donde lo había dejado en el suelo.

—Hay un par de hechizos aquí que creo que reconozco. Por ejemplo, uno dice que noqueará a tu objetivo. Debe de ser el mismo que Dahlia usó con Bill. Y uno que lo lanzará hacia atrás para que no pueda llegar hasta ti. Pero creo que yo también me los invento.

—¿Como por ejemplo...? —preguntó Max y en lugar de responder, fui al salón. Sabía que me seguirían, pero no estaba mostrándome tan misteriosa a propósito. Estaba pensando.

Aparte de las pociones y los amuletos anotados en el libro, la mayoría de los hechizos de Dahlia no requerían más que una palabra y centrar tu atención. Tal y como estaba escrito, para realizar los hechizos hacía falta todo tipo de material de ocultismo, pero en realidad eso era una mera distracción, muchos adornos que tendrían muy poco impacto en el resultado final. En algunos casos harían que alguien desistiera al verlos y no intentara el hechizo. Pero ahora que yo sabía el secreto, que sabía que su poder provenía de dentro y no de ojos de sapo y tierra de una tumba, en teoría podía crear cualquier efecto que quisiera.

Una vez en el salón, fui a una estantería y posé la mirada en un libro en concreto cuyo logo de la editorial era una luna creciente. Sabía que a Nathan no le importaría perderlo. «Otro libro Wiccan 101», solía decir cuando un cliente salía de la tienda con ese volumen, así que supuse que nos sería más útil si lo sacrificábamos para la causa. Alargué la mano, dirigí mi concentración al libro y comenzó a deslizarse de la estantería hasta quedar suspendido en el aire. Imaginé lo que pasaría a continuación.

Las tapas se abrirían, las páginas se arrancarían una a una y después se disolvería. Visualicé cómo las palabras «hazte pedazos» salían de mis labios para grabarse en el libro como con ácido y, cuando abrí los ojos, vi exactamente lo que había imaginado que sucedería y las expresiones de horror de los chicos, que lo presenciaron todo.

—¿Puedes hacerle eso... a la gente? —preguntó Bill en voz baja y con asombro. Alzó las manos y se apresuró a añadir—: Bueno, no quiero una demostración ni nada de eso, pero... ¿puedes enseñarnos?

—No lo sé, pero supongo que si yo puedo hacerlo, cualquiera puede —me senté y me fijé en que los tres se estremecieron. Lo ignoré y les expliqué cómo creía que funcionaba la magia; en especial les dije que no sabía cómo, pero que funcionaba y les conté cómo lo lograba.

Después de reunir unos cuantos libros más de la misma editorial, Max y Ziggy comenzaron a hacerlos trizas con su nuevo conocimiento.

Ziggy causó más daños que Max. En una batalla, ser capaz de desmembrar a tu enemigo resulta algo muy útil, pero teniendo en cuenta a qué nos enfrentábamos, deseé que pudiera hacerlo un poco más deprisa y sin murmurar lo que decía.

Max, por el contrario... Recordé haber leído algo sobre hombres lobo y sus habilidades; sobre todo que practicaban la magia. Max debió de haber adquirido mucha práctica porque destruyó su primer libro tan deprisa que apenas pude verlo y ni siquiera tuvo que decir nada.

—Guau —sabía que estaba mirándolo como si fuera un monstruo de circo, pero no pude evitarlo. Parecía casi más poderoso que Dahlia.

Pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que esto viene con las palmas de las manos peludas.

—Creo que yo no estoy hecho para estas cosas —Bill sonó algo avergonzado, aún sosteniendo una copia intacta del *Almanaque Mágico de Merlín*.

Ziggy terminó de destruir su copia de *Magia Sexual Wiccan para Uno*, y me recordé meterme con Nathan más tarde por tener ese libro.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué él no es tan bueno como nosotros? ¿Es cosa de vampiros?

—No puede ser por eso. Dahlia podía hacerlo antes de convertirse en vampiro.

Me pregunté si las brujas nacían o se hacían. Tal vez Nathan tuviera razón cuando dijo que las brujas peligrosas eran las únicas que tenían talento. La clase de poder que Dahlia tenía habría sido maligna incluso sin un conocimiento de hechizos y pociones.

Claro que no creía que yo tuviera un talento innato hacia el ocultismo. Si lo tuviera, me sentiría fatal por no haberlo usado para que me hubiera ido mejor en la facultad de Medicina. No, probablemente tenía más que ver con la sangre de Dahlia.

En Max podía entenderlo. Era un mestizo y, para mí, eso lo explicaba todo. Pero ¿por qué era Ziggy tan bueno con la magia? ¿Podría ser por la sangre del Devorador de Almas o...?

—¿Has bebido la sangre de Dahlia? —le pregunté sin ningún tacto.

Ziggy no me miró a los ojos, me daba la sensación de que no podía.

—No es para tanto. Yo he tomado la sangre de Dahlia —dije para animarlo a hablar—. No tienes que contarnos ni cómo ni por qué. Solo me preguntaba si tendría algo que ver con lo bien que se te da la magia.

Él asintió como si estuviera preparándose para hablar. Alzó la mirada y la expresión que tenía en ella reflejaba cosas que yo no querría llegar a oír nunca.

—Sí, he tomado su sangre.

—Entonces, ¿si yo bebiera la sangre de esa tal Dahlia, también tendría poderes mágicos? No puedo creerme que haya dicho «poderes mágicos» en serio —señaló Bill.

—No pasa nada, te acostumbrarás a ello —le aseguró Max.

Me aclaré la voz.

—Si bebieras la sangre de Dahlia, te convertirías en vampiro. O, tal vez lo harías al morir. No sé lo que pasaría.

—Si bebieras la sangre de un vampiro, pero él no bebiera la tuya, te convertirías en los humanos que tiene el Devorador de Almas a su servicio —un escalofrío recorrió a Ziggy mientras hablaba—. Y eso sí que son malas noticias.

—Está bien, pues entonces me quedo con la poca ayuda que he podido aportar hasta el momento y con esto —Bill sacó su pistola—. ¿Se puede disparar a esas cosas, verdad?

—Totalmente —respondió Ziggy, que pareció algo decepcionado por no tener un arma—. Puede que no los detenga del todo, pero sí que los derriba. No son inmortales, solo muy, muy, fuertes.

—Está bien, creo que tenemos un plan de ataque. ¿Cuándo queréis hacerlo?

—Ahora mismo —respondió Max.

—Los humanos suelen comer a la una. Pierden fuerza entre una comida y otra, así que si los atacamos como a las doce o doce y media, tenemos oportunidad de que estén débiles.

Pensé en ello.

—¿Y qué pasa con el Devorador de Almas? ¿O con Dahlia? ¿Qué horarios tienen?

—Una locura —respondió Ziggy sin vacilar—. Estarán allí o no. Tenemos que estar preparados para lo que sea.

—Yo estoy preparada. Tienen a Nathan. Podría haber diez Devoradores de Almas allí y me enfrentaría a cada uno de ellos —y lo decía en serio. Me incliné para mirar el reloj de la cocina—. Está bien, si vamos a medianoche tenemos dos horas para pensar y prepararnos. ¿Os parece tiempo suficiente?

Ziggy asintió y Bill afirmó diciendo:

—Y tanto.

—Bien. Reunid las armas que necesitéis. Y... —me estrujé el cerebro en busca de otro consejo inspirador, pero lo único que se me ocurrió fue—: Poneos zapatos

cómodos.

—¿Qué vas a hacer? —me gritó Max mientras me alejaba por el pasillo.

—Voy a preocuparme —dije cerrando la puerta del dormitorio y admitiendo para mí que lo que de verdad iba a hacer era rezar.

* * *

Bill quería preguntarle algo y Ziggy lo sabía, no porque fuera vidente o algo así, sino porque cuando alguien no dejaba de mirarte de reojo, probablemente era porque estaba reuniendo valor para preguntarte algo.

Con su arsenal reunido y guardado en la furgoneta, Max se había excusado para llamar a casa. Solos, Ziggy y Bill estaban sentados en el sillón y tomando café porque la cerveza les pareció una mala idea y, además, porque tampoco les daba tiempo a ir a la licorería. Estar borracho sería mejor que estar sobrio para enfrentarse a una situación de vida o muerte, pero seguramente que reducía las posibilidades de sobrevivir.

—Bueno, ¿qué piensas de esto? —preguntó Bill, aunque Ziggy sabía que esa no era la pregunta que estaba inquietándole.

—Creo que puede ser un suicidio, pero no tenemos otra opción. ¿Qué te parece a ti?

Bill se encogió de hombros.

—Nunca se sabe. Puede que tengamos posibilidades. Eres bastante bueno con eso de los hechizos, yo soy bueno luchando y Max es muy bueno en casi todo, aunque parece estar muy distraído por el tema de su familia. Pero si al final solo pudieras luchar, sin magia por medio... ¿lo harías?

—¿Hacer qué? ¿Ir a buscar a Nathan?

Era una pregunta difícil. En el pasado, no habría tenido problemas para responderla, habría hecho lo que fuera por Nate. Pero después de los últimos meses...

—¿Puedo saber qué coño os pasó? —le preguntó Bill de pronto—. ¿Qué ha pasado con tu Creador o lo que sea que es? ¿Qué te hizo para que seas tan... frío?

—Yo no soy frío —lo dijo con un tono defensivo, más de lo que había pretendido—. Quiero decir, ahora mismo hay otras cosas en las que pensar. Nate se ha arriesgado por mí muchas veces, pero los últimos meses no he sobrevivido a base de abnegación, ¿sabes?

—Lo entiendo —Bill estiró el brazo sobre el respaldo del sofá, intentando parecer relajado—. Pero se trata del hombre al que consideras tu padre. ¿Cómo puedes pensar solo en ti cuando hablamos de él?

—Porque yo siempre pienso en mí, en protegerme.

Ziggy se sorprendió a sí mismo con su respuesta.

—Y por eso cuando estabas con tu Creador, hacías lo que quería que hicieras. Y las cosas que quería que hicieras no servían más que para hacerte sentir peor —dijo

Bill, y fue como si le hubiera leído la mente—. Yo viví una situación parecida cuando era joven. Con mi padre.

Ziggy sintió algo en el pecho, pero esa sensación de autoprotección lo obligó a ignorarlo.

—¿En serio? ¿Crees que tu padre te hizo el daño que mi Creador me ha hecho a mí?

—Sí —respondió Bill sin vacilar—. No la misma clase de daño, pero sí que me lo hizo.

Ziggy se echó atrás y apoyó la cabeza en el brazo de Bill. Lo que de verdad quería era abrazarlo, pero eso acabaría con todas sus defensas.

Bill sacudió la cabeza.

—Ahora no entraré en detalles, pero... si llegas al punto en el que empiezas a intentar convertirte en lo que otra gente quiere que seas, nadie te conocerá nunca. Nadie conocerá a tu verdadero yo.

Suspirando, Ziggy cerró los ojos.

—¿Quieres saber quién soy de verdad? No tengo esperanza. Hay tantas cosas malas en mí que nunca voy a superarlas.

—Eso no es verdad. Y no tienes que superar nada. Lo único que tienes que hacer es seguir adelante y dejar de pensar que si alguien te degradó fue porque te lo mereces.

Bill lo miró, no con lástima, sino con comprensión, y eso tuvo el mismo efecto que si le hubiera arrancado la piel y el músculo de los huesos, fue como si derrumbara el muro de autoprotección que había levantado a su alrededor.

—¿Cómo sé que eso no es lo que merezco? —Ziggy se inclinó hacia delante, no quería tocar a Bill por miedo a que sus dolidos sentimientos rezumaran por su piel y Bill pudiera ver lo dolido que estaba—. Tú no sabes lo que me hizo. ¿Cómo pudo hacerme esas cosas si no me las merecía?

—Porque, al parecer, es un cabrón enfermo —Bill apretó la mandíbula como si quisiera golpear algo. Resultaba agradable saber que alguien quería hacerle daño a alguien que te había hecho daño a ti—. Ziggy, eres increíble. Y no me refiero solo en el terreno sexual, que también, pero ese no es el tema ahora mismo. Eres increíble porque has vivido muchas cosas y eso te ha destrozado y te has creado una armadura para protegerte. Pero no quiero que sientas que tienes que seguir haciéndolo.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer al respecto?

¡Oh, no! Había sonado como si estuviera presionándolo para hacer algo.

Abrió la boca para retirar lo dicho, pero Bill pareció no darle importancia. Dio un sorbo de café antes de hablar.

—Nada, en realidad. ¿Qué demonios puedo hacer? Pero, como te he dicho antes, me gustas. No quiero que sufras.

—Gracias.

—Y creo que sufrirías si no hicieras todo lo que esté en tu mano para ayudar a Nathan.

—No importa. De todos modos, estaremos muertos antes de que tengamos oportunidad de hacer algo verdaderamente heroico.

Bill se rio.

—Puede que tengas razón. Solo prométeme que si me pasa algo verdaderamente horrendo, acabarás con mi sufrimiento.

—¿Quieres decir que te coma o algo así?

Ziggy se quedó aliviado cuando Bill se rio ante el chiste en lugar de apartarse horrorizado.

—Se me ocurren cosas peores —le dijo Bill inclinándose hasta que sus labios casi se tocaron.

Agarró la mano de Ziggy y se la puso en el cuello, justo donde él lo había mordido aquella primera vez.

Ziggy tembló.

—Lo siento mu... —empezó a decir antes de que Bill cortara sus palabras con un beso.

Y entonces ya no sintió la necesidad de seguir disculpándose.

* * *

Antes de marcharnos, vestí a Henry (había decidido que el gólem tuviera un nombre) con unas ropas que Max me dejó. Henry tenía la misma constitución que él y me pregunté si habría elegido de un modo inconsciente darle esa forma a su cuerpo. La ropa no ocultaba del todo su piel gris, pero pensé que si alguien se fijaba en el camino desde el apartamento a la furgoneta diríamos que se debía a un extraño efecto secundario de un suplemento alimenticio a base de hierro.

—No va a sentarse detrás conmigo —dijo Ziggy cuando nos reunimos con Bill y con él en la calle—. Me da escalofríos.

—Puede sentarse en el asiento del copiloto —abrí la puerta y le indiqué—: Entra. Y abróchate el cinturón.

Vi a Henry hacer lo que le había dicho, en todo momento con ese inexpresivo gesto.

Bill abrió las puertas y nos indicó que entráramos; le dio una palmadita en la espalda a Ziggy y fue como si estuviéramos relajados a pesar de las circunstancias. Ponernos en acción pareció encender una esperanza que no me había dado cuenta que habíamos perdido.

Bill cerró las puertas y me estremecí al oír el ruido de las bisagras.

—Estoy deseando terminar con esto y volver a casa —dijo Ziggy como si estuviéramos dirigiéndonos a la Oficina de la Secretaría del Estado para renovar las matrículas, y deseé tener su misma valentía, aunque fuera fingida. Giró la cabeza y cuando se estiró vi un moretón sobresaliendo del cuello de su camiseta.

—Oh, joder, ¿todavía te dura eso de la pelea? —me acerqué para tocarlo, pero se subió el cuello de la camiseta.

—No. No es de la pelea.

«Ah, ya». Miré a otro lado para no ver el chupetón.

—Así que Bill y tú...

Bill se sentó al volante y terminó de decir desde el otro lado de las cortinas:

—Nos llevamos bien.

Ziggy se puso más colorado todavía, pero esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción.

Por obvio que había parecido, ahora que estaba claro, no podía dejar de pensar en ello. No era asunto mío, pero no podía evitarlo. La situación era exactamente igual a cuando mi mejor amiga se echó un novio durante el primer año de universidad y el resto del grupo estábamos obsesionadas preguntándonos si lo habrían hecho ya o no.

De un modo más maternal, me preocupaba que Bill no valorara todo lo que Ziggy había pasado con Cyrus y con Jacob, si es que Ziggy se lo había mencionado. Ziggy era una persona muy reservada y si no le decía a Bill que fuera despacio, podría acabar sufriendo mucho. Si Bill creía que simplemente estaban divirtiéndose, ¿se atrevería Ziggy a decírselo si no pensaba lo mismo? ¿O se guardaría todo el dolor dentro y continuaría al ritmo que Bill marcara en su relación?

¿Y dejaría yo algún día de proyectar mi desastre de relación en los demás?

Sacudí la cabeza ante mi estupidez. Ziggy había madurado mucho... lo habían obligado a madurar, y Bill no era un adolescente. Me preocupaban cosas que estaban fuera de mi control y también otras sobre las que seguro no merecía la pena preocuparse.

«Sabes por qué lo haces, ¿verdad?», me pregunté, y era verdad.

Nathan no se había comunicado conmigo a través del lazo de sangre. Eso no significaba que estuviera muerto porque, si lo estaba, lo sabría. Significaba que estaba experimentando cosas que no quería que yo supiera. Una parte de mí se preocupó porque lo hubieran seducido para seguir los deseos de su Creador, al igual que Cyrus había sucumbido a las maquinaciones de su padre. Pero Nathan ya había cometido ese error antes y le había costado muy caro. No volvería a repetirlo.

La explicación más probable... y terrible... era que lo que fuera que estaban haciéndole era tan horroroso que no quería que yo lo supiera. Intenté imaginar la mayor crueldad de la que el Devorador de Almas sería capaz y tuve que parar para no echarme a llorar.

—Próxima parada, una muerte segura —intenté hacer un chiste, pero un enfermizo miedo fue apoderándose de mí cada vez más según el coche se ponía en marcha.

—Espero que volvamos aquí —dijo Ziggy, como si me hubiera leído el pensamiento.

Asentí.

—Te entiendo.

Capítulo 11

Piel

La nueva residencia del Devorador de Almas no tenía nada que ver con la mansión en la que yo lo había conocido. Aquella tenía immaculadas columnas de mármol y ladrillo con un jardín bien cuidado y un montón de secuaces limpios y arreglados. El edificio que ahora estaba viendo a través de mis prismáticos tenía la pintura descascarillada y el tejado destrozado y estaba segura de que lo único que segaba ese jardín eran los gatos y los pies de quienes lo pisaban.

—¿El Devorador de Almas vive ahí? —susurré desde la parte trasera de la furgoneta. No sé por qué susurré; habíamos aparcado lejos, al final de la calle, desde donde Ziggy nos aseguró que podíamos vigilar la casa sin que nadie nos descubriera.

—Sí, bueno, necesitaba un sitio donde nadie pudiera encontrarlo mientras se recuperaba —dijo Ziggy con el cuerpo rígido en el asiento del copiloto de donde había echado a Henry.

La última vez que había visto al Devorador de Almas, él acababa de matar a mi Iniciado. Pero también había cometido el error de sustituir su propio corazón por el de Oráculo. Tal vez aquello no sirviera para matarlo cuando Cyrus hundió la estaca en su pecho, pero sí que sirvió para matar a Oráculo, cuyo corazón ardió en llamas dentro del Devorador de Almas. Le había hecho mucho daño y no era de extrañar que siguiera recuperándose. A menos que...

—¿Cómo está?

Esperaba que la respuesta fuera que aún seguía lisiado por el ataque y que podría aniquilarlo yo sola, poniéndole fin así a nuestro problema, pero supe que no sería el caso cuando Ziggy se encogió de hombros.

—Ahora es peligroso. Ha estado alimentándose de sus Iniciados. La última fue una mujer de Nevada que vino aquí pensando que él solo quería hablar. No entiendo cómo esa gente puede ser tan tonta.

Debió de haber sido Marzo, la *madame* del burdel de vampiros que había conocido durante mi viaje para rescatar a Cyrus. No lo lamenté por ella. Había gente que al morir me hacía la vida más fácil.

—Entonces, ¿tenemos que mantenernos alejados de ese tipo? —preguntó Bill.

Respondí por Ziggy.

—Sí. Creo que nuestro plan sería sencillo. Entramos luchando hasta donde podamos. Yo entraré en la casa y buscaré a Nathan. No hay ningún otro lugar donde podrían tenerlo, ¿verdad? Ziggy sacudió la cabeza.

—Ninguno que yo sepa.

—Entonces, entraré y lo encontraré —una chispa de esperanza se prendió en mi pecho—. A menos que creas que no están aquí.

—No, están aquí —Ziggy agarró los prismáticos, observó la zona rápidamente y me los devolvió—. Mira, los humanos están sueltos. Cuando él no está en casa, los humanos están encerrados en el granero por si acaso alguno recupera el sentido e intenta escapar. Si el Devorador de Almas y Dahlia y yo, cuando vivía aquí, estábamos en casa y alguien intentaba irse, nosotros...

—Lo capto —dije, sin querer oír el resto—. Vale. Entonces, los humanos están fuera, y el Devorador de Almas dentro y nosotros vamos a buscar a Nathan. No hay mejor momento que ahora.

Ziggy y Bill salieron, después abrieron las puertas traseras para que bajáramos Max, Henry y yo. Agarramos nuestras armas rápidamente, como si pudieran atacarnos en cualquier momento. Y era posible.

Yo tenía preparadas mis armas. Una estaca en cada bolsillo trasero y unos cuantos frascos de agua bendita en un estuche que llevaba colgado al cuello. Lo había metido a su vez en una bolsa de plástico, por si los frascos se rompían, y me lo había colocado por dentro de la camiseta. Tenía un cuchillo escondido bajo la pernera de mi pantalón; como no lo llevaba en una funda ni en nada que lo sujetara, lo ajusté con una tira de cinta aislante. Esperaba no tener que usarlo, no porque fuera mi último recurso de defensa, sino porque me dolería muchísimo arrancármelo de la pierna.

Ziggy y Bill iban más armados.

Ziggy tenía el gran hacha de Nathan en una mano y el arco colgado en la espalda. Al verlo, no pude evitar recordar la noche que lo había conocido y me había gritado «¡muere, escoria de vampiro!» mientras arremetía contra mí con el mismo hacha que ahora tenía en la mano. Me parecía que de eso había pasado una eternidad.

Bill, por otro lado, estaba satisfecho con su pistola y un par de cuchillos que habría encontrado en los cajones de la cocina. Aun así, ambos llevaban estacas en todos los bolsillos y estoy segura de que unas cuantas más pegadas al cuerpo, igual que yo llevaba el cuchillo. Max tenía estacas, pero cuando le había ofrecido otras armas, me había dicho sin más:

—No las necesito.

—Nos verán llegar —dijo Ziggy dándole a Henry una estaca y un cuchillo. Supusimos que sabría qué hacer con ellos.

—Bueno, si van a vernos de todos modos, podríamos ir hasta allí en la furgoneta —razonó Bill—. Subid.

—Intenta atropellar a unos cuantos de paso —dije, rezando en silencio para no morir en un accidente de tráfico antes de que llegaran a matarnos en el asalto a la casa.

—Lo haré —me aseguró Bill alegremente mientras subíamos al vehículo. El motor rugió y Bill ignoró el camino de entrada y atravesó los arbustos que bordeaban la propiedad—. Factor sorpresa —gritó por encima del ruido de las ramas quebrándose bajo los neumáticos. Estaba divirtiéndose... y mucho.

—¡Necesitamos la furgoneta para volver! —gritó Max mientras yo me agarraba al respaldo de los asientos. Cerré los ojos con fuerza cuando pasamos entre dos árboles y, cuando los abrí, el retrovisor de la puerta del conductor ya no estaba.

La casa estaba rodeada de un enorme jardín abandonado. Bill lo atravesó en dirección a la casa, donde se arremolinaron unos cuantos humanos impactados. No tuvieron tiempo de apartarse y oí cuerpos golpeando contra la furgoneta.

—Aquí está bien —gritó Ziggy empujando la puerta para abrirla. Saltó agitando el hacha.

Bill aprovechó la protección que le ofrecía el vehículo para disparar a unos cuantos. Ni siquiera lo vi bajar la ventanilla. Me tapé los oídos pensando que jamás volvería a oír. Enseguida, un círculo de humanos muertos y gravemente heridos rodeó la furgoneta.

Ziggy nos abrió.

—Vienen más. Del granero —dijo ayudándome a bajar.

Miré hacia la casa, mi objetivo. Nos encontrábamos a unos treinta metros y la distancia me parecía imposible. Más humanos salían desde esa dirección y algunos vampiros; supuse que lo eran porque no llevaban la ropa sucia como los humanos.

—Genial. Bill, mantente alejado de los que están limpios. Puede que sean vampiros.

—Eso haré —intentó liquidar a algunos de los humanos que se acercaban, pero estaban demasiado lejos. Lo único que podíamos hacer era esperar a que se acercaran.

Henry estaba a mi lado, sujetando la estaca en una mano y el cuchillo en la otra.

—Henry, sígueme y... Max...

—Mataré a cualquiera que se ponga en tu camino —me prometió.

Bill se quedó mirándome y me dijo:

—Te cubriremos. Tú solo preocúpate de entrar en la casa.

—¿Y qué pasa con los que vienen por ahí? —Ziggy giró la cabeza hacia las criaturas que se aproximaban desde el granero.

Bill se encogió de hombros.

—Supongo que vamos hasta el centro y atacamos en un momento de gloria.

E imagino que debió de parecerme razonable a todos porque nos miramos y al instante ya habíamos echado a correr hacia los humanos, cuyo número parecía haber crecido. Por encima del hombro vi el hacha de Ziggy y un chorro de sangre me salpicó la cara.

—Lo siento —lo oí gritar desde ninguna parte, aunque no hizo falta que alzara la voz; el único ruido que se oía era el de nuestros esfuerzos.

Las criaturas no hacían mucho ruido. Nada de gritos, solo un gruñido ocasional cuando alguno de ellos caía. Fue un silencio sobrecogedor porque uno se espera más sonidos en una batalla, como en las películas. Lo único que oí fue el sonido de los tajos del hacha de Ziggy y los disparos de la pistola de Bill.

El primero que intentó atacarme, un hombre delgadísimo al que parecía que se le iban a salir los ojos de su sucia cara, falló. Le agarré el brazo cuando fue a atacarme y tiré de él hacia abajo, sintiendo cómo se le separaba del hombro.

—Aún no han comido —gritó Ziggy y me giré a tiempo de verlo arrancarle la cabeza a una mujer. Me estremecí y me giré hacia mi objetivo: la casa.

Otro de los humanos me arañó la pierna. Bajé la mirada y me encontré a una niña con la cabeza llena de calvas. Me pregunté si me agarró para pedirme ayuda o para hacerme daño, pero no tuve que preguntarme nada más cuando me mordió la pierna. Le di una patada y esquivé otro mordisco en mi brazo derecho.

—Tienes razón, ¡no han comido! —le di un codazo a una mujer sorprendentemente mayor rezando porque no fuera la amada abuelita de alguien.

—¡Cuidado con vuestra sangre! —advirtió Max y lo vi golpear a una de las criaturas en un lado de la cara con tanta fuerza que se le salió la mandíbula y cayó en mitad de la refriega. No necesitaba armas, después de todo, ya que al parecer los hombres lobo eran mucho más fuertes que los vampiros.

Bill gritó y, cuando me giré, lo vi apuntando con el cañón de su pistola a una cabeza rubia que estaba enganchada a su antebrazo con los dientes. Apretó el gatillo enviando una espectacular mezcla de cerebro, sangre y huesos sobre la parte delantera de su camiseta antes de que el cuerpo cayera y los dientes siguieran clavados en su carne.

—¡Joder, ten cuidado no vayas a dispararte a ti! —gritó Ziggy mientras su hacha descendía sobre la cabeza de una criatura a la que le había dado una patada en la entrepierna—. Carrie, ¡entra en la casa!

Me giré hacia Henry, que esperaba pacientemente a mi lado.

—¿Por qué estás ahí parado?

Una criatura lo agarró, lo arrastró hacia atrás y lo soltó cuando se dio cuenta de que no tenía sangre... algo de lo que yo no me había percatado hasta ese momento. Pero incluso mientras lo estaban atacando, Henry esperó a recibir órdenes.

—¡Henry! —le grité—. ¡Mátalos a todos!

Y solo hizo falta eso.

De pronto, Henry, con un arma en cada mano, comenzó a atravesar a los humanos como una máquina de matar. Fue un baile extraño: Henry agarraba a un humano, lo acercaba, le clavaba el cuchillo en el abdomen y los rajaba como si estuviera abriendo un sobre. El cálido y asqueroso olor a entrañas ya llenaba el aire cuando destripó a la segunda criatura.

—¡Carrie, detrás de ti! —gritó Bill trayéndome de vuelta a la realidad.

Otra criatura me agarró. Se me revolvió el estómago cuando vi lo joven que era... probablemente tendría unos dieciséis años y, en circunstancias normales, temería por su vida. Pero esa no era una circunstancia normal y ella no era una chica normal. Sus ojos no reflejaban otra cosa que un hambre feroz y un deseo de destrucción. Me agarró de los dos brazos y tiró y le di gracias a Dios porque no hubiera comido esa

noche y no tuviera fuerzas; de lo contrario, ya no me habrían hecho falta las mangas de las camisas. Intenté no pensar en Cyrus cuando lo conocí ni en lo mucho que habría disfrutado viéndome destruir a esa pobre chica. Pero no podía hacer nada por ella, de eso no tenía duda. Levanté un pie y le di una patada, sin importarme dónde le daba, y entonces como no podía sacar el cuchillo, encontré la estaca con la mano que me había soltado y se la hundí en el pecho con fuerza. En mi mente vi la imagen desde dentro, piel, tendón, cartílago fragmentándose y astillándose bajo la fuerza y la punta de la madera. Vi su corazón y seguí haciendo fuerza, hasta que mi mano siguió el agujero que había hecho la estaca y se hundió con un sonido de húmeda succión en su pecho. Se le pusieron los ojos en blanco y le salió sangre de la nariz y de la boca. Eché la cabeza atrás, horrorizada y avergonzada de mis actos, y la dejé caer. Invasión por una embriagadora sed de sangre, vi la casa delante de mí.

Necesitaba llegar allí rápido, antes de que hacer algo de lo que me arrepintiera y que fuera peor que haber hundido mi puño en la caja torácica de una adolescente, si es que eso se podía superar. Comencé a apartar a los humanos para que Max y Henry se ocuparan de ellos y durante un breve segundo me sentí culpable por dejar que los chicos lucharan solos contra esas criaturas, pero una extraña excitación por estar cada vez más cerca de mi objetivo me llenó y me hizo sentir más poderosa, dispuesta a cualquier cosa.

Esa era Dahlia de nuevo en mi mente, y lo supe al instante.

No sé si creía que estaba arrastrándome hasta mi funesto destino. Tal vez el Devorador de Almas y ella estaban esperando dentro y me matarían en cuanto cruzara la puerta. Pero fuera cual fuera la razón por la que ahora estaba jugando con mi mente, me recordó un detalle crucial.

Utilizando un hechizo que había improvisado, imaginé la palabra «atrás» saliendo de mi boca como un vendaval. Al momento, las criaturas salieron disparadas hacia atrás y por eso grité:

—¡Recordad usar ese hechizo!

Vi el rostro de Ziggy iluminarse bajo su máscara de sangre.

Me giré hacia la casa, pero oí a una de las criaturas gritar y el sonido de la carne rasgándose como si fueran las hojas de un libro.

Tan pronto como me aparté de la batalla, corrí a la casa todo lo rápido que pude. Me ardían los pulmones y me dolían las piernas mientras subía los últimos escalones, pero no me permití parar. La puerta no estaba cerrada con llave. Dahlia sabía que estaba allí. Y si estaba en la casa, me oiría.

—¡Nathan! —grité y me quedé impresionada por lo desesperada y horrorizada que sonó mi voz—. Nathan, ¿dónde estás?

«¡Carrie, sal de aquí!».

Por primera vez en demasiado tiempo, oí los pensamientos de Nathan a través del lazo de sangre, y estaban empapados de miedo y dolor. Y de debilidad. Nunca lo había sentido tan débil.

—¡No pienso marcharme de aquí sin ti! —le grité mientras examinaba el pasillo en busca de las criaturas o de otros vampiros—. ¡Dime dónde estás!

La casa estaba construida como una vieja granja sureña. Cómo había llegado hasta Michigan era algo que desconocía. El pasillo de entrada era largo, con una escalera que conducía al segundo piso. Al otro lado de la escalera podía ver la puerta trasera. En un caluroso día de verano, cuando las puertas estuvieran abiertas para dejar pasar el aire, desde fuera se podría ver la casa por dentro.

Por desgracia para mí, no era un caluroso día de verano. Era de noche, y aunque podía distinguir la distribución general de la casa, no podía ver si algo estaba moviéndose en la oscuridad.

«Vamos, cariño, tienes que decirme dónde estás», pensé en parte dirigiéndome a él y en parte para animarme a continuar con la búsqueda. No hubo respuesta. Tal vez lo tenían drogado y no podía mantenerse consciente.

Claro que podía ser mucho peor. Recé porque estuviera drogado.

Me metí por una puerta a mi derecha. Era un gran comedor con restos de la última comida todavía en la mesa. El abrumador hedor del cadáver me empañó los ojos y se me cerró la garganta. Había un enorme cuchillo de cocina hundido en la cara del cadáver. Estaba hecho pedazos y en algunas zonas parcialmente despellejado. No podía decir si esa pobre alma fue un hombre o una mujer, pero estaba claro que lo habían alimentado mejor que a los zombies en los que habían convertido a los humanos que había fuera. Pedazos de grasa gelificada resplandecían en la mesa bajo la luz de la luna que entraba por las ventanas, y las partes más carnosas que quedaban en el cadáver temblaron cuando pisé los tablones de madera del suelo. Me subí el cuello de la camiseta hasta la nariz y me moví hacia la puerta que suponía que era de la cocina. Allí no había restos. Es más, no había nada, excepto unas cuantas tazas manchadas de sangre en la pila. Seguí adelante.

De vuelta en el pasillo, pensé en mis probabilidades de encontrar a alguien en las habitaciones que había a la izquierda y las sopesé contra la posibilidad de verme atrapada arriba si los humanos entraban y venían a por mí.

«No lo harán. No les está permitido». Nathan volvía a estar consciente.

«¿Dónde estás?».

Intenté que mi voz mental no temblara a pesar del pánico que sentía.

«Por favor, Nathan, no puedo hacer esto sola».

«Sal de aquí», insistió y después la conexión volvió a cortarse. Quería gritar de frustración. Por el contrario, crucé corriendo la puerta que había junto a las escaleras y que daba a un pequeño salón y después, guiada por una milagrosa luz plateada bajo otra puerta, llegué hasta un dormitorio iluminado por velas donde, atado a una estrecha cama, estaba Nathan.

Verlo supuso un extraño alivio porque habría preferido encontrarlo en un estado diferente. Estaba tumbado boca abajo, con los brazos estirados sobre la cabeza y las muñecas atadas a los barrotes de hierro del cabecero. No tenía los pies atados, pero

no intentó moverse. Tenía marcas en la espalda, de un látigo o una fusta. Sin duda guiada por Dahlia dentro de mi cabeza, mi mirada se posó en el anticuado lavabo a los pies de la cama. Allí había una fusta, un arma con un montón de tiras de cuero que terminaban en un terrible objeto afilado que parecía haber sido añadido *a posteriori*. Antes de apartar los ojos, vi por lo menos dos cuchillas rotas unidas a él.

—Nathan —dije en voz baja mientras me acercaba a la cama. La sangre de su espalda aún estaba pegajosa; las heridas no se habían curado. O Dahlia acababa de estar ahí, o él no podía recuperarse de esas lesiones. «No parece que esté tan mal», me dije. Me arrodillé junto a la cama y tuve arcadas al oler su sangre. Normalmente, me habría resultado agradable, pero no cuando había tanta empapando las sábanas y el colchón.

—Oh —susurré alargando la mano para tocar la poca piel que quedaba intacta en su espalda. No pude evitar mostrar lástima en mi voz ni el medio sollozo que se me escapó.

Él giró la cabeza hacia mí, con los ojos amoratados y cerrados por la inflamación. Sus párpados se movieron como si intentara levantarlos y sí que lo hizo, aunque solo un poco.

—¿De verdad estás aquí?

—Sí —le toqué el pelo, pegajoso por la sangre. Por debajo notaba durezas, como cicatrices y heridas—. Te pondrás bien, vamos a sacarte de aquí.

—¡No! —intentó sacudir la cabeza, pero su intento se quedó en un patético movimiento que lo hizo llorar de dolor—. No —volvió a decir, más tranquilo—. No puedes moverme.

—Bill está aquí, Ziggy está aquí. Me ayudarán a sacarte —no mencioné a Henry. No había tiempo para explicaciones y él no tenía energías para regañarme.

Las cuerdas que le ataban los brazos no tenían un nudo complicado. Si hubiera querido liberarse, lo habría hecho. Me pregunté por qué no lo había intentado, y después me reprendí en silencio. Estaba herido y débil, aunque una parte de mí no podía compadecerse demasiado de él porque había visto cosas mucho, mucho, peores.

Deshice el nudo y sus manos, moradas por la falta de circulación, cayeron sobre la cama. El movimiento le produjo dolor y gritó.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sintiendo de pronto que algo iba mucho peor de lo que me había esperado, aunque no sabía exactamente qué.

—No me muevas —me suplicó, pero no podía hacerle caso. Si estaba gravemente herido, tenía que saber hasta qué punto.

—Lo siento, tengo que hacerlo —metí una mano debajo de su cuerpo y volvió a gritar. Nunca lo había visto así, tan dolorido—. Gírate, por favor. No puedo alzarte.

—No —sollozó, pero me ayudó un poco cuando deslicé la mano por debajo de su torso e intenté, con toda la delicadeza que pude, ponerlo boca arriba. La sábana se pegaba a su pecho y a su estómago como un paño húmedo se pega a la piel. Se

desprendió con un sonido de succión dejando ver una piel tan ensangrentada que no podía saber dónde estaba la herida. Una vez que estuvo completamente boca arriba, e inconsciente como resultado, levanté una de las altas velas de la mesilla de noche para tener más luz. Miré a mi alrededor para buscar un interruptor, pero no vi nada. Me pregunté si ese sitio tendría electricidad.

Vacilante, levanté la vela, y la solté al ver lo que vi.

A Nathan lo habían despellejado. No había otra forma de decirlo. Desde las clavículas hasta la parte alta de las rodillas, no había nada más que músculo y, en algunas zonas, se podía ver el hueso. Intenté contener la bilis que subió hasta mi garganta, pero no lo logré. Me agaché y vomité en el suelo, sobre mis zapatillas, deseando no tener que volver a mirar a mi Creador y verlo así. Pero tenía que mirar. Tenía que pensar en un modo de sacarlo de ahí, de salvarle la vida.

Las lágrimas me recorrían la cara cuando finalmente reuní el valor para volver a examinarlo. En Anatomía Macroscópica empiezas con el cadáver de fuera hacia dentro. Recordé la sensación de mi bisturí hundiéndose en la piel para hacer una incisión y dividir la carne en grandes tiras que podían arrancarse, y a punto estuve de vomitar otra vez. ¿Cuánto tiempo habrían tardado en hacerlo? ¿Cuánto había durado su sufrimiento? El dolor debía de ser inimaginable.

Lo peor era que a Dahlia no le había bastado con despellejarlo. Parecía que hubiera llegado hasta las rodillas, que se hubiera aburrido de despellejarlo, y que hubiera subido otra vez al pecho para empezar con el músculo. Se le venían las costillas y sus dos corazones eran visibles por detrás de los huesos ensangrentados. Sus pulmones, su hígado, todo estaba ahí desprotegido. No sé ni cuándo ni por qué había decidido que Dahlia era la culpable, pero nunca en mi vida había estado más segura de algo.

—¿Te gusta mi trabajo?

Cuando oí la voz detrás de mí, tan petulante y engreída confirmando mis sospechas, me lancé a por ella.

Capítulo 12

Devoradora de Almas

Dahlia palideció y dio un paso atrás cuando corrí hacia ella. Deseé tener los instrumentos que había usado para torturar a Nathan; se los habría clavado en la garganta. La habría hecho pedazos, pero sin provocarle la muerte, y la habría dejado agonizando en el suelo. Después, habría aplastado esos pedazos con mis zapatillas uno por uno.

No la alcancé. Ella levantó una mano y me lanzó hacia atrás, igual que yo había hecho con esas criaturas en la calle. Me sentí tan débil como un humano ante su poder. Ya me había hecho cosas antes, pero hasta ahora no había sentido lo increíblemente peligrosa que era.

—Supongo que podría haberlo hecho con magia —dijo asintiendo hacia Nathan—, pero me gusta mancharme las manos.

Me puse de pie y escupí. «Hazte pedazos», pensé, pero ella interceptó la orden y volvió a derribarme.

Caminó hacia mí.

—Bueno, para algunas cosas. Me gusta mancharme las manos cuando es divertido.

Yo era lo único que había entre Nathan y ella. Si moría haciéndolo, al menos intentaría protegerlo.

—Hazte pedazos —intenté de nuevo y una vez más ella lo interceptó.

—¡Por favor! Zorra, ¿crees que puedes hacerme daño? Apuesto a que crees que lo sabes todo solo porque tienes mi libro —volvió a levantar la mano y creó una bola de energía morada. Me la lanzó y fue como si cada centímetro de mi piel se hubiera vuelto de fibra de vidrio, astillándose y pinchándose al más ligero movimiento, incluso al respirar—. Son cosas de principiante —continuó mirándome como si fuera un ratón que había caído en una trampa y estuviera esperando a que muriera para tirarme a la basura.

Respiré hondo, a pesar del dolor que me produjo en las costillas y en los pulmones.

—Hazte pedazos.

Y en esa ocasión funcionó. No se partió en dos, pero por lo menos un largo tajo se abrió en su mejilla. Algo de mi magia había funcionado... y la suya había fallado.

Parecía tan sorprendida como yo.

—Bebí tu sangre, zorra —puse un gran énfasis en la última palabra y se la lancé con tanta malicia como ella me la había dirigido a mí—. Tengo tu poder.

—Pero no todo —sonó segura de sí misma, aunque dio un paso atrás.

—Todavía —no sé por qué lo dije. Tal vez para asustarla, pero me asustó el hecho de haberlo dicho.

—¡No te atreverías! —chilló. Y eso sí que me asustó. Dio otro paso atrás, y después otro.

—Haría más de lo que puedes imaginarte por protegerlo —avancé hacia ella—. ¡Hazte pedazos!

Ella contuvo un grito ahogado e intentó protegerse, aunque un poco tarde. Otro largo corte se abrió en su cuello y de él comenzó a salir sangre, que goteaba como la cera de una vela.

Me metí la mano por dentro de la camiseta para sacar un frasco de agua bendita y se lo arrojé, pero fallé y se rompió contra el suelo. Ella se agachó y solo unas cuantas gotas le salpicaron en la cara.

Dahlia sonrió y se lamió las gotas haciendo que de su puntiaguda lengua saliera humo.

Miré a Nathan, destrozado sobre la cama. Pensé en Cyrus, dándome información y luego riéndose de mí con Dahlia. Y me puse furiosa. Furiosa de que me derrotaran una y otra vez, de ver cómo hacían daño una y otra vez a la gente que quería.

—¿Dahlia? —pregunté fingiendo cansancio y debilidad en la voz y preparándome para atacarla.

Ella me miró con verdadero placer al creer que había ganado tan fácilmente.

—¿Qué? ¿Ahora vas a pedirme piedad?

Estaba sobre ella antes de que pudiera girarse. Intentó articular las palabras necesarias para crear un hechizo, pero le aplasté la tráquea. Levantó la mano para atacarme con otra bola de energía. Le bajé la mano de un golpe y le eché los dedos atrás, hacia la muñeca, hasta que los oí romperse y un hueso blanco astillado le atravesó la piel. Intentó gritar, pero no tenía aire para hacerlo. La miré a los ojos y vi miedo.

Sabía que iba a morir.

Tal vez, si hubiera estado en mi sano juicio, la habría matado directamente, habría tenido compasión. Pero el olor de su sangre goteándole del cuello y la embriagadora sensación de poder al ser capaz por fin de hacer algo que llevaba queriendo hacer tanto tiempo, de devolverle el daño que ella me había hecho a mí, de hacerle una fracción del daño que le había hecho a Nathan, me nubló los sentidos. Se comunicó conmigo desesperadamente a través de la mente e intentó impresionarme con imágenes de las consecuencias de mis actos, pero la ignoré.

Cuando bajé la cabeza hasta su cuello y la mordí llevándome toda la piel de la parte delantera, supe que podía matarla. Pero no lo hice. Me tragué la sangre de Dahlia, sentí cómo sus esfuerzos iban decayendo por momentos, pero no me detuve. Bebí hasta que supe que estaba muerta y cuando la sangre dejó de moverse, succioné de las heridas. Y entonces, de pronto, el sabor de su sangre se convirtió en el sabor de algo más, de algo azul e intenso que luchaba contra mí haciéndome querer aún más.

—Carrie —oí decir a Nathan detrás de mí, débilmente—. Carrie, para. Por favor.

Lo ignoré, ignoré las súplicas que llenaban mi cabeza, tanto las de él como las de Dahlia. Las de ella fueron volviéndose cada vez más incoherentes hasta que lo único que oí fue un balbuceo sin sentido y aterrorizado. Pero aun así, sentí esa esencia azul dentro de mí, sentí cómo llenó mis venas y me las imaginé ardiendo bajo mi piel.

Oí una especie de avalancha. Vi a través de los ojos de Dahlia, a través de una realidad que no había visto antes. Desde el momento en que la mordí hasta su júbilo al despellejar a Nathan; se había reído de sus gritos, y solo por eso quería volver a matarla. Vi sus días como mascota de Cyrus y las imágenes pasaban por mi cerebro más y más deprisa a medida que retrocedían en el tiempo.

Era la vida de Dahlia la que estaba viendo ante mis ojos y, cuando me di cuenta de ello, las imágenes se ralentizaron.

Vi a un hombre, un sacerdote, con vestimenta blanca y dorada, y parecía muy alto, como el mismo Dios, mientras se inclinaba y colocaba la hostia sagrada en la lengua de Dahlia. El sabor fue agudo, agudo como el repentino dolor en sus diminutas manos enguantadas. Y antes de mirar abajo, el rostro del sacerdote palideció y la niña que había al lado de ella gritó. No pudo tragar la hostia, no pudo tomar la Primera Comuni3n, mientras miraba, paralizada, las repentinas heridas en sus muñecas. Un riachuelo de sangre se vertió sobre su immaculado vestido de comuni3n.

El blanco del vestido resplandecía con cegadora intensidad hasta que esa luz ocupó toda mi visi3n. Después, ese blanco me atravesó y mi visi3n se aclaró. Miré a mi alrededor, me llevó un momento recordar dónde estaba y por qué.

Dahlia seguía suplicándome, pero me resultó fácil ignorarla... probablemente porque yacía muerta en mis manos. Verdaderamente muerta. No estaba segura de dónde provenía el llanto, pero tampoco me importó. Vi que si podía concentrarme, podía bloquearlo.

«Carrie, ¿qué has hecho?».

Indignaci3n, miedo y una pizca de admiraci3n, que dio paso a más indignaci3n, fluían a través del lazo de sangre con Nathan.

—No lo sé —respondí en voz alta—. La he matado.

—No solo la has matado —dijo otra voz desde la puerta.

Jacob Seymour se acercó a mí, pero no con la imagen de un dios ni tan impactante como me había resultado en el pasado. Es más, parecía enfadado y algo triste.

Sin miramientos, dejé el cuerpo de Dahlia en el suelo y me levanté para situarme frente a él.

—¿Vas a matarme?

Una siniestra sonrisa se formó en su curtido rostro y la tristeza se desvaneció dejando solo furia.

—No solo voy a matarte.

Sacudí la cabeza.

—No voy a dejar que te lleves mi alma.

—¡No tienes elección! —bramó y me agarró del cuello levantándose del suelo.

Me arrojó hacia la puerta y caí en el salón sobre un sillón volcado y el arco del reposabrazos se me clavó en la espalda. Si hubiera sido humana, probablemente me la habría roto la espalda.

—¡Eres una estúpida! —siguió gritando detrás de mí. No pude levantarme lo suficientemente rápido y volvió a agarrarme, en esa ocasión sujetándose por una muñeca y un tobillo. Cuando me lanzó de nuevo, caí contra una mesa de mármol. Sentí sangre cayéndome por la espalda. Si dejaba que me tratara como una niña con una rabieta pegando a su muñeca, no duraría mucho—. ¿Creías que podrías igualarte a mí? —apartó el sofá de un golpe como si no pesara nada—. ¿Partiendo de un alma endeble?

Aún aturdida por las heridas y por la embriagadora sensación de tener el alma de Dahlia recorriendo mi cerebro como una droga, no procesé sus palabras del todo. En mi lucha con Dahlia, mi odio me había dado fuerzas. Pero por extraño que parezca, no odiaba al Devorador de Almas tanto como había odiado a su Iniciada. No tenía nada que me animara a continuar y me dolía el cuerpo, no solo por los golpes de Jacob, sino por todas las tensiones y dolores de la semana anterior.

«Si mueres, matará a Nathan». Eso no podía discutirlo. Y fue solo por el bien de Nathan que logré levantarme, levanté las manos y grité:

—¡Atrás!

La gratificante mirada de sorpresa que vi en el rostro del Devorador de Almas cuando salió disparado hacia atrás es algo que jamás olvidaré. Probablemente fue un reflejo de la mía, ya que el poder surgió de mí con tanta facilidad como había surgido de Dahlia. Chocó contra la pared y esta se desmoronó, rodeándolo de una fina bruma de polvo y pintura.

La sangre de Dahlia debía de ser más poderosa en cantidades grandes.

Y él también se dio cuenta de ello. Cuando se levantó, fue directo a Nathan.

—¡No! —salí corriendo tras él con auténtico pavor recorriéndome las venas.

Grité:

—¡Hazte pedazos!

Jacob casi había llegado hasta la puerta de la habitación donde yacía Nathan, pero cayó hacia atrás y su cuerpo se sacudió como el de una marioneta cuyas cuerdas hubieran cortado. No había logrado matarlo por completo, pero al menos lo había dejado fuera de combate por el momento.

«Mátalo», me ordenó Nathan. La fuerza de su mente se había desvanecido considerablemente. Tenía que sacarlo de allí, y rápido.

Sacando mi última estaca de mi bolsillo trasero, me moví con cautela para situarme al lado del Devorador de Almas. Me temblaban las manos, anticipándose al momento que vendría a continuación, cuando todo contra lo que había estado

luchando desde el momento en que me convertí en vampiro se desvaneciera en una nube de cenizas. Me arrodillé a su lado, dispuesta a atacar.

El Devorador de Almas levantó el brazo y su mano se cerró alrededor de mi garganta. Solté la estaca y le agarré la mano, notando con satisfacción que tenía menos fuerza que antes de que mi hechizo lo atacara.

—Un inconveniente, ¿verdad? —me apretó más, como si intentara arrancarme la cabeza—. Si no puedes hablar, no puedes conjurar ningún hechizo más.

Me brotaban lágrimas de los ojos. La mano de Jacob estaba presionando mi yugular y mi carótida. Mi cerebro, carente de oxígeno, comenzó a lanzar agujeros negros a mi visión periférica.

—Padre, para.

El Devorador de Almas me soltó inmediatamente, pero caí al suelo. Me pregunté si me habría equivocado, si me habría matado de verdad... porque junto a la puerta estaba Cyrus.

Era como si nunca hubiera muerto. Su pelo era un poco más largo que la última vez que lo había visto; ahora le rozaba el cuello de la camisa. Iba todo vestido de negro, desde la parte delantera brocada de su camisa hasta el cuero negro de sus pantalones. Una larga y recta cicatriz le recorría el pecho y me di cuenta de que habían vuelto a crearlo, de que su padre había vuelto a quitarle el corazón. Era tan inalcanzable para mí como siempre.

No me miró. Tenía los ojos clavados en su padre, con expresión aburrida y carente de interés.

—Le debes algo de gratitud. Si no fuera por ella, no tendrías el componente final de tu ritual —se señaló a sí mismo mientras lo dijo y vi sangre en sus manos.

—¿Cyrus? —susurré. Me había quedado sin aire en los pulmones y no podía respirar. No podía dejar de mirarlo—. ¿Cyrus?

No me hizo el más mínimo caso. Pero el Devorador de Almas sí. Me miró y después se giró hacia su hijo con los movimientos de un buitre rodeando a su presa.

—¿Gratitud? No ha sido ella, sino mi dinero lo que te ha traído de vuelta. Y más de una vez. ¿Quién te ha dejado salir?

—Dahlia —Cyrus se miró las uñas, que vi que hacían juego con su ropa—. Me quería para algo.

—Ya no querrá nada —dijo Jacob caminando hacia su hijo—. Esta zorra llorica la ha matado.

Cyrus se encogió de hombros.

—¿Sí? Qué decepción. Supongo que tendré que volver a mi celda sin el placer de la compañía de Dahlia. Tal vez pueda golpearme la mano contra la puerta una y otra vez para compensar esa pérdida.

—¡No es momento para bromas!

El Devorador de Almas se movió tan rápido que apenas lo vi golpear a Cyrus, pero unos profundos cortes cubrían su mejilla un segundo después y de ellos brotaba

la sangre que le caía por el cuello.

Lenta y deliberadamente, se tocó la cara y después se lamió la sangre de sus dedos.

—Gracias, padre. Esta noche no he tenido oportunidad de cenar.

Jacob volvió a moverse y en esa ocasión lo hizo con más lentitud. Vi el movimiento y vi la mirada de Cyrus dirigirse a mí, con un gesto casi imperceptible.

Y no necesité más que un instante para decidir que había llegado la hora de actuar.

Dahlia no había empleado palabras cuando había conjurado sus hechizos, tal vez era más poderosa. Pero ahora estaba dentro de mí. Abrí la boca en una débil representación de la palabra «atrás», pero en mi mente imaginé las letras como arietes golpeando contra el Devorador de Almas, uno tras otro. El Devorador salió disparado hacia atrás y volvió a chocar contra la pared. En esa ocasión se derrumbó por completo y atravesó el agujero para ir a parar al jardín, donde Max, Ziggy y Bill seguían luchando contra las criaturas humanas.

Me puse de pie, asombrada ante lo que había hecho solo un segundo antes de que me invadiera otra clase de asombro. Me giré, esperando ver que Cyrus se había esfumado, que solo había formado parte de mi imaginación. Pero ahí estaba. No apartó los ojos de mí mientras yo avancé hacia él.

—¿Estás vivo?

No respondió. Según me acercaba, vi su mandíbula tensarse. Aunque estaba cerca, no hizo intención de tocarme. Y cuando levanté las manos para tocarlo, me agarró de las muñecas y las bajó antes de retroceder rápidamente. Se metió la mano por dentro de su camisa de seda suelta, sacó una bolsa de plástico con un objeto grisáceo y manchado de sangre y me la puso entre las manos.

—Ahora ve a por Nolen y salid de aquí antes de que yo mismo lo mate —su expresión era dura y me pareció ver dolor en sus ojos.

Me giré hacia el agujero de la pared. Casi todos los humanos estaban muertos. Solo quedaba una docena y los chicos, ayudados por Henry, estaban acabando con ellos. Bajé la mirada hacia el cuerpo inconsciente del Devorador de Almas. Dos de los humanos lo habían olido y corrieron hacia él para lamerle la sangre de las heridas.

No me gustaría ser ellos cuando despertara.

Cuando me di la vuelta, Cyrus ya se había ido. Casi lo llamé, pero entonces recordé lo que había dicho.

—¡Max! ¡Necesito ayuda para llevar a Nathan a la furgoneta! —grité.

Ante mis palabras, Ziggy se retiró de la lucha y dejó que Henry ocupara su lugar, que con facilidad se enfrentó a los humanos restantes.

Bill saltó en la dirección de la furgoneta mientras Max se unía a Henry y Ziggy subía los escalones hasta el porche. Cuando se acercó, vi el ligero tono morado de las pequeñas heridas que ya habían empezado a sanarse.

—Mucho más fácil de lo que me pensaba —dijo alegremente, aunque pude ver algo de gravedad en su rostro—. ¿Cómo está?

No hablé con remilgos. No podría protegerlo de lo que estaba a punto de ver.

—Dahlia lo ha despellejado.

Parecía que iba a vomitar, pero se controló.

—Vale, vamos —avanzó delante de mí y se detuvo—. ¿Es eso mi corazón?

Casi me había olvidado de la bolsa que tenía en la mano. Se la entregué a Ziggy y después entré y cubrí las peores heridas de Nathan.

—Si lo envolvemos con la sábana, eso lo protegerá contra el polvo y otras cosas que se le pueden meter en las heridas —le expliqué a Ziggy. Las enfermedades y las infecciones no podían afectar al cuerpo de un vampiro tanto como al de un humano, pero tener que limpiar la suciedad del torso despellejado de alguien seguro que no le resultaba muy divertido ni a la persona haciendo el trabajo ni a la persona sobre la que se estaba trabajando.

Una vez que lo teníamos envuelto en la sábana, Ziggy le levantó los pies y yo, con mucho cuidado, lo agarré por debajo de los brazos, intentando no tocar los jirones de piel arrancada. Atravesamos la casa todo lo rápido que pudimos, pero los muebles rotos y el mal estado del lugar en general nos lo pusieron difícil.

Fuera, la furgoneta estaba acercándose al porche. Bill estaba tocando el claxon.

—No parece una buena señal —dijo Ziggy, asintiendo hacia la puerta.

Corrimos y casi se nos cayó Nathan en el umbral de la puerta. Al fondo del camino vimos cuatro coches negros.

—Guardias —me explicó Ziggy—. La casa era demasiado pequeña, así que viven en otra al final de la calle. Y hay más. Tenemos que salir de aquí ahora.

El corazón se me subió a la garganta.

—¡Podrías haberlo mencionado antes, Ziggy!

Bill salió de la furgoneta corriendo para abrir las puertas traseras. Miró la sábana ensangrentada antes de mirarme a mí y sacudí la cabeza, indicándole que no había tiempo que perder.

Ziggy subió primero y Bill ocupó mi lugar para meter a Nathan en la parte trasera. Lo único que pude hacer fue mirar, estremecerme cada vez que lo movían demasiado y repetir cosas como «tened cuidado» y «daos prisa».

Iba a subirme cuando Ziggy preguntó:

—¿Y Henry?

Me había olvidado de él.

—¡Henry, vamos, tenemos que irnos!

—Sé más específica, Carrie —me recordó Bill—. ¡Henry, vamos, entra en la furgoneta!

Los coches se detuvieron y hombres con uniformes negros bajaron de ellos y echaron a correr por el camino hacia nosotros.

—Olvídalo, puedes hacer otro —gritó Ziggy mientras me bajaba.

—Henry —grité y por encima del hombro de Bill, lo vi aparecer por delante de la furgoneta. Por un momento me alegré de verlo. Después, levantó su cuchillo y, sin cambiar su expresión, lo bajó.

Bill se giró, con el rostro helado de incredulidad. La empuñadura del cuchillo sobresalía de su pecho.

Capítulo 13

Cómo salvar una vida

—¡Bill! —gritó Carrie y lo rodeó con sus brazos para sujetarlo mientras caía, pero Ziggy lo agarró antes y se lo echó al hombro.

—Max, sube y conduce.

¿Cómo había logrado decir todo eso sin gritar? Era lo que le apetecía hacer, tirarse al suelo y llorar ante la injusticia de lo que acababa de pasar, pero logró meter el cuerpo de Bill en el asiento trasero, junto al de Nathan, y Carrie se sentó a su lado. Esa macabra cosa gris iba sentada al lado de Max.

Carrie corrió las cortinas y le gritó:

—¿Por qué lo has hecho? ¡Respóndeme!

Ni siquiera giró la cabeza.

—Matar a todos los humanos.

La transmisión chirrió cuando Max pisó el acelerador a fondo y Carrie cayó hacia atrás, casi aplastando a Nathan.

—Bill, ¿puedes oírme? —Ziggy le dio una palmada en la cara. No estaba pasando. No podía estar pasando—. Bill, vamos, ¡despierta!

Si hubiera prestado más atención en los *boy scouts*, sabría primeros auxilios. Sin embargo, ¡ni siquiera podía decir si Bill tenía pulso!

—Carrie, ¿qué hago?

Tardó mucho tiempo en decir algo, o eso parecía mientras la sangre de Bill bombeaba más y más despacio por el agujero de su pecho y ella lo miraba como en estado de *shock*.

—Haz presión sobre la herida. No demasiada. Si es el corazón...

—Si es el corazón, ¿qué? —Ziggy intentó que el pánico no se apoderara de su voz, intentó evitar gritarle por haber sido tan estúpida. Pero eso no ayudaría y Bill estaba abriendo los ojos, moviendo la cabeza—. Bill, ¿puedes oírme?

Abrió la boca como si fuera a hablar, pero en lugar de voz de su boca salió un borbotón de sangre.

—Oh, Dios —en esa ocasión a Ziggy ya no le importó cómo sonara su voz, y tampoco le importaron las lágrimas de sus ojos, con tal de que Bill no las viera.

—Cállate... Me pondré bien —logró decir Bill atragantándose con su propia sangre—. Creo. Estoy encima de... —alargó la mano como para tocar algo que tenía delante, pero ahí no había nada.

—Te pondrás bien, ¿de acuerdo? ¿Puedo moverlo? Está encima de algo.

—No —Carrie sacudió la cabeza—. No está encima de nada. La hemorragia interna está haciendo presión en...

—¡Cierra la boca! —gritó Ziggy y se dio cuenta de que estaba sonando igual que Nate la noche que él murió en el despacho de Cyrus. Eso hizo que lo recorriera un horrible escalofrío y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, había gotas de sudor en la piel de Bill, pero si no lo mirabas a los ojos, podías pensar que era el hijo de puta más estoico que había en toda la faz de la Tierra.

—No me emociona demasiado... la idea de morir.

—Cierra la boca, tú no vas a morir —le dijo Ziggy.

Bill logró encontrar su mano y la agarró.

—Siento... que no...

—No vas a morir —repitió Ziggy, pero en esa ocasión no pudo ser tan vehemente porque estaba empezando a creer que Bill podía tener un problema muy grave—. Descansa, ¿vale?

—No nos queda mucho para llegar —le recordó Carrie, pero según pasaban los segundos y parecía que se encontraban con todos los semáforos en rojo, Ziggy empezó a perder la esperanza.

—¿Bill? —preguntó en voz baja mientras le tocaba la cara.

Bill no respondió.

Y ahí terminó todo. Se había ido. Le tomó el pulso, y Carrie también lo hizo poniéndole la mano en el cuello durante un rato antes de bajarla. Nada. Bill se había ido.

Una sensación que Ziggy detestaba formó un gigantesco puño en su pecho que intentaba extraer de él su voz y sus lágrimas. Intentó tragar saliva e ignorarlo, como había hecho cuando alguno de los novios de su madre le había pegado, cuando se había encontrado durmiendo en alguna puerta en mitad de la noche, solo. Cuando le habían arrebatado alguien o algo que amaba. Debería haber sido más fácil cada vez. Pero no. En ese momento no lo fue.

«Te lo dije, estúpido». Ahí estaba la voz de Jacob, rasgada y débil, aunque con la misma seductora calidez de siempre.

—No estoy escuchándote —susurró Ziggy.

«Te dije que nadie se preocuparía de ti tanto como yo. Míralo. Mortal. Muerto. Qué estúpido has sido». Oyó un sonido, casi como si Jacob intentara reírse, pero no tuviera la fuerza suficiente. Era absurdo, ya que el lazo de sangre era un vínculo mental.

«No importa. Mi corazón está abierto para ti, como siempre. Eres mi Iniciado».

El momento de silencio que siguió o fue una pausa que Jacob había elegido hacer para darle dramatismo o se debió a que había perdido el conocimiento. Eso le dio a Ziggy algo de tiempo para reaccionar.

«Vuelve a casa. Vuelve a casa conmigo, hijo».

«¡Yo no soy tu hijo!». Le respondió, bombardeando a su Creador con imágenes de todas las perversidades y de los abusos a los que lo había sometido. Imágenes de

dolor y de humillación. «¡Esas cosas asquerosas y enfermizas no se le hacen a alguien a quien quieres!».

El cuerpo de Bill se sacudió, solo un poco. Fue el espasmo propio de los cuerpos muertos.

¿Qué se hacía por alguien a quien uno ama? Si era todo lo contrario a lo que Jacob había hecho, entonces la idea que Ziggy estaba empezando a tener no servía para nada. Pero ¿y si fuera algo parecido a lo que Jacob le había hecho a él? Jacob le había salvado la vida, después de que todos pensarán que estaba muerto. Eso era algo, ¿no? ¿Acaso no contaba?

—Ziggy, lo siento mucho —le dijo Carrie.

—No. Se pondrá bien. Se pondrá bien —Ziggy sintió las lágrimas que se le habían escapado en contra de su voluntad.

Pero Bill no estaba bien, no se pondría bien, a menos que hiciera algo en ese momento. Y aun así, ya podría ser demasiado tarde.

Se inclinó hacia él y le susurró unas palabras al oído rezando porque las oyera. Dicen que el oído es lo último que queda y Ziggy lo sabía de primera mano.

—Por favor, perdóname. Tengo que hacer esto.

Esperar una señal, una indicación para que actuara o no, fue lo más difícil que Ziggy había hecho en su vida. Pero Bill no respondió.

—Ya casi hemos llegado a casa, Ziggy —le dijo Carrie como si supiera en qué estaba pensando.

Le quedaban dos opciones: dejar que Bill muriera o no. Y no sabía si después podría vivir enfrentándose a cualquiera de las dos.

«Supongo que podría matarlo si no le gusta o no funciona», pensó. ¿Y si no le importaba ser un vampiro, pero no le hacía gracia eso de estar unido a él por el lazo de sangre para siempre? ¿Entonces qué?

«No tienes tiempo para pensar en un futuro corazón roto». Y entonces comprendió que no importaba. Si hubiera podido evitar que ese cuchillo le atravesara el corazón a Bill, lo habría hecho, tanto si tenían o no una relación en el futuro. No podía volver atrás y evitar que lo apuñalaran, pero sí que podía ayudarlo ahora, y solo tenía que pensar en eso.

De modo que mientras la furgoneta se detenía, se subió una manga, se escupió en la muñeca para limpiarse la sangre que le había caído en ella y se mordió.

Ya había probado la sangre de Bill. Con eso bastaría. ¿Cuántas veces les había advertido Jacob que no se alimentaran de los humanos del granero, que esperaran a tener humanos limpios que nunca hubieran probado la sangre de vampiro? Eso tenía que significar algo o no se habría tomado tantas molestias en recordárselo. De modo que sostuvo su muñeca sangrante sobre la boca de Bill y presionó.

Pasaron unos segundos. Nada.

—Es demasiado tarde —susurró Carrie agarrándolo delicadamente de los hombros.

Ziggy la ignoró.

—Vamos, vamos —esperaba que Bill volviera a la vida de algún modo; tosiendo y escupiendo, por ejemplo, como las víctimas de ahogamientos en las películas. Esperaba ver algo que le dijera que había funcionado para no tener que esperar más.

Empezó a ponerse límites de tiempo. Dos segundos más. Si Bill no revivía en dos segundos, se daría por vencido. Pero entonces esos dos segundos pasaron y vio que no podía darse por vencido. Cuatro, seis... siguió alargando el momento.

Cuando pasó un minuto, supo que Carrie tenía razón. Había esperado demasiado, había sido un egoísta y ahora Bill estaba muerto.

Muerto de verdad. Ya no había vuelta atrás.

Se había ido.

—No puedo creer que esto haya pasado —Ziggy no había tenido intención de hablar, pero claro, tampoco había tenido intención de llorar y eso no había evitado que se le saltaran las lágrimas. Probablemente nada podría evitarlo.

¡Pero si acababan de conocerse! Tampoco podía decirse que ese tipo fuera su novio. ¡Qué estupidez!

Una estupidez, sí, pero aun así no podía dejar de llorar.

—Esto no puede... —dijo y la voz se le rasgó al agacharse para besar la frente de Bill. Pero entonces lo agarró de la cabeza y lo colocó sobre su regazo, acurrucándose contra él para seguir llorando.

«Para», le dijo la voz dentro de su cabeza acompañada de una oleada de dolor tan intenso que lo hizo gritar. Soltó a Bill y se llevó las manos a las sienes a la vez que apretaba los dientes. Era como si estuvieran haciéndole un agujero en la cabeza y metiéndole algo a presión. Algo como... energía. Ahora gritó por una razón totalmente distinta.

—No llores. Estoy bien —ahora la voz estaba fuera de su cabeza—. No sé cómo, pero estoy bien.

Ziggy miró abajo, intentó abrir los ojos contra la presión de su cabeza y vio a Bill, con la boca llena de sangre y el rostro blanco.

—Ha funcionado.

—Dios mío —dijo Carrie antes de agarrar la muñeca de Bill y sonreír—. ¡Ha funcionado!

Pero entonces Bill tosió más sangre y echó la cabeza atrás. La energía que había fluido dentro de la cabeza de Ziggy se detuvo y eso dolió casi tanto como cuando había empezado a entrar.

—No —Ziggy no podía creerlo—. ¡No!

La furgoneta se detuvo y un segundo después oyó la puerta del conductor abrirse. Max abrió las puertas traseras.

—Henry, llévate a Bill —le ordenó Carrie y Ziggy se situó entre los dos.

—Esa cosa ya le ha hecho suficiente daño.

Pero Henry ya estaba agarrándolo y Ziggy le dio una patada.

—¡No vas a tocarlo!

—Está bien —dijo Carrie asintiendo hacia Max—. Hazlo tú. Henry, tú ayúdame con Nathan.

—Tenemos que entrar corriendo. No sé si nos han seguido —advirtió Max levantando a Bill en brazos como si fuera un enorme muñeco de trapo.

Una vez habían subido las escaleras, Henry y Carrie llevaron a Nathan al dormitorio, y Ziggy tendió a Bill en el sofá.

Bill seguía sin moverse y ese extraño agujero en la cabeza de Ziggy, aunque no parecía haberse cerrado, no había mejorado.

Carrie apareció por el pasillo con el botiquín de Nathan y rostro de preocupación.

—¿Lo ha convertido? —Max los miró a todos abriendo y cerrando las manos con desesperación como si quisiera hacer algo.

Ziggy se encogió de hombros.

—Creo que sí. Pero... se ha despertado y después... nada.

Carrie habló en voz baja.

—Odio decir esto, pero creo que es por el cuchillo. Porque está dentro de su corazón.

—¿Qué quieres decir?

Lo tocó en busca de algún signo vital.

—Tiene pulso, pero es débil. Podría... podría echar un vistazo, aunque sería algo desagradable.

—No me importa. Hazlo. Haz lo que sea —con tal de que él no tuviera que mirar. Ya había visto demasiada sangre y no quería verla en alguien a quien... a quien... bueno, a quien conocía bien.

Se dio la vuelta y comenzó a mirar cosas que lo distrajeran hasta que Carrie le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Ziggy, lo siento. Pero el cuchillo... es como si no se hubiera convertido del todo. La mitad de sus órganos siguen pareciendo humanos y la otra mitad.

—Tal vez haya sido una suerte —comentó Max, aunque no tendría por qué haberse mostrado tan optimista—. Si hubiera cambiado, el cuchillo habría funcionado como una estaca. El corazón de un vampiro permanece humano. Nos crece otro, pero el que importa, el que nos mata... ese es el corazón donde ahora mismo tiene el cuchillo.

—¿Y por qué dices que es una suerte? —farfulló Ziggy—. ¿Por qué es una suerte que vaya a morir?

—No lo sé. Tal vez así podrías darle un funeral apropiado. Esto podría tener un fin.

—Yo no quiero un fin. Quiero a Bill —se giró hacia Carrie—. Escucha, hay... ¿hay algo que puedas hacer?

—¿Aparte de darle un corazón nuevo? —respondió con abatimiento. Se había dado por vencida.

«No tienen corazón. No tienen corazón», no dejaba de repetirle Jacob. «Vuelve a casa conmigo».

Sin corazón.

—Espera. Oráculo le envió su corazón a Jacob y él se lo puso dentro.

—Sí —respondió Carrie como si ya supiera qué era lo siguiente que iba a decir y no le gustara.

En ese momento él se giró para mirar a Bill.

—Ponle el mío.

Pensó menos en ello que lo que había pensado convertirlo. Se quitó la cazadora, se metió la mano por dentro de la camiseta y sacó la bolsa de plástico que contenía su corazón.

—Ziggy, no funcionará. El Devorador de Almas ya era un vampiro. Ella puede colocarle tu corazón, sacar el suyo, y el cambio se completaría, pero si él muriera en el proceso eso te mataría a ti también —el rostro de Max enrojeció. Y eso era raro en un vampiro.

Carrie estaba callada, también algo raro en ella, y Ziggy se aprovechó para insistir.

—Si le pones mi corazón mientras sigue siendo humano, entonces sería como un trasplante. Mientras es humano. Y después dejamos que termine de transformarse y así sería como si hubiera sido su corazón todo el tiempo, ¿o no?

Cuanto más lo describía, más parecía que fuera a funcionar.

Al final, Carrie habló.

—Ziggy, no. Parece interesante, incluso podría intentarlo..., pero yo nunca te pondría en peligro. ¿Qué haría Nathan...?

—Nate y tú me disteis por muerto y me abandonasteis en la fiesta del Año Nuevo Vampiro. Tú me condenaste y me dijiste que todo saldría bien cuando no tenías ni idea de lo que iba a suceder. Me lo debes. No me protegiste y ahora me lo debes.

—¡Y una mierda que te lo debe! —Max enfureció y apretó los puños.

«Deja que me pegue», pensó Ziggy, con su corazón de vampiro latiendo cada vez más deprisa en su pecho. «No me importa. Tengo que hacer lo que tengo que hacer».

Miró a Carrie a los ojos y al ver que se sentía culpable, siguió por ese camino.

—Y también has hecho que maten a Bill. Ha sido tu monstruo el que ha hecho esto. Carrie, tienes que salvarlo. Me lo debes. Y se lo debes a él.

Ella suspiró.

—No soy cirujana, Ziggy. No sé cómo hacer un trasplante de corazón. Además, se requiere todo un equipo de gente para hacerlo.

—Sí, pero ellos quieren que sus pacientes vivan. Nosotros solo necesitamos que... no muera directamente. ¿No puedes hacer ese trabajo a medias? Por favor. Siempre podrás decirle a Nate que yo estaba herido, o algo así.

—Claro, puede decirle: «Nathan, tu hijo está muerto. Estaba herido o algo así. No te fijes en este humano viviseccionado ni en todos estos instrumentos quirúrgicos» —

farfulló Max mientras se pasaba por el pelo su mutilada mano—. ¡No puedo creer que te pares a considerar algo así, Carrie!

—Por favor, Carrie, por favor —suplicaba Ziggy.

Ella miró el botiquín y levantó las manos con gesto de impotencia.

—Está bien. Pero tenemos que hacerlo ahora.

Ziggy tragó saliva con dificultad.

—Esto es una locura —Max estalló—. ¡Bill está muerto! ¡Y Nathan casi lo está!
¿Qué coño vas a hacer?

—Voy a intentar salvarle la vida en lugar de quitársela, para variar.

Capítulo 14

Herido

Sustituir el corazón de Bill por el de Ziggy fue, con mucho, la mayor estupidez que había hecho en mi vida.

Y también resultó ser lo más brillante.

Incluso antes de terminar con el descuidado trabajo, una técnica que había improvisado con sentido común, una imitación de *Anatomía de Grey* y un montón de suposiciones y rezos, el Cambio comenzó a extenderse por otros órganos. Horrorizada y deslumbrada al mismo tiempo, vi cómo la sangre del vampiro comenzaba a fluir en su corazón y sanaba las zonas donde yo, con una pobre técnica, había unido venas a ventrículos reventando alguna unión que otra. El atrio y el ventrículo izquierdo se separaron por completo y contuve el aliento preguntándome si Ziggy estaría a punto de morir o si la transformación estaba a punto de completarse. La mitad izquierda del corazón cayó hacia atrás e hizo presión en el pulmón y regeneró la parte derecha que le faltaba. Sin embargo, a diferencia de la parte derecha del corazón humano, la parte derecha del vampiro estaba cubierta por unas suaves y puntiagudas espinas y palpitaba a su propio ritmo. Una larga vena morada salía de la parte izquierda y se deslizaba hacia otros órganos ocultándose. Supuse que estaba unida al estómago, como en el diagrama que aparecía en *El Sanguinarius*. Conteniendo un escalofrío ante el recuerdo de aquella horrible ilustración, vi lo que quedaba del corazón humano de Ziggy regenerar su parte izquierda, libre de esas desagradables espinas oscuras, y por un momento los latidos se detuvieron. Las venas que lo conectaban a cualquier fuente de sangre se soltaron y con nada más que el recuerdo, el corazón comenzó a funcionar otra vez, latiendo con fuerza, pero sin que a través de él pasara sangre. Solo un espectral corazón latente, la única cosa humana que quedaba en el pecho de Bill. Ante mis ojos el pericardio, el saco que rodea el corazón y los pulmones, se dobló hacia atrás. Su esternón se cerró también, pero no la piel que lo cubría. El poder sanador de la sangre de Ziggy se detuvo ahí. Tendría que coserlo.

—¿Cuándo despertará? —preguntó Ziggy mientras yo volvía a agarrar el porta agujas.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Yo tardé dos meses en cambiar porque no me alimenté. Él no estará terminado del todo hasta que se alimente por primera vez. Posiblemente deberías darle algo de tu sangre para que la recuperación se acelere.

—Deberías abrir un hospital para vampiros —dijo Max furioso. Se había quedado a mi lado y lo había observado todo mientras trabajaba, haciendo comentarios inútiles

y murmurando lo loca que estaba—. Nadie puede detenerte. Por lo menos, no con argumentos racionales ni con sentido común.

Un hospital de vampiros. Esa sí que era una idea que valía la pena tener en cuenta. La reservé para cuando estuviera menos cansada.

—Tengo que ir a atender a Nathan.

—Y yo tengo que lavar la furgoneta para que nadie venga preguntando por la sangre y el pelo que hay en la rejilla —dijo Max bruscamente antes de bajar las escaleras y cerrar la puerta de golpe.

Dejé que se fuera.

En mi sobrecargado cerebro ya saltaban demasiadas chispas y no me apetecía añadir una discusión con Max por algo que se le pasaría.

Nathan estaba exactamente tal y como lo habíamos dejado, sobre las sábanas de la cama medio hecha. El fluido rosado de glóbulos mezclados con sangre seca de sus heridas había calado la sábana en la que estaba envuelto. Tendría que quitarlo de ahí antes de que se cicatrizara sobre su torso despellejado.

Me sorprendió de pronto la idea de haber dejado solo a Nathan para ayudar a Bill.

Supongo que aún quedaba algo de médico dentro de mí. Había ayudado al que más lo había necesitado primero y había confiado en que Nathan no muriera mientras tanto. Era algo que había hecho de manera automática, porque si hubiera estado pensando con claridad, no me habría arriesgado.

Si hubiera estado pensando con claridad, no le habría transplantado el corazón humano de un vampiro a un humano medio transformado.

Dejando de lado esos pensamientos, porque no quería que Nathan los oyera en ese momento, busqué un cuenco grande en la cocina y lo llené con agua caliente del grifo. Después agarré todos los paños limpios que encontré. Por obra de algún milagro, los vampiros que habían saqueado el apartamento no se habían entretenido con el armario de la ropa limpia. Supongo que ahí no había nada divertido que aplastar.

—Eh —dije en voz baja y agitando delicadamente el hombro de Nathan.

Abrió los ojos, solo un poco, y me lanzó una media sonrisa, aunque no habló.

—Voy a tener que limpiarte todo esto —no había otra forma de decirlo—. ¿Quieres algo para el dolor? ¿A lo mejor algo que te coloque?

—No —su voz sonó rasgada y me maldije por no haberle llevado algo para beber—. No, resérvalo. Para cuando... lo necesitemos.

—Si no lo necesitamos ahora, me da miedo pensar en qué circunstancias nos hará falta —lentamente, aparté la sábana que lo cubría—. Si se te pega, dolerá.

—Puede hasta que lllore —si hubiera estado menos cansado, menos herido, habría sonado como un chiste. Pero sabía que no lo era cuando añadió—: Pensé que debía advertirte.

Tuve que contener las lágrimas cuando volví a fijarme en el daño que le habían hecho.

—No te culparía si lo hicieras.

—Lo siento, Carrie.

En ese momento, Nathan sí que comenzó a llorar y antes de poder preguntarme qué significaban esas lágrimas, algo en mi mente me lo mostró.

Dahlia.

Dahlia me lo mostró. Vi la pequeña habitación donde había encontrado a Nathan y lo vi atado a la cama, aunque no como cuando lo rescaté. Estaba tumbado boca arriba, con su pálida piel desnuda aún intacta y estirada sobre sus músculos. Y Dahlia estaba allí, quemando algo en un plato de metal junto a la cama. El humo era fuerte y desagradablemente dulce. Se subió a la cama y lo besó, deslizando las manos sobre su pecho. Él no se resistió, aunque vi confusión y remordimiento en sus ojos nublados por las drogas.

Sacudí la cabeza para deshacerme de esa imagen yforcé a Dahlia a marcharse a lo más profundo de mi mente.

—No te disculpes. Era un hechizo. No pudiste evitarlo.

Me miró con una confusión que lentamente se convirtió en horror. Y a través del lazo de sangre, lo vi hacer la conexión entre lo que yo sabía de Dahlia y lo que le había hecho. Movi6 los labios, pero apenas oí las palabras salir de su boca. Por el contrario, las oí a través del lazo de sangre como una sentencia de muerte. «Devorador de almas».

Lo había sabido. Había sabido lo que estaba haciendo cuando había bebido la sangre de Dahlia. Y había sabido que oí su voz en mi cabeza.

Yo era una devoradora de almas. No había forma de negarlo.

Y por eso no lo hice. Simplemente, no lo mencioné.

Terminé de retirar la sábana y volví a examinar las heridas de Nathan. Le levanté los bordes de piel, algo que lo hizo estremecerse de dolor, pero vi lo mucho que había sanado. La piel rasgada intentaba cerrarse. El problema era que había mucho que regenerar.

Metí el paño en el agua que cada vez estaba más fría y comencé a limpiar las zonas sin piel lo mejor que pude. Los vampiros no se contagian de infecciones como lo haría un humano, pero yo por lo menos quería limpiarle las fibras de la ropa y la sangre coagulada. No podía hacerle más daño estar limpio.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Nathan. Para ser alguien a quien acababan de despellejar vivo, no estaba nada preocupado por su estado. Tal vez eso lo ayudaba a ignorar el dolor que le tiñó los labios de azul por la impresión y que hizo que le temblara todo el cuerpo.

Ya que no tenía una respuesta inmediata que darle, me concentré en lavar la herida. Cuando emitió un sonido de impaciencia, le envié todas las respuestas que se me ocurrieron por el lazo de sangre. Que no sabía por qué lo había hecho; que no había sabido lo que hacía; que sí lo había sabido; que seguía siendo una humana llena

de defectos ocultándome en un cuerpo con demasiado poder y demasiadas posibilidades y nada con qué guiarlas.

—Lo has hecho porque la odias —dijo cuando el torrente de pensamientos dejó de fluir dentro de él—. Puedes mentirte a ti misma, pero a mí no me engañas. La odiabas tanto que querías hacerle algo que no tuviera solución.

—Tienes razón —sumergí el paño en el agua rosa y lo escurrí—. Sí que la odiaba. Pero no ha sido una venganza planeada, ¿eh? No me he pasado días sentada maquinando cómo podía hacerlo. Y no fui allí con la intención de comerme su alma. Fui para recuperarte.

Alargó un brazo para tocarme la cara.

—Deberías haberme dejado allí.

Le aparté la mano de un golpe, sin importarme si le hacía daño. Es más, esperaba que le hubiera dolido.

—Pues eso sí que es dar las gracias, ¿sabes? Bill ha estado a punto de morir. Todos hemos estado a punto de morir. ¿Y ni siquiera puedes mostrarte un poco agradecido?

—¿Por nada? —no estaba loco y tampoco estaba discutiendo. Simplemente decía una realidad—. Voy a morir.

—No. Tal vez no —no podía pensar en un modo de curarlo o apaciguar su dolor, pero sabía que no podría vivir sin él—. Encontraré un modo de solucionarlo. Por ahora, vamos a vendarte. Y deja de hablar sobre morir. He pasado por un infierno para traerte de vuelta.

A pesar del dolor, él se rio.

—Eso no es nada interesado, ¿eh?

—Mi egoísmo es lo que va a salvarte —le recordé. Después trabajé en silencio porque no quedaba nada más que decir y una charla trivial no haría más que agotarlo.

Cuando la herida estuvo limpia, fui a la cocina y agarré el rollo de envoltorio de plástico. Necesitaba algo para cubrir la herida que no se pegara cuando tuviera que cambiarlo y había visto lo bien que había funcionado la sábana. Me llevé el plástico de envolver al dormitorio y al pasar miré a Ziggy, que seguía tumbado junto a Bill, durmiendo.

Hice trozos lo suficientemente grandes como para cubrir el pecho de Nathan y se lo sujeté por tres lados con esparadrapo. Continué hasta sus caderas. A partir de ahí, no estaba segura de cómo actuar. Tenía las piernas despellejadas desde la cadera hasta la rodilla. Se las envolví con el plástico y después centré mi atención en las partes que aún no estaban cubiertas.

Por la razón que fuera, Dahlia no le había hecho nada a sus genitales.

«Lo intentó», me explicó Nathan. «Pero no tuvo estómago para hacerlo».

Casi yo también tuve arcadas.

—Gracias a Dios por estos pequeños favores, ¿eh?

Él asintió con gesto sombrío.

—Pero lo intentó. Créeme que lo intentó.

No quería saberlo.

—Creo que lo que tendré que hacer para tus caderas es... —desvié la mirada del punto donde se veía el blanco del hueso, ahí donde había hecho un corte muy profundo y le había arrancado músculo—... ponerte ropa interior. Seguro que se pegará, pero de cualquier modo no tendrás mucha movilidad.

—No voy a correr una maratón —farfulló con los ojos casi cerrados de agotamiento—. Haz lo que tengas que hacer.

Fui a uno de los cajones y encontré un par de calzoncillos limpios. La cinturilla haría presión sobre algunas de las zonas despellejadas de la parte inferior de su cuerpo, así que la corté con las tijeras. Hice lo mismo con el elástico alrededor de las piernas y rajé un lado para que me fuera más fácil ponérselos. Después de darle la vuelta con cuidado para vendarlo por debajo, de un modo muy parecido a como giras a un enfermo para cambiarle las sábanas, uní las dos partes abiertas con esparadrapo. Cuando acabé con él parecía una versión de Tarzán, pero con algodón blanco.

—Eres demasiado buena para mí —dijo Nathan agarrándome la muñeca mientras le colocaba la tela con cuidado para que no se le pegara a la herida. Sus palabras no tenían sentido después de que me hubiera dicho que habría sido mejor que lo diéramos por muerto, pero al menos suavizaron un poco la situación.

Le di un poco de sangre (al anochecer tendríamos que salir a por más), y logré que tomara Tylenol para el dolor, pero se negó a tomar nada más para encontrarse mejor.

—Solo quiero que te quedes conmigo mientras me quedo dormido —me pidió y lo hice. Me subí a la cama con él e intenté encontrar un modo de apoyar la mano sin hacerle daño. Al final, entrelacé mis dedos con los de él y me apretó la mano con fuerza antes de caer inconsciente una vez más.

* * *

—¿Qué coño ha pasado?

Ziggy levantó la cabeza e intentó espabilarse. La luz del salón era rosada y le daba al lugar un aire surrealista. Había visto una luz así cientos de veces, pero nunca había visto el salón tan desordenado y lleno de herramientas ensangrentadas, y nunca lo había visto teniendo ese extraño canal dentro de su cabeza.

«¿Hola?», preguntó a través de él.

Bill le respondió en voz alta.

—Eh, ¿qué ha pasado?

—Esto... —¿cómo le decías a alguien que era... ¡sorpresa!... un vampiro?

—Lo has hecho, genio —Bill intentó sentarse y Ziggy lo ayudó.

—El pecho te va a doler un tiempo. Supongo. Carrie ha tenido que... —no quería entrar en detalles de lo que había hecho Carrie. Al mirar atrás, le pareció una increíble estupidez haberlo intentado—. Por lo menos te ha sacado el cuchillo.

—¿Fue eso? No podía recordarlo. Lo único que sabía era que me giré y algo me atacó. Pero creía que si fuera un cuchillo, me habría hecho más daño. Siempre pensé que lo sentiría entrar si me apuñalaban —se encogió de hombros, se estremeció y se colocó sobre un codo para soportar mejor el dolor—. Así que supongo que por la voz que oí en mi cabeza cuando estabas pensando, ¿soy un vampiro?

Ziggy asintió, incapaz de ocurrírsele qué decir.

—Hijo de puta —Bill esbozó una media sonrisa, con una expresión que iba de la diversión a un intenso enfado—. Eso explica por qué tengo tanta sed.

—Te traeré un poco de sangre —Ziggy se levantó y se detuvo cuando Bill le agarró la mano.

—No. Tráeme agua. No creo que esté preparado para lo otro —cuando terminó de hablar, lo soltó como si Ziggy estuviera sucio. «Genial».

Fue a la cocina, llenó un vaso de agua del grifo y se lo llevó sin decir nada.

Bill se lo bebió de un trago y Ziggy tuvo que contenerse para no decirle que no le serviría de nada. Por mucho que bebiera, incluso aunque se tragara todo un océano, nada lo haría sentirse bien hasta que tomara algo de sangre humana. No lo presionaría hasta no ver que llegaban a una situación de vida o muerte, pero esperaba que la cosa no fuera tan lejos.

—Así que ahora tengo un lazo de sangre contigo, ¿verdad? —se secó la boca y soltó el vaso—. ¿No es así como lo llamáis?

—Así es —el tono de Ziggy estaba volviéndose algo duro en respuesta a la frialdad de Bill—. Los vampiros lo llamamos así.

—Está bien, ¡déjalo ya! —le gritó con brusquedad y el aire de la habitación pareció crujir con esa furia. Se aclaró la voz y miró a otro lado, intentando calmarse—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque no me parecía bien dejarte morir.

No había otra explicación. Nada de excusas ni grandes declaraciones de amor. A veces, los momentos más estúpidos de las películas son los que deseas en la vida real.

Bill se puso tenso y miró a su alrededor como si fuera a ver algo diferente ahora que era un vampiro.

—Así que, ¿no te parecía bien dejarme morir, pero te pareció bien convertirme en vampiro sin saber si yo habría querido?

Maldita sea. Dicho así, sí que parecía una cagada.

—Que te jodan, estás vivo. No llevabas una pulsera de alerta médica que dijera «eh, no me conviertas en vampiro, ¿vale?».

—¡Tienes razón! ¡Esas son la clase de cosas que sabes de una persona cuando la conoces de verdad!

Bill se golpeó el pecho con el puño e hizo una mueca de dolor, pero no se encogió como lo habría hecho cualquiera. Por el contrario, bajó la mano lentamente y miró a Ziggy, como si pudiera traspasarle todo ese dolor.

Ziggy se levantó, despacio, e intentó actuar como Nate durante una discusión por el toque de queda.

—Escucha, comprendo que estés enfadado, ¿vale? Pero me vi en una situación en la que o te dejaba morir, lo cual era irreversible, o me arriesgaba e intentaba salvarte.

—¿Irreversible? ¿Y ser un vampiro no es irreversible?

Le dio una patada a la mesa de café que estaba volcada y una de las patas se soltó y salió deslizándose por el suelo.

—No, es reversible —Ziggy se agachó y levantó la pata de la mesa—. Dímelo cuando estés listo.

Se quedaron de pie, paralizados, y mirándose el uno al otro. La garganta de Bill palpitaba, pero esa era la única indicación de su miedo.

Eso, y las emociones que fluían por el lazo de sangre.

Ziggy había pensado que en el lado del Iniciado la conexión era tremendamente poderosa, pero no era nada comparado con lo que eso suponía para el Creador. Aun así, mantuvo un gesto completamente neutral y enarcó las cejas como diciéndole «¿preparado?» mientras se pasaba la pata de madera de una mano a otra.

No sabía qué haría si Bill no se echaba atrás. Si decía, «vamos, adelante, clávame la estaca», no sería capaz de hacerlo porque eso lo mataría a él también, tanto figurada como literalmente. ¿Y entonces qué? Bill seguiría enfadado, él habría perdido todo el respeto y a partir de ahí no habría nada entre los dos.

Genial, le encantaban las situaciones irreparables donde todo el mundo terminaba siendo un infeliz.

La boca de Bill se frunció en una fina línea y respiró hondo antes de hundir los hombros en gesto de derrota.

—No quiero morir.

—Entonces es fantástico que te haya salvado la vida. Y puedes dejar de ser tan sentencioso —Ziggy soltó la pata y fue a la cocina a sacar de la nevera la última sangre que quedaba.

Encendió el fuego, vertió la bolsa dentro de la tetera, le puso la tapa y sacó una taza mientras escuchaba a Bill en el salón, aunque era difícil con la corriente de emociones que fluían por el lazo de sangre. La rabia era la más intensa de todas, pero también había miedo, miedo de todas las clases. Miedo a ser uno de ellos, miedo a no ser capaz de beber sangre humana para sobrevivir. Miedo al rechazo.

¡Vaya! Ziggy se detuvo en esto último e indagó un poco más en ese sentimiento. Estaba ahí, en la cabeza de Bill, a su disposición por cortesía del lazo de sangre. Temía que ahora la relación que había esperado tener con él se fuera al traste. Había querido seguir flirteando, mantener un tono algo distendido durante un tiempo, para luego ir enamorándose de él gradualmente hasta crear un vínculo entre los dos que significara algo. Y ahora esa oportunidad se había perdido porque ya existía un vínculo artificial entre los dos que él no quería.

Ziggy cerró los ojos e intentó pensar sin que Bill lo oyera. Aunque cualquier cosa que quisiera ocultar no permanecería escondida durante mucho tiempo. Tenía mucha experiencia bloqueando al Creador, pero no a un Iniciado. Iba a resultarle casi imposible. Le dolía imaginar cerrarse a Bill.

—Escucha —dijo, sin entrar en el salón. Sabía que Bill lo oiría—. No espero nada de ti por esto del Creador-Iniciado. Podemos seguir como estábamos. Es más, lo preferiría. Porque me asusta saber que mientras viva, estaré unido a ti —respiró hondo—. Saber que aunque las cosas no funcionen, tienes mi corazón.

Las fuertes pisadas de Bill llegaron hasta la puerta.

—¿Lo ves? A eso me refiero. Dices algo así y ¿en qué posición me deja a mí? ¿Y si digo que yo no siento lo mismo? Estás enamorado y dolido y ahora yo tengo que soportar eso solo porque tú me has convertido en vampiro.

—No estoy enamorado y dolido. No me refiero al corazón en un sentido romántico. Me refiero a mi corazón físico, de verdad —bajó la mirada, incapaz de ver el horror en el rostro de Bill—. El tuyo estaba destrozado, así que Carrie te puso el mío.

—¿Has puesto tu...?

Bill se alejó de la cocina tambaleándose hacia atrás y Ziggy lo siguió. Cuando se sentó en el sofá, Ziggy se quedó de pie a su lado. Lo que de verdad quería era sentarse, ponerle la cabeza sobre el hombro, besarlo. Hacer algo para que sintiera lo mismo que había sentido unas horas antes, cuando se habían tumbado sobre unas sábanas en el almacén, sin hablar, solo tocándose y disfrutando. Era terrible pensar que todo eso había terminado, y Ziggy sintió dolor allí donde debería haber estado su corazón.

Bill lo miró con ojos enrojecidos.

—No puedo creer que hicieras eso por mí.

—Bueno, no lo hice yo. Lo hizo Carrie. Quiero decir... no podía dejarte morir.

—Pero tu corazón... si algo me sucede, entonces, ¿tú mueres también? —lo dijo como si le pareciera imposible que alguien hubiera hecho algo semejante por él.

Ziggy se sentó a su lado y le acarició la cara.

—No lo he hecho para atraparte ni nada de eso. Pero te miré, estabas casi muerto, y tal vez fue por un poco de egoísmo, pero no podía dejarte morir sin saber si... —se contuvo antes de llegar a cometer una estupidez, como llorar. Pero tenía que pronunciar las siguientes palabras porque estaban haciéndole daño—: Si eras lo más fantástico que me había pasado en la vida.

Bill lo abrazó y entonces Ziggy oyó su propio corazón latiendo en su pecho. Cuando sus labios se tocaron, no fue como el día anterior; fue como si se hubieran saltado toda la diversión que suponía estar con alguien. Pero tal vez, si le daban suficiente tiempo, podrían recuperar esa sensación.

No podía decirse que no tuvieran mucho tiempo por delante.

El sol había empezado a salir cuando Max llegó al apartamento. La nevera portátil que llevaba estaba llena (alguien tenía que pensar en las necesidades básicas mientras otros jugaban al científico loco), pero no le apetecía subir. La sangre se mantendría bien y necesitaba un poco de espacio.

Y necesitaba a Bella. Ese anhelo casi lo asfixió mientras bajaba las escaleras hasta la librería. La necesitaba. No solo en un sentido físico, sino que necesitaba poder hablar con ella más de unos cuantos minutos por el móvil.

Fue hasta la trampilla detrás del mostrador y bajó las pocas escaleras. No era un lugar tan malo para un hombre lobo. Un vampiro se volvería loco ahí abajo unos cuantos días, de eso estaba seguro, pero era tan pequeño que apaciguaba su deseo de esconderse.

Había un pequeño lavabo unido a una manguera que le bastaría para limpiarse la sangre y la suciedad que llevaba encima. Subió las escaleras para encontrar la llave del agua a la que estaba conectada la manguera, la abrió y le dio un poco de tiempo para que se llenara antes de cerrarla y volver a bajar.

Se quedó satisfecho cuando vio que había calculado bien y que el lavabo lo esperaba lleno hasta la mitad. Se desvistió y hundió su sucia camiseta en el agua, intentando limpiarla todo lo posible antes de utilizarla para lavarse con ella. Cuando ya estuvo limpio... o menos sucio, mejor dicho... dejó la ropa colgando del borde del lavabo. Ya se preocuparía de deshacerse del agua sucia después de dormir un poco.

Cuando se tumbó, esperaba quedarse dormido de inmediato, pero el saco de dormir no olía demasiado bien y su mente no lograba relajarse. Pensó en llamar a Bella, y después recordó que se había dejado el teléfono arriba y que no quería toparse con el inevitable drama que se encontraría allí. Estaba empezando a preguntarse si llegaría algún momento en su vida en el que pudiera relacionarse con esas personas sin acabar metido en algún problema o crisis.

Mucho había cambiado desde la última vez que había estado ahí.

Era como si el hecho de por fin tener a Bella lo hiciera arrepentirse de todo lo que lo había apartado de ella. Y eso no era sano. Pero tampoco lo era estar luchando constantemente para permanecer vivo. Tenía que haber una situación intermedia en la que fuera feliz.

Justo por encima de la cabeza sonó un teléfono y recordó lleno de alegría que la tienda de Nathan tenía una línea. Se envolvió en el saco de dormir y salió del agujero, después esperó a que esa llamada terminara y levantó el teléfono. El largo proceso de conectar con una operadora internacional, de que la llamada llegara a la habitación de Bella y que milagrosamente ella no estuviera durmiendo o acompañada, le resultó algo más soportable en esa ocasión. Cuando su seductora voz salió por el auricular, casi se desmayó de alivio.

Sí, sin duda tenía un problema.

Le contó rápidamente lo que había sucedido la noche anterior y Bella se lo había tomado con calma, como solo ella sabía hacer. Después, sin vacilar, le dijo:

—Mi padre ha traído a tu sustituto.

—¿Cómo dices?

Más valía que eso no quisiera decir lo que él estaba pensando porque, de lo contrario, se subiría a un avión y volvería a Italia tan pronto que su padre no tendría tiempo de detenerlo.

Bella se rio, como si todo le pareciera muy gracioso.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad? Ni siquiera le hablo. Pero según mi padre, este hombre es más que capaz de aceptar a mi hija bastarda como si fuera suya. Y creo que es un primo segundo, así que los futuros niños serán miembros puros de la línea de sangre.

—Eso es asqueroso —Max no pudo evitar reírse. Bella jamás lo dejaría por un primo de pueblo que tocara el banjo. Pero aún se le removían las tripas al pensar que su suegro estaba tan seguro de su muerte inminente—. Dile que no venda la piel del oso antes de cazarlo, ¿vale? Porque voy a volver.

—Le diré que estás en plenas facultades mentales y físicas —dijo ella riéndose.

Él suspiró.

—Eso no es del todo verdad; no sé si será mi cuerpo o mi mente, pero lo que está claro es que estás volviéndome loco.

En voz baja, ella respondió:

—Te comprendo. Te echo de menos. No quiero que parezca que no adoro todo el tiempo que paso contigo, pero lo que más echo de menos, por lo menos en este momento es...

—Créeme, te entiendo —no podía oírla pronunciar esas palabras, porque de lo contrario explotaría. Su miembro ya estaba erecto solo ante la idea de tener sexo con ella—. No hablemos de eso ahora.

Ella tardó algo de tiempo en responder. Después, dejó escapar uno de esos gemidos que emitía cuando estaban... «¡Oh, no! ¿No estaría...?».

—Bella, no tiene gracia. Ninguna gracia.

—¿No estás solo? —le susurró al teléfono y sus palabras terminaron con un grito entrecortado.

—No, estoy solo. Es solo que no es el lugar apropiado. Estoy en la librería.

—¿Y por qué no es un lugar apropiado? ¿Has olvidado lo que hicimos ahí? —soltó otro gemido—. Estoy tocándome, Max.

—Sí, ya me lo había imaginado —intentó no pensar en lo que habían hecho en esa habitación. Miró la puerta abierta y la leve luz del sol que había afuera. ¿Bajaría alguien? ¿Estaría alguien despierto a esas horas? Se oía algún que otro coche, pero aparte de eso, nada más.

«¡Vamos, hombre! ¿Cómo puedes estar si quiera considerando la idea? Es sexo telefónico, ¡por favor! Si necesitas una razón para no hacerlo, piensa en lo pasado de

moda que está».

Bella volvió a gemir y él se tocó su erección.

—Estoy ahí contigo, cielo —gimió y ella dejó escapar una pequeña carcajada entrecortada.

—¿Te gusta?

«Sí. Oh, sí». Se rodeó con los dedos imaginándose la tersa piel de Bella.

—Pero no me gusta tanto como tú.

—Ojalá estuvieras aquí. Encima de mí. Dentro de mí.

—Cariño, si estuviera dentro de ti ahora mismo, no aguantaría ni dos segundos — y ahora mismo estaba a punto de estallar.

—Yo tampoco —gimió—. Oh, Max... yo...

Sus palabras se desvanecieron en un fuerte gemido y a él casi se le cayó al teléfono cuando llegó al éxtasis.

—¿Max? —preguntó Bella unos segundos después—. ¿Sigues ahí?

—Espera, tengo que encontrar algo para limpiarme —agarró unos cuantos panfletos que había por allí tirados e intentó limpiarse con cuidado de no cortarse.

—Estoy muy cansada, pero quiero decirte antes de que colguemos que aquí hay más gente que, al igual que nosotros, piensan que mi padre no está tomando decisiones acertadas. Hoy no puedo decirte nada más, pero siento que pronto podremos ayudarte.

—¿Qué quieres decir con ayudarme? ¿No irás a hacer nada peligroso, verdad?

Más que una pregunta, fue una advertencia.

Aunque no importaba, porque ella lo ignoró de todos modos.

—Ahora no puedo decirte nada más. Por favor confía en mí. Te quiero.

—Te quiero —respondió, pero Bella ya había colgado.

Capítulo 15

Un remiendo

Estaba soñando con hacer una piñata de papel maché y al despertar sabía cómo curar a Nathan.

Cuando le conté cómo llegué a la solución, la comparación no le hizo mucha gracia.

—Entonces, ¿soy una piñata? —solo el hecho de comer le había dado mucha fuerza, por lo menos la suficiente para hacer comentarios sardónicos mientras yo intentaba informar a mi paciente—. ¿Y se supone que cuando termine el tratamiento, vas a atarme a una cuerda y a sacudirme con un palo?

—Podría hacerlo antes de que terminara el tratamiento si no te callas —pero no pude evitar sonreír. No estaba diciéndome que debería haberlo dejado morir y con eso a mí me bastaba.

Le expliqué lo que había planeado hacer: quitarle una cuantas tiras de piel de la espalda, como hacían los médicos para hacer un injerto. Pero yo le quitaría unas tiras más estrechas para que el agujero que quedara se curara en un día y así podría volver a repetir la operación con la piel nueva las noches siguientes hasta que estuviera completamente cubierto otra vez. Le injertaría piel en la parte delantera del cuerpo allá donde la necesitara.

—No sé si funcionará. En el peor de los casos no lo hará, en el segundo peor de los casos, acabarás con un montón de parches de piel rosa y brillante, como las víctimas de un incendio. No tendrías pelo en el pecho. Tal vez ni siquiera pezones, ni ombligo, pero podrás llevar una vida normal.

—Me gustaban mis pezones —gruñó. Después suspiró—. Si estás pidiéndome que te dé permiso para que me despellejes más, tengo que admitir que no estoy seguro.

—Lo haré con anestesia local —cuando él empezó a protestar, continué—: Y no quiero oír que puedes soportar el dolor. Voy a anestesiarlo cada noche, te comportarás como un buen chico y te callarás —no pensaba hacerle lo que Dahlia le había hecho.

Giró la cabeza.

—Supongo que es una suerte que no pudiera llegar hasta ahí... ya sabes. Hasta ahí abajo.

—Sí, es una suerte.

Una vez que se perdía un nervio, se perdía. No había manera de solucionarlo. Llamadme hedonista, si queréis, pero creo que no podría vivir sin volver a sentir ese placer.

«Me parecía demasiado cruel», dijo Dahlia dentro de mi cabeza y la ignoré. Aunque estuviera atrapada dentro de mí, yo no tenía por qué hacerle caso.

—Depende de ti. ¿Crees que aún podrías quererme si me pareciera a Frankenstein? —me preguntó Nathan muy serio.

Me reí.

—Te quiero ahora y te pareces al Hombre Invisible. Creo que podría quererte más con un poco de piel encima.

—Sé que estoy siendo un capullo —dejó escapar otro suspiro—. Está bien. Hazlo.

Me marché después de ordenarle que intentara dormir mientras yo reunía todo lo necesario y refrescaba mis habilidades de despellejamiento con alguna pechuga de pollo de las que teníamos en el congelador. Bueno, esto último no se lo dije al final porque pensé que esa comparación le haría menos gracia todavía que la de la piñata.

Ziggy y Bill seguían dormidos en el sofá, uno apoyado sobre el otro. Me alegré de ver que Bill se había despertado, aunque me alegré menos de ver que la poca sangre que quedaba ya se había terminado. Metí la tetera en la pila y, mientras la aclaraba, oí a Ziggy entrar en la cocina.

—Estaba pensando en pasarme por el Club Cite y buscar un Donante. ¿Crees que es demasiado arriesgado?

—No creo que sea demasiado arriesgado. Creo que es demasiado arriesgado que nos quedemos aquí sentados y muéndonos de hambre —asentí hacia el salón—. ¿Vas a llevártelo?

Ziggy asintió.

—Probablemente. Es mejor que yo haciendo contactos. Así se ganaba la vida.

Me quedé un momento en silencio antes de decir:

—Vas a llevártelo para no tener que explicárselo a Nathan.

—Eso no es verdad —dijo Ziggy—. La última vez que descubrió que tenía un novio, no pasó nada bueno. Tal vez tú podrías decirle algo... después de que nos hayamos ido.

Eché un poco de detergente dentro de la tetera y la froté con el estropajo.

—¿No crees que deberías sincerarte con él?

—No estoy diciendo que no vaya a serlo —protestó Ziggy—. Solo quiero que... rompas el hielo.

Lo miré, miré esa adorable cara añorada que siempre parecería joven, por mucho que él envejeciera, y se me cayó el alma a los pies. No estaba pidiéndome que hablara con Nathan porque eso le resultara más fácil a él. Estaba pidiéndome que lo protegiera del rechazo de su padre.

—Sí. Hablaré con él.

Claro que, además, todavía tenía que hablar con él sobre el hecho de que Cyrus estuviera vivo. Me había convertido en portadora de insoportables noticias por partida doble.

Max subió las escaleras llevando la ropa sucia de la noche anterior, pero parecía estar de mejor humor que en mucho tiempo. En la mano tenía una nevera portátil.

—Sangre. No mucha, pero suficiente por ahora.

—Gracias.

Él esbozó una sonrisa que me dijo que todo lo de la noche anterior quedaba olvidado.

—Vivo para servir. Pero necesitamos un Donante. Ahora somos cinco, todos vampiros y hambrientos.

—Estamos en ello —dijo Ziggy—. Vamos a ir al Club Cite dentro de unas horas. ¿Quieres acompañarnos?

—Debería —interpuse antes de que Max pudiera negarse—. Tengo que hacerle... algo a Nathan. Y no creo que te apetezca estar por aquí.

Por suerte, todos se mostraron de acuerdo conmigo.

* * *

Unas cuantas horas y una bolsa de pechugas de pollo despellejadas después, los tres salieron hacia el Club Cite. Esperé a oír la furgoneta alejarse para despertar a Nathan.

Me lanzó una adormilada sonrisa y lo besé. Lo había echado de menos e incluso ese pequeño contacto me resultó irresistible.

—Me alegraría más de verte si no supiera que vas a despellejarme —murmuró—. ¿Estás preparada? ¿Debería tener fe en tus habilidades ahora?

—Siempre deberías tener fe en mis habilidades.

Dejé el bisturí, que había esterilizado en agua hirviendo después de usarlo con el pollo, sobre la mesilla de noche. No me importa que los vampiros seamos inmunes a las enfermedades, de ningún modo iba a emplear un instrumento en Nathan sin eliminar del cuchillo al demonio de la salmonela.

Al ver la plateada y brillante hoja afilada, Nathan se puso blanco, algo realmente impresionante en alguien tan pálido ya de por sí como Nathan. Puse una mano sobre la parte de su pierna que estaba intacta y le di un cariñoso pellizco.

—No será como la última vez.

Respiró hondo y tembló cuando exhaló.

—Lo sé. Confío en ti.

Como no podía tumbarse boca abajo, utilicé unas almohadas y unas toallas enrolladas para colocarlo de lado y alzarlo dejando expuesta su espalda. Las cicatrices de ahí donde lo habían azotado con la fusta ya habían desaparecido. Deslicé el dedo sobre una de las líneas que recordaba y por un momento casi perdí el valor. No sabía si podría cortar la piel de Nathan, si podría soportar hacerle daño.

«Trágate el miedo y ponte con ello. ¡Vamos a ver un poco de sangre!», me dijo Dahlia con un tono increíblemente aburrido. Deseé poder vendarme los ojos para que no disfrutara viendo lo que iba a hacer, pero me pareció más sencillo directamente no pensar en ella.

Le inyecté la anestesia.

—¿Puedes sentirlo? —le pregunté al terminar y rozándolo con la aguja.

Con un rotulador dibujé un rectángulo dentro de la zona que estaba dormida. Respiré hondo, agarré el bisturí y comencé a cortar.

Fue lo más difícil que había hecho nunca. Más difícil que darle puntos a un niño de dos años que no dejaba de retorcerse, más difícil que sacar piedrecillas de la pierna de un motorista mientras él se ponía gris del dolor. Cortarle la piel a alguien a quien conocía, a quien amaba, aun sabiendo que era por su bien y que se recuperaría y no sentiría dolor, era lo peor que había experimentado nunca.

Justo cuando pensaba que sería mejor hablarle para distraerlo, Nathan decidió lo mismo.

—¿Está bien Ziggy?

«Gracias», le dije a través del lazo de sangre.

—Sí. Está en el Club Cite intentando encontrar un Donante.

Nathan se quedó un momento en silencio y después habló con un tono más bajo.

—¿Ha muerto Bill?

Suspiré y retiré la parte de piel que había cortado. La dejé sobre el costado de Nathan y él se retorció de asco.

—Lo siento —me apresuré a decir antes de quitársela de encima y ponerla sobre su muslo cubierto del trozo de plástico—. Es curioso lo de Bill. Es...

—Ziggy lo ha convertido, ¿verdad? —Nathan no necesitó que le respondiera a la pregunta, le bastó con la agitación que captó por el lazo de sangre—. Genial. ¿Lo quiere?

—Creo que es demasiado pronto para hablar de amor en su relación —dije mientras le cortaba otra tira de piel—. Además, no tienes por qué amar a alguien para convertirlo.

—Sí, claro que sí. De lo contrario, habría muchísimos más vampiros en el mundo.

—Bueno, eso no puede ser verdad porque tú me convertiste después de que Cyrus me matara y no estabas enamorado de mí.

—Pero tampoco sabía que iba a convertirte. Pensé que era más bien una especie de transfusión de sangre y no una creación.

—Es verdad —respondí en voz baja y algo decepcionada. Esperé que creyera que ese tono se debía a que estaba concentrada, pero después de ocho pechugas de pollo podía despellejar cualquier cosa en la oscuridad con los ojos cerrados y responder a las preguntas de un examen de aptitud.

Se giró un poco y me miró hasta que me vi obligada a mirarlo.

—Carrie, creo que te quiero desde el primer momento en que te vi.

—No —pero aunque no lo creía, no pude evitar ese cosquilleo en mi interior. Bajé la cabeza y sonreí mientras arrancaba otra tira de piel. «Qué romántico».

—Crees que miento para hacerte sentir mejor —se rio en voz baja y yo le sonreí. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos—. Pero no. Creo que la mayoría de la gente se enamora a primera vista, aunque no lo saben hasta después. Intento recordar cómo era no estar enamorado de ti y no puedo.

Me detuve y entonces recordé que la anestesia tenía un tiempo límite que pronto pasaría.

Había logrado tres tiras de piel. Esperé hasta que las zonas en las que había trabajado comenzaron a dar muestras de curación y entonces las cubrí con una gasa y tendí a Nathan boca arriba.

—Si todo va según lo planeado, se curarán antes de que te enteres —le aseguré. Después, retiré los improvisados vendajes con los que le había cubierto el pecho y puse las tiras de piel sobre el borde izquierdo de su herida. Se unieron inmediatamente y quise saltar de alegría al ver que había funcionado.

—¿Tan bien ha ido? —preguntó Nathan con los dientes apretados.

—¿Te duele mucho?

No pudo más que asentir con la cabeza y pensé que sería mejor esperar a que hubiera bebido un poco de sangre para volver a intentarlo.

—Eres muy impaciente —dijo mientras recuperaba un poco de color y yo volvía a cubrirle la herida—. Dale tiempo. No voy a ir a ninguna parte.

Me mordí el labio.

—Hay que pensar en eso, por cierto. ¿Cómo vamos a llevarte a Chicago?

—No vamos a ir a Chicago —respondió con esa dureza propia de él.

Comencé a recoger mis instrumentos.

—El dolor te hace actuar de forma irracional.

—No —me agarró del brazo—. Carrie, no vamos a volver allí.

Vacilé. Aunque me alegraba de estar de vuelta en casa, en nuestro hogar, sabía que quedarnos sería un suicidio. Se lo dije, tanto por el lazo de sangre como en voz alta, y él suspiró.

—Saben que estamos aquí. Vinieron directamente aquí a buscarme, pero lo mismo pasaría en Chicago. Y esta es mi casa —se movió y gruñó de dolor—. Tu plan ha fracasado. La espalda me duele horrores.

—Está despertando de la anestesia —le expliqué—. Por lo menos en Chicago estamos más lejos y tenemos una mayor seguridad que un pestillo y una cadena.

—Y aquí tenemos a cuatro vampiros para protegerme. Y uno de ellos es una devoradora de almas con la sangre de una bruja —pasaría un tiempo hasta que Nathan dejara de utilizar eso en contra de mis argumentos, pero no podía culparlo—. ¿Crees, desde un punto de vista táctico, que estar lo más lejos posible del enemigo es la mejor idea?

—No sé pensar en tácticas, sé pensar en supervivencia —le dije—. ¿Por qué es nuestra responsabilidad? ¿Por qué tenemos que ser nosotros los que se ocupen de toda esta... mierda?

—Porque lo es. Y si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará y él ganará —sabía que había repetido exactamente lo mismo que yo me había dicho a mí misma una y otra vez—. Nos quedamos. Nos quedamos. Y luchamos. Y si no podemos luchar, entonces...

—Entonces morimos sabiendo que no nos hemos rendido —me agaché y lo besé —. ¿Deberíamos planteárselo a Max, Ziggy y Bill y ver qué opinan?

—¿Ahora vamos a incluir a Bill a la hora de tomar decisiones importantes? —el sarcasmo rezumaba de las palabras de Nathan.

—Si fueras listo, lo harías.

Cuanto antes se lo dijera, mejor.

—Bill tiene el corazón de Ziggy.

Nathan se quedó en silencio un buen rato.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí, y puedes gritarme todo lo que quieras, pero cuando termines de estar cabreado, sabrás por qué lo he hecho.

Y entonces me preparé para su arranque de ira.

Sin embargo, nunca llegó. Tal vez estaba demasiado cansado o, por obra de un milagro, había comprendido que no podía proteger a su hijo de todos los peligros de la vida.

—¿Sabías que iba a funcionar, o Ziggy corrió peligro?

—Corrió peligro. Pero hice lo que me pidió. Por respeto a él.

—¿Y qué pasa con el respeto hacia mí? —cerró los ojos y pareció perder toda la fuerza que yo pensaba que tenía—. Carrie, si vuelvo a perderlo... No sé...

—Puede que vuelvas a perderlo —no lo dije para ser cruel—. Si no es por el Devorador de Almas, lo perderás por tratarlo como si fuera un niño.

—Si tuvieras un hijo, lo entenderías —en cuanto lo dijo, abrió los ojos y estaban llenos de dolor—. Quería decir...

—Ya sé lo que querías decir —le respondí quitándole importancia—. Y tienes razón. Nunca sabré lo que es temer la pérdida de alguien tan cercano a mí. Pero sí que recuerdo lo que fue ser una chica joven intentando alejarme de las expectativas que mi padre tenía puestas en mí.

Me dijo que me acercara, me arrodillé a su lado y lo besé. Me acarició el pelo y el cuello.

—Si Dahlia no estuviera muerta ya, la mataría.

—No estarás así para siempre —le recordé—. Ya estás mucho mejor. Ayer por la noche apenas podías hablar, y mucho menos moverte o pensar en el sexo.

Dudé que me oyera. Se le estaban cerrando los ojos mientras le hablaba. Cuando estaba profundamente dormido, fui al salón. Bill y Ziggy no habían vuelto aún y durante un extraño momento fue como si estuviera viviendo en un momento diferente, antes de tener que preocuparme por el Devorador de Almas; tiempo antes de haber conocido a Cyrus. Fue como la noche que había estado en esa habitación escuchando la promesa de Nathan de matarme mientras yo seguía negando ser un vampiro.

No había pasado tanto tiempo, pero parecía un siglo.

¿Cómo había pasado de ser una persona que no quería otra cosa que volver a su solitario apartamento y rezar por recuperar su vida a ser una persona que tomaba decisiones de vida o muerte sin importarle las consecuencias? ¿Cómo me había convertido en una persona que se enfrentaba a todas las terroríficas cosas que la aguardaban con miedo, pero sobre todo con rabia?

«Deberías tener miedo», me advirtió Dahlia. «No tienes ni idea de lo que es capaz. De lo que yo soy capaz de hacerte ahora».

Fui a la ventana y miré la ciudad. Las farolas naranjas transformaban los árboles en sombras esqueléticas contra los edificios. En otro momento me habría preocupado por las cosas que acechaban ahí fuera, pero ya las había visto.

Las carcajadas de Dahlia resonaban por mi cabeza.

«Aún no has visto nada».

—Adelante, zorra —susurré haciendo que mi frío aliento empañara el cristal—. Adelante.

Capítulo 16

Impacto

El Club Cite era tan ruidoso y patético como Ziggy recordaba.

Nunca había sido uno de sus sitios favoritos, pero lo había soportado cuando era humano para ayudar a Nate a rastrear vampiros. Era el primer lugar donde acababan los vampiros recién llegados a la ciudad, o directamente, los vampiros recién convertidos. Y eso era patético.

Para entrar en el Club Cite primero tenías que encontrarlo y era intencionadamente insulso. El edificio era de ladrillo y estaba pintado de negro. Una vez dentro, solo se podía bajar. Suponía que arriba había oficinas, pero el club en sí estaba en el piso inferior. Tenía una barra, pero solo servían alcohol los jueves por la noche, el único día de la semana que no dejaban entrar a nadie con menos de dieciocho años. El resto del tiempo, podías tomar café y refrescos que te servía un imitador de Marilyn Manson detrás del mostrador.

Ziggy se apoyó contra el respaldo de un banco e intentó centrarse en la conversación que Bill estaba teniendo con un chico vestido de gótico.

—Y fue entonces cuando me di cuenta de que mi alma estaría para siempre entregada a los Señores de la Oscuridad —dijo el chaval con la mano temblando exageradamente mientras se llevaba a la boca su cigarrillo—. Que vagaría para siempre perdido en la oscuridad.

—Vaya. Bueno, eso es... —Bill miró a Ziggy y después miró al chico—. Es fantástico. ¿Has oído eso, Ziggy? Los Señores de la Oscuridad.

—No me gusta tu sarcasmo —dijo el joven con dramatismo al levantarse y casi tiró la silla que había acercado hasta la mesa. En ese sitio, poder estar sentado era un privilegio. Se llevó la silla con él.

Ziggy sonrió a Bill y le acarició el cuello, pero Bill le apartó la mano.

—Para. Se supone que tenemos que pasar desapercibidos, y montarnos en una sala llena de adolescentes definitivamente llamaría la atención.

Ziggy se rio al observar a Bill. En una calle cualquiera en mitad del día la camiseta gris de Bill metida por dentro de sus vaqueros azules no resultaría tan fuera de lugar. ¿Pero ahí, en el país de los pantalones de plástico y los pezones cubiertos con cinta aislante? Si hubiera entrado desnudo habría provocado menos miradas.

—Sí, estás pasando muy desapercibido.

—Eh, lo he intentado. Pero tenemos recursos limitados —asintió hacia una chica con mechones verdes sobre su melena negra que los miraba con interés desde la barra—. ¿Qué decimos? ¿Que estamos buscando a una chica para hacer un trío?

—Con tal de que no hagamos el trío, vale —Ziggy quería echar la cabeza sobre la mesa y taparse los oídos para no seguir oyendo los planes de Bill.

Antes de que Bill se pusiera manos a la obra, Max se sentó al lado de Ziggy.

—¿Ha habido suerte?

—No, pero te vas a cargar nuestra tapadera —dijo Bill lanzándole a la chica de la barra un exagerado guiño de ojos. Ella arrugó la cara como si intentara no reírse y se dio la vuelta.

—Genial —dijo Ziggy intentando no reírse de sí mismo—. ¿Qué tal te ha ido a ti? Max se encogió de hombros.

—Bien. He estado hablando con un grupo de «vampiros», ya sabes, esos chavales que se reúnen y se beben una cucharadita de la sangre de los demás las noches de luna llena —se rio a carcajadas—. La mayoría de ellos se cagarían en los pantalones si se encontraran con un vampiro de verdad, pero de vez en cuando te encuentras con alguno que te sigue el rollo. Tengo algunos números.

—Bill ha estado utilizando la excusa de que estamos buscando a un tercero, no sé si me entiendes... —Ziggy sacó su paquete de cigarrillos y se encendió uno—. Pero hasta ahora no ha tenido mucha suerte.

Max lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Ya, me pregunto por qué será.

Por lo menos, Max había tomado la iniciativa en el tema de los disfraces. Habían encontrado una caja con la ropa vieja de Ziggy en el almacén de la librería y aunque Max tenía menos talla y era más alto, por lo menos había adornado su camiseta y sus vaqueros negros con algunos aros de plata, pulseras de goma y una gran cantidad de perfilador de ojos.

Bill se había negado a recurrir al maquillaje.

—Esta música me está matando —gruñó Max tapándose los oídos—. Si ya no tenemos nada, no creo que tengamos muchas más posibilidades. Vamos a volver al apartamento antes de que me quede sordo.

—Pues a mí esto me resulta fascinante —le gritó Bill a Ziggy mientras se abrían paso por la pista de baile en dirección a la salida—. Me gusta este rollo de «mira mi alma negra» que hay por aquí. Soporto esto mejor que a la gente que es eternamente positiva.

—¿Gente como tú? —bromeó Ziggy.

Pero cuando se giró para ver la reacción de Bill, se quedó helado.

Es imposible olvidar la cara de alguien que te ha sometido a toda clase de torturas. Y por supuesto te das cuenta cuando alguien que supuestamente está muerto se pasea como si nada por las zonas que solía frecuentar.

Parecía imposible, pero ahí estaba Cyrus.

—¡Max! —gritó a Max, que se movía entre la multitud en dirección a Cyrus—. ¡Bill, date la vuelta, por ese lado! —gritó por encima de la música.

Ese cabrón estaba en uno de los bancos de la esquina, muy lejos de la luz de la pista de baile, pero no había duda. Ese pelo casi blanco, esa perpetua cara de desdén.

Era Cyrus. Su camisa negra de seda abierta casi hasta el ombligo dejaba ver una cicatriz que le recorría su musculoso pecho.

Ziggy tuvo que sacarse de la cabeza los recuerdos que lo asaltaron. Escenas que eran vergonzosas y degradantes aunque muy excitantes al mismo tiempo. No había tenido mucho contacto con Cyrus desde que Carrie lo había matado; había respondido de manera accidental a algunas de las llamadas que le había hecho a Dahlia, pero no estaba seguro de que Cyrus se hubiera dado cuenta de que era él. Es más, no estaba seguro de que Cyrus se acordara de él. Y eso le dolía en cierto modo. Si alguien te hacía esas cosas tan terribles, por muy agradable que fuera contigo después y por mucho que tú te lo creyeras antes de que te rajara el cuello, querías que por lo menos te recordara.

Había unos chavales en el reservado haciendo cola para probar lo mismo que Ziggy. O peor todavía, porque ellos no tendrían a nadie que los protegiera.

Ziggy sabía sin ninguna duda que, si no hubiera sido por la intervención de Carrie, Cyrus no se lo habría pensado dos veces antes de matarlo aquella primera noche en la mansión.

Cyrus vio a Max primero.

Abrió los ojos de par en par con algo parecido a miedo y después los estrechó en una expresión de forzada indiferencia.

—Vaya, pero si es el padre de la espada. ¿Cómo está el cachorro?

Max dio un paso adelante como si fuera a saltarse la mesa para agarrar a Cyrus, pero Bill lo detuvo. Parecía que no quería estar en mitad de una pelea entre dos vampiros.

—No pasa nada —Ziggy sabía que no era necesario haberlo dicho en alto, que podía haberse comunicado con Bill mediante el lazo de sangre, pero ya no podía soportar seguir ahí esperando a que Cyrus se fijara en él. Era como una tortura.

Bill lo sintió o por lo menos eso le pareció a Ziggy, por la mirada que le echó.

—No pasa nada —repitió, dándole una palmadita en el hombro a Bill—. Este tío es un maricón y una nenaza. No va a molestar a Max.

—No era Max quien me preocupaba —farfulló Bill.

—¡Vaya! Eres el hijo de Nolen. ¿Sabes qué? Padre está cabreadísimo contigo. Bueno, en realidad, con todos vosotros.

—Me importa una mierda —dijo Bill moviéndose para situarse entre Ziggy y Cyrus.

«Cálmate. Es inofensivo».

Ziggy intentó transmitirle una sensación sincera, pero una imprevista imagen de Cyrus desnudo, pálido y sudoroso bajo la luz de las velas invadió su mente. Sabía que Bill lo estaba viendo y eso le avergonzó más todavía que el mero recuerdo.

Bill no lo miró, siguió centrando su ira en Cyrus.

—¿Cómo está tu padre, por cierto? He oído que Carrie le dio una buena paliza.

Cyrus se estremeció ante el nombre de Carrie y Ziggy se percató del detalle y se lo guardó por si le era útil más tarde. Ahora mismo había demasiado gente delante, humanos frágiles que podían salir muy mal parados si estallaba una pelea.

—Vamos a dar un paseo.

—Sí, es una buena idea. Marchaos todos a dar un paseo y dejadme disfrutar de la noche... —Cyrus acarició el cabello rizado de uno de los chicos—... y de mi compañía.

—¿Y qué tal si les contamos a los polis que hay al final de la calle lo de tu «compañía» y tú se lo explicas todo? —preguntó Max enarcando una ceja—. ¿O de verdad crees que este chico tiene dieciocho años?

—Las celdas de una cárcel pueden ser muy soleadas —añadió Bill.

Con una mirada furiosa al chico que tenía al lado, Cyrus rodeó la mesa y se levantó con extrema elegancia. Ese tipo era como los vampiros de las películas.

Salieron del club del modo más discreto posible, pero Bill se fijó en que él llamaba la atención por su aspecto demasiado normal y Cyrus por su aspecto demasiado glamuroso. Cuando salieron a la calle, Cyrus no corrió, y fue un alivio. Los siguió hasta el callejón, se apoyó contra la pared de ladrillo y se cruzó de brazos.

—Bueno, ya me tenéis. ¿Ahora qué?

Max fingió estar pensándose mucho antes de responder:

—A mí me gustaría aporrearte la cabeza y arrancarte el corazón, pero la historia ha demostrado que matarte no parece funcionar.

—Pero necesitamos información —dijo Bill—. Y si no quisieras dárnosla, te habrías marchado del club antes de lo que lo has hecho.

—O no habrías aparecido —añadió Ziggy—. Jacob ha estado muy preocupado con el ritual últimamente. Empecemos por ahí.

—Bien. ¿Podríamos hablar de esto en un lugar más cómodo? Tengo una mansión...

—No —Ziggy sacudió la cabeza—. No vamos a ir a ningún sitio contigo. Seguro que tus guardias nos tienden una emboscada en cuanto crucemos las puertas.

—Pues sigo pensando que estaríamos mucho más cómodos intercambiando información allí.

—Vamos —dijo Bill mirando el callejón como si de pronto fuera a tomar vida y tragárselos a todos.

Ziggy quería discutir el tema, pero algo en el modo en que Bill, Max y Cyrus se movían le advirtió de que no lo hiciera. Estaba claro que Cyrus pensaba que los habían seguido y que probablemente estaban observándolos. Pasaron por delante de una limusina negra y Cyrus agachó la cabeza. El conductor que esperaba dentro estaba durmiendo, así que no los vio.

—Vamos, deprisa —ordenó Cyrus una vez que estaban dentro de la furgoneta.

—¿Qué está pasando? ¿Corremos peligro de verdad o es que eres un paranoico? —le preguntó Max desde el asiento trasero.

—Esperemos que sea lo último. Gira aquí —le indicó a Bill.

* * *

La mansión era tan escalofriante como Ziggy recordaba. Un largo camino cruzaba el jardín hasta la parte delantera de la casa que parecía inspirada en la Mansión Encantada de Disneyworld. No, la Mansión Encantada daba menos miedo. Esa mansión era espeluznantemente aterradora si sabías lo que pasaba dentro.

Aparcaron la furgoneta entre las sombras cerca de un lateral de la casa, en el césped, tal y como Cyrus les dijo. En lugar de entrar por la puerta principal, los había llevado por la de la cocina.

Cuando Ziggy cruzó el umbral de la puerta, tembló. Recordó estar en esa habitación, defendiendo a Cyrus de las críticas de Carrie y sintiéndose seguro allí.

—¿Estás... bien? —le preguntó Bill lo suficientemente bajo como para que los demás no lo oyeran a pesar de lo cerca que estaban.

«No hay tiempo para explicaciones», le dijo Ziggy. «Pero esto es más fácil que susurrarme». Ziggy siguió a Cyrus, que los llevó hasta el comedor y se sentó a la mesa preparada para un comensal.

—Por favor, sentaos. ¿Tenéis hambre, caballeros? Le diré a Clarence que ponga más servicios.

—Esto no es una reunión social —dijo Max con brusquedad—. Ve al puto grano para que podamos largarnos de aquí.

De todos modos, Cyrus hizo sonar la campanilla que tenía junto a su copa.

—Estabais en el club buscando sangre. No soy idiota.

—Eso es discutible —dijo Max, aunque con un poco más de educación que antes. Tal vez porque ahora iban a comer y no quería insultar a su anfitrión.

—Queréis detener a mi padre y os aplaudo por ello. Alguien tiene que hacerlo y yo no tengo la fuerza suficiente —miró la cicatriz de su pecho y Ziggy se fijó en que Bill se tocó la suya, como en un gesto de solidaridad, antes de bajar la mano rápidamente—. Pero si vais a detenerlo, tendrá que ser pronto.

Clarence apareció en ese momento, tan delgado como Ziggy recordaba y con su elegante traje. Llevaba una bandeja con tres copas y servilletas. Cyrus ni siquiera se las había pedido.

Le indicó al mayordomo que las colocara.

—El ritual coincidirá con la luna llena. Tenéis unos veinte días. Habéis matado a la mayoría de sus asquerosas criaturas, así que no os costará mucho matarlo a él en los días previos al ritual.

—Pero tampoco puede ser demasiado cerca. Conociéndolo, tendrá mucha compañía ese día para así tener a gente que lo venere una vez que pase de ser del Devorador de Almas a un dios.

—Sí, le encanta ser el centro de atención —asintió Cyrus—. Tal vez lo mejor sería en unos diez días.

—¿Por qué estás compartiendo esto con nosotros? —Bill los miró a todos antes de volver a dirigirse a Cyrus—: Soy el nuevo...

—¿Y cómo te llamas? —lo interrumpió.

—Bill. Como iba diciendo, ¿por qué compartes esta información con nosotros? Ese tipo es tu padre...

—Y su Creador —añadió Max.

—Pues no me parece algo que haría un hijo.

—Tienes razón —dijo Cyrus—. Tal vez seas demasiado nuevo para comprender los matices de la situación.

Clarence volvió a aparecer, en esa ocasión procedente de la cocina y con una bandeja cubierta. Ziggy se echó atrás. Había visto a Cyrus comer demasiadas veces como para saber que lo que había debajo de una bandeja de plata no sería nada agradable de ver. Y a juzgar por el tamaño, o no era un cuerpo entero o era uno muy, muy, pequeño.

Clarence dejó la bandeja sobre la mesa y levantó la tapa sin mucha ceremonia. Ziggy estaba horrorizado. Pero en lugar de algo terrible, la bandeja solo contenía una garrafa de sangre. Cyrus le indicó a Clarence que sirviera las copas antes de continuar hablando.

—He tenido un año muy instructivo. He resucitado de entre los muertos en dos ocasiones, me he convertido en vampiro dos veces, he perdido a dos mujeres a las que he amado mucho, a una en más de una ocasión, y todo ha sido por deseo de mi padre. Veo que la solución a mis problemas es muy simple, pero me resulta inalcanzable sin ayuda. Mi padre debe morir y permanecer muerto para que mi vida vuelva a ser normal.

—¿Y cómo de normal puede ser si eres un vampiro que ya ha muerto dos veces?

Hubo tristeza en la voz de Bill, una tristeza que Ziggy no había oído antes ni había sentido por el lazo de sangre. ¿Ya había aprendido Bill a ocultar sus emociones? Resultaba asquerosamente deprimente.

Ziggy se dio cuenta demasiado tarde de que Cyrus estaba mirándolo.

—No tan normal como en el pasado, eso os lo juro.

Fue suficiente para que a Ziggy se le secase la garganta. Era una suerte que Clarence le hubiera servido una copa. Se la bebió de un trago.

—Tengo que admitir que eso también me preocupa —dijo Max—. ¿Cómo sabemos que no estamos escogiendo el menor de los males?

—Hablad con vuestra amiga la doctora —la voz de Cyrus se suavizó—. Os juro que no jugaré sucio. No después de todo lo que me ha pasado este año —se recostó en su silla y cerró los ojos—. Antes disfrutaba con la crueldad. La saboreaba. Ahora no puedo encontrarla para matar a mi padre.

—¿Diez días? —preguntó Max, como para aclarar las cosas—. Mantente en contacto con nosotros. Intenta reunir algo más de ayuda y nosotros haremos lo mismo. Y nos ocuparemos de tu papaíto.

—Lo intentaremos —lo corrigió Ziggy—. Pero vamos a necesitar ayuda. Especialmente, sangre.

—Sí, cómo no. Clarence os dará todo lo que necesitéis antes de marcharos esta noche —los miró lleno de esperanza—. Por favor, creedme cuando digo que quiero que esto termine tanto como vosotros. Y no estoy del lado de mi padre.

Max se terminó la copa y se levantó.

—Bien. Que tu mayordomo cargue la furgoneta —se giró hacia Bill—. Bébete eso.

Bill palideció e intentó no mirar la sangre que tenía delante.

—No, estoy bien. No me siento del todo preparado para...

—Y yo no estoy preparado para ver que te comes a un inocente viandante esta noche, así que vas a beberte eso ahora.

Max habló con rotundidad, sin un «por favor» o un «gracias».

—Ahora te da asco, pero te acostumbrarás —añadió Cyrus mientras deslizaba el dedo suavemente sobre el borde su copa—. En el futuro verás que es una triste verdad.

Antes de poder evitarlo, Ziggy recordó un torrente de imágenes violentas y sexuales de su época con Cyrus y no pudo ocultárselas a Bill, cuya mandíbula se tensó antes de que levantara la copa, se bebiera el contenido de un trago y la dejara en la mesa con tanta fuerza que Ziggy pensó que el tallo se habría roto. El rostro de Bill adoptó la forma de vampiro antes de volver enseguida a la normalidad.

—Ya está —dijo sin aliento y secándose la boca con el dorso de la mano—. Ahora ya podemos largarnos.

Fiel a su palabra, Cyrus les dio la sangre que les había prometido. Max esperó en la cocina mientras Clarence metía las bolsas de plástico en una nevera portátil y Bill, sin decir nada, salió al jardín.

—Ve con él —le dijo Max a Ziggy—. Ya ayudo yo por aquí.

En cuanto salió por la puerta de la cocina, Bill vomitó en los matorrales toda la sangre que había bebido. Ziggy esperó un instante antes de hablarle.

—¿Estás bien?

Bill no respondió. Se limpió la boca con la camiseta y se apoyó contra la furgoneta.

—No quería beberme eso.

Ziggy se acercó y lo abrazó, sabiendo que él no se resistiría. Bill le devolvió el abrazo con fuerza, hundiéndole los dedos en la espalda.

—Vas a tener que acostumbrarte a esto —Ziggy se giró ligeramente para besarle en la oreja—. Ojalá pudiera decirte que existe otro modo, pero no lo hay.

Al cabo de un momento, Bill dio un paso atrás y se secó las lágrimas de los ojos.

—Lo sé. Y sé que tengo que... beber sangre. Estoy cansadísimo, tengo mucha sed y mucha hambre y nada me ayuda. Pero he pasado demasiado tiempo al otro lado. Cuando descubrí que los vampiros existían, que estaban con nosotros, que podía

ganar dinero alimentándolos, no lo creí. Y ahora me siento un poco así. Siento con horror que mi vida ha cambiado y no recuerdo cómo era antes.

Ziggy asintió lentamente.

—Creo que todos hemos pasado por eso. No creo que nadie se convierta en vampiro sin llevarse un buen impacto.

—Eso es, es un impacto —Bill se rio con amargura—. Eh, por lo menos tengo un buen Creador, ¿no? Quiero decir, el tuyo es pésimo. Por lo menos a mí me ha creado alguien con quien no me importa estar.

La pequeña chispa de esperanza en el pecho de Ziggy se encendió y rápidamente él la apagó.

—Bueno, eso es por ahora. Quiero decir, en el futuro...

—Para —Bill se acercó como si fuera a besarlo, pero entonces pareció pensárselo mejor después de lo que había hecho entre los arbustos. Le tocó la mejilla—. Ha sido una noche muy larga. Solo quiero llegar a casa, emborracharme lo suficiente como para poder beber sangre y después meterme en la cama contigo.

—Eso puede ser un problema. No creo que haya una cama libre. Me parece que tendrás que volver a conformarte con el suelo del almacén —una risa nerviosa hizo vibrar el pecho de Ziggy—. ¿Puedo preguntarte algo?

—No veo por qué no —respondió Bill, sorprendido.

El chico respiró hondo y formuló la pregunta.

—Cuando dices que quieres estar cerca de mí, ¿eres tú o es el lazo de sangre el que te hace sentirlo?

El silencio que se hizo fue importante; uno de esos silencios que preceden a algo verdaderamente significativo.

—No lo sé.

—¿Qué...?

—Bueno, todos arriba, nos largamos —gritó Max cuando salía por la puerta con dos enormes neveras.

—Joder, tío, ¿tienes una fuerza sobrenatural o qué? —Bill corrió a su lado y le quitó una de las manos—. Vamos a ir bastante apretaditos hasta que lleguemos al apartamento.

Max asintió con la cabeza.

—Y lo primero que voy a hacer al llegar va a ser beberme una de estas bolsas e irme directo a la ciudad.

Un frío pavor hizo que a Ziggy se le encogiera el pecho.

—No.

Se giró hacia Bill y Max, sin querer pronunciar esas palabras porque la tarea que tenían entre manos sería increíblemente desagradable.

—Primero tenemos que contárselo a Carrie.

Capítulo 17

Confesión

Mientras los chicos estaban fuera, tuve tiempo para pensar.

Borrad eso.

Dahlia tuvo tiempo para pensar.

En una ocasión, mientras iba a ver cómo se encontraba Nathan, me vi de pie a su lado con una estaca en la mano. Por suerte, me di cuenta de lo que estaba haciendo. Y por suerte, él no se despertó y me vio allí.

Ella era una presencia constante en mi mente, tanto que tenía que pensarme dos veces todo lo que hacía. ¿De verdad quería una taza de café o era Dahlia? ¿Estaba demasiado cansada como para bloquearla de mi mente o era eso lo que ella quería hacerme creer? Y una vez que la había bloqueado, ¿estaba segura de que se había ido? Era peor que antes, cuando había invadido mi cabeza. Ahora ya no tenía ningún sitio adonde ir.

Sentí una inesperada, si no compasión, al menos comprensión hacia el Devorador de Almas. ¿Cuánto de lo que hacía era producto de las almas atrapadas dentro de él, de sus intentos de manipularlo?

Pensé que estaba excusándolo en cierto modo, y supe que toda esa comprensión y compasión tenía que venir de Dahlia porque yo todavía quería arrancarle la garganta a Jacob Seymour con los dientes.

Y entonces esa imagen mental llenó mi cabeza y ya no estaba segura de si era Dahlia o era yo. La escena era muy gráfica: yo, sentada sobre el regazo de Jacob y acercando su cara a la mía para un beso. Sus huesudas manos aferradas a mi espalda me arrancaron la camisa. Mis uñas trazaron unos surcos en sus brazos desnudos y, cuando me aparté para lamer la sangre de mis dedos, su boca estaba ahí, luchando contra la mía para obtener la pegajosa capa escarlata. Le mordí la mandíbula, extrayendo más sangre, y después la oreja. Y entonces, mientras gemía de placer y hundía las manos en mis caderas, le mordí el cuello, con fuerza, y tiré. Mis colmillos atravesaron su piel y su músculo. Arranqué venas y nervios. Le aplasté el esófago y le partí la tráquea. Y cuando toda esa masa quedó pendiendo de mi boca, vi las frágiles vértebras de su columna vertebral, el blanco de sus huesos resplandeciendo a través del rojo torrente que bañó mi regazo.

La puerta del apartamento se abrió de golpe y me despertó de mi ensoñación. Para mi disgusto, el corazón me latía deprisa y un cosquilleo recorría mi cuerpo como si hubiera tenido una fantasía sexual. Intenté que no se reflejara en mi expresión cuando les pregunté:

—¿Habéis encontrado sangre?

—Y tanto —Max puso una enorme nevera sobre la mesita de café.

—Y hay otra igual —anunció Bill dejando la segunda en el suelo junto a la puerta—. Tu amigo nos ha ayudado.

—¿Mi amigo? —no sabía de quién estaba hablando hasta que Ziggy entró por la puerta—. ¿Entonces lo sabes? —suspiré y asintió.

—Y al parecer tú también —dijo Max, sentado en el sofá a mi lado—. ¿Qué posibilidades tenemos?

Bill interrumpió la conversación.

—Primero la sangre. Bueno, para vosotros, chicos. Sangre para vosotros y alcohol para mí, y después hablaremos de esto.

—De acuerdo.

Max se levantó y fue a la cocina con Bill y las neveras. Haría falta un milagro para lograr meter todo eso en el congelador, pero no me importaba.

Ziggy se quedó en la puerta con una mirada acusatoria.

—No sabía cómo decíroslo. Ni siquiera sabía que estaba vivo hasta anoche. Y después pasó lo de Bill...

—No estoy enfadado —pero su postura tampoco indicaba que estuviera entusiasmado. Deslizó los dedos sobre los libros que habíamos colocado en las estanterías y sacó el gran volumen que decía Espíritus. Se giró hacia mí—. ¿Queda algo en este?

—Creo que sí —lo vi abrir el libro y sacar el pequeño frasco de metal y destaparlo—. ¿Por qué?

Ziggy le dio un sorbo al *whisky* que había dentro del frasco.

—Bill no puede beber sangre. Esto... podría solucionarlo.

—Ah —recordé la primera vez que había bebido sangre. De Dahlia, directamente de sus cálidas venas de humana. Aparté ese recuerdo—. Tendría que habértelo dicho.

—Lo sé. Pero eso no cambia el hecho de que lo haya descubierto por mí mismo. Han debido de traerlo después de que me trajerais aquí, porque me habría dado cuenta si hubiera estado rondando a mi alrededor.

—¿Cómo está? —odiaba preguntarlo, pero quería saberlo.

—Está de nuestro lado. Es lo único que tiene que preocuparte —dijo Max con dureza desde la cocina—. Eh, ¿dónde está tu amigo gris?

—Se llama Henry. Y está abajo intentado hacer que la trastienda sea un lugar más habitable para Bill y Ziggy. Tú puedes dormir en el sofá, si quieres. Imagino que no sería muy divertido dormir ahí abajo ayer.

Max asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Estuve bien. Es más, es probable que siga durmiendo en el agujero.

Cuando la sangre se había calentado y todos nos habíamos tomado una taza, aunque Bill prefirió conformarse con el contenido del frasco, me contaron lo que había pasado con Cyrus.

—¿Diez días? —sacudí la cabeza y un inmenso pavor me oprimió el corazón—. Imposible. Nathan no estará mejor para entonces.

—Nathan podría quedarse fuera en lo que se refiere a luchar —Max se levantó y se estiró—. Pero de todos modos puedes fabricar a esos tipos grises. ¿Cuántos crees que puedes crear hasta entonces?

Me atraganté con la sangre que estaba tragando.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Cyrus dijo que nos habíamos cargado a muchos soldados humanos de Jacob, pero aun así vamos a necesitar apoyos —secundó Ziggy.

Miré las adustas caras de los hombres que me rodeaban y suspiré.

—No sé. Tal vez cinco. Tal vez. Pero me costó mucho hacer solo a Henry.

«Ya no tiene por qué costarte tanto», me recordó Dahlia. La ignoré.

—Bueno, eres lo mejor que tenemos. Me he quedado sin ideas. No sé vosotros, chicos —añadió Max dirigiéndose hacia los libros.

«Háblale de mí», me ordenó Dahlia con tanta insistencia que apenas podía centrarme en mis pensamientos. Abrí la boca para gritarles que haría copias de Henry, que no había ningún problema, y que iríamos a matar al Devorador de Almas, pero lo que me salió fue:

—Soy una devoradora de almas.

Max, Ziggy y Bill no parecieron reaccionar al principio. Después Max dijo, lentamente:

—Espera, ¿qué has dicho?

No quería repetirlo, porque yo no había elegido decirlo en primer lugar.

—Soy una devoradora de almas. Cuando fuimos a rescatar a Nathan, Dahlia se interpuso en mi camino. Solo quería matarla, o tal vez no, no lo sé. Quería algo, quería hacerla sufrir. Así que me comí su alma.

Me temblaban las manos cuando agarré la taza.

—Está bien... —Bill sacudió la cabeza—. No, no está bien. ¿Qué coño significa eso de que eres una devoradora de almas?

Ziggy se lo explicó por mí, gracias a Dios. Yo no quería hacerlo.

—Jacob se convirtió en el Devorador de Almas al consumir la sangre y las almas de otros vampiros. Es parte de lo que lo hace tan aterrador. También es parte de lo que le hace débil. Necesita más sangre para vivir. Necesita almas y no puede obtenerlas de humanos.

—Cuando maté a Dahlia, lo hice chupándole la sangre. Y al final... me bebí también su alma. Sin querer.

«¡Mentirosa!», la furia de Dahlia me recorrió con tanta fuerza que partí la taza que tenía entre mis manos. Me salió sangre de los dedos y manché la moqueta.

—¡Ups!

—Muy bien —Max se giró, pero ni aun así pudo ocultar sus emociones. Hasta su espalda parecía estar enfadada—. Sabías que Cyrus estaba vivo. Sabías que eres una devoradora de almas. ¿Hay algo más que no tuvieras pensado contarnos?

—No es que hubiera planeado no contároslo, es solo que justo después de que esas cosas sucedieran, tuve que hacer un trasplante de corazón y un injerto de piel. He estado un poco distraída.

—¿Cómo de distraída? —preguntó Ziggy en voz baja—. Quiero decir, ¿se lo has contado a Nate?

—¿Que si le he contado qué? Sabe que soy una devoradora de almas, pero no sabe lo de Cyrus.

—Ninguno lo sabíamos. Y él suele ser la última persona con la que eres sincera —dijo Max.

—Eh, tranqui —le gritó Bill y me quedé sorprendida ante la autoridad en su voz. Aunque más sorprendente fue oír a Max farfullar:

—Lo siento —Max rara vez escuchaba a alguien que no fuera... Max.

—Está bien —dijo Bill—. Pero lo importante que hay que recordar ahora mismo es que andamos justos de tiempo para aniquilar al Devorador de Almas. Y Nathan es parte del equipo aunque no pueda participar.

—Tienes razón —dije.

Y justo cuando terminé mi frase, Bill añadió:

—Por eso tienes que contárselo, Carrie.

Miré a Ziggy, que con expresión compasiva me dijo:

—Tiene razón. Tienes que contárselo.

Suspiré y me levanté.

—Debería llevarle algo para comer de todos modos.

—Nosotros bajaremos para dejaros un poco de intimidad —dijo Bill.

Max los siguió hasta la puerta.

—Y yo también estaré abajo. No es que no quiera dormir en un sofá ensangrentado, pero el saco que hay en el refugio no ha sido el escenario del trasplante de corazón de una aficionada.

Y así me quedé sola. Tenía que decirle a Nathan que Cyrus, la persona a la que más odiaba del mundo, incluso más que a su Creador, vivía de nuevo.

Mientras rellenaba la tetera y la ponía en el fuego, planeé detenidamente lo que le iba a decir. Por lo menos, esa era mi intención. En realidad, me abrumó todo lo que sabía que tenía que decir y cómo eso chocaba contra lo que de verdad quería decir y se entendería como una completa contradicción. Mi plan se fue al garete antes de tener siquiera la oportunidad de ponerlo en marcha.

No era tan sencillo decirle a Nathan que Cyrus volvía a estar vivo.

También tenía que asegurarme de que él supiera que no había cambiado nada entre nosotros solo por el hecho de que mi primer Creador volviera a estar aquí. Es más, me sorprendí ante cómo cambiaron mis sentimientos por él.

Había conocido a Cyrus de muchas formas: Cyrus el monstruo, Cyrus el humano, Cyrus el alma herida buscando algo que lo hiciera ser mejor de lo que era, Cyrus mi Iniciado. No tendría que haberme supuesto una sorpresa tan grande que el Cyrus que

había estado delante de mí en la granja del Devorador de Almas fuera un hombre completamente distinto al que había amado recientemente.

Aun así, Nathan no lo vería del mismo modo. Y si se lo decía directamente así: «No te preocupes, no te dejaré por él...», se lo tomaría como un reconocimiento de mi culpa. O tal vez lo haría yo. Era una situación demasiado complicada como para comprender la diferencia.

La tetera silbó y me resigné a apartarla del fuego ante el trastorno emocional que estaba por llegar. Serví un poco de sangre en una taza y fui hacia el dormitorio.

Cuando abrí la puerta, Nathan me lanzó una adormilada sonrisa.

—Se te ve mucho mejor, si no fuera porque pareces medio masacrado.

Emitió un sonido que habría sido una carcajada de haber estado más fuerte.

—Me encuentro un poco mejor, pero aún me duele. Aunque es el primer sueño de verdad que he echado en un tiempo.

Dejé la taza sobre la mesilla y me senté a su lado con actitud animada.

—¿Quieres algo para el dolor?

Negó con la cabeza, lentamente.

—No. Ahora quiero tener las ideas claras. Solo quiero pasar un rato contigo cuando no estoy drogado, o cuando el dolor no me distrae.

—¿Y ahora no está distrayéndote el dolor? —le aparté unos cuantos mechones de la cara—. Bueno, supongo que eso es bueno.

—Y tanto que es bueno. Ahora lo único que tenemos que hacer es algo para curar el aburrimiento —me besó la mano.

La aparté. Me parecía deshonesto darle una sensación de seguridad con la que iba a acabar de un momento a otro.

Me miró confundido y resignado al saber que el momento de paz había terminado demasiado pronto.

—Carrie, ¿qué pasa?

—Es solo que intento acostumbrarme. A todo.

—¿A compartir tu cabeza con Dahlia? —dijo en tono compasivo—. Cariño, si pudiera evitarte todo eso...

—No te dejaría —le tomé la mano—. No estoy siendo totalmente sincera. Hay más.

—¿Sí? —enarcó una ceja—. ¿Te has echado una novia? He de decir que no me importa demasiado, siempre que además hayas desarrollado una tendencia exhibicionista...

—Ja, ja —me gustó verlo bromear de nuevo. Era mejor que oírle decir que estaría mejor muerto—. No. Se trata de Cyrus.

El gesto le cambió de inmediato.

—Ah.

—Está vivo —fue como arrancar una tirita de golpe.

Nathan intentó sentarse y lo detuve con una delicada presión en el hombro.

—No te agobies por ello. No es para tanto.

—¿Que no es para...? Espera... ¿Cuándo ha pasado?

—Debió de ser después de que trajéramos a Ziggy. Él se ha quedado tan impresionado como tú —me mordí el labio—. Nos ha dicho algunas cosas.

—¿Cómo... cómo ha pasado? —preguntó ignorando lo que había dicho—. Murió. Lo vi morir. Tú... lo viste morir.

—Sí, lo vi —y aunque volvía a estar vivo, revivía ese momento en mis pesadillas—. Pero no es la primera vez que pasa algo así.

Nathan suspiró.

—¿Cuándo ha empezado a ser normal eso de traer a gente de entre los muertos? Esto nunca habría pasado hace cincuenta años.

—Tal vez sí. Quiero decir, por entonces no estabas tan relacionado con ese círculo social.

—¿Círculo social? —cerró los ojos—. Está bien, ¿qué vamos a hacer?

Era una buena pregunta.

Si yo tuviera todas las respuestas en lo que a Cyrus concernía, el último año habría sido mucho más sencillo.

—Supongo que ahora mismo no podemos hacer mucho... Él nos devolvió el corazón de Ziggy. Olvidé contártelo. Y les ha dicho a los chicos lo que el Devorador de Almas tiene planeado.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

En ese momento supe que Nathan estaba volviendo a ser el de antes. Estaba dispuesto a entrar en la batalla, podía sentir su tensión reverberando por el lazo de sangre.

Pero por desgracia, era imposible que participara en el combate en su estado.

—Diez días. O menos. Quiero decir, no estoy del todo segura. Max, Bill y Ziggy me han contado la historia, pero ha sido todo muy repentino y precipitado.

—Claro —tenía los puños apretados—. Dios, ¿por qué tengo que estar en este estado cuando me necesitas? Soy patético, ni siquiera puedo darle un puñetazo a la pared para liberarme de mi frustración.

—Eh, no hables así —le agarré una mano e intenté calmarlo—. Tú no eres patético, solo te han despellejado vivo. No voy a negarte que haya sido muy inoportuno, pero tampoco creo que exista un buen momento para que lo despellejen a uno.

—Nunca hay un buen momento. Punto —me fue insoportable ver su gesto de derrota—. En diez días, todo esto habrá acabado.

—Para bien o para mal —la ironía de esas palabras se mofó de mí—. Quiero decir...

Me lanzó una agridulce sonrisa.

—Lo sé. Pero si algo nos sucede a alguno de los dos...

—Bueno, a ti no te pasará nada. Estarás aquí...

¿No podía decir nada acertado esa noche?

—Lo que quiero decir es que no te verás en un peligro inminente.

—Lo estaré —me apretó la mano y se la llevó a los labios para besarla—. Si algo te pasa a ti, también me pasa a mí.

Quería decirle «no va a pasarme nada», pero la historia había demostrado que era una estupidez que yo dijera algo así. Además, ¿y si no me pasaba nada? ¿Y si después de que el Devorador de Almas muriera yo no moría? Ahora era una devoradora de almas. ¿Qué pasaría en un año o dos, cuando no pudiera retener más a Dahlia? ¿Qué pasaría cuando mi cuerpo no pudiera mantenerse solo de sangre? ¿Qué pasaría cuando me convirtiera en pura maldad?

¿Qué sucedería cuando fuera el monstruo contra el que mis amigos estaban luchando?

Por mucho que esos pensamientos me atormentaran, no podía permitir que Nathan también pensara en ello. Ya nos enfrentaríamos a ello cuando llegara el momento, pero por ahora tenía que concentrarme en él.

—Si quieres tener alguna posibilidad de estar en forma para luchar... tenemos que trabajar con tu despellejamiento.

Nathan suspiró.

—Ojalá no tuviéramos que repetir ese atroz procedimiento otra vez, pero también preferiría poder ayudar cuando haga falta. Así que pongámonos a trabajar.

—Tengo que ir a por mis cosas y tengo que medicarte... mucho.

Me giré hacia la puerta y él iba a protestar, pero lo interrumpí.

—No es por ti. Es por mí. Es muy difícil hacerle esto a alguien a quien amas. Preferiría que uno de los dos estuviera inconsciente, y sería mejor que esa persona no fuera la que va a usar el bisturí.

Volví a darme la vuelta para marcharme, pero me agarró de la muñeca.

—Te quiero.

—Lo sé —le apreté la mano y la solté—. Yo también te quiero.

Y me marché. No quise despedirme de él.

Capítulo 18

Descanse en paz

El callejón estaba oscuro. Demasiado oscuro. Y había silencio. Demasiado silencio.

Max sacó la estaca de su bolsillo y se puso de cuclillas, medio escondido, preparándose. La luz de la casi luna llena hacía que le escociera la piel. Le hacía querer echar correr. Le hacía querer arrancarse la ropa y dejar que la luz de la luna lo bañara. Le hacía querer encontrarse con alguien en concreto y tomarla, ahí mismo. Adentrarse en ella sin piedad, morderla y arañarla.

Una luna llena, y no estaría con Bella.

—Cuando vuelvas, cambiaré contigo. No podré correr, así que no podrás perseguirme, pero me esconderé y podrás encontrarme. Y será... más de lo que puedas imaginarte —le había prometido cuando él se había lamentado de su separación por teléfono.

Pero no le bastaba saber que con el tiempo estarían juntos. La quería ahora. Quería que le aseguraran que estaría con ella, sin que su padre pudiera hacer nada para evitarlo.

Y eso lo tenía muy sorprendido.

En el pasado, habría estado deseando sumarse a la batalla, lo habría visto como su deber. Pero ahora, a menos de veinticuatro horas de que llegara la hora, lo único que quería era irse a casa y abrazar a Bella.

Incluso saber que se acercaba un combate debería de haberlo ayudado durante los últimos días, pero no había sido así. Después de reflexionar sobre la información que les había dado Cyrus, por fin habían tomado la decisión sobre lo que iban a hacer. Atacarían al Devorador de Almas tres días antes de la ceremonia que pensaba celebrar, con el fin de evitar encontrarse con alguien de la lista de invitados. Mientras tanto, habían estado yendo de un lado a otro como tigres enjaulados.

Bueno, más o menos.

Bill y Ziggy habían pasado mucho tiempo a solas. Y le parecía bien. Max tenía una política muy estricta en lo que concernía a las relaciones homosexuales: haced lo que queráis con tal de que yo no tenga que verlo. Podía saltarse las reglas cuando se trataba de dos lesbianas *sexys* y gemelas, pero de ahí no pasaba. Si Ziggy y Bill querían trabajar en su relación o hacer lo que fuera en esa trastienda, bien. Mejor que en el sofá que Carrie limpiaba compulsivamente con la esperanza, en vano, de quitarle las manchas de sangre.

Y no porque no hubiera tenido otra cosa que hacer.

Max se estremeció al pensar en todo lo que Carrie estaba pasando.

Ya casi había curado la piel de Nathan y seguía tratándolo, había creado varios hombres grises nuevos, y estaba inmersa en una maníaca misión de limpiar la sangre

de Bill del sofá sin dejar ni un momento de ponerles a todos cara de simpática para demostrarles que no iba a devorar sus almas.

Y mientras, Max se veía arañando las paredes, desesperado, y deseando que sus amigos comenzaran a luchar para no tener que quedarse mucho más tiempo por allí.

Y ahora parecía que habría otro retraso.

Oyó el ruido de unos frenos y después unas cuantas pisadas; las remilgadas pisadas de unos mocasines italianos.

Cyrus apareció en la boca del callejón.

Cuando estuvo claro que iba solo, Max giró la estaca en su mano y se la metió en el bolsillo trasero. Como un pistolero. Como Han Solo.

A regañadientes admitió que en el fondo sí que podía apetecerle un poco luchar.

—Muy amedrentador —dijo Cyrus—. ¿Por qué tenemos que vernos aquí? Creo que han dejado de pagar la factura de la basura.

—Lo sé. Es asqueroso. Quería que nos viéramos en un lugar público bien iluminado lleno de cámaras de televisión y que lleváramos camisetas a juego que dijeran «Somos vampiros» para que tu padre se asegurara de descubrir dónde estábamos, pero decidí que mejor no —volteó los ojos—. ¿Qué es tan importante para que hayamos tenido que vernos?

Cyrus no le hizo caso a todo lo que había dicho Max. Y era un poco de admirar.

—No sé cuándo tenéis planeado atacar, y tampoco quiero saberlo, pero creí que debía deciros que mi padre ha aumentado su seguridad.

—Qué bien. Tenemos refuerzos —le pareció mejor que ponerse a soltar improperios y a dar puñetazos contra la pared. ¿Por qué todo se les tenía que complicar tanto?

—Tiene un nigromante.

—Nos aseguraremos de llegar al nivel veintiséis en el videojuego de *Elf Mage*.

Cyrus al menos tuvo la decencia de reírse con el comentario.

—Comprendo tu incredulidad, pero ¿no eres un lupin? ¿No crees en la magia?

—Sé de magia —respondió bruscamente esperando que hubiera disimulado el hecho de que no sabía tanto—. Pero ¿un nigromante? ¿Qué va a hacer, leer el *Necronomicón* en voz alta y arruinar mi viaje de acampada?

—Va a levantar un ejército de muertos —Cyrus ni siquiera parpadeó.

Max sacudió la cabeza.

—Bueno, pues entonces estamos jodidos.

Cyrus se encogió de hombros.

—Si fuerais a por él ahora, os toparíais con un ejército de guardaespaldas humanos y vampiros. Si atacáis justo la noche del ritual, estarán muertos.

Y eso era lo que faltaba.

—¿Así que lo mejor, en tu opinión, es atacar en el momento más cercano a que el Devorador de Almas se haya convertido en un dios?

—No. No quiero deciros lo que tenéis que hacer. Eso depende de ti y del resto de tu variopinta banda de héroes. Yo simplemente estoy diciéndote lo que sé. Tiene una fuerza de vampiros y humanos que os supera en número. La noche del ritual serán sacrificados para alimentar las ambiciones de mi padre y a sus invitados. Sin embargo, en ese momento tendrá a un nigromante a su disposición, que no solo llevará a cabo el ritual, sino que podría levantar cualquier número de cadáveres resucitados para aniquilaros. Cuándo decidáis atacar es vuestra elección y, por suerte, yo no tengo nada que ver. Pero me parecía justo que tomarais la decisión estando informados.

«Maldita sea».

Era mucho más fácil odiar a Cyrus cuando hacía el mal. Cuando hacía algo decente, Max se sentía un imbécil porque no le cayera bien.

—Gracias. Pasaré la información. ¿Y qué pasa contigo?

Cyrus pareció sorprenderse por el hecho de que pensarán en él.

—¿Qué pasa conmigo?

Max se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared.

—¿Dónde vas a estar cuando ataquemos? ¿Estarás del lado de tu padre o del nuestro?

—Estaré de mi lado —respondió simplemente e imitando la pose de Max, pero más relajado y contra la pared de enfrente.

—¿Tu lado? Sí, claro.

—Todo el mundo está de su propio lado y cualquiera que te diga lo contrario o te miente o se está mintiendo a sí mismo.

«Ya, seguro».

—Bueno, pues que pases buena noche, gilipollas.

Max se giró para alejarse y todos los músculos de su cuerpo le gritaban que debía partir a Cyrus en dos con sus propias manos. Y, para ser sincero, no estaba seguro de si el que pensaba eso era su yo vampiro o su yo hombre lobo. O si era simplemente Max Harrison, ese hombre que no toleraba las gilipolleces.

—Max, espera, por favor.

Max se giró.

—¿Qué?

—¿Cómo está ella? —pareció costarle formular la pregunta—. Quiero decir... ¿es feliz?

—Bueno, es una devoradora de almas, a su novio lo han despellejado vivo y su Iniciado, cuya muerte ha estado llorando, ha vuelto a la vida —Max se contuvo. Estaba claro que a ese tipo le importaba Carrie—. Pero diría que sí, que a pesar de las circunstancias, no se siente tan miserable como debería.

Cyrus asintió en silencio.

—Me alegro. No quiero verla sufrir, si puedo evitarlo.

—Le daré recuerdos de tu parte —Max se giró hacia la boca del callejón.

—No —la voz de Cyrus lo detuvo—. Por favor, no le digas que he preguntado por ella. Sería... sería más fácil que no lo supiera.

Max estaba dividido; se preguntaba a qué estaría jugando ese tipo, pero a la vez sentía lástima por él. Sin embargo, era muy fácil encontrar unas segundas intenciones en todo lo que Cyrus hacía y no era que Max tuviera prejuicios; era que estaba seguro de ello.

—No se lo diré.

Cyrus no siguió a Max fuera del callejón. Pues nada, si quería quedarse allí y disfrutar del asqueroso olor a basura, ¡todo para él!

Max, por su parte, se iba a hacer un poco de *footing*.

* * *

Diez noches no es tanto tiempo. Y cuando las reduces a seis y ya has desperdiciado una de ellas, el tiempo pasa muy deprisa.

Y más todavía si estás ocupado.

Había aumentado la frecuencia con que parcheaba la piel de Nathan. Justo antes de que se fuera a dormir por las mañanas, le cortaba tiras de la espalda y se las adhería al torso. Justo cuando se despertaba por la noche, repetía la misma operación. Se pasó esos seis días casi constantemente drogado y dolorido, pero se curó más deprisa de lo que me esperaba. Al quinto día, estaba sentado en la cama leyendo el periódico. No estoy segura de hasta qué punto entendía lo que leía dada la cantidad de morfina que le había administrado, pero a él le parecía muy entretenido.

Esa noche, Ziggy se había ido con Bill al hospital a robar una silla de ruedas y llevamos todos los muebles contra una pared del salón para que por lo menos tuviera un poco de movilidad.

—Es genial poder levantarme otra vez —dijo paseándose por el salón con la silla. Aparcó junto a su sillón favorito, lo miró con anhelo y después, como todo un hombre, aceptó el estado en que se encontraba.

—Es genial tenerte de vuelta, tío —dijo Bill. Parecía que fuera a darle una palmadita en el hombro, pero por el contrario, le tendió la mano. Cuando Nathan se limitó a farfullar una respuesta de lo más esquiva y no le estrechó la mano, Bill la bajó.

—Entonces... —Ziggy intentó disipar la tirantez del momento—. ¿Cuándo te van a quitar esos vendajes tan estilosos?

Nathan se miró el pecho como si le sorprendiera verse el torso con parches de gasa. Los vendajes cubrían una estrecha franja que no se había curado del todo y que se extendía desde las clavículas hasta casi la cinturilla del pantalón del pijama. Lo que se había curado se veía rosa y brillante y lleno de costuras, como Robert de Niro en *Frankenstein*.

—Es mejor dejar lo que está más reciente vendado para que no se seque —dije—. Y también por las infecciones, aunque eso a nosotros no nos importa.

—No voy a seros de mucha ayuda cuando os marchéis... ¿cuándo? ¿Esta noche? —me miró lleno de miedo y de esperanza a la vez—. Ya deberíais iros.

—Estamos esperando a que vuelva Max. Ha ido a recabar información de... — Ziggy me miró, como pidiéndome permiso para decirlo—. De Cyrus.

—Ah —Nathan asintió—. Bueno, a lo mejor yo puedo ayudaros a trazar el plan. Bill se introdujo en la conversación.

—Parece que va a ser bastante fácil. Nos cargamos a casi todos esos humanos superfuertes cuando fuimos a buscarte. Y según Carrie, Jacob no puede hacer más solo, necesitaba a esa bruja —Bill se detuvo—. La que Carrie se comió.

—Sí, sé lo que le pasó a Dahlia —dijo Nathan secamente—. Imagino que Max se habrá enterado por Cyrus de qué clase de refuerzos ha reunido el Devorador de Almas.

—Si es que lo ha hecho. Quiero decir, no tenía muy buen aspecto cuando nos marchamos —Ziggy me miró—. Bueno, al menos eso es lo que dijo Carrie.

—Tienes razón, no tenía buen aspecto. Pero eso no significa que no tenga a unos cuantos secuaces imbéciles ocupándose de la seguridad.

—Sería mejor si los secuaces imbéciles fueran la seguridad —Bill me miró—. ¿Cuántos hombres grises tenemos?

Había estado ocupada. No solo con Nathan, sino creando nuevos gólems.

Todo el poder que había tenido antes lo había obtenido de un poco de la sangre de Dahlia y esa pequeña parte de poder me había parecido impresionante. Ahora, con toda la sangre de Dahlia y su alma, su esencia, también tenía todo su poder. Crear a Henry me había costado mucho y por eso me había dado miedo volver a intentarlo. Crear a Henry Dos me había supuesto un poco de barro, unas cuantas gotas de sangre y la concentración que necesitaría para jugar al solitario con las cartas. Después de eso, había sido cada vez más fácil. Increíblemente fácil. Incluso había llegado a aburrirme y me había puesto a experimentar. El primer Henry lo hice con ceniza. Para Henry Dos había utilizado un poco de arena de un camino cercano. Henry Uno salió gris, mientras que Henry Dos era de un color marrón topo. Utilicé tierra para macetas y el resultado fue un extraño marrón oscuro con motas descoloridas ahí donde había estado el vermífugo. Aplasté un poco de tiza rosa y creé un Henry rosa llamado Henrietta.

Había experimentado utilizando más material para intentar hacer gólems más grandes, pero siempre salían del mismo tamaño y forma, aunque un poco más densos. En el sentido físico. Todos tenían la misma inteligencia.

Había hecho treinta hasta el momento y los teníamos debajo de una lona en una esquina de la librería.

Cuando se lo dije a Bill y a Ziggy, se quedaron blancos.

—¿Quieres decir que hemos estado pasando por delante de ellos todas las mañanas? ¿Qué hemos estado durmiendo con ellos al lado? —Ziggy chasqueaba con los nudillos mientras hablaba.

—Son inofensivos. De verdad —fue una tontería decir eso. Eran tan inofensivos que uno había matado a Bill—. A menos que les dé unas instrucciones muy, muy, estúpidas.

—Bueno, olvidémonos de eso, ¿de acuerdo? —me sorprendió la actitud de Bill. O ya había superado el impacto de convertirse en vampiro, o estaba demasiado distraído como para enfadarse conmigo.

Ziggy también dejó el tema.

—Solo quiero saber cómo vamos a meter a treinta en la furgoneta. Quiero decir, ¿vamos a decirles que se amontonen usando la técnica de albañilería con leños?

—Podríamos... si yo hubiera sabido qué es eso cuando los creé, cosa que, por cierto, desconozco. Podrías explicarme qué es eso de la albañilería con leños y entonces podría crear otro Henry y pedirle que los coloque a todos siguiendo esa técnica.

—Es buena idea —dijo Bill—. No puedo recordar cómo de alto es un leño...

La puerta se abrió y Max entró, extrañamente sonrojado para ser un vampiro. Tal vez era cosa de hombres lobo, lo cual también habría explicado las hojas y el césped que llevaba adheridos a la ropa. Vio a Nathan en la silla de ruedas y se sobresaltó.

—¡Estás levantado!

Nathan le sonrió.

—Estaban debatiendo sobre cómo meter a treinta gólems en la parte trasera de la furgoneta. ¿Sabes lo que es la albañilería con leños?

—Olvidadlo. No iremos esta noche.

El miedo se apoderó de mi estómago.

—Vas a decirnos algo que no queremos escuchar.

Él asintió con gesto sombrío.

—Cyrus me ha dicho que su padre ya tiene una enorme fuerza de seguridad. Y la buena noticia es que se los van a comer a todos antes del ritual. Pero el tipo que hará el ritual es capaz de levantar a un ejército de muertos para que nos ataquen.

—¿Un nigromante? —Nathan se movió en la silla con la misma expresión de entusiasmo que habría tenido un niño subido a un autobús con destino a Disneyland—. ¿De verdad tiene un nigromante?

—Supongo —dijo Max encogiéndose de hombros—. A mí no me parece tan genial.

—A mí tampoco —añadió Ziggy—. No soy muy fan de los zombies.

—Nosotros tenemos treinta gólems. ¿Por qué no nos ceñimos al plan?

No era que estuviera deseando que me mataran, pero me parecía terriblemente decepcionante que esa fuera a ser la noche en la que se podría solucionar el problema que nos había estado preocupando la mayor parte del año y que ahora tuviéramos que volver a esperar.

—Treinta gólems que luchan igual que tú —señaló Nathan—. No es exactamente un batallón de primera. Están bien para luchar contra zombies que van por ahí

tambaleándose, pero si vais a luchar contra humanos y vampiros armados, vais a tener que correr mucho.

Le di una palmada en la cabeza.

—Muchas gracias.

—Pero tiene razón —dijo Bill mientras se cubría la cabeza—. No me pegues, pero tiene razón. Si no sabemos exactamente cómo es de grande su fuerza, estaríamos malgastando tiempo y haciendo peligrar nuestras vidas.

Max asintió.

—Y Cyrus no me ha dicho cuántos guardaespaldas tiene el Devorador de Almas. Aun así, no sabemos cuántos zombies puede crear ese nigromante.

—Tantos como cadáveres haya —Nathan fue hasta la ventana y descorrió las cortinas, como si desde ahí pudiera ver toda la ciudad.

—Y Grand Rapids tiene más cementerios que cualquier otra ciudad del planeta. Fantástico.

Max tenía razón. Había probablemente más gente muerta que viva en esa ciudad. Si lograba levantarlos a todos...

—Pero es bastante sencillo. Carrie puede hacer más gólems, mandarlos a los cementerios y ordenarles que vayan matando a los zombies según salen por las puertas.

—No es nada práctico —dijo Nathan desechando la idea.

—Nada práctico, pero puede que sea nuestra solución —me cubrí la cara con las manos—. Claro que tendríamos que encontrar y contar todos los cementerios.

—¿Y cuántas puertas hay en cada uno? —añadió Bill.

«Imbéciles, también podríais proteger los cementerios y evitar que penetrara la magia», sugirió Dahlia dentro de mi cabeza.

—¿Qué? —pregunté y todos me miraron.

«Proteger los cementerios. Idiota».

«¿Cómo lo hago?».

Odié preguntarle, pero si estaba de humor para colaborar, yo no iba a desaprovecharlo.

«¿Por qué estás diciéndome esto?».

«Porque si te matan, yo quedo libre. Y creo que la única persona lo suficientemente fuerte para matarte es Jacob».

Claro. Aunque que pensara que moriría de manos del Devorador de Almas no me inspiraba confianza.

—Podemos proteger los cementerios.

Bill, Max y Ziggy respondieron a la vez con distintas variantes de «¿qué significa eso?», pero Nathan giró su silla y dijo:

—Es una idea excelente.

—Genial, es excelente, pero ¿qué significa? —me preguntó Max.

Por suerte, antes de tener que admitir que no tenía la más mínima idea, Nathan habló por mí.

—Significa que haríamos un hechizo que funcionara como una barrera entre el hechizo del nigromante y los cadáveres que estuviera intentando resucitar.

—¿Y cuánto tiempo nos llevaría? Tengo todos los poderes de Dahlia —«tal vez no todos», me susurró en la cabeza—, así que podría hacerlo sin problema, pero si tenemos que ir de cementerio en cementerio, no sé cómo vamos a hacerlo.

—No tendrías que ir. Tengo por lo menos siete hechizos de protección y podríamos echarles un vistazo esta noche. La mayoría suponen hacer un pequeño conjuro con los ingredientes y después esparcirlos alrededor del perímetro que quieres proteger.

—Entonces, podríamos hacer el hechizo y después separarnos y esparcirlo —se me iluminó la cara—. Ahora Max puede salir a la luz del día. Lo que no podamos cubrir nosotros, lo hará él.

—Pero yo también quiero ir —dijo Nathan con desesperación—. No voy a ser capaz de ayudar en la gran batalla, así que por lo menos quiero poder hacer esto.

—Como ha dicho Carrie, podríamos dividirnos —interpuso Bill—. Ella podría ir con Ziggy y yo contigo.

—Y yo podría hacer el turno de día —concluyó Max—. Perfecto. Vamos a hacer magia, chicos.

Nathan habló intentando no mirar a Bill.

—Tal vez yo debería ir con Carrie, contando con que el hechizo funcione. Aún estoy muy débil y estoy seguro de que ella no querría...

Vi lo que pretendía. Quería evitar estar a solas con Bill y yo, pensando que podría ser bueno para que aceptara la relación de su hijo, dije:

—¡No, no pasa nada! Estarás bien, seguro.

—Dime qué libros necesitas y te los traeré —se ofreció Max—. Tengo que bajar a llamar a Bella de todos modos.

Nathan suspiró.

—Tráeme un boli y te los apunto.

«¿De verdad crees que podéis lograrlo?», se burló Dahlia en mi mente.

«Recuerda, si me pones la zancadilla, puede que salga de esta viva. Por tu bien, será mejor que cooperes para que Jacob pueda vengarte».

Ella se rio. O al menos, su alma atrapada en mí imitó el loco sonido de sus carcajadas. En ese momento, casi cancelé la idea de proteger los cementerios. Pero entonces me pregunté si eso era lo que Dahlia había querido que hiciera en un principio.

Capítulo 19

Ejército de uno

Aunque hacía bastante calor en la librería, la sangre de Max se heló en sus venas.

—¿Podrías repetirlo?

Bella parecía demasiado contenta y demasiado ignorante de las repercusiones de lo que había hecho.

—Mi padre ha sido destituido. Después de que informara a unos cuantos miembros de la manada sobre la situación con el Devorador de Almas, han reunido un consejo especial. Se han enfurecido al descubrir que les había ocultado esa información, y yo no me equivocaba al pensar que verían a un vampiro dios como una amenaza para nuestra existencia. Han votado y han destituido a mi padre.

—Dios, Bella, ¿estás bien?

Max no había conocido a su padre, pero estaba seguro de que se lo habría tomado muy mal si un consejo y él hubieran votado por exiliarlo.

—Oh, sí —sonó como si estuviera hablando de su desayuno, y no de su padre—. No lo han sentenciado a muerte. Probablemente se retirará al Santuario o tal vez se reunirá con el clan de los desterrados en Corsica. Aún podré hablar con él si es necesario.

—Te lo estás tomando sorprendentemente bien —casi demasiado bien. ¿Y si a él lo exiliaran a alguna parte? ¿Tampoco se disgustaría por ello?

Y entonces recordó que ya lo habían exiliado, en cierto modo. Peor, que lo habían enviado a morir y ella no se había disgustado demasiado. Aunque, por otro lado, sí que había hecho algo para asegurar su regreso. Si había hecho lo mismo con su padre, se habría adelantado a planearlo todo pensando en el mejor final posible.

Esa era su chica.

—He tenido tiempo para aceptarlo. Ahora, ¿quieres oír la decisión del consejo sobre el Devorador de Almas? —no le dio tiempo a responderle—. Van a enviar a un grupo de guerreros para asesinarlo. Por desgracia, a mí no me han invitado a ir, pero me quedaré para realizar los ritos de batalla con la sacerdotisa del clan. Luchar será un honor, pero este honor es más de lo que podría haber soñado.

—Perdóname si no me he concentrado mucho en esa última parte, pero ¿has dicho que van a enviar guerreros?

—Sí, cincuenta o tal vez más —se detuvo—. Max, eso significa que no tienes que luchar ahora.

«Maldita sea».

Eso lo ponía en una situación comprometida. Carrie y Nathan no se negarían a luchar, dirían que sería demasiado peligroso dejárselo a otros, que tenían una

responsabilidad para con el mundo y cosas así. Y él tenía una responsabilidad para con ellos, aunque ya no fuera un vampiro del todo.

—Lo siento, pero voy a tener que luchar. Sabes que no van a echarse atrás y yo no voy a ser capaz de dejarlos ir solos —pudo sentir su desaprobación por el teléfono—. Te prometo que tendré cuidado. Me mantendré...

—No eres uno de ellos, Max. Eres uno de nosotros.

—Lo sé, pero no puedo olvidar los sentimientos que tengo hacia mis amigos. Los matarán si no los ayudo —se detuvo ante la fría realidad—. Si están allí, en la casa del Devorador de Almas, cuando los hombres lobo aparezcan, van a morir, ¿verdad?

—Nuestros soldados no distinguirán a un vampiro de otro.

La furia rugía en el estómago de Max.

—¿Y cuándo ibas a decirme esto?

—A ti no te afecta, Max. Saben que tú estarás allí y no te harán daño. Pero ¿qué descripción tendría que darles de tus amigos? Sería imposible que distinguieran a un vampiro de otro —Bella sonaba exasperada y agotada—. Si deciden quedarse y morir, es decisión suya. Pero tú tienes una responsabilidad. Hacia mí, hacia la manada y hacia nuestro bebé. Debes volver a casa.

Era lo más difícil que había hecho nunca, de eso estaba seguro. Quería desesperadamente volver a su lado, olvidarse de la vida que había llevado como un vampiro y empezar de nuevo. Empezar una vida donde no tuviera que matar ni luchar contra fuerzas místicas. Una vida donde las últimas décadas no hubieran existido.

¿Pero en qué clase de hombre lo convertiría eso, alejarse de sus amigos cuando más lo necesitaban, cuando estaban caminando directos hacia una masacre? No tenían muchas esperanzas de sobrevivir, pero por lo menos creían que tenían una oportunidad. Max había visto a los guerreros hombres lobo entrenarse y luchar practicando. Serían letales en una batalla, destrozarían a los vampiros sin pensar en lo que hacían.

La carnicería y la sangre que llenaron su mente hizo que se le secase la boca y que su miembro se endureciera. Lo peor era que no sabía si era el vampiro que había dentro de él o el hombre lobo el que anhelaba toda esa destrucción.

—Bella, no puedo. No puedo dejar a mis amigos.

—Max, temo por tu vida.

—Lo sé. Yo también. Pero he pasado por cosas peores que esto. Seguro —prefirió no decirle que no sabía qué cosas eran esas, porque solo empeoraría la situación—. ¿Cuándo llegarán los guerreros?

—Tienen planeado atacar en luna llena, pero llegarán unos días antes. Si no quieres volver a casa, por lo menos prométeme que irás a la batalla con ellos, no con los vampiros. No avergüences a la manada.

Estaba convencida de que todos los vampiros eran unas criaturas asquerosas y malignas. Max se preguntó cómo había podido enamorarse de él.

Se preguntó si alguna vez aceptaría lo que era, lo que era de verdad. Un vampiro al que por casualidad había mordido una mujer lobo. ¿Alguna vez ella admitiría que Max no había nacido siendo lo que era ella, que era otra persona?

Se despidió de Bella de una forma mecánica. No fue frío, pero no sintió el mismo deseo por ella que en el pasado. Y cuando colgó, aún notaba ese aplastante dolor de soledad en su pecho, pero por una razón distinta.

Podían salvar al mundo de un dios infernal. Podían solucionar todo lo que había ido tan mal ese último año.

* * *

El modo en que decidimos qué hechizo de protección usaríamos no fue ni tan científico ni tan místico como me habría esperado. Hojeamos los libros, anotamos las listas de ingredientes y decidimos usar aquel para el que teníamos más material. Después, Nathan comenzó a estudiar la influencia de los planetas, las correspondencias con los elementos y las connotaciones místicas. Jamás dejaré de sorprenderme que el mismo hombre que rezaba el rosario cada mañana cuando creía que yo estaba durmiendo supiera más sobre brujería que cualquier otra persona que hubiera conocido.

Bueno, eso no era del todo verdad porque ahora conocía muy bien a Dahlia, aunque deseaba que no fuera así.

Había momentos en los que quería gritar solo para acabar con el sonido de ella dentro de mi cabeza. Aunque la bloqueara, allí seguía, metida en mi cerebro. Por eso intentaba concentrarme en otras cosas y, por suerte, Max me dio la distracción perfecta. Había pensado que ya no volveríamos a verlo hasta el día siguiente cuando entró por la puerta con el aspecto de alguien a quien iban a arrancarle una muela.

—Escuchad, chicos —dijo al entrar en el salón y mientras despertaba a Ziggy, que se había quedado dormido en el sillón—. No vais a creer esto.

—¿Qué no voy a creerme? —tuve que darle un golpecito a Nathan para que dejara de mirar su libro.

—Ahora ya te escuchamos todos.

—No necesitamos ningún hechizo. Tenemos refuerzos.

Nos habló sobre la manada a la que pertenecía Bella y lo que había hecho por nosotros, pero justo cuando iba a decirle que le diera las gracias de nuestra parte, añadió:

—Y no quiere que luchéis.

—¿Qué? —grité.

—Carrie, espera... —dijo Max, pero ya era demasiado tarde.

Me levanté y fui hacia él.

—Estábamos aquí cuando esto empezó. Por lo menos, algunos de nosotros estábamos. Y vamos a seguir en esto hasta el final. Solo porque ella no comprenda lo que significa ser leal...

—Le he dicho que no —me interrumpió Max—. Le he dicho que no aceptaríais quedaros sentados en casa y dejar que otros se ocuparan de esto cuando había tanto en juego.

—Entonces, ¿cuándo vamos? —Nathan dejó el libro sobre la mesa de la cocina y entró en el salón—. Estoy preparado.

—Tú no vas a ir —le recordé, pero Max respondió la pregunta de todos modos.

—Iremos la noche del ritual, aunque no será fácil. Por un lado, tendréis que evitar a los hombres lobo. Matarán a todos los vampiros con lo que se crucen.

—Pero tú estarás allí. Puedes decirles que...

—No podré decirles nada —no me miraba a los ojos—. Será luna llena. Cambiaré y los guerreros también se transformarán. Pero yo... no sé cuánto recordaré de vosotros. Aseguraos de manteneros alejados de cualquier cosa que se parezca a un lobo.

—Pero no se trata solo de entrar ahí y salvarnos el trasero —señaló Bill—. ¿Cómo vamos a luchar contra el Devorador de Almas si es tan poderoso?

—Creo que cincuenta hombres lobo pueden con él —dijo Max casi con desdén.

—Yo no lo creo —Nathan nos miró a todos—. En cualquier situación en que hay una multitud y se le intenta destruir, ¿qué sucede?

Un frío recuerdo me produjo un escalofrío por la espalda.

—Que escapa.

—Utiliza la confusión del momento como una distracción —añadió Ziggy.

Nathan asintió.

—Tenemos más posibilidades si, en medio de toda esa confusión, alguien va a por él en concreto. Y aquí solo hay una persona que tenga el poder para matarlo.

Fue una sensación extraña. Quería gritarle a Nathan por ponerme en peligro, pero en el pasado, cuando él había querido evitar que me involucrara en algo por mi propio bien, yo le había gritado por ello. Me encontraba ante un caso claro de «ten cuidado con lo que deseas».

—Vamos, hombre. Esto es una estupidez —dijo Max saliendo en mi defensa.

Pero yo no tuve la convicción suficiente para discutirlo.

—Por lo menos tener a Dahlia atrapada servirá de algo. Podré utilizarla.

«Utilizarme. Eso suena muy feo. No es nada propio de ti».

La bombardeé con imágenes de Cyrus y yo juntos aquella primera vez cuando le había clavado mis dientes de humana en el cuello. No fue muy maduro, pero por alguna razón quería que supiera que era mejor que ella, cien veces mejor.

—Carrie, ¿estás bien? —la voz de Nathan llegó hasta mí como envuelta en una bruma—. ¿Carrie?

Volví a la realidad aunque, por desgracia, en la realidad me había clavado las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que me había hecho sangre.

—Lo siento —dije estirándome la camiseta. La sangre me manchó la ropa y me crucé de brazos para ocultarlo—. ¿De qué estábamos hablando?

—Necesitamos detalles exactos de en qué consistirá el ritual —dijo Max—. Solo Cyrus puede darnos esa información. Por desgracia, ahora solo nos habla con acertijos. Tal vez tú podrías...

—Claro, hablaré con él —no quería sonar como si estuviera deseando verlo, aunque tal vez era así—. Será sincero conmigo. Por lo menos, tan sincero como le apetezca ser.

—Lo llamaré —Max se giró hacia la puerta.

—Espera, ¿no podemos...? —Nathan se detuvo—. No importa. Así funcionará.

«Gracias», le dije en silencio, pero él miró a otro lado.

—Supongo que entonces nos vamos abajo —dijo Ziggy.

Bill se puso de pie y se tropezó.

—Se me han dormido los pies... —dijo avergonzado mientras seguía a Ziggy.

Una vez a solas con Nathan, apenas pude mirarlo a la cara.

—Sabes lo que he visto, Carrie —las palabras salieron de su garganta como si estuvieran cubiertas de cuchillas, como si le hubiera dolido hablar.

No podía negarlo. Tenía acceso ilimitado a mi mente y yo no había dejado de reproducir en ella «los grandes éxitos de Carrie y Cyrus». No podía ocultarle nada.

—Lo sé.

—¿Cuándo va a terminar esto?

Tenía la horrible sensación de saber la respuesta, pero no podía decirla en voz alta. Por el contrario, le pregunté si quería una taza de té, me dijo que le encantaría, y fingimos que no había pasado nada, que no estaba pasando nada, y que no pasaría nada.

Fue un bonito cuento de hadas, al menos durante unas horas.

* * *

Max llamó a Cyrus y quedó en verse con él a media noche, en la vieja zona del cementerio en el lado este de la ciudad. No estaba demasiado lejos del apartamento y me pregunté si Cyrus sospecharía que yo podría aparecer.

La noche se había vuelto fría y una bruma pendía del aire. Unas lápidas salían de la tierra como dientes rotos mordisqueando la espesa neblina. Me sentí como si estuviera en una peli mala de vampiros.

Cyrus estaba de espaldas al camino y tenía la mano puesta sobre el pie de un ángel de cemento que había justo encima de su hombro. Bajo la tenue luz vi que llevaba una túnica roja brocada, como las que había llevado cuando lo conocí. Ahora tenía el pelo más corto que entonces y se parecía a uno de esos chicos que Ziggy había conocido y que jugaban a ser vampiros.

—Muy típico, ¿no crees? —pregunté, pero no con la mofa con la que me habría dirigido a él en el pasado—. ¿Ya sabes? Lo de quedar en un cementerio a las doce.

Su espalda se tensó ante el sonido de mi voz y se giró con verdadera rabia en el rostro.

—¿Dónde está tu hombre lobo? ¿Aullando a la luna?

—No hay necesidad de ser desagradable —lo reprendí—. Quería venir. Quería verte.

—¿Por qué? —se giró y fue hacia una cripta—. ¿Para poder decirme que es a mí a quien quieres? ¿Qué es a mí a quien amas? ¿Para después cambiar de idea cuando te resulte conveniente amar a otro?

—Yo no soy la única culpable de eso —dije temblando de rabia—. Tú volviste corriendo con Dahlia en cuanto tus piernas pudieron llevarte, ¿verdad?

—¡Hice lo que tuve que hacer para sobrevivir! —avanzó hacia mí—. ¡Es todo lo que he estado haciendo desde que apareciste en mi vida!

—¿Así que me culpas? —alcé las manos y me reí con amargura—. Es culpa mía que tu vida haya sido miserable durante el último año. Pero yo nunca te pedí que me atacaras en aquella morgue, nunca te pedí que me convirtieras en vampiro, y nunca le pedí a nadie que te trajera de vuelta.

—¡Lo sé! —me agarró de los brazos y me empujó contra el ángel. Oí el cemento desmoronarse y la estatua balancearse en su pedestal.

Cyrus no pareció darse cuenta de que íbamos a acabar asesinados por un monumento. Tenía la cara a centímetros de la mía, los colmillos fuera y los rasgos de vampiro.

—¡No me trajiste de vuelta! ¡Tenías el libro de hechizos de Dahlia! ¡Podrías haberlo hecho sin problema!

Me llevó un momento descifrar esas palabras, que pronunció atragantado por la rabia. Su rostro recuperó su forma humana y él dio un paso atrás, temblando de furia. Yo me quedé donde estaba, abriendo y cerrando las manos mientras intentaba pensar en algo que decir.

No tuve la oportunidad. Emitió un sonido de disgusto y se alejó de mí por el camino.

—¡Espera! —eché a correr tras él—. ¿Quieres decir que pude haberte traído en lugar de que lo hiciera tu padre? —no sabía si sentirme insultada porque había esperado de mí que lo hiciera o si sentirme mal porque no se me hubiera ocurrido hacerlo—. Estás aquí, ¿por qué te importa?

—¿Que por qué me importa? —repitió con ira y desconcierto en el rostro—. Mi padre me trajo de vuelta para sacrificarme. Volveré a ese horrible lugar azul y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Volvió a agarrarme, pero en esa ocasión yo estuve preparada. No era tan fuerte como lo había sido en el pasado y lo empujé. Cayó hacia atrás y fui hacia él.

—¿Quieres evitarlo? ¡Entonces deja de gimotear y ayúdanos! ¡Ayúdanos sin hacerlo con tus normas y sin preocuparte solo por tus sentimientos!

—¿De verdad quieres eso? —se levantó—. ¿De verdad quieres que vuelva a estar en tu vida? ¿No destruirá eso la perfecta solución que te di con mi muerte?

Se me encogió el corazón.

—¿Crees que te quería muerto?

No podía mirarme a los ojos.

—Está claro que te facilitó tu elección. ¿A quién eliges, a tu Iniciado o a tu Creador?

Se me aceleró el corazón y me sentí mareada, pero no me desmayé ni perdí el equilibrio. Había tenido una revelación.

—Cyrus, aunque no hubieras muerto... no habría habido ninguna elección. No te quiero.

Ahora sabía exactamente lo que quería decir la gente cuando decían que se les había quitado un peso de encima. Era verdad, no amaba a Cyrus. Me sentía atraída hacia él, inexplicablemente, pero jamás podría ser feliz a su lado. Solo podía ser feliz con Nathan. Lo que fuera que había sentido por Cyrus había sido fruto de los lazos de sangre que habíamos compartido o de un recuerdo de ellos. Pero Nathan... Había tenido sentimientos hacia él casi inmediatamente, antes de que incluso compartiéramos un lazo de sangre, pero se habían perdido entre la atracción física y mi desesperación por conocer el mundo al que me habían arrojado. Sin embargo, habían estado ahí todo el tiempo. Nathan tenía razón; sí que existía el amor a primera vista. Era la única clase de amor que existía.

Y yo no era la única que lo sabía. Cyrus también. Lo vi en su cara mientras me miraba. No lo había querido como él me había querido a mí. Menuda pareja habíamos hecho.

Se rio agachando la cabeza en gesto de derrota.

—Tienes razón. Tienes razón. No me quieres, y estoy condenado. Este ha resultado ser un feliz encuentro, la verdad.

—Déjate de autocompasión. ¿Por qué iba a traerte tu padre de vuelta para volver a matarte?

—Por fin ha encontrado el ritual que necesita. ¿Recuerdas el truquito de Dahlia de incluir toda clase de ingredientes e instrucciones en sus hechizos? Al parecer no es una idea original. Él no necesitaba las almas de todos sus Iniciados. Esos a los que había matado o que habían muerto como resultado de sus propias fechorías no serían aceptados por la metafísica del ritual. Pero sí que necesita cierto número, y para llegar a ese número, ahora nos necesita a dos.

—¿Pero por qué tú? Podría haber elegido a un vagabundo, haberlo convertido y utilizado. ¿Por qué tomarse la molestia de levantar a un muerto?

—Para castigarme —suspiró intensamente y ladeó la cabeza. Cuando abrió los ojos, brillaban con lágrimas como las estrellas que no podíamos ver por culpa de la polución de la ciudad. Pero Cyrus no lloraría delante de mí. No ahora, cuando era tan vulnerable en otros aspectos—. Él me dio la vida, no solo una vez, y cree que yo la desperdicié. Quiere castigarme y enviar el mensaje de que mi debilidad es intolerable.

—¿Y vas a permitirlo? —comenzamos a caminar por el camino de grava y me dio la mano.

—Tiene mi corazón. No importa que yo lo permita o no.

—¿Y no se te ha ocurrido... escapar? —era verdad, el Devorador de Almas tenía su corazón, pero si quería a Cyrus para el ritual, no lo atravesaría con una estaca—. A menos que solo necesitara tu corazón, estarías libre.

—Me encontraría. Y además, por mucho que odie estar muerto, odio mucho más estar vivo estos días.

Me mató oírlo decir eso. No lo amaba, pero estaba claro que no quería que sufriera así.

—No importa. De todos modos, aún necesita otro Iniciado, ¿no? A menos que tenga uno dispuesto a ir a esa matanza, no podrá hacer el ritual.

—Lo tiene. O parte de uno, al menos —me miró fijamente—. Seguro que esta parte te la imaginas. Eres una chica lista.

Sentí pánico y confusión.

No podía referirse al corazón de Ziggy porque lo tenía Bill. Y no podía referirse al de Nathan porque lo había visto latir en su pecho con mis propios ojos.

—No sé...

—Su piel, Carrie —pareció que Cyrus fuera a vomitar al pronunciar esas palabras—. Dahlia es una torturadora con mucha inventiva, pero no me puedo creer que eso se le hubiera ocurrido a ella sola.

Las cicatrices. Los símbolos grabados en el cuerpo de Nathan.

—El hechizo se llamaba «La Oscura Noche del Alma» —dije tartamudeando—. ¿Significa eso...?

—Mi padre puede reclamar el alma de Nolen. Así se hizo el hechizo en primer lugar. Cualquier cosa que hicieras para liberarlo del hechizo liberaría su alma y se la devolvería a él. Lo único que tiene que hacer es consumir los símbolos, y el alma de Nathan será suya, para siempre.

Se me revolvió el estómago al imaginarme al Devorador de Almas comiéndose la piel de Nathan, pero contuve el vómito.

—¿Entonces Nathan morirá si tu padre completa el ritual?

—No. Seguirá viviendo, supongo, hasta que él muera. Y después, en lugar de ir a ese mundo azul, iría dentro de mi padre. O donde sea que vayan las almas que ha consumido después de que se convierta en un dios.

Pensar en que a Nathan le arrebataran su alma fue algo tan horrible e inaceptable para mí que pasé de la rabia y fui directamente a una furia fría y calculada.

—Tenemos planeado atacar durante el ritual. Toda la información que puedas darme me valdrá. Y puedo intentar salvarte o...

—Oh, tengo toda clase de detalles con los que padre se ha deleitado torturándome. Quién estará allí, en qué consistirá... —dejó de caminar y me miró—. Va a ser peligroso, Carrie. Preferiría no ver cómo te hacen daño.

—No voy a retirarme de una batalla, lo sabes. ¿Puedes estar de mi lado? Cuando me... comí el alma de Dahlia eso me hizo la más poderosa de nuestro pequeño grupo.

Yo voy a luchar contra tu padre, y no intento parecer invencible. Necesitaré ayuda.

Él chasqueó con la lengua en gesto de mofa.

—Bueno, bueno. Si ya estás tan segura de que fracasarás antes de haber siquiera empezado, tu misión está condenada.

Seguimos con nuestro paseo, pero estuvimos un buen rato sin hablar. Fue un silencio agradable, hasta que él volvió a parar para mirarme.

—Hay momentos en los que me gustaría haber hecho que las cosas fueran distintas contigo.

—¿Es este uno de esos momentos? —no pude evitar preguntarlo—. ¿Qué habrías hecho?

—No habría intentado dominarte. Y no habría intentado seducirte. No habría intentado nada —se rio suavemente—. Creo que te diste cuenta de que lo estaba intentando y te molestó.

—Eres muy perspicaz. También podrías haber atenuado un poco ese narcisismo psicótico que tienes.

—Sí, esa siempre ha sido mi ruina en las relaciones —se inclinó hacia delante como para besarme, pero entonces se detuvo a escasos milímetros de mi boca—. No, sería una mala idea.

No pude evitar quedarme sin aliento cuando le susurré:

—Me alegra que uno de los dos lo recuerde.

Se puso derecho y miró al cielo.

—Echo de menos las estrellas. Cuando todo esto pase, voy a marcharme a algún lugar donde pueda verlas estrellas.

—Cuando esto haya acabado, yo estaré muerta.

Soltar esas palabras fue como una liberación. No podría habérselas dicho a Nathan ya que lo habría preocupado demasiado. Y tal vez esa era la auténtica diferencia entre los dos hombres. A Nathan lo amaba, pero no podía decirle la verdad en todo momento. A Cyrus no podía amarlo, pero podía ser egoísta con él. Cuando había creído que amaba a Cyrus, me había encantado estar con él. Era un poco triste.

Cyrus no discutió mi repentino pronto fatalista.

—Será lo mejor que te puede pasar. Te volverás loca pasando toda la eternidad con Dahlia.

Ahora que lo oía así, quería llorar. No quería morir, pero aun así había pronunciado esas palabras y había sellado mi destino. De pronto me sentí cansada y demasiado sensible. Contuve los sollozos.

—Tengo que ir con Nathan. Estaba muy herido cuando me lo llevé de casa de tu padre.

—Quiero que sepas que yo no tuve nada que ver con eso —dijo rápida y enérgicamente—. Ella intentó que me uniera, pero creo que la decepcioné. A decir verdad, no quería ver a Nolen y no quería que él me viera a mí.

—Bien —ya no quería oír más por si me decía una mentira. Ya no podía soportar más mentiras de él—. Dime cómo puedes ayudarme.

—Puedo colarte en el ritual. Los participantes irán igual vestidos, así que no te será difícil pasar desapercibida una vez que estés dentro. A partir de ahí, supongo que tendrás un plan.

Asentí.

—Pensaremos en algo.

—¿Y tú puedes ayudarme a mí? —me preguntó esperanzado y le respondí que haría todo lo que pudiera—. Muy bien. Te enviaré un disfraz. Esa noche podrás entrar sin que te molesten.

—Gracias.

Nos estrechamos la mano... una situación algo incómoda, y me marché.

Había avanzado unos pasos por el camino cuando me llamó.

—Carrie, hubo algo, ¿verdad? Quiero decir, entre los dos.

No podía mirarlo. Era demasiado doloroso pensar que en unos cuantos meses podríamos cruzarnos en ese reino de espíritus azules y no reconocernos el uno al otro. Después de todo lo que habíamos compartido, estaríamos solos.

—Sí, creo que sí.

A diferencia de Orfeo, no miré atrás cuando salí de la tierra de los muertos. Pero de todos modos el final de la historia habría sido el mismo.

Capítulo 20

Cabos sueltos

Cuando entré por la puerta, Nathan estaba esperándome a oscuras en el salón.

—¿Dónde está todo el mundo? —intenté sonar despreocupada.

—Están abajo. Quiero hablar contigo —me dijo con brusquedad.

Me senté en el sillón y no me molesté en encender las luces. Sabía de qué quería hablar.

—Nathan. Hubo una razón para que Dahlia... te hiciera lo que te hizo.

Él asintió, resignado, mientras se miraba su piel injertada.

—No puedo decir que no me lo haya imaginado.

Me pregunté qué más había estado atormentando a Nathan mientras yo creía que simplemente estaba concentrándose en recuperarse.

—Cyrus cree que su padre consumirá los símbolos y te quitará el alma. No te pasaría nada, por lo menos, hasta que mueras. Pero podrá completar el ritual.

—No me pasaría nada —repitió en voz baja—. Perdería mi alma.

—Nathan... —comencé, pero ¿qué iba a decirle? ¿Que no necesitaba un alma? Yo no era una persona espiritual y aun así quería tener la mía. Y Nathan tenía una librería de temática *New Age* y era un devoto católico, aunque no pudiera ir a misa los domingos por la mañana. Era más que un conflicto de intereses. Era un claro signo de que seguía buscando algo. Tanto si compartía esos sentimientos con alguien como si no, estaba claro que valoraba su alma.

—¿Qué pasará después de que mates al Devorador de Almas? —en su voz había una tensión que yo no había oído antes.

La única respuesta que tenía para él fue:

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabes.

Lenta y dolorosamente, se levantó de la silla de ruedas y se quedó de pie apoyándose con una mano sobre el respaldo del sofá.

—Por lo menos te da miedo lo que pasará.

—Me da miedo morir. De eso estoy segura. Y me da miedo fracasar y llegar demasiado tarde y que el mundo sufra por ello. Y me da miedo triunfar y no poder detenerme... —me aclaré la voz e intenté contener las lágrimas—. Me da miedo no ser capaz de evitar devorarlo y tomar todo su mal dentro de mí.

—Pero aunque lo mates y no sientas el deseo de comerte su alma, seguirás siendo una devoradora de almas. Tendrás que volver a alimentarte y no creo que seas capaz de hacerlo —terminó por mí—. Y si puedes... no sé qué haré si sigues por ese camino.

Se me cortó la respiración.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Solo lo que tú misma has pensado —sonó enfadado y cansado.

—Entonces, ¿qué hago? —me levanté y caminé de un lado a otro del salón—. ¿Matar al Devorador de Almas y después dejar que alguien me mate? No pueden matarme atravesándome con una estaca.

—Tal vez uno de los gólems podría cortarte la cabeza —dijo Nathan, que volvió a sentarse en la silla de ruedas—. O podríamos decirle a Ziggy que lo hiciera...

—¡Para! —me cubrí la cara con las manos—. ¡No puedo estar aquí sentada escuchando al hombre que amo hablar sobre formas de matarme!

—¿Crees que yo quiero hablar de ello? No es el modo que más me gusta para pasar nuestros últimos días juntos —apretó el reposabrazos de la silla y el duro plástico se rajó—. ¡No quiero que mueras!

—¡Espera, espera! ¡Tenemos el libro de Dahlia! ¡Tiene el hechizo con el que trajeron de vuelta a Cyrus! Podríamos...

Nathan sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, no. No voy a hacer eso. ¡No quiero contar con algo sin estar seguro de que vaya a funcionar!

Una rabia que no había sentido nunca me hizo abalanzarme sobre él y abofetearlo con tanta fuerza que oí crujir el hueso de mi mano.

—¿Entonces ya está? ¿Me matas y después qué? ¿La vida sigue porque no quieres hacerte ilusiones con que algo vaya a funcionar? ¡Qué te jodan!

Deseando pegarle otra vez, golpear algo para hacer que desapareciera ese dolor que sentía en el pecho, lo vi echarse hacia atrás y tocarse la mandíbula.

Me dolía la mano. Me dolía el corazón. Me quedé sin energía y caí al suelo. Se estaba bien ahí abajo, sin moverse. Hasta me costaba hablar, pero por otro lado me ayudó un poco.

—No puedo creerme que estemos discutiendo por cómo voy a morir.

Escuché el reloj de la cocina. Me había fijado esa mañana que ya no marcaba bien la hora.

Finalmente, alcé la cabeza y dije en voz baja:

—Podrías clavarle una estaca a mi corazón... —cuando Nathan no dijo nada, continué—. Sé que la caja está soldada, pero hay herramientas para abrirla. Podrías esperar a que mate al Devorador de Almas, eso lo sabrías mediante el lazo de sangre, y entonces podrías atravesar mi corazón.

—¿Y qué se supone que voy a hacer después? —levantó la cabeza lentamente y me miró a los ojos dejando que me invadiera todo el dolor y la rabia que sentía—. Dices que voy a seguir con mi vida, ¿qué sugieres que haga? ¿Encontrar a otra persona? ¿Tal vez a una mujer humana para calmar mi dolor? ¿No es eso lo que escriben en todas esas estúpidas novelas románticas?

Se levantó y dio unos cuantos pasos hasta salir del salón. Noté que había recuperado algo de fuerza, no hasta el punto de ayudarnos a luchar, pero sí la

suficiente para saber que estaría bien cuando yo me fuera.

—Eso es un cuento de hadas, Carrie —dijo girándose lo justo para mirarme por encima del hombro—. Cuando tú te vayas... puede que yo también lo haga.

Me quedé donde estaba. Nathan estaba demasiado furioso conmigo, consigo mismo, con el mundo, como para seguirlo. Me quedé tumbada en el suelo con la cabeza llena de pensamientos hasta que salió el sol y mi dolorida espalda me obligó a retirarme.

* * *

Nathan estaba en el dormitorio, pero no estaba durmiendo. Estaba sentado en la cama, aún vestido. Me senté a su lado, sin tocarlo, y no me miró.

—A mí tampoco me gusta la idea de que sigas adelante con tu vida, pero lo harás. Eres así, Nathan. Eres un superviviente. Y está claro que has sobrevivido a cosas peores —me detuve para contener las lágrimas—. Tal vez esto esté sucediendo por una razón. Si hubiera estado sola intentando ser un vampiro, a lo mejor nunca os habría conocido ni a Cyrus ni a ti y nunca habría sabido nada sobre el Devorador de Almas. Nunca habría podido ayudar a destruirlo.

—Bueno, pues perdóname por no darle gracias a Dios por tu mandato divino —fue como si de sus palabras saliera veneno—. Tienes razón, ya he sobrevivido una vez después de haber matado a la mujer que amaba, pero nunca pensé que tuviera que vivir eso otra vez.

Se levantó, se tropezó, y recuperó el equilibrio. Llegó cojeando hasta la cómoda y se apoyó en ella.

—Te quiero, Carrie. Tal vez incluso más de lo que quise a mi esposa. Y no solo por el lazo de sangre, y no porque ahora sea un hombre diferente. Te quiero y no creo que pueda seguir después. No puedo imaginarme estar con otra mujer, ni siquiera físicamente, y no me interesa nada la idea. Me pone enfermo pensar en que algún día esté abrazando a una extraña como te abrazo a ti. En tocarla, decirle que la amo. No es posible.

—Lo será. Algún día lo será.

—No —se dio la vuelta sin dejar de sujetarse a la cómoda—. Eres la segunda mujer a la que le he dicho esas palabras. Después de que todo saliera tan mal con Marianne, no solo me refiero a su muerte, sino a todo lo que pasó entre nosotros antes de que muriera, nunca pensé que sería capaz de volver a amar a alguien. Y ahora te tengo a ti y no puedo creer lo ciego que estaba entonces. Pero lo que tenemos es diferente, Carrie. No lo arriesgaré.

—Probarás el hechizo —dije—. Lo probarás y si funciona todo será como antes. Y si no funciona, seguirás adelante y nunca dejarás de echarme de menos, igual que nunca has dejado de echar de menos a Marianne. Y te dolerá y sufrirás, pero Nathan, vivirás para siempre. Tendrás otra oportunidad.

Se acercó a la cama y se sentó a mi lado.

—Viviré hasta que pase algo como esto. Hasta que otra bruja me despelleje vivo.

—Entonces tendrás que tener más cuidado a la hora de elegir con quién tienes una cita.

Nos reímos. Habría sido masoquista no intentar romper esa tensión. Me besó y cuando se apartó, apoyó su frente contra la mía y nos dimos la mano.

—No habrá otras, Carrie. Lo digo en serio. Pasaré el resto de mi vida intentando traerte de vuelta si tengo que hacerlo.

No discutí más. Pretendía que sus palabras me reconfortaran, pero si devolver a la gente de la muerte fuera una tarea sencilla, habría más zombies por ahí.

«No tienes ni idea de lo difícil que es», dijo Dahlia. «No vas a volver».

No necesitaba que ella me lo dijera. Yo ya podía sentirlo.

Nathan volvió a besarme, en esa ocasión con una intención totalmente distinta. Puse una mano sobre la brillante y tirante piel de su pecho y lo empujé delicadamente.

—Aún no estás bien.

—Entonces tendrás que ser muy delicada conmigo.

Y nuestro último encuentro sexual fue mucho más delicado que nunca, más lento y más largo. Pero la gran diferencia fue que en esa ocasión, cuando me dijo que me amaba, no sonó como algo forzado.

Después, cuando dormía exhausto a mi lado, pensé en lo que me había dicho. Me amaba, tal vez más de lo que había amado a Marianne. Egoístamente, yo había querido oírlo antes, pero lo escuché ahora, cuando eso haría que dejarlo fuera mucho más duro.

No era justo, pero tenía que aceptarlo.

* * *

La noche del ritual del Devorador de Almas llegó demasiado rápido. Claro que Ziggy estaba seguro de que la fecha de ejecución de un preso condenado a muerte también llegaba demasiado pronto. Pero esa era una idea muy negativa que Bill había estado intentando quitarle de la cabeza.

—¿Sigues despierto? —le preguntó Bill medio dormido.

—No puedo dormir. Supongo que estoy demasiado nervioso. Como un niño la mañana de Navidad.

—Cuando yo era pequeño, en casa nunca tuvimos grandes mañanas de Navidad —Bill se dio la vuelta—. Intenta dormir un poco.

Ziggy echó una mano sobre la cintura de Bill.

—No quiero desperdiciar el día entero durmiendo. ¿Y si uno de los dos muere mañana?

—Mira, estoy muy cansado, pero... —Bill se giró y se acurrucó contra su cuello. Ziggy lo apartó.

—No me refiero a eso.

—Vaya, me he despertado para nada —protestó Bill deslizando la mano sobre el vientre de Ziggy.

—Espera, espera —Ziggy le agarró la muñeca, aunque había cambiado de opinión respecto a lo del sexo—. No quiero que me maten sin haber dicho... algunas cosas.

—Oh, ¿quieres decir que no quieres que te maten sin haberte despedido de mí? En ese caso, sí que me he despertado para nada —Bill intentó darse la vuelta, pero Ziggy lo detuvo.

—No quiero despedirme. Si te matan, no es que vayamos a estar separados mucho tiempo —Ziggy respiró hondo, con frustración—. Solo quiero asegurarme de que sabes algunas cosas, por si acaso.

—Es lo mismo, pero adelante. Sea lo que sea lo que vayas a decir, te escucho.

Ahora que tenía que continuar, Ziggy no estaba seguro de por dónde empezar. Aunque era el Creador de Bill, no se conocían desde hacía tanto tiempo y no podía decirse que hubieran avanzado mucho en su relación, aparte de memorizar en qué lado de la cama le gustaba dormir al otro.

Así que ¿cómo iba a decirle lo que quería decir sin parecer un psicópata? ¿Cómo iba a empezar a decirle la larga lista de las cosas que le gustaban de él, desde el color de su pelo hasta el modo en que pronunciaba la «r», sin parecer esa clase de chico obsesivo que después de la primera cita ya empieza a pensar en nombres para sus futuros hijos?

—Te quiero —dijo directamente y entonces pensó que habría sido mejor decirle la lista de cosas que le gustaban de él.

—Ya —Bill no lo miró—. Bueno, es una estupidez decir eso, dada la situación.

Ziggy se dejó caer sobre la cama y miró al techo.

—Sí. Ese soy yo. Un estúpido.

Bill no pareció oírlo.

—Quiero decir que cuando estoy a punto de morir, me das tu corazón sin saber cómo me lo tomaría ni saber si acabaríamos juntos. La gente te ha hecho tanto daño en el pasado que habría tenido más sentido que me hubieras dejado morir para protegerte a ti mismo. Pero no lo hiciste. Lo que me parece estúpido es que hayas pensado que tenías que decirme que me quieres para que yo lo sepa.

El nudo que a Ziggy se le había hecho en el estómago se relajó y se cubrió la cara, sin saber si reír o llorar. Optó por la risa.

—No vuelvas a hacerme algo así.

Cuando se descubrió la cara, Bill tenía la cabeza apoyada en el brazo y estaba mirándolo. Le apartó unos mechones de la cara y le acarició la mandíbula.

—Sé que me quieres. Y sé lo afortunado que soy por tener a alguien como tú en mi vida, incluso a pesar de habernos encontrado en circunstancias extrañas. Y espero que permanezcas en mi vida. Así que no voy a decirte que te quiero porque, lo pongas como lo pongas, decir algo así es como un adiós. Y no quiero decirte adiós.

Debería haberle hecho sentirse mejor saber que lo había dicho, pensó Ziggy después mientras, aún despierto, acariciaba la espalda de Bill. Pero lo cierto era que Bill había tenido razón. Era más un «adiós» que un «te quiero» y él tampoco estaba dispuesto a decirle adiós.

* * *

El sol casi se había puesto. Max podía sentirlo bajo su piel, como si algo quisiera salir de ella. Había estado demasiado nervioso como para dormir, y no había querido escuchar a Ziggy y a Bill haciéndolo en la trastienda, así que había subido al apartamento para ignorar a Carrie y a Nathan mientras lo hacían en su dormitorio. Ahora, intentaba averiguar la mejor forma de decir «hasta... siempre» antes de irse y reunirse con su especie.

«Su especie». Dios, ¡cómo odiaba eso! Bella tenía razón y él lo sabía. Ya no era simplemente un vampiro. Podía pasar tiempo con ellos e intentar vivir como un vampiro, pero ya no era uno de ellos.

Por otro lado, tampoco era un hombre lobo. Era un lupin. Y sabía que Bella quería que se olvidara de su lado vampiro porque eso era lo único que lo convertía en un lupin. Era como si su única opción fuera elegir una mitad de sí mismo y vivir con ella.

Y estaba claro que elegiría la mitad que estuviera con Bella. No era difícil elegir, pero le parecía injusto tener que hacerlo.

Rugiendo, arrancó la primera página de la libreta y la arrugó. No quería escribir una estúpida nota. Quería ver la luna y convertirse en la bestia que estaba desbocándose por sus venas. Quería correr y cazar y aullar. Quería terminar con esa gran batalla para poder volver a casa con Bella. Quería... simplemente quería.

—Te has levantado temprano —Carrie salió al pasillo atándose el cinturón del viejo albornoz de Nathan.

—Lo mismo digo —respondió Max intentando no sonreír al verla descalza y con el pelo enmarañado—. Y no parece que ahí dentro hayáis descansado mucho.

Ella se sonrojó y miró a otro lado, atusándose el pelo.

—No hemos hecho ruido.

—No, pero la cama sí —se rio Max—. Lo siento, no debería meterme contigo.

Carrie se dejó caer en el sillón y empujó con el pie una bola de papel que había en el suelo.

—¿Tu gran novela americana no va bien?

Tímidamente, Max se agachó y recogió el papel.

—No es exactamente *Moby Dick*. Es más bien *Queridos Carrie, Nathan, Ziggy y Bill: me marchó*.

—Nunca he pensado que fueras a quedarte —la voz de Carrie tenía una nota de tristeza, como si estuviera intentando ser valiente.

Era exactamente la reacción que él había temido y la razón por la que había querido estar fuera de la casa cuando todos se hubieran enterado.

—Sí. Es lo que tiene la vida familiar. No te deja demasiado tiempo para ir por ahí con tus viejos colegas.

—Bueno, está eso y el hecho de que cuando caiga la noche, serás una máquina de matar vampiros —intentó sonreír, pero esa sonrisa se desvaneció enseguida—. ¿No vas a volver, verdad?

—No lo sé —y no lo sabía. Probablemente habría sido mejor dejarles pensar que no, para luego sorprenderlos diez años más tarde—. Para serte sincero, ni siquiera sé si tú vas a estar aquí para recibirme.

Ella palideció.

—Sí, ya bueno... Espero que estés al lado de Nathan si me pasa algo. Dios no lo quiera...

—Yo no me preocuparía por Nathan. Por un lado, a ti no va a pasarte nada. Y por otro, tiene a Ziggy. Y ahora también a Bill —aunque Max sabía muy bien cómo se sentía Nathan con esa relación. Si él mismo se sentía incómodo imaginándose al chaval montandoselo con un tío que le sacaba tantos años, podía imaginarse que a Nathan le haría mucha menos gracia.

Carrie se rio.

—Sí, estoy segura de que para él será un consuelo.

Se quedaron en silencio hasta que ella dijo:

—Max, voy a echarte de menos.

—Eh, puede que vuelvas a verme. Nunca se sabe —pero sonó a mentira.

Y ella tampoco disimuló.

—No, no volveré a verte.

Max sintió un fuerte deseo de abrazarla.

Ella se levantó cuando se acercó y la abrazó con tanta fuerza que estaba seguro de que le rompería el cuello.

—Tranquila. No voy a intentar nada —le aseguró él.

—Porque no estás borracho —Max pudo oír lágrimas en su risa y hundió la cabeza en su hombro.

Debería haber estado más triste cuando se marchó. Tal vez debería haber mirado atrás. Pero cuando sus pies pisaron la acera de la calle, sus músculos se prepararon para correr y encontrar a los guerreros a través de la llamada del viento que corría por sus venas.

Definitivamente, había dejado atrás su vida como vampiro.

Capítulo 21

Líneas de batalla

Fiel a su palabra, Cyrus me envió un disfraz. El sol acababa de ponerse cuando un tembloroso y asustado adolescente llamó a la puerta con un paquete. Lo acepté advirtiéndole que no volviera con su amo, pero si lo hacía o no era algo que estaba fuera de mi alcance.

Ahora había muchas cosas fuera de mi alcance.

—¿Qué es? —preguntó Nathan con gesto adusto y levantando la cabeza de la desagradable labor que tenía entre manos. Cuando había guardado mi corazón, lo había metido en una caja y le había puesto un candado sin molestarse en guardar la llave. Llevaba un rato serrando el candado, no con muchos progresos. Si después de esto sobrevivía, compraría más candados de esa marca en el futuro, sin duda.

Dejé el paquete en la mesa y comencé a abrirlo.

—Creo que es mi disfraz para esta noche.

El Devorador de Almas, al igual que su hijo, tenía gustos muy recargados. El traje para el ritual era una túnica morada de encaje con capucha y que arrastraba por el suelo. El motivo cosido en la tela era una representación casi exacta del símbolo personal de Jacob Seymour, un dragón dorado engarzado alrededor de un diamante extraordinariamente grande.

—No es exactamente el *look* que tenía pensado para mi funeral.

—No digas eso —dijo Nathan en voz baja. Agarró la máscara dorada que venía cuidadosamente en vuelta en la túnica—. ¿Y esto te gusta?

La máscara era suave y sin adornos, un óvalo perfecto con dos agujeros en la zona de los ojos. Me la acerqué a la cara ignorando el pavor que me encogió el estómago y me até la cuerda detrás de la cabeza.

—Creo que en este ritual va a haber gente que se encuentre muy incómoda.

—Y probablemente estén más incómodos cuando los hombres lobo los descuarticen —Nathan volvió a ponerse a trabajar con la caja—. Aparta eso de mi vista. No quiero volver a verlo.

Hice lo que me pidió y metí la túnica y la máscara en la bolsa de armas que había preparado para Ziggy y para Bill.

—¿Dónde están? —preguntó sabiendo que Nathan sabría a quién me refería—. Tenemos que marcharnos enseguida.

—No tengas tanta prisa —Nathan no me miró mientras hablaba—. No estoy deseando que llegue ese momento.

Le agarré una mano. No se resistió.

—No pierdas la esperanza.

—No hablemos de esto —apartó el brazo—. Aún no estoy preparado para despedirme.

Ziggy y Bill subieron y Nathan y yo pusimos gesto de indiferencia, como si estuviéramos esperando sin más a que comenzara la batalla. Habíamos acordado que contarles a Ziggy y a Bill lo que pasaría no haría más que provocar otra discusión y no teníamos tiempo para eso. Les contamos que me infiltraría en el ritual, pero nos reservamos el detalle de que una vez que entrara, ya no saldría de allí.

—La furgoneta no está en muy buena forma —dijo Bill limpiándose las manos en una toalla manchada de grasa—. Para lo que puedo arreglar, no tengo las herramientas necesarias. Y lo que no puedo arreglar, es porque no sé cómo hacerlo.

—¿Pero nos llevará hasta allí? ¿A todos? —pensé en los gólems. Resultaría muy raro verlos caminar en grupo hacia la granja del Devorador de Almas. No era algo que pudiera pasar desapercibido a ojos de los gorilas de Jacob.

—Hasta allí sí, pero tal vez no podamos volver —respondió Bill.

—Quizá deberíamos fijar un lugar donde reunirnos después de que pase todo, y Nate puede venir a recogernos —propuso Ziggy.

Nathan ni siquiera levantó la mirada de la caja.

—No. Aún estoy demasiado débil para conducir.

—Pues no parece estar muy débil con esa sierra en la mano —dijo Ziggy—. ¿Qué estás haciendo con eso, por cierto?

—Hay algo dentro que Carrie necesita para luchar contra el Devorador de Almas. Algo que le robé después de que me hubiera convertido —Nathan mintió—. He perdido las llaves del candado.

No pareció que Ziggy se lo creyera, pero tampoco se lo discutió.

—Bueno, entonces, ¿pensamos en un lugar donde encontrarnos?

—¿Y qué tal si cada uno va por su lado? —propuse cruzando los dedos para que no les resultara extraño—. Tal vez podríamos quedar en que si la furgoneta aún funciona, el primero que llegue allí conduce hasta un lugar que fijemos y espera a que llegue el resto. Y después les da dos horas hasta antes de que salga el sol para que aparezcan. Así, si la furgoneta deja de funcionar en el camino de vuelta, habrá tiempo para llamar a un taxi y volver antes de que el sol nos fría a todos.

—¿Pero y qué pasa con los gólems? —Bill parecía verdaderamente preocupado por ellos—. ¿Vamos a dejarlos allí sin más?

No había pensado en lo que haríamos con ellos una vez que hubieran cumplido su función.

—Supongo que puedo decirles que encuentren el camino de vuelta a casa, siempre que no lo hagan en grupo. Después, pueden meterse en la tienda, donde han estado —me mordí el labio—. ¿Te parece bien, Nathan?

—Me da igual —respondió gruñendo mientras serraba el candado con vigor renovado.

—¿Y qué pasa con Max? —preguntó Ziggy mirando a su alrededor—. Creía que estaría aquí arriba, deseando ponerse en marcha.

Miré a Nathan y al ver que no iba a ayudarme, suspiré.

—Se ha marchado esta mañana para encontrar a los guerreros que ha enviado Bella. Me temo que no va a volver.

—Qué mierda —dijo Bill en voz baja.

—Eso es una traición —dijo Ziggy—. Me refiero al hecho de que se haya marchado estando de nuestro lado.

—No —dijo Bill—. Creo que no podemos entenderlo. Su vida ha dado un giro brusco. Ha sido un vampiro durante muchos años y ahora de pronto es un hombre lobo. Pensad en lo que supuso para vosotros convertirlos en vampiro. Pues él lo ha vuelto a vivir. Toda su vida ha cambiado. Y va a volver a cambiar cuando su mujer dé a luz al bebé, ¿no?

Yo misma no lo había pensado de ese modo. No había intentado mirarlo de ninguna forma, excepto en lo que me afectaba a mí.

—Tienes razón. Probablemente sea mejor así. Está seguro de que cuando la luna llena lo transforme no será capaz de recordar quiénes somos e intentará matarnos.

—Pues entonces puede que lo mejor sea que se quede con los de su especie —asintió Ziggy.

Se oyó un sonido metálico y Nathan maldijo.

—He soltado el candado.

Cubriendo una carcajada con una tos fingida, Ziggy dijo:

—Genial. Ya puedes llevarte lo que sea que hay ahí dentro y podemos ponernos en marcha.

—No del todo.

Nathan salió al salón con expresión sombría.

—Carrie, ¿por qué no empezáis Bill y tú a meter a los gólems en la furgoneta? ¿Ya habéis descifrado la técnica de la albañilería con leños?

—Muy gracioso.

Sabía lo que quería. Quería despedirse de Ziggy.

—Vamos, Bill. Tenemos que ocuparnos de unos gólems.

* * *

Los gólems estaban abajo, exactamente donde los había dejado. Bill se quedó junto a la furgoneta y yo bajé a darles las órdenes. Levanté la lona.

—Escuchadme todos. Formad una fila y avanzad hacia la puerta. El primero subirá directamente las escaleras hasta la furgoneta aparcada en la acera. Bill estará allí para meteros dentro. Haced lo que os diga Bill. Cuando Bill os llame, el siguiente en la fila avanzara. No subáis las escaleras hasta que Bill os llame.

Los vi subir las escaleras en fila, uno detrás de otro, y recé porque nadie que pasara por allí se fijara en el grupo de clones humanoides que estaba saliendo de la

tienda. Nos llevó casi una hora meterlos a todos, o tal vez más. Y en todo ese tiempo estuve preguntándome que estaría pasando arriba.

Técnicamente, no tuve que preguntármelo. Sabía lo que estaba pasando. Nathan estaba pasando los que podían ser sus últimos momentos con el hijo que ya había perdido una vez. Podía imaginármelo ahí, intentando hacerse el valiente, pero fracasando miserablemente. Una vez me había fijado en que si los ojos eran las ventanas del alma, los de Nathan era unas ventanas enormes, de las que iban de techo a suelo. Era muy fácil saber lo que pensaba, tanto que me parecía injusto mirarlo cuando tenía secretos que yo sabía que quería preservar.

Ziggy bajó a ayudarnos justo cuando Bill y yo estábamos colocando al último Henry. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero ignoró uno de los intentos de Bill de preguntarle qué había pasado.

—No es nada —dijo al final dándole un abrazo a Bill—. Agradezco que estéis preocupados, pero de verdad, es lo que os imagináis.

Bill aceptó esas palabras con reticencia y yo sentí compasión por él. Sabía lo que era amar a alguien que se guardaba las cosas cuando no era sano para ninguno de los dos hacerlo. Quería decirle que las cosas mejorarían, porque sería así, pero no era el momento.

—Escucha, puede que Nate quiera verte antes de que nos vayamos —la expresión de Ziggy fue sorprendentemente comprensiva. A veces permitía que su fachada de adolescente duro me engañara.

* * *

Arriba, encontré a Nathan en el dormitorio. Estaba sentado en la cama con la caja que contenía mi corazón. Estaba abierta, pero yo no podía ver lo que había dentro debido a las capas y capas de papel de burbujas. Contuve una carcajada ante la plástica solución que habíamos encontrado para proteger mi vida.

No me miró cuando me senté a su lado y después noté la estaca de madera que tenía sobre la cama. Un escalofrío me recorrió la espalda e intenté no mirar al objeto de mi inminente destrucción con horrorizada fascinación.

—Estamos listos —dije en voz baja y rezando porque mis últimas palabras con él no tuvieran una respuesta catatónica—. Nathan, yo...

Él se giró, me abrazó y me besó. Fue un beso tan desesperado que casi me hizo daño. Sus brazos me aplastaban. Cuando me soltó, estaba temblando.

—No puedo dejarte ir, no puedo hacer esto.

Cerré los ojos y sentí unas frías lágrimas deslizándose por mi mejilla, haciendo el mismo recorrido que las de Nathan. No le dije ni que podía hacerlo ni que todo saldría bien. Simplemente dije:

—Tienes que hacerlo.

Asintió y dejó escapar un sollozo.

Lo abracé y lloré con más intensidad. Su cuerpo me reconfortaba. ¡Y pensar que en unas horas no podría sentirlo! Ni siquiera podría reconfortarme a mí misma con la idea de volver a casa. No dudaba que Nathan intentaría devolverme del Más Allá, pero no teníamos garantías de que funcionara, Y a la mañana siguiente, no recordaría quién era Nathan. Ni quién era yo.

Necesité más fuerza de la que pensaba que tenía para soltar a Nathan. Todo en mi interior gritaba que debía seguir abrazándolo, darle otro beso, decirle que lo quería una vez más. Pero sabía que después vendría otro «solo una vez más» y otro, y otro, y eso no nos ayudaría a ninguno de los dos. Él también lo sabía y no intentó detenerme cuando me marché.

* * *

—¿Estás bien? —me preguntó Bill cuando salí a la calle.

—Estoy bien. Es que es duro marcharme sin saber si volveré.

—Vas a volver —dijo Ziggy apretándome la mano. Fue una sorpresa, él no solía tocar a nadie.

Me sentí como una mentirosa.

—Vamos —dije—. Acabemos con esto.

* * *

La granja del Devorador de Almas tenía mejor aspecto arreglada para el ritual. Nada podía hacerla parecer acogedora, en opinión de Ziggy, pero las antorchas que iluminaban el camino de entrada por lo menos le daban un aspecto menos inhóspito e imponente.

—Hay gente entrando. Es un alivio —dijo Carrie poniéndose su escalofriante máscara dorada—. Con tal de no ser la única que entre a pie, me conformo.

Habían pensado en ello por el camino:

—¿Te acuerdas del Año Nuevo Vampiro? Cyrus tenía servicio de aparcacoches —Ziggy había señalado—. Creo que alguien reconocerá esta furgoneta si entramos con ella. Y entonces, se acabó el juego.

—Que no nos entre el pánico antes de llegar, ¿de acuerdo? —dijo Bill.

Se rio. No pudo evitarlo.

—¿Te resulta gracioso? —le preguntó Carrie detrás de la máscara, y él se rio con más fuerza.

—Lo siento, lo siento. Es solo que... estoy tenso.

Ziggy vio por el rabillo del ojo que Bill tenía la barbilla pegada al pecho, los ojos cerrados, y que los hombros le temblaban por las carcajadas que estaba intentando contener.

—Genial —Carrie se subió la capucha y bajó del vehículo—. Los gólems harán lo que les digas, Bill. Me voy.

—¡Espera, Carrie!

Ziggy saltó detrás de ella, ignorando las súplicas de Bill para que entrara. No había coches en el camino de tierra, así que le pareció que era seguro. Carrie estaba en el borde de la carretera, con su larga túnica morada.

¿Qué iba a decirle? No quería otra larga despedida. Ambos ya habían tenido bastantes esa noche. Así que no dijo nada. Simplemente la abrazó.

Ella abrió sus ojos azules de par en par detrás de la máscara dorada. Era imposible que Jacob no la reconociera. Ziggy recordaba las muchas veces que había repetido que la mataría reflejándose en sus «despiadados ojos». Eran sus ojos en lo que él se había fijado y Ziggy rezó porque Jacob estuviera demasiado preocupado con su ritual como para reconocerlos.

—Cuando aparezcan los hombres lobo, soltad a los gólems y quedaos atrás. No os metáis en medio a menos que sea como último recurso. Y cuando termine la batalla, largaos de aquí.

—¿Y tú? —le gritó él.

Ella no se giró. Su figura cubierta por la túnica parecía una sombra escabulléndose por la carretera iluminada por la luna.

—Cada uno por su lado. No me esperéis.

—Pero... —él se detuvo. No era momento para discutir.

En la furgoneta, a Bill ya se le había pasado el ataque de risa.

—¿Qué crees?

—No lo sé —sacudió la cabeza—. Ha dicho que dejemos que entren los gólems y que si tenemos que meternos en la pelea, que lo hagamos.

Bill miró hacia el parabrisas.

—Me parece razonable.

Se quedaron sentados en silencio unos minutos y una inquietante sensación tomó forma en su cerebro.

—Carrie me ha dicho que nos marchemos sin ella. O algo así. Ha dicho «cada uno por su lado».

Bill asintió.

—Eso es de lo que hablamos antes.

—Lo sé, pero... —había algo muy extraño, como ese ambiente que se crea en las películas justo antes de que se descubra que el mejor amigo del superhéroe es el supervillano—. Me ha parecido rara la forma en que lo ha dicho. Y Nate ha dicho... Bueno, seguro que no es nada.

Se oyó un aullido a lo lejos y Ziggy se dio cuenta de que él no había sido el único que se había sobresaltado.

—¿Crees que es uno de ellos? —preguntó Bill, de pronto pálido. No hacía tanto que era vampiro como para tener ya ese color tan blanco.

Ziggy le puso una mano sobre la rodilla para tranquilizarlo.

—Todo va a salir bien. Hazme caso, tengo un buen presentimiento.

Y entonces rezó en silencio para que lo último que le había dicho a Bill no fuera mentira.

* * *

Alcé la cabeza todo lo que pude mientras recorría el camino de entrada. Miré la casa, que parecía extrañamente inclinada contra el horizonte. El tejado parecía más hundido que antes. Si yo fuera el Devorador de Almas, estaría suplicando que la casa no se derrumbara en mi fiestecita.

Un coche negro pasó despacio por delante de mí y una cara cubierta por una máscara dorada se asomó por la ventanilla ligeramente tintada. Resistí la tentación de mirar a otro lado y asentí hacia la figura que había dentro del coche y que me saludó del mismo modo antes de mirar al frente.

Otros dos asistentes caminaban delante de mí, con sus túnicas arrastrando por la tierra. Medí mis pisadas para no alcanzarlos. Si lo hacía, no sabía si tendría que decir algo o si ese discreto saludo que me había funcionado con la persona del coche volvería a funcionar ahora también. Mejor quedarme donde estaba, ya que no sabía exactamente cuál era la tónica del evento. ¿Una reunión espiritual? ¿Una celebración? ¿Una orgía? Si tenía que juzgarlo basándome en la ropa, que parecía sacada de la película *Eyes Wide Shut*, más bien tendría que optar por lo último. Pero esperaba con todas mis fuerzas estar equivocada.

Según me acercaba a la casa, vi a la gente reunida a través de las ventanas. No parecía haber luz eléctrica en la casa. En el jardín delante del porche, dos hogueras gigantes iluminaban la noche y dentro había más velas de las que se podrían encontrar en una catedral gótica.

Seguí a las dos figuras que tenía delante por la escalera preguntándome como encontraría a Cyrus entre tanta gente idénticamente vestida.

Una mano me agarró la muñeca y una cabeza rubia señaló con disimulo hacia el jardín. Bajé los escalones y doblé la esquina de la casa, donde unos arbustos secos nos resguardaban.

Cyrus se quitó la máscara, pero me indicó que yo me dejara la mía puesta.

—Solo quería que supieras que estoy aquí. Quédate cerca de mí.

—¿Cómo has sabido que era yo? —le pregunté con un susurro distorsionado por la máscara.

Él apretó la mandíbula y miró a otro lado.

—Mantente cerca. Haré lo que pueda por ti. Prométeme que tú harás lo que puedas por mí.

Asentí al no querer hablar con la máscara puesta.

—Espero que el plan que tengas surta efecto antes de que mi padre me mate. No puedo creer que esta sea mi vida.

«Yo tampoco puedo creer que esta sea la mía». No lo dije. Le tomé la mano, se la apreté con fuerza y señalé hacia la casa. Él se puso la máscara y entramos.

La última vez que había estado ahí había habido un cadáver podrido en el comedor y varias sombras siniestras acechando en la oscuridad. Ahora todo estaba iluminado, no había cadáveres visibles, pero seguía resultando aterradora. La planta baja había sido cruelmente destripada. Parecía como si alguien hubiera agarrado una almádena y la hubiera usado sobre todas las paredes que tenía al alcance, incluida la escalera. Dos escalones colgaban como un miembro medio seccionado de la planta superior y por encima de nuestras cabezas colgaban cables por los que probablemente no había corrido electricidad en veinte años.

En mitad del nuevo espacio abierto, había un gran círculo dibujado en el suelo. Las figuras cubiertas de túnicas se mantenían fuera del perímetro y susurraban entre sí en pequeños grupos.

Solo había una persona dentro del círculo. Era un hombre alto y delgado que llevaba la misma túnica que los demás, pero no llevaba máscara. Un fino bigote, del mismo color negro que su pelo, temblaba sobre sus labios, que se movían en un murmullo que no podíamos oír. Estaba delante de un altar vestido de negro y alzando objetos y dándoles la vuelta. Detrás del altar había una enorme silla de madera tallada, un trono en realidad, situada bajo una lámpara de aceite con una única llama.

—Ese es el nigromante —dijo Cyrus en voz baja, asintiendo hacia el hombre que había dentro del círculo.

—¿Él llevará a cabo el ritual? —pregunté pensando demasiado tarde que disfrazar mi voz sería una buena idea.

El nigromante alzó una espada y la hoja brilló siniestramente bajo la luz dorada de la habitación.

—Es él —dijo Cyrus mecánicamente—. Y esa es la espada que me partirá el corazón y me matará.

Quería asegurarle que haría lo que fuera necesario para mantenerlo con vida, pero corría el riesgo de que alguien me oyera. Por eso adopté un tono de desinterés.

—Parece un poco grande. Demasiado. La puerta que teníamos detrás se cerró de golpe justo cuando el reloj que había en alguna parte de la sala marcó la medianoche.

Cyrus me agarró la mano oculta por los voluminosos pliegues de mi manga y la apretó con fuerza. La puerta del fondo se abrió con un crujido. Y por ella entró Jacob Seymour. El Devorador de Almas.

Me quedé sin respiración y después tuve que contener una risa nerviosa.

Por primera vez desde que pudiera recordarlo, el Devorador de Almas vestía ropa moderna. Mejor dicho, ultramoderna. Un traje negro de rayas con algo de brillo y unos zapatos negros relucientes. Su larga melena rubia casi blanca le caía sobre los hombros y en la cabeza llevaba una corona dorada de laurel.

No sé qué era más ridículo, que hubiera prescindido de su atuendo medieval en la noche más apropiada para lucirlo, o la corona de laurel; pero fuera como fuera, tuve que morderme el labio para no reírme.

Su presencia despertó excitación entre la multitud, que aplaudió con euforia. Él hizo una reverencia y después se sentó en su trono detrás del altar. Su expresión era seria, pero vi que sonreía levemente.

—Dios mío. Va a matar a esta gente —pensé en voz alta mientras el corazón me palpitaba frenéticamente.

Cyrus me tiró de la mano y se llevó un dedo a la máscara, donde habrían estado sus labios, para hacerme callar.

«Y a ti incluida», dijo Dahlia en mi cabeza riéndose encantada.

Por encima de las muestras de celebración un fuerte aullido resonó fuera. El Devorador de Almas se levantó y casi volcó la lámpara de aceite; fue una decepción que no lo hiciera; su inmolación accidental habría solucionado muchos de mis problemas.

Tenía el rostro tenso y salpicado de rabia.

Lo sabía. Sabía que la resistencia era inevitable.

Otro aullido me erizó el vello de la nuca.

Los hombres lobo habían llegado.

Capítulo 22

Se acabó la fiesta

Sucedió muy deprisa.

Al minuto toda la sala se llenó de hombres. Hombres desnudos (algo con lo que Max no se sentía nada cómodo), pero la ropa no era una buena idea bajo la forma de un lobo.

El líder, un tipo que Max había visto entre la manada pero con el que nunca había hablado, había echado la cabeza atrás y había aullado. Su rostro había sido lo primero en cambiar; sus labios se habían replegado para estirarse sobre unas mandíbulas alargadas. Su pelo, negro y largo y recogido en una cola de caballo, se había soltado y fue haciéndose más largo hasta convertirse en una verdadera manta que lo envolvía. Cayó al suelo y sus manos y sus rodillas quedaron oscurecidas por el pelo, que iba extendiéndose por las extremidades. Sus brazos se retorcieron en la zona de los hombros hasta que se le salieron los codos y adoptaron forma de rodilla. Sus manos y pies se encogieron con un sonido húmedo.

Después, al instante, y donde había estado el líder de la manada, se encontraba el lobo más grande que Max había visto en su vida.

Se había esperado que fuera negro. Bella era negra cuando era un lobo. No sabía cómo era él ya que no había espejos en el bosque, pero había dado por hecho que todos se parecerían. Pero no ese. Ese enorme lobo era gris blanquecino.

Según Hollywood, los hombres lobo no parecían ni lobos ni perros. Eran solo tipos con un importante exceso de vello corporal. La primera vez que Max había cambiado, había pensado en la película *Un hombre lobo americano en París* y había temido que si mataba a alguien mientras cazaba, ese alguien estuviera condenado a una muerte en vida, siguiéndolo por todas partes y apareciendo en los peores momentos posibles. Pero como en muchas otras cosas, Hollywood se equivocaba con los hombres lobo. Cuando Max había visto a Bella transformarse aquella primera vez, momentos antes de que él hubiera sufrido su primera transformación, había aprendido que los hombres lobo eran lobos de verdad y no humanos con mucho vello.

Una vez que su líder cambió, todos empezaron a cambiar.

Max sintió una presión en el pecho. No podía respirar. Cayó al suelo de rodillas e intentó llevarse la mano a las costillas para sofocar el dolor que parecía estar extendiéndose por sus extremidades, pero descubrió que ya no podía doblar los brazos como antes.

«No ha ido tan mal como la última vez».

Era extraño pensar eso cuando sentía como si lo estuvieran desmembrando poco a poco. Se miró su mano mutilada y en blanco y negro vio cómo se encogía hasta convertirse en una pata ancha y plana a la que le faltaba una mitad.

El dolor pasó e intentó levantarse, sin darse cuenta de que ya estaba de pie, solo que sobre sus patas y pezuñas de lobo.

No creía que fuera a gustarle ser tan bajo durante una pelea.

El líder rugió y la manada se puso en marcha.

Corrieron y Max tuvo que contenerse para no adentrarse en el bosque que los rodeaba. Tenía un objetivo que cumplir. No tenía muy claros cuáles eran los detalles, pero sabía que tenía que actuar.

Algo cambió en el aire. Podía olerlo. Olía a magia. No sabía cómo, pero lo sabía.

La manada aceleró el paso y atravesó los árboles para salir a un amplio espacio abierto cubierto de césped. Allí no había nada. Nada contra lo que luchar.

Un grave estruendo sacudió el suelo y fue creciendo en intensidad. El líder se giró y aulló. No era el general Patton, pero el suyo fue el discurso previo a una batalla más inspirador que podía llegar a entender un perro.

Unas grietas se abrieron en el suelo. El enemigo estaba ahí. Solo habían llegado un poco antes de tiempo.

* * *

—Están aquí. ¡Levántalos! —los labios del Devorador de Almas estaban blancos de furia cuando gritó al nigromante—. Los demás, ¡salid de aquí y protegerme!

Los asistentes se miraron y un murmullo de pavor se extendió entre ellos. Estaba claro que no estaban muy dispuestos a luchar.

—Hacedlo —ordenó el nigromante—. ¡De lo contrario os aniquilaré a todos!

La multitud corrió hacia la puerta principal y Cyrus me llevó con él.

—¡Tú no, Cyrus! —gritó el Devorador de Almas—. Te necesitaremos.

Él se detuvo, sin soltarme la mano. Sus ojos eran suplicantes detrás de la máscara, pero lo solté. Si me quedaba, el Devorador de Almas lo sabría y les diría a sus secuaces que acabaran conmigo. Una vez que todos ellos estuvieran fuera y distraídos por la batalla, yo podría empezar con la mía. Solo esperaba encontrar un modo de salvar a Cyrus mientras tanto.

Me di la vuelta y seguí al gentío.

Los vampiros se detuvieron en las escaleras y miré hacia donde estaban mirando ellos. Cuarenta o cincuenta lobos acechaban junto a los árboles que bordeaban el jardín.

Los vampiros empezaron a quitarse las máscaras y me entró el pánico. Si me quitaba la mía, el Devorador de Almas podría reconocerme, o tal vez uno de sus secuaces. Había estado en la fiesta del Año Nuevo Vampiro y también en el burdel de Marzo. Existía la posibilidad de que alguno de esos vampiros me hubiera visto.

Pero no tuve que preocuparme de eso por mucho tiempo.

El suelo comenzó a rugir bajo nuestros pies y perdí el equilibrio cuando tembló y se rajó. La casa crujió y me pregunté qué sería más seguro, si correr hacia los lobos o quedarme junto a una casa que estaba a punto de derrumbarse. De las grietas que se

abrieron en el suelo comenzó a salir el hedor a sulfuro y a algo peor, algo tremendamente asqueroso.

Apareció una mano esquelética, aferrándose a la tierra y seguida de un brazo envuelto en piel y tela hechas jirones. Y de cada grieta salían partes de cuerpos en distintos estados de descomposición.

Habíamos protegido los cementerios, pero nunca habíamos pensado en lo que podía haber estado enterrado debajo de la casa.

Los zombies apenas habían emergido del suelo cuando los lobos comenzaron a atacar. Me giré hacia el camino mirando hacia los árboles. Solo tuve que mirar dos veces antes de ver a los gólems marchando en fila como militares. Sabía a quién tenía que darle las gracias por ello.

—¿Qué coño es eso? —gritó un vampiro que había a mi lado haciendo que los demás se fijaran en los gólems, que rompieron filas y echaron a correr hacia ellos.

Los hombres lobo luchaban contra los zombies, rompiendo huesos y reventando carne podrida. Pero los cadáveres que caían al suelo no morían, sino que peleaban con más fuerza.

Por encima del ocasional gemido de un lobo herido o el grito de un vampiro que caía a manos de los gólems, de los lobos o de los zombies... que no parecían saber de qué lado estaban... me fijé en que en la casa había un extraño silencio. No veía a nadie por las ventanas y tenía que encontrar a Cyrus y matar al Devorador de Almas antes de que se convirtiera en un dios.

Volví hacia los escalones del porche y ya tenía un pie encima cuando algo tiró de mí. Miré horrorizada la mano que sujetaba el bajo de mi túnica. Una piel podrida y roja con unas cuantas tiras de piel verde que colgaban de ella cubría los sucios huesos de unos dedos que parecían un guante hecho jirones. Los largos huesos del antebrazo parecían estar hundidos los unos con los otros hasta que me di cuenta de que lo que había entre ellos era arena y hierba. Una enorme larva salió de él y cayó al suelo.

El brazo, por muy horrible que fuera, no era nada comparado con la criatura unida a él, un zombie al que le faltaba medio cráneo y el resto del cuerpo por debajo de las costillas. La parte de cabeza que le quedaba le colgaba de la columna como un macabro collar.

Esa cosa me sujetó con un brazo e intentó subirse por mi túnica. Me la quité y sacudí los dedos que me habían agarrado la pierna por debajo de la tela. Subí corriendo las escaleras y entonces me di cuenta, demasiado tarde, de que no iba armada.

Era parte del plan al que Nathan había puesto objeciones y en el que yo había insistido. Al no saber si habría medidas de seguridad en la puerta, no había querido ir forrada de armas para no estropear el plan antes de llegar a poder ponerlo en marcha.

Por desgracia, aunque parecía que los vampiros que me rodeaban no se lo habían pensado dos veces para llevar cuchillos, estacas y espadas, no había vampiros muriendo a mi alrededor y dejándome que usara sus armas. Pensé en arrancar un

trozo de la barandilla del porche y utilizarlo como una estaca, pero quería algo con mayor alcance.

En la esquina del porche una vampira con el pelo largo y pelirrojo blandía una espada contra un lobo. Me moví deprisa, antes de que pudiera herir al animal. Me subí a la barandilla y me abalancé sobre ella rezando para no caer sobre la espada. El lobo retrocedió un poco, obviamente sorprendido, y ella se giró confundida. Las dos caímos al suelo y se le cayó la espada. La agarré y se la clavé en el pecho. Ella estalló en llamas y cenizas y me aparté. El pelo me rozaba la cara y en ese momento me di cuenta de que en medio de toda esa confusión se me había caído la máscara.

El hombre lobo se quedó mirándome un momento y después, como si hubiera decidido que estaba de su parte, se giró y centró su atención en un zombie.

Un vampiro que había cerca había visto lo que había hecho. Era grande y supe que me daría problemas. Arremetió contra mí y eché a correr alrededor del lateral de la casa que daba al bosque; recé porque no hubiera más lobos esperando entre los árboles. El vampiro era rápido. Más que yo. Me adelantó, me levantó y me lanzó contra los rosales abandonados que había en el lateral de la casa.

El impacto me dejó sin aliento. De lo contrario, habría gritado de dolor por las espinas que me atravesaban la ropa. Intenté enfocar la vista cuando el vampiro se quitó la máscara y la capucha de su túnica.

—¿Me recuerdas?

No podía reconocerlo por la cara, que estaba transformada, pero su largo cabello rubio y su cuerpo me resultaban familiares. Ahora era musculoso, pero lo había estado todavía más cuando lo había conocido en el burdel de Marzo. Estaba claro que la enfermedad que había estado matándolo le había pasado factura antes de que lo hubieran convertido.

—Evan.

Se rio y el sonido resultó demoníaco dado su rostro transformado.

—Felicidades, te has convertido —dije mientras forcejeaba.

—No, gracias a ti —me enseñó los dientes—. Ibas a dejarme morir.

Transformé mi cara.

—¿Y qué? Vale, no te convertí en vampiro, pero no tengo tiempo para tu estúpida venganza personal.

—¿Por qué? ¿Porque tienes que matar al Devorador de Almas? Te he visto matar a esa vampira.

—Y no piensas permitir que mate a Jacob, bla, bla, bla... —acentué mi frase con un cabezazo que le hizo soltarme.

La espada seguía en el suelo, donde se me había caído, y fui a por ella. Él se recuperó rápidamente e hizo lo mismo. Yo llegué primero, pero me agarró impidiendo que me levantara. Intenté girarme y clavársela, pero estaba demasiado cerca y sabía que si me quitaba la espada, me convertiría en una brocheta.

Aun así, tenía que intentarlo. Cuando me giré y me puse de espaldas intentando liberarme y que no me quitara la espada, él gritó. Y después se levantó. Lo vi salir volando varios metros. Cayó al suelo y su asaltante se abalanzó sobre él.

Era un hombre lobo, un sucio hombre lobo gris amarillento. Le mordió la garganta y con eso acalló sus gritos.

Aproveché para levantarme y cuando me giré para salir corriendo, el lobo aulló y me di la vuelta, dispuesta a atacarlo si tenía que hacerlo.

—Soy de los buenos —le aseguré.

Pisó con su pezuña el pecho inmóvil de Evan y cuando miré, vi que le faltaba la mitad. Ahí estaría la mano mutilada de Max.

Me cubrí la boca, impactada, y la espada se me cayó de las manos.

Sí, ya sabía que estaría ahí, pero no me había esperado verlo transformado. Fue una situación extraña.

Aulló y después se alejó corriendo del cuerpo de Evan. Me pregunté cuánto tardaría en recuperarse y deseé que los hombres lobo no estuvieran haciendo su trabajo a medias. Pero no tenía tiempo para preocuparme por eso. Corrí al lado de Evan, que seguía inconsciente y me facilitó el trabajo de hundir la espada en su pecho. No me quedé a ver sus cenizas posarse sobre la hierba.

El jardín trasero estaba extrañamente calmado, teniendo en cuenta lo que estaba pasando en el delantero. Vi un cementerio y me pregunté si el nigromante había sido capaz de despertar a los muertos del otro jardín sin perturbar la paz de los de ese.

La puerta de atrás estaba en otro porche más pequeño, así que hasta que subí los escalones no vi que no había nadie dentro de la casa. Se habían marchado y se habían dejado atrás sus impresionantes herramientas. El círculo del suelo y el altar estaban exactamente igual que antes.

En ese momento pensé en el libro de hechizos de Dahlia y en todos los ingredientes y elementos llamativos que no habían servido más que para desviar la atención.

Estaban haciendo el ritual en otra parte.

Me giré y miré a mí alrededor, examinando el jardín desesperadamente.

¡El granero!

El jardín lateral situado entre el granero y la casa estaba cubierto de partes de cuerpos, pero en él no había una lucha inmediata que me impidiera el paso.

Fui pisando la dura tierra con tanta fuerza que estaba segura de que el Devorador de Almas me oiría llegar. Me obligué a ir más despacio y a arrastrar los pies.

La puerta estaba entreabierta y de ella salía un olor terrible. Me cubrí la boca con la manga de la camisa e intenté contener una arcada al mirar por la rendija.

Pude ver de dónde procedía el olor. Todas las víctimas humanas del Devorador de Almas, y las de sus invitados, debían de haberse almacenado ahí para deshacerse de ellas más tarde. Cuerpos descompuestos, hinchados por el calor y con los primeros signos de descomposición, estaban amontonados junto a las paredes del granero

como sacos de arena. Formaban muros de unos seis metros. Fue una suerte que el nigromante no hubiera resucitado esos cuerpos porque de lo contrario habrían vencido a los gólems y a los hombres lobo con demasiada facilidad.

Cyrus estaba tendido en el suelo con las piernas separadas y lo tenían sujeto con unas cuerdas. Le habían quitado la túnica y su pálido pecho estaba desnudo por encima de sus pantalones negros. El Devorador de Almas estaba sentado en un trono muy parecido al que había en la casa, aunque este parecía estar hecho de extremidades y torsos humanos. Se le veía de lo más tranquilo y sonriente mientras veía al nigromante hundir en un caldero un largo palo con una punta que acababa en una bola hecha de trapo. Cuando lo sacó, de la tela goteaba algo negro y alquitranado. Lo deslizó sobre el pecho de Cyrus, que se estremeció de dolor por el calor de esa sustancia y se resistió contra sus ataduras. Pero no se soltaron.

«Esto es todo ornamento. Este tío se cree que es David Copperfield o algo así», me informó Dahlia. «Lo único que tiene que hacer Jacob es beber la poción, beber la sangre de Cyrus y liberar las otras almas atrapadas en él. Entonces el nigromante tiene que venerarlo y ya estará todo hecho».

«¿El nigromante tiene que venerarlo?», pensé.

¿Acaso no había ya demasiados psicópatas que adoraban a Jacob Seymour?

«¿Qué le ha impedido convertirse en un dios antes?».

«Primero tenía que llevar a cabo ciertas misiones. Ya sabes, como cuando un santo tiene que hacer tres milagros para que lo nombren santo».

Dahlia me mostró una imagen de Jacob indicándole que le diera a Cyrus la poción con la que habían intentado crear un vampiro nato. Ese objetivo lo había logrado fácilmente. Después, vi a Dahlia acorralando a cinco vampiros (Marzo, la vampira *madame* del burdel entre ellos) para que Jacob pudiera destruir a su propia progenie de vampiros. Y, finalmente, Dahlia me mostró a Jacob sujetando un objeto con la mano y sumergiéndolo en la misteriosa llama verde que salía de un caldero. El mismo caldero que el que había en el granero ahora mismo.

«Forja la espada, salpícala con tu propia sangre y después haz la prueba del fuego. Ya no es un vampiro. Es más como... un dios a la espera».

«¿Entonces será más difícil de matar?».

No necesitaba que me respondiera a la pregunta. Me sequé el sudor de mis manos en los vaqueros, agarré la espada y sujeté la puerta.

«¿Y qué pasa con la piel de Nathan? ¿Qué pasa con los símbolos?».

«¿Qué crees que hay en el caldero? Además de algunas hierbas y agua bendita, claro».

La mandé callar mentalmente.

«Ha llegado la hora del espectáculo. ¿Estás conmigo o contra mí?».

«Contra ti», respondió sin vacilar. «Pero por suerte para ti, eso significa que voy a ayudarte».

En el pasado tampoco había intentado llegar a comprender a Dahlia.

—Lo que quieras —dije en voz baja y preparada a que tuviera un cambio de humor que me obligara a luchar contra ella internamente y a luchar contra el Devorador de Almas externamente.

Empujé la puerta.

Tanto Jacob como el nigromante alzaron la mirada enseguida. Cyrus, aún dolorido por la poción que ardía sobre su pecho, tardó más en fijarse en mí. Cuando lo hizo, pasó de una expresión de agonía a una exhausta sonrisa de alivio.

—¡Jacob Seymour! —grité alzando la espada con ambas manos y dispuesta a luchar. No podía creer que esa fuera mi voz, tan fuerte que resonó por las paredes del granero.

El Devorador de Almas se levantó con los ojos cargados de furia y dijo:

—Por orden del Movimiento Voluntario para la Extinción de Vampiros, que ya no está en funcionamiento, estoy sentenciado a muerte por mis crímenes contra la humanidad. Ya lo he oído antes.

—No estoy aquí por ellos.

Agarré la espada con más fuerza.

—Lo hago por mí.

Capítulo 23

El juego final

—¿Qué te parece?

Ziggy bajó los prismáticos y se los pasó a Bill, para que pudiera verlo por él mismo.

—Los zombies ya casi han desaparecido. Algunos de los gólems están teniendo problemas con los vampiros, pero no veo demasiados hombres lobo muertos. Uno o dos, como mucho.

—Supongo que después de todo no van a necesitar nuestra ayuda.

Bill sonó decepcionado.

—No es que quisiera ir allí y empezar a matar gente a diestro y siniestro, pero me habría gustado ensuciarme un poco las manos.

—Esto aún no ha terminado —le recordó Ziggy—. Puede que Carrie todavía necesite nuestra ayuda.

Aunque había dicho una y otra vez que sería como un «sálvese quien pueda», Bill y él pensaban que sería una estupidez dejar que la mataran cuando podían salvarla.

Ahora que lo pensaba, Ziggy recordaba que Nate le había dicho algo al respecto también.

«Carrie sabe lo que tiene que hacer. Que no te maten intentando salvarla. Deja que haga lo que tiene que hacer. Y déjame a mí hacer lo que tengo que hacer, ¿de acuerdo?».

En ese momento había accedido viéndolo como la típica charla de un padre a su hijo, y había decidido asentir para que Nate se sintiera mejor.

—Bill, ¿qué posibilidades crees que tiene Carrie de lograr esto ella sola?

—No muchas.

Fue una respuesta inmediata y Bill bajó los prismáticos mostrándose algo culpable por haberla declarado muerta antes de tiempo.

—Por eso nos hemos puesto de acuerdo en ir a ayudarla, ¿verdad?

Ziggy asintió lentamente.

—Sí. Pero ella no es la única que ha dicho que no nos metiéramos. Nate también lo ha dicho. Ha dicho que teníamos que dejar que hiciera lo que tenía que hacer y que le dejáramos a él hacer lo que tenía que hacer. ¿Qué te parece?

—Creo que suena algo fatalista —dijo Bill con sinceridad—. Suena como si no quisieran ser responsables de mandar corderos al matadero.

—Eso es lo que he pensado yo —sacudió la cabeza—. Pero creo que está pasando algo.

Mientras Bill volvía a mirar por los prismáticos, Ziggy pensaba en todos los posibles escenarios con los que podía toparse. ¿Tenía algo que ver con el hecho de

que ahora Carrie fuera una devoradora de almas? Él nunca había visto a Jacob luchar. ¿Era posible que los devoradores de almas fueran unas demoníacas máquinas de matar y que por eso Carrie y Nathan no querían que Bill y él entraran en la refriega? ¿Y qué pasaba con los hombres lobo? Max había dicho que no sabía si los reconocería una vez se hubiera transformado. Tal vez Carrie había conjurado un hechizo para que él la reconociera como una de los buenos, pero no le quedaba poción para dos personas más y por eso ellos no podían entrar a luchar. O tal vez no los dejaban participar porque podían ser una distracción.

Ziggy sabía lo duro que podía luchar Carrie para defender a otra persona. Lo había hecho cuando estaban atrapados juntos en la mansión de Cyrus. Lo había hecho cuando había accedido a poner el corazón de Ziggy en Bill. Era como si se preocupara demasiado por todo el mundo y a Nate le preocupara que estuviera demasiado ocupada protegiéndolos a ellos como para luchar.

Esa era la posibilidad que le parecía más razonable. Distraídamente, se rascó el pecho a través de la camiseta y sintió las cicatrices que tenía debajo.

Y entonces recordó la caja y el secretismo de Nathan. Hacía mucho, mucho, tiempo que no se sentía tan estúpido.

«Antes de que te vayas quiero que sepas que te quiero. Puede que no seas mi hijo biológico, pero eres mi hijo. Y he sido un estúpido al dejarte creer que te rechazaría por algo tan trivial como... con quién te acuestes. No importa lo que pase esta noche. Necesito que sepas que te quiero y que siempre he estado orgulloso de llamarte hijo».

—Hay que volver al apartamento —dijo Ziggy quitándole los prismáticos a Bill.

—¿Qué? ¿Por qué? —arrancó la furgoneta mientras seguía preguntando—: ¿Qué está pasando?

A Ziggy le supuso un gran esfuerzo contener las lágrimas cuando respondió:

—Creo que Carrie va a morir. Y creo que Nate va a ser quien la mate.

* * *

Los ojos del Devorador de Almas resplandecieron con diversión cuando avanzó hacia mí.

—Qué maravillosa actuación. Recuérdame que le dé las gracias a Nolen por enviarte aquí. Tienes un don para el dramatismo.

—Igual que tú —dije asintiendo hacia el trono hecho con partes de cuerpos—. Pero no he venido aquí para divertirme contigo.

—No, has venido a matarme.

Se rio.

—Es una pena que no vayas a lograrlo...

—¿Porque tienes un gran plan y llego demasiado tarde y vas a contármelo todo antes de ponerlo en marcha? Nunca has visto una película en tu vida; de lo contrario ahora no estaríamos teniendo esta discusión.

En otra situación no habría perdido el tiempo con esa palabrería, pero mi irreverencia pareció enfurecerle todavía más y creo que tenía más de mi parte si podía incapacitarlo de rabia antes de atacarlo.

—Bien —dijo con falsa elegancia antes de asentir hacia el nigromante—. Mátala. Corrí hacia él. El hombre levantó las manos y le corté una.

En realidad había pretendido matarlo directamente, pero nunca había utilizado una espada y para cuando quise tenerla bajo control, ya había lanzado un hechizo.

«Estás muerta», dijo Dahlia riéndose en mi cabeza.

Las hileras de cadáveres volvieron a la vida ante mis ojos, pero no les di oportunidad de acercarse a mí. Alcé las manos y grité:

—¡Haceos pedazos!

Vi las palabras salir de mí como un estampido que se extendió por todo el granero y que tiró al nigromante al suelo e incluso arrojó al Devorador de Almas sobre su trono, que ahora había vuelto a la vida. La onda expansiva alcanzó a los cadáveres convirtiéndolos en una lluvia de masa podrida y viscosa que nos cayó a todos encima.

Cyrus emitió un sonido de asco, escupió y luchó contra sus ataduras. Logró soltarse un brazo. Le salía sangre de una docena de heridas en su pecho y en su cara, probablemente porque no se me había ocurrido excluirlo del hechizo que acababa de desintegrar a los zombies que nos habían rodeado.

—¡Nicolas, pronuncia las palabras! —gritó el Devorador de Almas mientras se abalanzaba sobre Cyrus. Hundió los dientes en su hombro y el nigromante comenzó a canturrear.

Podía dejar que Cyrus fuera devorado por su padre o detener la transformación de Jacob matando al nigromante.

Sabía que lo lamentaría, pero fui a por Cyrus.

Mi espada se hundió en la espalda y el hombro del Devorador, que soltó a Cyrus inmediatamente mientras la sangre brotaba de su boca.

Cyrus estaba demasiado débil para huir; me impresionó la rapidez con que el Devorador de Almas había bebido su sangre.

Tenía los labios azules y estaba temblando.

Mientras Jacob intentaba sacarse la espada, lo levanté y lo ayudé a llegar hasta la puerta del granero, donde se dejó caer.

—No salgas. Aún hay vampiros.

Asintió y me di la vuelta, desarmada, dispuesta a atacar al nigromante.

Seguía canturreando, pero arremetí contra él y dejó de pronunciar el hechizo.

—¡No pares, imbécil! —le ordenó el Devorador de Almas.

Nicolas, el nigromante, era el secuaz más leal que había visto en mi vida. Estaba aterrado, pero seguía recitando.

Intenté agarrarlo, pero me esquivó y se metió detrás del burbujeante caldero. Lo rodeé, pero logró alejarse. Solo vi una opción. Me lancé por encima del caldero, lo agarré de la cabeza y lo metí dentro.

Grité mientras mis brazos se hundían en la sustancia hirviendo, pero lo sujeté. Vi trozos de piel flotar en la superficie y recé porque no fuera mía; después casi vomité al pensar que podía ser la de Nathan. Pero no lo solté, no hasta que Nicolas dejó de moverse.

—¡Carrie!

Oí gritar a Cyrus y saqué mis brazos escaldados del caldero.

El Devorador de Almas estaba suspendido en el aire desprendiendo un fantasmagórico brillo dorado verdoso. Tenía la cabeza echada atrás y expresión extasiada. Su ropa se disolvió. Su pelo caía en mechones dorados verdosos que llegaban hasta el suelo. Su piel se volvió blanca como el papel. Cuando abrió los ojos, estaban inyectados en sangre. No tenía pupilas ni iris. Solo una cortina de sangre.

Se parecía a Oráculo.

Me pregunté si ella había estado en el camino de convertirse en una diosa y la habían interrumpido. Ahora me parecía muy lógico.

—Cyrus, sal de aquí —le ordené.

Cuando hablé, un enorme viento sopló por el granero haciendo que me tambaleara sobre el resbaladizo suelo.

—¡No! —gritó él intentando levantarse—. ¡Carrie, corre! ¡No te quedes aquí con él!

«Sabes lo que tienes que hacer, Carrie». Era la voz de Nathan, desde el otro lado del lazo de sangre. «Es un dios. Dahlia puede decirte qué hacer. Puedes invocarlo».

—¿Y cómo hago eso? —pregunté en voz alta, gritando por encima del viento.

—¡Carrie! —gritó Cyrus. Lo vi sujetándose a las puertas. Unas lágrimas se deslizaban por su rostro. Me pregunté por qué estaba llorando hasta que me miré las manos.

Me faltaba la piel y algo de músculo, y vi un mechón de pelo rubio ensangrentado volar hasta el torbellino que rodeaba al Devorador de Almas. El viento estaba llevándome, literalmente.

—¡Cyrus, sal de aquí!

Mis vaqueros estaban desintegrándose.

Caí cerca del Devorador de Almas.

No pareció verme, pero el viento aumentó y me derribó.

«Carrie, inténtalo. Intenta invocarlo».

Las palabras de Nathan estaban cargadas de furia y no supe qué significaban.

Dahlia no me decía nada, pero entré en sus recuerdos y la vi de pie, desnuda, entre unos árboles. Era mucho más joven, unos trece o catorce años.

«¡Diosa madre! ¡Diosa madre!», gritaba estirando los brazos. «¡Humildemente te suplico que te unas a mí, que mezcles tus energías con las mías!».

Volví a levantarme alzando los brazos.

—¡Jacob Seymour!

En ese momento me miró con una maléfica sonrisa.

—¡Jacob Seymour! ¡Jacob Seymour! —respiré hondo y cuando hablé imaginé que las palabras estaban rodeándolo—. Humildemente te pido que te unas a mí. ¡No, eso no! ¡Te ordeno que mezcles tu energía con la mía! ¡Hazlo, joder!

La energía dorada verdosa que lo rodeaba se adentró en mí y me sentí invencible.

El cuerpo del Devorador de Almas cayó al suelo, arrugado, pálido e inservible.

—¡No! —gritó golpeando el suelo como un niño con una pataleta.

Fui hasta la espada que estaba en el suelo y que resplandecía con un etéreo color blanco, probablemente debido a que ahora todo en mi visión tenía una extraña aura.

—¡No! —dijo Jacob cuando me acerqué—. No, por favor. Ten piedad...

Pensé en toda la gente a la que había hecho daño en su vida, en los que conocía y en los que no. Y pensé en lo que le había hecho a Nathan. Pensé en el rostro de Nathan mientras sostenía a su mujer muerta y la rabia que sentí dentro de mí no era mía, sino de Nathan, vertiéndola a través del lazo de sangre.

Cuando alcé la espada y grité fue con el dolor y la furia de Nathan. Y también fue la mano de Nathan la que le cortó la cabeza a Jacob Seymour de un solo golpe. Fue Nathan quien alzó la ensangrentada espada en su mano y gritó al cielo triunfante.

«¡Ya está!», le dije, aunque no había necesidad. Pero me gustó darle la señal.

«Te quiero», me dijo.

Ya sentía el dolor en mi pecho, donde debería haber estado mi corazón.

No fue tan malo como pensé que sería. Oí a Cyrus gritar mi nombre y sentí mi cuerpo caer rodeado de cenizas. Lo último que supe fue que Nathan no dejaba de repetirme que me quería.

Y entonces ya solo hubo paz y el interminable y lóbrego azul.

* * *

—¡Nate!

Ziggy oyó el pánico en su voz cuando entró en el apartamento.

—¡Nate!

Corrió por el pasillo. Había luz en el dormitorio. Nate no dijo nada, ni lo miró. Tenía una estaca en las manos apuntando a su pecho desnudo.

—¡Papá!

Pero ese grito no detuvo a Nathan, que hundió la estaca en su pecho y estalló en una nube de cenizas a excepción de su corazón, que ardió con unas llamas azules durante un momento antes de caer a la cama y sumarse al montón de ceniza.

Ziggy cayó al suelo.

Nate estaba muerto.

El único hombre que lo había querido como a un hijo, la primera persona que se había ocupado de él sin esperar nada a cambio... había muerto.

—¡Ziggy! —gritó Bill, pero él apenas podía oírlo.

Estaba gritando y llorando.

—¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo!

Bill levantó algo de la cama. Era un libro.

Ziggy tardó un momento en darse cuenta de lo que era.

Con los ojos llorosos y rojos y voz temblorosa, Bill pasó las páginas y le dijo:

—No... no creo que tenga intención de permanecer muerto, Ziggy.

* * *

Max siguió a los guerreros de vuelta a Italia.

No estaba seguro de qué les habría pasado a Carrie y a los chicos.

Cuando el avión aterrizó en la pista privada de la manada después del anochecer, ayudó a bajar a los heridos y dejó orden de que descargaran los cuerpos de los que no lo habían logrado.

Tenía que ver a Bella.

El cambio en la actitud de la manada fue inmediatamente evidente. Las primeras personas a las que vio le hablaron en inglés y le dijeron lo contenta que se pondría Bella cuando lo viera.

Aún sentía resentimiento hacia Julián, pero intentó ignorarlo. No quería que Bella lo viera así. Se sentía como si hubiera vuelto a casa y quería que ella sintiera lo mismo.

La puerta de su dormitorio no estaba cerrada con llave. La abrió y la encontró vacía, pero las cortinas que daban al balcón se mecían con la brisa y supo que la encontraría ahí.

Ella no lo miró cuando salió al balcón. Estaba sentada en su silla de ruedas mirando al lago.

—Max. Has vuelto.

—Sí. No pareces muy entusiasmada.

Genial. Había querido demostrarle que las cosas habían cambiado ahora que sabía que ese era su hogar, que su lugar en el mundo era estar junto a ella, y lo primero que hacía al verla era recurrir al sarcasmo.

Bella intentó levantarse, y lo logró. A Max se le saltaron las lágrimas.

—Me preocupaba que no hubieras sobrevivido —dijo ella con la voz entrecortada por las lágrimas—. No creí que fuera a volver a verte.

—Pues ahora estoy aquí, cielo —le dijo en voz baja con miedo a acercarse a ella y hacer algo que pudiera arruinar ese momento.

Pero tenía que decirle algo.

—Me alegra que puedas levantarte. Es el mejor regalo de bienvenida que podría tener, pero creo que deberías sentarte.

—¿Max?

—Tengo que contarte algo. Y tengo que ser sincero contigo. Va a ser duro porque no he sido sincero conmigo mismo.

—Está bien.

Estaba preciosa, con el pelo suelto, como a él le gustaba. Tuvo que contenerse para no tomarla en sus brazos y hacerle el amor.

—Soy un vampiro.

Ella se rio y ese sonido fue como música para sus oídos.

—Lo sé. Max, te comportas de un modo muy extraño. Sé que eras un vampiro.

—No. Soy un vampiro. Siempre seré un vampiro. Pero también siempre seré un hombre lobo, aunque no del todo. Sin embargo, sé a qué lugar pertenezco. Por primera vez quizá en toda mi vida sé a donde pertenezco. Y ese lugar está aquí contigo. No porque sea un vampiro o un hombre lobo, sino porque soy yo. Y quiero que me ames a mí por ser yo, y no porque algún día llegue a olvidar lo que fui. ¿Podrás hacerlo?

Había lágrimas en los ojos de Bella.

—Max, no sabía que te sentías así. No te quiero porque crea que algún día dejarás de ser un vampiro. Te quise cuando eras únicamente un vampiro. Te querría aunque fueras humano. Te querría aunque eso supusiera dejar a mi manada. Te querría aunque eso supusiera sacrificar mi vida.

La levantó de la silla y, mientras la llevaba en brazos hasta la cama, tuvo que reprimir las ganas de arrancarle el camisón y tomarla allí mismo. Deslizó las manos sobre su abultado abdomen.

Un diminuto bulto le rozó la palma y desapareció. Él se quedó paralizado.

—¿Es el bebé? ¿De verdad está ahí?

Bella lo besó en la mejilla.

—Sí, de verdad está ahí.

Max puso el oído contra su estómago.

—Es extraño. Y frío.

Los dos se rieron.

—Podríamos marcharnos si lo que quieres es volver a tu vida anterior —le dijo Bella.

—No —él se acurrucó contra su cuello—. No, mi hogar está donde estás tú. Y tú estás aquí.

Y lo decía en serio... por muy aterrador que resultara. Pero más aterrador le parecía saber que no echaría de menos su antigua vida.

Ahora tenía una nueva y estaba justo ahí.

Capítulo 24

Y vivieron...

No sé cuánto tiempo estuve flotando en ese vacío azul, deslizándome entre otras almas, hambrienta de vida, pero sin recordar ningún momento de la mía.

Pero entonces la vi. Vi mi vida, resplandeciendo, viniendo hacia mí, y me agarré a ella con mi alma perdida y carente de forma. En cuanto me tocó, recordé quién era y me aterrorizó perderla. Me aferré a ella y solo después de sentir unas manos reales, humanas, tirando de mí, se desvaneció mi desesperación.

—¡Carrie!

Era la voz de Nathan, pero no lo veía. La brillante luz me hacía daño a los ojos. Sabía que Nathan estaba sujetándome, pero había algo distinto en él. Algo que no había visto antes.

—¿Nathan?

Una manta rugosa cayó sobre mis hombros desnudos.

—Nathan, eres humano.

Y entonces todo se volvió negro.

* * *

Me desperté en una habitación llena de luz del sol. Las persianas estaban subidas y atravesaban las sábanas que me cubrían para llegar a mi vulnerable piel expuesta. Temblé y luché contra las llamas que debería haber allí, pero que misteriosamente no estaban.

Nathan estaba a mi lado y me llevó contra su cuerpo, intentando reconfortarme.

—¡El sol! —logré gritar.

—No te hará daño.

Pensé que estaba loco.

—Cielo, estamos bien. Somos humanos.

Respiré hondo y sentí mi corazón latiendo en mi pecho. Mi corazón de verdad, y no un deforme órgano digestivo. Y tenía temperatura corporal.

Sentí ganas de orinar. Muchas.

Corrí al baño.

¿Era humana? Me parecía increíble. El estómago me rugía, pero no me apetecía sangre. Quería... barquillos de nata. Y bollitos de queso. Y coca-cola *light*.

Me senté en el váter y sollocé. Era humana. Volvía a ser humana. Nathan era humano.

Llamó a la puerta. Terminé, me limpié, me levanté sobre unas piernas temblorosas y abrí. Parecía preocupado y terriblemente mortal.

—¿Estás bien, Carrie? —me apartó el pelo de la cara.

Me miré en el espejo y vi una piel llena de manchas y con bolsas bajo los ojos.
¡Me encantó! Quise darle un beso a mi reflejo.

—Vuelvo a ser humana.

Me dejé caer al suelo, llorando de alivio y de alegría.

* * *

Más tarde, después de que Nathan hubiera preparado el mayor y mejor desayuno en la historia de la humanidad, me explicó lo que había pasado después de la noche que vencí al Devorador de Almas.

—Tardaron casi un año en traerme de vuelta —me explicó, al tiempo que servía una taza de té—. Estuvieron esperando a que muriera un sacerdote para poder utilizar su mano porque así venía en el hechizo. Cuando me despertaron, les expliqué que Dahlia empleaba ingredientes de lo más extravagantes para que a la gente le costara encontrarlos y desistiera.

Sonreí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Para ti? Seis meses más. Lo intentamos, Carrie. Créeme que lo intentamos, pero no podíamos encontrarte.

—Pero me habéis encontrado —alargué la mano sobre la mesa de la cocina y tomé la suya—. Nathan, ¿por qué lo hiciste?

Respiró hondo y me acercó una magdalena de plátano y nueces.

—No podría vivir sin ti.

Cuando enarqué una ceja con incredulidad, él repitió:

—¡No podría! Pregúntales a Ziggy y a Bill. Cuando me trajeron de vuelta, lo primero que les pregunté fue si te habían encontrado.

Pensé en Nathan cuando era mi Creador y teníamos el lazo de sangre. Ahora no teníamos nada que nos atara.

—¿Y ahora?

Me besó la mano con reverencia.

—Ahora es igual. Te quiero, Carrie. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, ya sea mortal o vampiro.

—¿Quieres volver a ser un vampiro?

Se rio avergonzado.

—Ziggy se ha ofrecido a convertirme, pero quería esperar a ver... qué querías tú. He sido un vampiro durante setenta años, para mí eso es más normal que la vida de humano de ahora, pero...

—¿Pero?

Sonrió.

—Pero me gusta la idea de empezar de nuevo. Contigo.

Hubo un largo silencio.

Lo miré a los ojos. ¿Cómo sería envejecer junto a él como una humana? ¿Hacer el amor como una humana? ¿Casarme, tener hijos, vivir la vida que me había sido negada cuando Cyrus me había atacado hacía ahora dos años?

—¿Qué quieres, Carrie? —me preguntó Nathan con miedo y esperanza.

—Quiero... —dije lentamente—. Quiero ir a Las Vegas y casarnos.

Nathan me miró con expresión de sorpresa, pero no dijo nada.

—Y quiero mudarme de este apartamento a una casa de verdad. Y quiero intentar... tener un hijo. Tal vez más de uno. Contigo. Quiero tener una vida humana contigo. Dentro de veinte años puede que dejemos que Ziggy nos convierta, o puede que no. Pero ahora mismo quiero que de nosotros se pueda decir «y vivieron felices para siempre».

Nathan asintió con lágrimas en los ojos. No quise terminarme el desayuno.

Hicimos el amor como humanos por primera vez allí mismo, en el suelo de la cocina. Y cuando me dijo que me amaba, supe que no era por el lazo de sangre, porque eso ya no formaba parte de mi realidad.

Me amaba.

Vivimos en un mundo extraño. La línea entre la muerte y la vida no está tan marcada como queremos creer. Como tampoco lo está la línea entre el bien y el mal.

Yo tuve que experimentar los dos extremos. La fuerza y la debilidad. El amor y el odio. La vida y la muerte.

Pero ahora sé que nadie tiene garantizado su sitio en el mundo. No todos van a tener un final feliz, pero la vida no trata de cómo termine, sino de los momentos que hay entre medias. La vida trata de las pequeñas cosas.

De cómo se ríen nuestros seres queridos. De la imagen de una mariposa bajo la luz del sol después de un año o dos en la oscuridad.

Del amor y el apoyo de un viejo amigo que tal vez ya no está con nosotros en cuerpo, pero sí en espíritu.

De la sensación de recuperar en un instante algo que creíamos perdido.

Porque todos los días en este planeta la gente nace y muere y suceden cosas extrañas. Pero yo ahora sé cuál es mi lugar y mi propósito. No importan las pruebas que se tengan que superar para descubrirlo... Merece la pena.

Agradecimientos

Esta serie no habría sido posible sin la gente que forma parte de mi vida y que me quiere, me apoya y comprende que, aunque puede que no este escribiendo sobre algo «importante», sí estoy escribiendo algo que merece la pena escribir.

Y, como siempre, mil gracias a las industrias de comida rápida y de cerveza.

También, al Fourth Coast Café de Kalamazoo, Michigan, donde se escribió y revisó gran parte de este libro.



JENNIFER ARMINTROUT es el seudónimo con el que firma sus novelas Jenny Trout (1980), escritora estadounidense de fantasía romántica, conocida por una serie de novelas de fantasía urbana, Blood Ties.

También escribe novela erótica bajo el seudónimo Abigail Barnette.

Reside en Michigan con su marido y sus hijos.